

=

El Cerebro con Forma de Dios – Timothy Jennings

EXPANDED EDITION WITH STUDY GUIDE

THE GOD - SHAPED BRAIN

How Changing Your View of God
Transforms Your Life

Timothy R. Jennings, M.D.

Reseña

Lo que crees acerca de Dios realmente cambia tu cerebro. La investigación en neurociencia ha descubierto que nuestros pensamientos y creencias afectan nuestra salud física, mental y espiritual. La mente y el cuerpo están interrelacionados, y fuimos diseñados para tener relaciones saludables basadas en el amor y la confianza. Cuando entendemos a Dios como bueno y amoroso, florecemos.

Desafortunadamente, muchos de nosotros tenemos imágenes distorsionadas de Dios y, en su mayoría, lo concebimos de forma temerosa y punitiva. Esto nos lleva a patrones de conducta poco saludables, comportamientos autodestructivos y relaciones tóxicas. Pero nuestras vidas pueden cambiar cuando Dios renueva nuestra mente con una imagen más verdadera de Él.

El psiquiatra Tim Jennings revela cómo nuestro cerebro y cuerpo prosperan cuando tenemos una comprensión saludable de quién es Dios. Él desmiente conceptos erróneos comunes sobre Dios y muestra cómo las distintas ideas acerca de Dios afectan al cerebro de diferentes maneras. Nuestro cerebro puede adaptarse, cambiar y reconfigurarse con un pensamiento redimido que nos libera del dolor y sufrimiento innecesarios.

Descubre cómo la neurociencia y las Escrituras se unen para traer sanidad y transformación a nuestras vidas. Esta edición ampliada ahora incluye una guía de estudio para la reflexión individual o discusión en grupo, con preguntas para aprender a partir de la Escritura, la ciencia, la naturaleza y la experiencia.

Capítulos Individuales

Prefacio

1. Dios es amor
2. El cerebro humano y el amor quebrantado
3. La Infección del Miedo
4. Libertad para Amar
5. El Amor Contraataca
6. Enfrentando la Batalla
7. El Amor Permanece Firme
8. Cambiando Nuestra Visión de Dios
9. El Poder de la Verdad
10. La Verdad Sobre el Pecado
11. Ampliando Nuestra Visión de Dios
12. El juicio de Dios
13. En el Cerebro de Cristo
14. Perdón
15. Cuando el Bien Prevalece

16. Cuando el amor arde libre

17. Buda, Jesús y Cómo Preparar tu Cerebro para la Eternidad

Anexo: Uniéndolo todo—Pasos simples para un cerebro más sano

Guía de Estudio

Prefacio

“Lo que realmente crees, eso es lo que siempre sucede; y la creencia en algo es lo que lo hace suceder.”

—Frank Lloyd Wright

Recientemente, mi sobrino de once años y mi sobrina de catorce, quienes no fueron criados en una familia que asiste a la iglesia, fueron a una. El sermón fue un discurso sobre la ira de Dios, entregado con una intensidad ardiente diseñada para “impactar y asombrar”. Después de esta exhortación abrasadora, ambos regresaron a casa angustiados y contaron que el predicador presentó a un dios que los asustó—uno en el que, si fuera real, nunca querrían creer.

Me pregunté: ¿Estaría Jesús feliz si lo presentamos de tal forma que los niños no quieran estar con Él ni conocerlo? ¿No hay algo mal si al hablar de Dios asustamos a los niños? ¿Ayudamos o dañamos, sanamos o herimos, cuando presentamos a un Dios que incita miedo? ¿Acaso importa si nuestra visión de Dios es buena, mala o terrible? Sí importa, más de lo que jamás imaginamos—¡al punto de cambiar la estructura de nuestro cerebro! Aunque tenemos poder sobre lo que creemos, lo que creemos tiene un verdadero poder sobre nosotros—poder para sanar y poder para destruir.

Tarde en la noche, en un pequeño cementerio de Alabama, Vance Vanders tuvo un encuentro con el brujo local, quien le agitó una botella con un

líquido de olor desagradable frente al rostro y le dijo que iba a morir y que nadie podría salvarlo.

De regreso en casa, Vanders se fue a la cama y comenzó a deteriorarse.

Algunas semanas después, demacrado y al borde de la muerte, fue ingresado al hospital local, donde los médicos no pudieron encontrar la causa de sus síntomas ni detener su declive. Solo entonces su esposa le contó a uno de los doctores, Drayton Doherty, sobre el hechizo.

Doherty reflexionó largo y tendido. A la mañana siguiente, llamó a la familia de Vanders a su cama. Les dijo que la noche anterior había atraído al brujo de regreso al cementerio, donde lo había estrangulado contra un árbol hasta que le explicó cómo funcionaba el maleficio. El brujo, dijo, había frotado huevos de lagarto en el estómago de Vanders, los cuales habían eclosionado dentro de su cuerpo. Quedaba un reptil, que lo estaba devorando desde adentro.

Entonces, Doherty llamó a una enfermera que, según lo acordado previamente, había llenado una gran jeringa con un poderoso emético [una sustancia que induce el vómito]. Con gran ceremonia, inspeccionó el instrumento e inyectó su contenido en el brazo de Vanders. Minutos después, Vanders comenzó a tener arcadas y vomitar incontrolablemente. En medio de todo, sin que nadie lo notara, Doherty sacó su *pièce de résistance*—un lagarto verde que había escondido en su maletín negro. “¡Mira lo que ha salido de ti, Vance!”, gritó. “La maldición del vudú se ha levantado.”

Vanders parpadeó incrédulo, se echó hacia atrás en la cabecera de la cama y luego se sumió en un sueño profundo. Cuando despertó al día siguiente, estaba alerta y hambriento. Recuperó su fuerza rápidamente y fue dado de alta una semana después.¹

Vance no está solo. La literatura médica está repleta de casos de pacientes que mueren, no por una enfermedad real, sino por creer que estaban enfermos, por el miedo de que iban a morir. Los cirujanos evitan rutinariamente operar a pacientes que están convencidos de que morirán durante la cirugía. El riesgo es demasiado alto.²

En la década de 1970, a Sam Shoeman le diagnosticaron cáncer de hígado y le dijeron que le quedaban solo unos meses de vida. Pocos meses después de su muerte, la autopsia reveló que los médicos estaban equivocados. Solo tenía un pequeño tumor contenido dentro del hígado—no era una etapa mortal del cáncer. Sam Shoeman no murió de cáncer de hígado; murió por creer que iba a morir de cáncer de hígado. Nuestras creencias nos cambian mental, física y espiritualmente.³

Nuestros cerebros están en constante cambio. Momento a momento se desarrollan nuevas neuronas y se forman nuevos circuitos, se desarrollan nuevos axones y dendritas para facilitar nuevos mensajes entre neuronas. Al mismo tiempo, se eliminan conexiones no utilizadas, se podan las vías nerviosas inactivas y se eliminan las neuronas que no se usan. Increíblemente, nuestras creencias, pensamientos, comportamientos e incluso nuestra dieta cambian la estructura de nuestro cerebro, cambiando en última instancia quiénes somos.

A lo largo de este libro exploraremos la asombrosa capacidad de nuestros cerebros para adaptarse, cambiar y reconectarse según las decisiones que tomamos, las creencias que sostenemos y el Dios al que adoramos—ya que distintos “conceptos de Dios” afectan al cerebro de diferentes maneras. Mi objetivo con este libro es revelar a Dios de la forma más clara posible, demostrar cómo nuestra creencia en Dios nos transforma y mostrar sus métodos a nivel práctico. También ofrezco una nueva metodología para el

estudio de Dios, que he llamado el **Enfoque Integrador Basado en Evidencia**, que incorpora y requiere la armonía de tres hilos: la Escritura (con énfasis especial en la vida de Jesús), las leyes de Dios en la ciencia y la naturaleza, y nuestra experiencia—todo estudiado con una mente humilde bajo la guía del Espíritu Santo.

En su libro *Redescubriendo el escándalo de la cruz*, Joel Green y Mark Baker observan que nuestras ideas sobre Dios están influenciadas por el entorno social del momento. Luego hacen una pregunta muy pertinente: “¿Cuáles de nuestras afirmaciones [sobre Dios] son verdaderas? y ¿quién decide?”⁴

Sugiero que Dios ha provisto evidencia comprobable que, si se incorpora en nuestro proceso de decisión, nos permite determinar cuáles son verdaderas y cuáles no. Si estudiamos la ciencia sin la Escritura, corremos el riesgo de caer en la zanja del evolucionismo ateo; por otro lado, estudiar la Escritura separada de las leyes de Dios en la naturaleza arriesga producir teologías que tergiversan a Dios y distorsionan su carácter.

Para mantener un equilibrio saludable, debemos usar la Biblia y armonizarla con la ciencia y nuestra experiencia para separar las diversas visiones de Dios, demostrando la marcada diferencia que cada una tiene sobre nuestra salud mental, física y relacional. En este libro exploraré cómo un cambio en la forma de pensar sobre Dios y la Escritura resulta en la sanación de la mente, el cuerpo y las relaciones, mientras que aferrarse a conceptos distorsionados de Dios produce dolor, sufrimiento y, en última instancia, muerte.

Soy psiquiatra. No soy un teólogo formado en un seminario. Mi enfoque probablemente será muy diferente al de un profesor de seminario, y por una buena razón. La Biblia dice que estamos en una batalla, con armas que destruyen argumentos y pretensiones que se oponen a Dios, y nuestros pensamientos deben estar en armonía con Cristo.

El campo de batalla en el que se libra la guerra entre Cristo y Satanás es la mente. Como psiquiatra cristiano en ejercicio, participo rutinariamente en guerra espiritual—por tanto, en este libro abordo la interpretación de la Escritura como médico, como especialista en la mente y como veterano experimentado del “campo de batalla”. Aunque la Escritura fue escrita por autores diversos durante muchas generaciones, usualmente para una audiencia específica y con una aplicación contextual, también fue inspirada por el mismo Espíritu Santo y, como tal, presenta un tema dominante, un hilo conductor centrado en el carácter de amor de Dios. Sostengo la posición de que no solo es legítimo sino vitalmente necesario tomar la Escritura en su conjunto, uniendo todas las piezas para obtener la revelación más completa del carácter de Dios.

Por lo tanto, acepto interpretaciones que estén en armonía con la Escritura en su totalidad (especialmente la verdad sobre Dios revelada en Cristo), con las leyes comprobables de Dios y que traigan sanidad (nuestra experiencia objetiva de vida). Pero verás que considero y rechazo interpretaciones que sean inconsistentes con la Escritura en su conjunto (que contradigan la evidencia que Cristo proporcionó), que violen las leyes comprobables de Dios, o que sean destructivas para la salud física y mental. Te animo a que seas científico, que seas crítico, queexamines todo lo que digo—no aceptes meramente mis afirmaciones, sino compara mis hallazgos con la evidencia de la Escritura y de la ciencia. Pon a prueba las ideas que se presentan y llega a tus propias conclusiones.

Finalmente, al leer este libro serás recordado de un principio fundamental de la Reforma—el **sacerdocio de todos los creyentes**, la realidad de que Dios nos ha creado a cada uno a su imagen, a cada uno con su propio cerebro, para ser un templo donde Dios mora por su Espíritu. Como tal, todos los creyentes, en unión con Dios, son capaces de discernir correctamente la

Escritura sin necesidad de un sacerdote o teólogo que piense por ellos. Naturalmente, esto no significa que no podamos beneficiarnos de los conocimientos, la experiencia y el discernimiento de pastores o profesores de teología, sino que no debemos ceder nuestro pensamiento a otros seres humanos. Nuevamente, te invito a examinar la evidencia y a: “No se conformen a este mundo, sino transfórmense mediante la renovación de su mente, para que así puedan comprobar cuál es la voluntad de Dios: buena, agradable y perfecta” (Romanos 12:2).

==

1. Dios es amor

**El amor es vida. Todo, todo lo que entiendo,
lo entiendo solo porque amo.**

Todo es, todo existe, solo porque amo.

Todo está unido solo por él.

—Leo Tolstoy

—No llores —dije suavemente.

Pero ella lloraba inconsolablemente, su cuerpo temblaba con cada sollozo, y las lágrimas le corrían por las mejillas hasta caer sobre su blusa, formando lo que parecían pequeñas pozas oscuras.

Esperé, y finalmente comenzó a hablar, solo fragmentos al principio. Una palabra, un jadeo, un sollozo, otra palabra. Pero lentamente reveló lo que la atormentaba.

—¡Es toda mi culpa! —más lágrimas.

—¿Qué es tu culpa?

—No puedo tener hijos. ¡Oh, Dios!

—¿Por qué dices que es tu culpa?

Más sollozos, y con el rostro hundido entre las manos, me contó que cuando era adolescente quedó embarazada y tuvo un aborto. El aborto fue rutinario, sin complicaciones, sin lesiones, así que me pregunté por qué no podía tener hijos.

Entonces dijo: *—No puedo tener hijos porque Dios me está castigando. Mi pastor me dijo que asesiné a mi hijo y que, como castigo, Dios nunca me permitirá tener hijos.*

Mientras escuchaba llorar a mi paciente, con empatía, consideré cuál era su problema principal. ¿Su desesperación se debía principalmente al hecho de que tenía problemas de fertilidad, o a su creencia sobre Dios y la percepción de estar siendo castigada? ¿Podría ser que su estrés psicológico central no viniera de su condición reproductiva objetiva, sino de una visión distorsionada de Dios? ¿Hace alguna diferencia para la salud creer, como algunos sugerían, que Dios la estaba castigando por los errores que cometió? ¿Sería útil, incluso sanador, que llegara a creer que, en lugar de castigarla, Dios lloraba con ella?

¿Alguna vez has sido herido y te has preguntado: *¿Dónde está Dios, qué está haciendo, por qué no intervino?* O peor aún, ¿alguna vez pensaste que Dios te estaba castigando a ti o a alguien que conoces?

¿Alguna vez estuviste frustrado, confundido o luchando con visiones contradictorias acerca de Dios? ¿Te enseñaron que Dios es amor, pero que también castiga y causa dolor por la desobediencia—no para redimir ni disciplinar, sino para torturar y destruir? ¿Has luchado con miedo a Dios? ¿Has considerado la posibilidad de que tu visión de Dios esté afectando tu salud mental, física y tus relaciones?

Durante mi vida he tenido muchas preguntas sobre Dios y cómo nuestras creencias sobre Él nos afectan. He visto innumerables vidas cambiar, para bien o para mal, por un giro en su creencia acerca de Dios. Y he pasado más de dos décadas buscando respuestas en la Escritura y la ciencia sobre la verdad de Dios que sana y restaura. Espero que algunas de las respuestas que he encontrado sean de beneficio para ti.

Un Tiempo Antes de la Humanidad

Como creyente en Dios, me di cuenta de que el lugar más razonable para comenzar mi búsqueda de conceptos sanadores sobre Dios era en el principio. Así que usé la Biblia y mi imaginación para viajar atrás en el tiempo. Viajé más allá del momento en que nací, más allá del origen de mis padres, abuelos y tatarabuelos, incluso más allá de Adán y Eva, hasta un tiempo en que solo existían Dios y los ángeles. La Biblia nos dice en Job 38:7 que los ángeles gritaban de alegría al crear la tierra. Según las Escrituras, hubo un tiempo antes de que existiera cualquier ser humano.

Finalmente, llegué a un momento en que el universo estaba libre de todo defecto: un lugar perfecto. Entonces, con cuidado y oración, fui aún más atrás, hasta el momento en que solo existía Dios, el amor triunfo y eterno. “En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba con Dios en el principio” (Jn 1:1-2).

En mi imaginación me pregunté cómo era el universo entonces. Pero rápidamente me di cuenta de que estaba más allá de mi comprensión, así que retrocedí y vi el universo surgir de la mente de Dios. Destellos de luz, explosiones de color, soles, planetas, galaxias formándose y tomando forma. “Por medio de él [Jesús] todas las cosas fueron creadas; sin él, nada de lo que

ha sido hecho, fue hecho.” “Porque en él fueron creadas todas las cosas: las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, dominios, principados o potestades; todo fue creado por medio de él y para él” (Jn 1:3; Col 1:16).

Después de observar la creación de la naturaleza inanimada, mi imaginación vio el verdadero propósito del Amor: la vida. La vida brotó del corazón de Dios: hermosa, radiante y pura. Como las cuidadosas pinceladas de Miguel Ángel, los coros sublimes de Handel y los magistrales sonetos de Shakespeare, los seres angélicos surgieron del amor de Dios. Vi a Jesús volverse hacia su Padre y decir: *—Mira, Padre, ¿no son maravillosos?* Y el Padre respondió: *—Sí, Hijo, ¡son perfectos! Hagamos más criaturas hermosas; libres, inteligentes y capaces de amar genuinamente.* Y pronto los cielos se llenaron de alegría, risas, cantos y felicidad.

Con asombro comprendí que Dios mismo es la gran fuente de toda vida. Entonces me di cuenta: si Dios es el originador de toda la creación, entonces de él surgen los parámetros, planos y diseños fundamentales para la vida. ¡La misma naturaleza, esencia y ser de Dios es el código fuente de la vida, la salud y la felicidad, la plantilla sobre la que se construye la vida! Diseñó y construyó la vida para que solo funcionara en armonía con su propio carácter, porque de él proviene todo lo que existe: “Él [Cristo] es antes de todas las cosas, y en él todas las cosas subsisten” (Col 1:17).

Dios: La Plantilla de la Vida

Las implicaciones de este concepto eran asombrosas. La humanidad fue hecha a imagen de Dios. Por lo tanto, la cuestión crucial que debía entender, para comprender el diseño original de Dios para la humanidad y el

funcionamiento del cerebro humano, era Dios mismo. Necesitaba conocer la característica esencial, central y definitoria de Dios: quién es Él. ¿Es bueno o, como escucharon mis sobrinos en la iglesia, es hostil y cruel? Me volví a las Escrituras y luego a la naturaleza, aferrándome solo a lo que encontré evidenciado en ambas, y lo que descubrí cambió mi vida.

La característica central, primordial, esencial de Dios... es el amor (1 Jn 4:8). No el amor tonto, finito, endeble, emocional, un impostor como fruta de cera que a veces llamamos amor, sino un amor sin límites, eterno, insondable, inagotable: ¡una realidad de bondad sobre la cual se construye el cosmos! Un amor que perdura, que crea, que es constante.

Dios es amor. La Biblia no dice que Dios es perdón, aunque Él perdona; ni que Dios es conocimiento, aunque lo sabe todo; ni que Dios es poder, aunque es todopoderoso. Todos los demás atributos son como facetas de un diamante, ventanas radiantes al corazón de Dios. Pero en cuanto al amor, Dios no solo lo demuestra: ¡lo encarna!

Este amor abarcador es ajeno a nuestro mundo, extraño para la Tierra pecaminosa, y es descrito en la Biblia con un lenguaje radicalmente contrario al terrenal: “[el amor] no busca lo suyo” (1 Cor 13:5). El amor no atropella a otros en el «Black Friday» para conseguir la mejor oferta después de Acción de Gracias. El amor no trata con desprecio a tu compañero de trabajo. El amor no se encuentra tras seis cervezas con un desconocido en un bar un viernes por la noche.

El amor no busca lo propio; busca a los demás. El corazón del amor arde por los demás. El amor se mueve hacia afuera, da y beneficia a otros. El amor sacrifica el yo por el bien de otros. Porque Dios es amor, su misma esencia, naturaleza y carácter es de movimiento hacia afuera, centrado en el otro,

dador y beneficioso para otros. “Porque de tal manera amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito.” “Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos.” “En esto conocemos lo que es el amor: en que Jesucristo entregó su vida por nosotros. Así también nosotros debemos entregar la vida por nuestros hermanos” (Jn 3:16; 15:13; 1 Jn 3:16 DHH, énfasis añadido). La naturaleza misma de Dios es amor centrado en el otro. Sabemos que el amor “es como llama divina, como fuego ardiente. Ni las muchas aguas pueden apagar el amor, ni los ríos pueden extinguirlo” (Cnt 8:6-7). Y este amor apasionado, desinteresado y ardiente irradia de Dios como la energía del sol.

El Anciano de Días tomó asiento.

**Su ropa era blanca como la nieve;
el cabello de su cabeza, como lana blanca.**

**Su trono era llamas de fuego,
y sus ruedas estaban en llamas.**

**Un río de fuego brotaba
de delante de Él.**

**Miles de millares lo servían,
y millones de millones estaban en pie ante Él.**

(Dan 7:9-10)

Mientras continuaba mi búsqueda, Romanos 1:20 repentinamente cobró un nuevo significado: “Porque desde la creación del mundo, las cualidades invisibles de Dios –su eterno poder y su naturaleza divina– se perciben claramente a través de lo que él creó, de modo que nadie tiene excusa” (énfasis añadido). La naturaleza amorosa de Dios se ve en la creación porque toda la naturaleza, toda la vida, fue construida, diseñada y formada para operar sobre la plantilla del amor de Dios.

La ley del amor de Dios es el flujo hacia afuera de su ser en la constante entrega de sí mismo para crear, sostener y mantener el universo. Este amador, en movimiento hacia el otro, centrado en el otro, es el diseño sobre el cual fue construida toda la creación para funcionar. La ley del amor es el principio del dar desinteresado, que es la base sobre la cual toda la vida fue diseñada para funcionar. Dicho de forma simple, la ley del amor es la ley de la vida. La armonía con este principio produce vida, salud y felicidad. La desarmonía, naturalmente, resulta en dolor, sufrimiento y muerte. “Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida porque amamos a nuestros hermanos. El que no ama, permanece en la muerte” (1 Jn 3:14).

De pronto, al arraigarse este concepto profundamente en mi mente, el mundo adquirió un nuevo significado. El amor que fluye de Dios estaba transformando mi corazón. Mis ojos se abrían y vi la ley del amor en todas partes.

El Amor en la Naturaleza

Los océanos entregan sus aguas a las nubes, que luego llueven sobre la tierra, dando su agua para formar lagos, ríos y arroyos, los cuales a su vez entregan sus aguas a las plantas y animales, y finalmente regresan al océano para comenzar el ciclo otra vez. La ley del amor es el círculo de dar que constituye la ley de la vida. Toda la vida está construida sobre este principio porque toda la vida se origina en Dios. Si un cuerpo de agua se separa del círculo y deja de fluir, se estanca y todo lo que hay en él muere. Dios nos dio una poderosa ilustración en el cuerpo de agua llamado Mar Muerto. El Mar Muerto recibe del río Jordán pero no da nada a cambio. ¿Qué sucede en ese cuerpo de agua? El nombre lo dice todo.

Vemos el círculo del amor, la ley de la vida, en todo lo que Dios crea. En cada respiración demostramos el dar: damos dióxido de carbono a las plantas, y las plantas nos devuelven oxígeno. Imagina que decidieras: “No quiero ser parte del círculo de dar. Si mi cuerpo produce dióxido de carbono, es mío; tengo derecho a él. No puedes tenerlo.” La única manera de hacer eso es dejar de respirar—morir. Si acaparamos el producto de nuestra respiración, quizás poniéndonos una bolsa en la cabeza, el dióxido de carbono se convierte en el agente venenoso que nos mata. En toda la vida vemos este círculo de dar, que es la ley del amor.

Considera la electricidad: cuando la electricidad se mueve a través de cables metálicos, lo hace mediante el movimiento de electrones de un átomo a otro. Fluyen en lo que llamamos una corriente, pero solo pueden hacerlo si la corriente forma un círculo completo, lo que llamamos un circuito. Cuando presionas el interruptor para encender una luz, has “cerrado” el circuito eléctrico, formando así un “círculo” completo que permite el flujo de electrones y que la luz se encienda. Por el contrario, cuando apagas la luz, rompes el círculo y los electrones no pueden fluir. Solo cuando los círculos (circuitos) están completos fluye la electricidad. Así fue construido el diseño de la naturaleza. La ley del amor es la plantilla de diseño para toda la creación de Dios porque toda la vida fluye de Él, y Dios es amor.

Dios ha escrito su ley del amor—su círculo de beneficencia—en toda la naturaleza porque es el esquema de diseño para el funcionamiento básico de la vida. Los planetas de nuestro sistema solar giran alrededor del sol, y el sol entrega su energía libremente. Las plantas reciben la energía del sol y, a través de “círculos” metabólicos internos (el ciclo de Calvin-Benson), convierten esa energía en energía química. Las plantas nos entregan esta energía en forma de frutas, nueces, granos y vegetales, y en el proceso nos dan oxígeno para respirar. Nosotros recibimos los alimentos de las plantas y, mediante una

serie de “círculos” metabólicos internos (el ciclo del ácido cítrico), usamos la energía y convertimos las moléculas en agua, dióxido de carbono y subproductos de la digestión, los cuales devolvemos a la tierra para fertilizar las plantas. Es un círculo de dar sin fin.

En todo sistema viviente, si ha de estar sano, el círculo no debe romperse. Pero este principio tiene un alcance aún más amplio. Esto es cierto incluso en nuestra economía. Si la economía ha de estar sana, el dinero debe estar en circulación. Si sacas el dinero de circulación, la economía muere. Esto sucedió durante la Gran Depresión, cuando todos corrieron al banco para retirar todo lo que habían depositado. El presidente Roosevelt respondió con grandes programas de gasto gubernamental, inyectando moneda nuevamente en circulación, y la economía revivió.

Vemos el círculo del amor en todo lo que Dios creó. Los planetas giran alrededor del sol. El sistema solar gira en la galaxia, y las galaxias giran en el universo. Todo lo que Dios crea da libremente en círculos centrados en el otro. No creo que sea coincidencia que cuando el profeta Ezequiel miró al cielo en una visión, lo que vio simbolizando el fundamento del gobierno de Dios fue una rueda dentro de una rueda, una rotación dentro de otra rotación, un círculo en movimiento dentro de otro círculo en movimiento (Ezequiel 10:1-10).

Dios trató de enseñarnos esta verdad fundamental en el sistema sacrificial del Antiguo Testamento. En ese sistema, un pecador confesaba su pecado sobre la cabeza de un animal, y luego el pecador cortaba la circulación del animal. La vida está en la sangre (Levítico 17:11), y esta circula por todo el cuerpo. La enseñanza es asombrosamente simple: el pecado corta el círculo de la vida.

La sangre vital de un animal es, naturalmente, su sangre física. La sangre vital de la economía es el dinero; de un aparato, la electricidad. Pero la sangre vital del universo es el amor, que fluye de Dios a través de Cristo hacia toda la creación, y de regreso a Dios nuevamente por medio de Cristo. Esta es la plantilla de diseño de Dios. ¡Este es el plano sobre el cual la humanidad fue creada para operar!

Cada vez que se rompe el círculo de dar—el círculo del amor—el dolor, el sufrimiento y la muerte inevitablemente siguen. Y solo el amor que fluye de Dios restaura la vida, la salud y la felicidad.

No Es Fácil de Ver

Tan hermoso como es el carácter de amor de Dios, no fue fácil para mí verlo. No fue fácil porque yo no vivía en armonía con el amor de Dios. Había aceptado una versión diferente de su amor: una versión común, terrenal, que incluso aprendí en mi iglesia. Lo que aprendí sugería que el amor es autoritario y dominante, que el amor gobierna y castiga justamente la desobediencia. Me costó darme cuenta de cuán distorsionada estaba esta suposición en mi corazón, y comencé a descubrir que la luz brillante duele cuando uno está acostumbrado a la oscuridad.

En 2006, la Universidad de Baylor realizó una encuesta nacional para evaluar cómo las personas veían a Dios. Descubrieron que solo el 23 % de las personas lo veían como benevolente o amoroso, mientras que el 32 % veía al Todopoderoso como autoritario, el 16 % como crítico y el 24 % como distante. El 5 % afirmó ser ateo.¹

¿Importa qué concepto de Dios sostenemos? Investigaciones cerebrales recientes del Dr. Newberg, de la Universidad de Pensilvania, han

documentado que todas las formas de meditación contemplativa se asocian con cambios positivos en el cerebro—pero las mejoras más grandes ocurrieron cuando los participantes meditaron específicamente en un Dios de amor. Tal meditación se asoció con crecimiento en la corteza prefrontal (la parte del cerebro justo detrás de la frente, donde razonamos, tomamos decisiones y experimentamos el amor semejante al de Dios) y con una capacidad aumentada para la empatía, la compasión y el altruismo. Pero esta es la parte más asombrosa: no solo el amor centrado en los demás aumenta cuando adoramos a un Dios de amor, sino que también mejora la memoria y la agudeza mental. En otras palabras, adorar a un Dios de amor en realidad estimula el cerebro para sanar y crecer.²

Sin embargo, cuando adoramos a un dios que no es amor—un ser punitivo, autoritario, crítico o distante—se activan los circuitos del miedo y, si no se calman, producirán inflamación crónica y daño tanto en el cerebro como en el cuerpo. A medida que nos postramos ante dioses autoritarios, nuestro carácter se transforma lentamente y se vuelve menos parecido al de Jesús. Verdaderamente, por contemplar somos transformados, no solo en carácter, sino también en nuestra arquitectura cerebral³ (2 Cor 3:18, RV).

Aplicación a Tu Vida Hoy

En esta primera de varias secciones de aplicación a lo largo del libro, a continuación hay acciones que puedes tomar para aplicar los principios de Dios a tu vida y experimentar transformación aquí y ahora:

- 1. Practica examinar los tres hilos de evidencia:** la Escritura, las leyes comprobables en la naturaleza y tu propia experiencia. ¿Puedes identificar el carácter amoroso de Dios en la Escritura? ¿La evidencia

provista en la vida de Cristo confirma el amor de Dios tal como se entiende en el resto de las Escrituras? ¿Ves el principio del amor revelado en la naturaleza? Identifica en tu propia vida dónde has experimentado amor abnegado manifestado hacia ti, y dónde tú lo has manifestado hacia otros. ¿Qué impacto tuvo ese amor en ti y en los demás?

2. La ley del amor es una expresión del carácter de Dios y la plantilla sobre la cual se construye la vida. Así como Dios nunca cambia, tampoco cambia su ley de amor; esto significa que la ley del amor es una herramienta que podemos usar para probar diversas teorías sobre Dios. El mundo está lleno de numerosas religiones, denominaciones y visiones sobre Dios. La ley del amor es un estándar clarificador para filtrar las diversas concepciones de Dios. Cualquier teoría que, en efecto, haga que Dios viole la ley del amor puede reconocerse como incorrecta.

3. Esta ley, entonces, es una línea de demarcación divina que traza nuestra “zona segura” teológica. Exige que todas tus interpretaciones de las Escrituras armonicen con esta ley comprobable. Por ejemplo, la Biblia describe a Dios, en ciertos pasajes, como airado o colérico. ¿Cómo interpretas el significado de esas descripciones? ¿Tus conclusiones están en armonía con la ley del amor o hay un conflicto? Si luchas con esta pregunta, sigue leyendo; más adelante en este libro exploraremos cómo la ira de Dios puede entenderse en armonía con la ley del amor.

4. Quizá la aplicación más importante de esta ley es elegir vivir en armonía con ella. Porque la ley del amor es la ley de la vida, elegir impartir amor a otros es uno de los métodos que Dios utiliza para fortalecerte. “Quien es generoso, prospera; el que reanima será reanimado” (Prov 11:25, NVI). La armonía con el diseño de Dios promueve mejor salud, aquí y ahora. Así como seguir el manual del fabricante para tu auto y usar gasolina sin plomo en lugar de diésel

resulta en un funcionamiento más eficiente, también elegir operar en armonía con el diseño de Dios para la vida resulta en mejor salud mental y física. Y la investigación científica demuestra que, en efecto, dar es vivir: Decenas de estudios durante varias décadas han examinado la relación entre el voluntariado y los resultados relacionados con la salud. La mayoría ha mostrado asociaciones positivas entre voluntariado y salud. Entre los jóvenes, la evidencia sugiere que el trabajo voluntario está asociado con una gran cantidad de resultados positivos de desarrollo, como logro académico, responsabilidad cívica y habilidades para la vida que incluyen liderazgo y confianza interpersonal (Astin & Sax, 1998).⁴ Cuatro estudios entre 1996 y 2003 evaluaron el efecto del voluntariado en la longevidad en ancianos. Controlando por variables como el estado de salud al ingresar al estudio, los cuatro estudios “reportaron que los voluntarios tendían a vivir estadísticamente más que aquellos que no lo hacían.”⁵ Y no solo viven más tiempo, sino que viven mejor:

Varios estudios han examinado la relación entre el voluntariado y el funcionamiento físico. Moen, Dempster-McClain y Williams (1989) estudiaron a 427 mujeres del norte del estado de Nueva York que eran esposas y madres en 1956. Durante los siguientes 30 años, en comparación con las no voluntarias, las mujeres que realizaron cualquier voluntariado tenían mejor funcionamiento físico en 1986, después de ajustar por salud inicial, nivel educativo y número de roles en la vida. De manera similar, Luoh y Herzog (2002) encontraron que, en comparación con quienes no hacían voluntariado o lo hacían menos de 100 horas, aquellas que hacían 100 horas o más en 1998 eran aproximadamente un 30 % menos propensas a experimentar limitaciones físicas, incluso después de ajustar por demografía, estatus socioeconómico, empleo, ejercicio, tabaquismo y conexiones sociales. Morrow-Howell y colegas

(2003) examinaron datos recopilados entre 1986 y 1994 de más de 1500 adultos en EE.UU., y encontraron que el voluntariado predecía significativamente menos discapacidad funcional 3 a 5 años después, tras ajustar por demografía, estado civil, estatus socioeconómico e integración social informal.⁶

Tal como enseña la Biblia, dar es vivir. Así es como Dios diseñó que la vida funcione. Entonces, ¿por qué tantos, incluyéndome a mí, luchamos para dar? En el próximo capítulo exploraremos:

1. Por qué hay tanta explotación, violencia y egoísmo en el mundo;
 2. Qué pasó con el diseño original de Dios, el círculo del amor; y
 3. Cómo nuestra visión de Dios marca la diferencia crítica.
-

2. El cerebro humano y el amor quebrantado

El cerebro humano y el amor quebrantado

Toda violación de la verdad no solo es una especie de suicidio en el mentiroso,
sino también una puñalada a la salud de la sociedad humana.

—Ralph Waldo Emerson

En febrero de 2011, la inteligencia humana se enfrentó a Watson, la supercomputadora de IBM, en una batalla de conocimiento y velocidad de procesamiento en el popular programa de televisión *Jeopardy*. ¿Quién ganaría? ¿Ken Jennings y Brad Rutter, los dos máximos ganadores de *Jeopardy*, o Watson, la creación sintética de IBM? Tras tres intensas partidas, Watson venció a sus rivales humanos. La victoria de Watson hizo que algunos temieran que las computadoras finalmente habían superado al cerebro humano. Pero yo digo: no tan rápido. Hagamos una pequeña comparación entre Watson y el cerebro humano y veamos cómo se mantiene el cerebro frente a este rival artificial.

Watson está compuesto por 90 servidores IBM Power 750, cada uno de 17,5 cm de alto, 44 cm de ancho, 73 cm de profundidad y con un peso de 54 kg, para un peso total de más de 4.500 kg—alojados en 10 grandes estantes en

una sala de aproximadamente 3,6 por 3 metros. Watson contiene 2.880 procesadores Power7, con cada procesador compuesto por 8 núcleos que contienen 1.200 millones de transistores y 16 terabytes de RAM, procesando 500 gigabytes de información por segundo (el equivalente a un millón de libros por segundo).

En comparación, el cerebro humano pesa alrededor de 1,3 kg y está contenido en el pequeño espacio dentro del cráneo. Se estima que tiene más de 100 mil millones de neuronas y más de un billón de células de soporte. Cada neurona puede tener hasta 10 mil conexiones con otras neuronas, lo que hace que el cerebro esté altamente interconectado, con algunas estimaciones que superan el cuatrillón de conexiones.

El cerebro humano almacena aproximadamente 1,25 terabytes de datos y opera a aproximadamente 100 teraflops (cien billones de operaciones por segundo). Watson almacena 1 terabyte de datos y opera a 80 teraflops (ochenta billones de operaciones por segundo).

Además de tener mayor velocidad y capacidad de almacenamiento que Watson, el cerebro humano, al estar alojado en el cuerpo, es altamente portátil y puede moverse por sí mismo; Watson no puede. El cerebro humano puede experimentar emociones; Watson no. El cerebro humano puede reconfigurarse en función de nuevas experiencias o cambios en la comprensión; Watson no. El cerebro humano puede desarrollar nuevos componentes (neuronas); Watson no. En definitiva, el cerebro humano resulta ser la pieza de ingeniería más maravillosa que se conoce, mucho más allá de la ingeniosidad humana y de una complejidad incommensurablemente mayor que Watson.

Entonces, ¿por qué ganó Watson? Según Ken Jennings, no tuvo nada que ver con el conocimiento o la capacidad de responder preguntas. Todo se redujo a quién podía presionar el pulsador más rápido. Jennings dijo en una entrevista después de la competencia: “Los devotos de *Jeopardy!* saben que la habilidad con el pulsador es crucial: los juegos entre humanos suelen ganarse más por el pulgar más rápido que por el cerebro más rápido. Esta ventaja se magnifica aún más cuando uno de los ‘pulgares’ es un solenoide electromagnético activado por una descarga de corriente precisa al microsegundo”.

El cerebro humano es verdaderamente la pieza de maquinaria biológica más sofisticada y elegante jamás conocida. Y la buena noticia es que no necesitas ser neurocientífico para comprender algunos conceptos básicos del cerebro. ¿Alguna vez te asustaste y sentiste una descarga de adrenalina? Vamos a trazar el circuito cerebral responsable de ese evento que hace latir el corazón más rápido.

El sistema de alarma

¿Qué sucede en el cerebro cuando tenemos miedo? Recuerda aquel pequeño cuadro rojo metálico en la pared del aula con un vidrio que decía “Romper en caso de incendio”. Así como la escuela tiene una alarma de incendio, también nuestro cerebro tiene un interruptor de alarma llamado **amígdala** (ver el diagrama en la página 7). Cuando se activa la alarma de incendio en la escuela, tiene dos funciones: captar la atención de todos en el edificio y alertar al operador del 911. De igual modo, la amígdala libera adrenalina desde las glándulas suprarrenales hacia el cerebro para captar la atención, y también alerta a una especie de operador del 911 para que envíe una señal urgente. El operador del 911 en el cerebro es el **hipotálamo**, que está conectado a la “torre de transmisión” de la **glándula pituitaria**. En lugar de ondas de radio, la glándula pituitaria transmite señales hormonales para

activar la respuesta de emergencia del cuerpo, que proviene de las glándulas suprarrenales: son los esteroides del estrés conocidos como **glucocorticoides**.

Cuando los equipos de emergencia llegan a un incendio escolar, hay un jefe de bomberos que evalúa la magnitud del incendio y la cantidad de recursos disponibles. Cuando hay suficientes bomberos, el jefe llama al operador del 911 y le dice que, aunque la alarma siga sonando, ya no es necesario enviar más ayuda.

En el cerebro, las neuronas del **hipocampo** son el jefe de bomberos. Estas tienen receptores de glucocorticoides que detectan el aumento de hormonas del estrés y envían una señal al hipotálamo diciendo: “Está bien, ya no es necesario seguir llamando a más refuerzos (hormonas del estrés)”. Luego, después de que ha sonado la alarma, el **administrador del cerebro**, que es la **corteza prefrontal dorsolateral** (CPFDL, la parte justo detrás de la frente), actuando como el director de la escuela, evalúa si hay un peligro real o si fue una falsa alarma. Si el administrador determina que hay un peligro real, la alarma se intensifica. Si determina que fue una “falsa alarma”, todo se calma.

Aquí tienes un ejemplo de cómo esto podría funcionar en tu vida. Imaginá que estás caminando por un prado con tu familia. Mientras avanzás por el pasto, por el rabillo del ojo ves algo negro y escurridizo cerca de tus pies. ¿Qué sucede? Tu alarma (la amígdala) se activa y libera directamente adrenalina desde tus glándulas suprarrenales para llamar tu atención. La alarma también llama a tu operador del 911 (el hipotálamo), que inmediatamente envía señales hormonales (a través de la glándula pituitaria) para convocar a los equipos de emergencia (glucocorticoides). Las glándulas suprarrenales despachan estas hormonas y, en combinación con la adrenalina, tu ritmo cardíaco aumenta, la presión arterial se eleva, la

respiración se acelera, se libera glucosa en el torrente sanguíneo, la sangre se desvía de los órganos internos hacia los músculos, y estás listo para salir corriendo lo más rápido posible. Esta es la clásica **respuesta de lucha o huida**.

Luego, después de todo eso, tu “administrador” (la CPFDL), la parte del cerebro justo detrás de la frente, donde ocurre el pensamiento y el razonamiento, entra en acción y dice: “Esperá, no es una serpiente, es solo una manguera de goma”. ¿Y qué pasa? Todo comienza a calmarse de inmediato.

O, imaginá que escuchás un estallido fuerte. Tu alarma (amígdala) se activa, causando la misma cascada de eventos excitatorios. La adrenalina fluye a través de tu sistema, llevándote a estar alerta. Luego tu CPFDL evalúa la fuente del ruido. Si esta “administradora” concluye que fue una explosión de un caño de escape, te tranquilizás. Sin embargo, si concluye que un hombre armado viene hacia vos por el pasillo, tu alarma suena aún más fuerte y una oleada mayor de hormonas del estrés inunda tu cuerpo. Una de las funciones de la corteza prefrontal es **procesar los estímulos provenientes del centro emocional del cerebro** y, ya sea, calmar el sistema o ponerlo en modo de lucha o huida.⁸

Desafortunadamente, muchas personas tienen dificultades para calmar su circuito de alarma, luchando con miedo recurrente o crónico. Pero ¿por qué sucede eso? Si Dios diseñó a la humanidad en armonía con su **ley del amor**, ¿qué pasó para que tantos vivan con miedo y ansiedad?

El origen del miedo

Imaginá que estás en un matrimonio verdaderamente saludable, generoso, centrado en el otro, lleno de amor. Tu cónyuge es fiel, leal, bondadoso y te prodiga amor con ternura. Al recibir esas muestras de afecto, una cuerda correspondiente vibra en tu corazón. El amor fluye a través tuyo de regreso hacia tu pareja, mientras te entregás libremente por su bienestar. En este estado, experimentás el gozo del diseño de Dios para los seres humanos.

Ahora imaginá que alguien cercano a vos—tu madre, padre, hermano o hermana, alguien a quien también amás y en quien confiás—viene y te dice una mentira: que tu cónyuge te está engañoando. Incluso te muestra fotos alteradas digitalmente con tu pareja en brazos de otra persona. Aunque no haya absolutamente ninguna verdad en eso, aunque tu cónyuge siga siendo leal, fiel y verdadero, si **creés la mentira**, algo dentro de vos cambia. El círculo de amor y confianza se rompe, ¡y el miedo entra!

Satanás es el **padre de la mentira** (Juan 8:44). Mintió acerca de Dios en el cielo, y mintió acerca de Dios a Adán y Eva. Ellos creyeron esas mentiras, y el círculo de amor y confianza se rompió en el corazón y la mente de nuestros primeros padres. A partir de ahí se desencadenó una **cascada de eventos destructivos**. Observá el efecto dominó:

- **Las mentiras creídas rompen el círculo de amor y confianza.**

Nuestros primeros padres pensaron: “Dios, no creo que seas bueno. Creo que estás tratando de reprimirnos, que acaparás el poder y el control. Por lo tanto, ya no confío en vos”.

- **El amor y la confianza rotos resultan en miedo y egoísmo.**

“Dios, ahora que creo que estás en mi contra, tengo miedo. Me asustás y no puedo confiar en que vas a cuidar de mí, así que tengo que encargarme yo mismo de mi bienestar”.

Este miedo y egoísmo son conocidos hoy como la “supervivencia del más

apto”, o el instinto de supervivencia, o “matar o ser matado”, o “primero yo”. Es lo opuesto al amor, a la generosidad y a la entrega, y es la infección que está destruyendo la creación de Dios.

- **El miedo y el egoísmo resultan en actos de pecado.**

“Será mejor que agarre ese fruto para exaltarme mientras pueda, antes de que Dios lo elimine y pierda mi oportunidad de avanzar”.

- **Los actos de pecado resultan en daño a la mente, el carácter y el cuerpo—una condición terminal.**

“El salario del pecado es la muerte” (Romanos 6:23).

Una vez que Adán y Eva creyeron las mentiras de la serpiente, el círculo de amor y confianza se rompió en sus corazones y mentes. Al creer la falsa imagen que Satanás presentó de Dios, dejaron de confiar en Él. Desde una perspectiva neurológica, sus **cortezas prefrontales**, en lugar de fluir con amor perfecto, activaron el **centro del miedo** (la amígdala), lo que provocó ansiedad, inseguridad y un deseo de protegerse. Por miedo, Adán y Eva corrieron y se escondieron. Su centro del miedo, hiperactivo y desregulado, deterioró aún más su juicio, y ya no pudieron pensar con claridad ni tomar decisiones sanas. Tomaron el asunto en sus propias manos y no solo comieron el fruto, intentando exaltarse a sí mismos, sino que luego también intentaron arreglar la situación **haciendo túnicas de hojas de higuera** para cubrir lo que habían hecho.

Eva creyó a la serpiente y tuvo miedo de Dios. Adán tuvo miedo de perder a Eva. En ambos casos, el amor fue quebrantado por una mentira, y el cerebro—que Dios diseñó para **crecer y reconfigurarse según los pensamientos que albergamos** (exploraremos esto más adelante)—se deterioró. La corteza prefrontal perdió su dominio, y el centro del miedo se inflamó. El amor fue suprimido y el miedo se convirtió en la **fuerza motriz principal de la humanidad caída**.

“Los que viven conforme a la naturaleza pecaminosa fijan su mente en lo que esa naturaleza desea; pero los que viven conforme al Espíritu fijan su mente en lo que el Espíritu desea. La mentalidad pecaminosa es muerte, pero la mentalidad que proviene del Espíritu es vida y paz. La mente pecaminosa es enemiga de Dios. No se somete a la ley de Dios, ni puede hacerlo. Los que viven según la naturaleza pecaminosa no pueden agradar a Dios.”

(Romanos 8:5–8, NVI 1984)

Pablo está diciendo que, desde Adán, los humanos nacen con **cerebros controlados por el miedo y el egoísmo**; y ese estado de desarmonía con el diseño de Dios para la vida solo puede conducir a la muerte. Pero cuando alguien confía en Dios, ocurre un cambio: la corteza prefrontal se **infunde con amor y verdad** por el Espíritu Santo, restaurando el equilibrio de Dios y conduciendo de nuevo a una vida pacífica, centrada en el otro. En cambio, el cerebro egoísta y dominado por el miedo es hostil a Dios y, en lugar de someterse al amor, **no puede agradarle**. Y toda esta cascada destructiva ocurre por haber creído **mentiras sobre Dios**.

Adán demostró inmediatamente cuán infectado estaba con el principio de “cuidarse a sí mismo primero” cuando culpó a Eva en un intento de salvarse, en lugar de ofrecerse para protegerla. Y como Dios les dio a Adán y Eva la capacidad de crear seres a su imagen, cada ser humano descendiente de ellos **nace infectado con esta condición terminal**: nuestros cerebros no funcionan naturalmente como Dios los diseñó.

Jesús y la raíz del pecado

Jesús enseñó que los **actos de pecado** son síntomas de un **corazón enfermo por el pecado**, cuando dijo:

“Ustedes han oido que se dijo: ‘No cometas adulterio’. Pero yo les digo que cualquiera que mira a una mujer y la codicia ya ha cometido adulterio con ella en su corazón.”

“Porque de lo que abunda en el corazón habla la boca. El hombre bueno saca el bien del tesoro de su corazón; el hombre malo saca el mal de su propio tesoro.”

“Porque del corazón salen los malos pensamientos, que llevan al homicidio, al adulterio y a otros actos inmorales; al robo, la mentira y la difamación.”

(Mateo 5:27-28; 12:34-35; 15:19, DHH)

¿Qué está diciendo Jesús? Está revelándonos que los **actos de pecado que cometemos tan libremente son síntomas o resultados de corazones y mentes infectados por el pecado**. Los actos de pecado son las consecuencias inevitables de que la ley del amor haya sido reemplazada por el miedo y el egoísmo en el corazón. Nuestra tendencia biológica a **poner el yo primero** es tan fuerte que, sin la intervención de Dios, los seres humanos son incapaces de hacer otra cosa que vivir movidos por el egoísmo basado en el miedo. De hecho, la libertad de amar, la capacidad de elegir sacrificarse a uno mismo, todo acto altruista, es una manifestación de la **gracia de Dios** obrando en nuestros corazones, a pesar de nosotros mismos—independientemente de si una persona reconoce conscientemente a Dios o no. Gracias a la victoria de Cristo (que exploraremos más adelante) y a la obra del Espíritu Santo, **nuestros corazones pueden elegir vencer nuestras tendencias hereditarias hacia el egoísmo**, pero esto debe ser una elección.

¿Qué es el corazón?

Neurológicamente hablando, el “corazón” es la **corteza cingulada anterior** (CCA), la parte del cerebro ubicada justo entre tus ojos y un poco hacia atrás desde tu frente. Es en esta región donde **experimentamos la empatía, la compasión y el amor**, y donde **elegimos entre el bien y el mal**.⁹

La parte del cerebro llamada **corteza prefrontal dorsolateral** (CPFDL) es donde razonamos, planificamos y tomamos decisiones. Si colocás tu dedo en el borde de tu ceja más cercano a la oreja y luego lo movés hacia arriba hasta la línea natural del cabello, la CPFDL se encuentra justo debajo de ese punto. Debajo de la CPFDL, justo sobre la parte superior de la órbita ocular, está la **corteza orbitofrontal** (COF), y adyacente a ella, hacia la línea media detrás de la nariz, está la **corteza prefrontal ventromedial** (CPFVM). Según la neurociencia actual, la COF y la CPFVM son las regiones más probables donde reside la **conciencia moral**. Es allí donde experimentamos la convicción de culpa y reconocemos comportamientos socialmente inapropiados, y desde estas regiones el cerebro envía instrucciones para corregir dichas conductas.¹⁰

La CPFDL (razón) combinada con la COF y la CPFVM (conciencia) conforman la facultad conocida como **juicio moral**. Curiosamente, la investigación ha demostrado que cuando la CPFVM (conciencia) está activa, la CPFDL (razón) está menos activa, y viceversa. Esto implica que, cuando nuestra conciencia está en paz, podemos razonar y pensar con mayor eficacia. Pero cuando participamos en actividades que violan la ley del amor de Dios, la conciencia deteriora nuestra capacidad de planificar y razonar. Es decir, **no podemos pensar con claridad cuando estamos abrumados por la culpa**. Para que nuestro juicio funcione de manera óptima, nuestra conciencia debe estar limpia. Y esto solo puede ocurrir cuando **vivimos en armonía con la ley del amor**, lo cual requiere **eliminar las ideas distorsionadas sobre Dios y volver al verdadero conocimiento de Él**. Cuando lo hacemos, la CCA

(corazón) se fortalece y **calma o resuelve la experiencia de culpa**. El amor es verdaderamente la base de la vida.¹¹

Este equilibrio asombroso entre la razón (CPFDL) y la conciencia (CPFVM y COF) fue diseñado por Dios para que los seres finitos puedan tomar decisiones saludables. Cuando contemplamos hacer algo que viola la ley del amor, la conciencia (CPFVM) se activa para alertarnos del peligro y, simultáneamente, debilita la planificación del acto destructivo (pecaminoso), mientras que la COF envía señales intentando corregir ese comportamiento inapropiado.

La batalla del cerebro

Imaginá que una persona activa su CPFDL para planear cómo puede aumentar sus ingresos. Si le viene la idea: “Podría plantar marihuana y vendérsela a los chicos del barrio”, la CPFVM y la COF deberían comenzar a activarse, trayendo convicción de que ese curso es incorrecto, y al mismo tiempo debilitando el funcionamiento de la CPFDL y redirigiendo a la persona hacia otra opción. La respuesta saludable sería concluir: “No, eso no es una buena idea”, lo cual calmaría la CPFVM y la COF, y el funcionamiento de la CPFDL mejoraría, especialmente al considerar acciones alternativas. Si luego aparece la idea de plantar y vender tomates, la CPFVM y la COF permanecen tranquilas. No se experimenta culpa, por lo que la CPFDL permanece sin obstáculos, y se puede planificar sanamente.

Quienes persisten en un camino no saludable (pecaminoso o egoísta), a pesar de la activación de su conciencia (CPFVM y COF), pueden encontrar mayor dificultad para **salir de esos comportamientos destructivos**. Esto se debe al efecto dañino que tienen las acciones egoísticas y basadas en el miedo sobre la

CCA. Es en la **CCA** donde la batalla entre el amor y el egoísmo **se gana o se pierde finalmente**. Los impulsos del centro del miedo y los juicios de la corteza prefrontal se encuentran en la CCA. Aquí debemos tomar una decisión y resolver la tensión interna.¹²

Los métodos de Dios—el amor y la verdad—fortalecen la CCA y calman los circuitos del miedo. Esto significa que, cuanto más claramente adoptemos conceptos de Dios basados en el amor y actuemos con altruismo, más saludable se vuelve nuestro cerebro. Y por el contrario, **cuanto más inducido por el miedo sea nuestro concepto de Dios, más egoístas serán nuestras acciones y más daño sufriremos.** Debido a que los circuitos del miedo producen emociones poderosas y pueden llevar a decisiones impulsivas, **nuestras emociones no están diseñadas para gobernar nuestras acciones.**¹³

Sí, Dios nos diseñó para experimentar placer y emociones intensas, pero esto debe estar en armonía con el funcionamiento saludable de la corteza prefrontal. ¿Alguna vez luchaste con un problema, un acertijo o una pregunta difícil, y después de días de estudio y contemplación finalmente se te “encendió la lamparita”? ¿Cómo te sentiste? ¿Fue placentero? Esa emoción positiva fue porque la corteza prefrontal activó el sistema emocional del cerebro, tal como Dios lo diseñó.

Cuando experimentás placer en una relación amorosa, euforia al ver una puesta de sol, o ese subidón emocional después de correr cinco kilómetros, estás viviendo una activación **saludable de las regiones emocionales** de tu cerebro, tal como Dios las diseñó. El problema ocurre cuando las emociones dominan la CCA y **anulan el buen juicio**, y usamos nuestra energía para satisfacer los deseos egoístas. Ese es el problema de las decisiones basadas en el miedo: **las emociones dominan, y se elige el egoísmo en lugar del amor.**

Nuestros actos de autoindulgencia luego dañan aún más nuestro cerebro, cuerpo, carácter y relaciones, lo cual lleva finalmente a la muerte. Esta es nuestra condición heredada de Adán; este es nuestro diagnóstico: **nacemos infectados con miedo y egoísmo**, con cerebros desequilibrados, con circuitos del miedo sobredesarrollados y circuitos del amor subdesarrollados, con mentes que **ya no conocen a Dios ni funcionan según su ley del amor**. Sin la intervención divina, esta condición es **terminal**, porque la vida solo es compatible con la ley del amor.

Una mentira creída

En marzo de 2008, tras dos años de investigación, juicio y deliberación, John White, de 53 años, fue condenado a prisión por **homicidio involuntario agravado**. John White admitió haber disparado y matado a Daniel Cicciaro, un vecino de 17 años y amigo de su hijo Aaron.

¿Cómo pudo ocurrir semejante tragedia? ¿Cómo se rompió el círculo de amistad? ¿Qué pudo llevar a un vecino a disparar contra otro? Se dijo una mentira. Se creyó una mentira. El **círculo de amor y confianza se rompió**.

Esto fue lo que pasó. Michael Longo, amigo del hijo de John, accedió a la cuenta de MySpace de Aaron White y envió un mensaje **amenazando con violar a una adolescente** que era amiga cercana de Daniel Cicciaro. Michael declaró, bajo juramento, que lo hizo como una broma pesada. Pero Daniel creyó que la amenaza era real, así que reunió a tres amigos para enfrentar la situación.

Llamó a Aaron White repetidamente. Lo amenazó, usando insultos racistas. Le dijo que los cuatro jóvenes estaban en camino a su casa para matarlo. Aaron despertó a su padre y, mientras los cuatro se acercaban a la casa, Aaron

y John—ambos armados—salieron al porche, donde discutieron con los jóvenes. El enfrentamiento terminó cuando John White **le disparó en la cara a Daniel Cicciaro.**

Daniel creía que protegía a su amiga de una violación. John creía que protegía a su hijo de ser asesinado. Ambos creían que hacían lo correcto, que defendían a otro. ¿Por qué ocurrió esta tragedia? **¡Porque se creyó una mentira!** Una vez roto el círculo de amor y confianza, **el miedo y el egoísmo se inflamaron en el corazón.**

Nuestra condición terminal no es nuestra culpa

Imaginá que un hombre con VIH y una mujer con VIH tienen un hijo, y ese niño **nace infectado**. ¿Qué hizo mal ese niño? ¡Nada! Igual que vos y yo, **no hicimos nada mal para nacer en este estado egoísta terminal**. No es nuestra culpa que hayamos nacido con cerebros desequilibrados. Pero, igual que ese bebé, aunque no hizo nada malo, **sufre una condición que, si no se cura, lo matará**. Esa es nuestra situación también. No nacemos culpables; **nacemos terminales**: “muertos en sus transgresiones y pecados” (Efesios 2:1). Nacemos con cerebros que activan naturalmente el centro del miedo, debilitan la corteza prefrontal y buscan proteger al yo a expensas del otro.

La humanidad fue creada por Dios para funcionar con un amor perfecto, centrado en los demás, movido hacia afuera, dando en acciones beneficiosas hacia los otros. Mientras Adán y Eva estuvieron en armonía con la ley del amor, **no morirían**. Pero pecar es quebrantar la ley (1 Juan 3:4). Pecar es **romper la ley del amor**. Así como cortar la garganta mata al animal, o accionar un interruptor apaga la luz, o sacar el dinero de circulación destruye

la economía, cuando se rompe la ley del amor, el único resultado posible sin intervención divina es la **ruina y la muerte**.

“El salario del pecado es la muerte” (Romanos 6:23).

“El pecado, una vez que ha madurado, da a luz la muerte” (Santiago 1:15).

¿Por qué? Porque un cerebro gobernado por los circuitos del miedo está **desconectado de Dios**, nuestra fuente de vida. Solo el **amor que proviene de Dios** puede liberarnos del miedo.

El Dador de la vida

Los estudios de imágenes cerebrales han demostrado que, cuanto más tiempo pasa una persona **en comunión con el Dios del amor**, más se desarrolla su CCA. No solo eso: experimenta una disminución de las hormonas del estrés, la presión arterial, la frecuencia cardíaca y el riesgo de muerte prematura.

Aun en cuerpos defectuosos y mortales, **el amor sana**. En cambio, cuanto más tiempo se dedica a contemplar una imagen de un Dios enojado, iracundo e inspirador de temor, **más daño sufre el cerebro**, más rápido se deteriora la salud y mayor es el riesgo de muerte temprana.¹⁴

Jesús vino para que tengamos vida, y la tengamos en **abundancia**, aquí y ahora, mientras esperamos el día en que esta vida mortal se revista de inmortalidad (Juan 10:10; 1 Corintios 15:53). La vida abundante es la vida del amor, y solo se da cuando **reemplazamos las versiones distorsionadas de Dios por la verdad**, permitiendo que el amor de Dios fluya a través de nosotros hacia los demás. Y es en la corteza prefrontal donde comprendemos la verdad, experimentamos el amor de Dios y amamos altruistamente a otros.

Ese día, al continuar con mi imaginación, vi aquel evento trágico cuando se creyeron mentiras sobre Dios y se abrió la compuerta de la ruina y la muerte. El círculo de la entrega, el principio de bondad centrada en el otro, dejó de ser la norma de vida en el planeta Tierra. Cuando Adán creyó las mentiras sobre Dios y rompió el círculo de amor y confianza, **su regla de amor cambió por una de miedo y egoísmo—y la naturaleza lo siguió**. El impulso de sobrevivir—matar o ser matado, el principio antagonista de Satanás de “yo primero”—infectó a todo el mundo. Los ángeles celestiales lloraron al ver cómo se extendía la corrupción. La tierra comenzó a cambiar. Las flores se marchitaban y morían, las hojas caían de los árboles, surgía la descomposición. Los animales empezaron a atacarse entre sí. Los fuertes se aprovechaban de los débiles. Aparecieron espinas, cardos y plantas nocivas. El hermano se volvió contra el hermano, y la ira, los celos y el odio borraron el amor del corazón. Dios comenzó a **afligirse**, la naturaleza **gemía**—la infección se propagaba (Romanos 8:19–22).

=

3. La Infección del Miedo

**“Quienes aman ser temidos temen ser amados,
y ellos mismos tienen más miedo que nadie,
pues mientras que otros hombres solo los temen a ellos,
ellos temen a todos.”**

—San Francisco de Sales

Vince era lo que podrías llamar un caso lastimoso. Vino a verme deprimido, infeliz y contemplando el suicidio. Vince atraía a las mujeres como la miel a las abejas. Entonces, ya en sus cuarentas, era atlético, delgado y fuerte como un mustang montañés. La mayoría lo consideraba atractivo y su negocio era financieramente estable. Sin embargo, a pesar de todo su aparente éxito, Vince nunca era feliz, nunca tenía paz y nunca lograba mantener una relación sana.

Había pasado por una larga historia de relaciones fallidas, todas siguiendo un patrón predecible. Vince perseguía a una mujer y, usualmente, ganaba su afecto. Pero una vez en la relación, el miedo y la inseguridad se apoderaban de él. Dudaba si merecía a la mujer con la que estaba. Temía que nadie pudiera realmente amarlo, y su ansiedad inevitablemente contaminaba cada romance de diversas maneras.

Vince colmaba a sus novias con regalos, notas, llamadas telefónicas y correos electrónicos—no porque quisiera dar, sino como medio para obtener su

alabanza y admiración. Al principio, sus novias se sentían halagadas y conquistadas. Con el tiempo, invariablemente se cansaban y agotaban de su constante necesidad de elogios, atención y admiración.

Pero, por supuesto, no eran solo muestras de afecto: el miedo de Vince también tenía un lado feo. Era violentamente celoso y veía amenazas en cada esquina. Si su novia decidía estudiar para un examen en lugar de salir con él, la acusaba de querer ver a otros chicos. Si sonaba su teléfono y no lo contestaba, sospechaba que recibía llamadas de otros hombres. Si salían y otro hombre la miraba, enfrentaba al observador, avergonzándola. Tan inseguro, tan temeroso, tan constantemente asustado estaba, que monitoreaba los teléfonos, comportamientos, correos electrónicos y amistades de sus novias. Inevitablemente, cada relación terminaba igual: Vince era dejado sin ceremonias.

El Factor Miedo

El miedo es un intruso, un invasor antinatural, como una bacteria carnívora—que devora y deforma toda la creación. Tan pronto como Adán creyó las mentiras sobre Dios y se rompió el círculo de amor y confianza, el miedo infectó el corazón humano. Alimentada por el miedo y el egoísmo, la imaginación de los hombres se desbocó y creó toda idea distorsionada, torcida y pervertida acerca de Dios, lo que solo incitó más miedo (Jer 17:9; Rom 1:18–21; 2 Cor 10:5).

Hoy, el miedo está constantemente con nosotros, acechándonos, escondido en las sombras de nuestra mente. Podemos contenerlo por breves momentos, pero acecha en la oscuridad de nuestro corazón. No espera una invitación; irrumppe en nuestra vida, pisoteando nuestro mundo como ganado

aplastando margaritas. No hablo de la alerta adaptativa, que aparece cuando la casa se incendia, un oso se aproxima o uno se acerca al borde de un precipicio. No, el miedo nacido del pecado es una inquietud nociva que hierve en nuestra mente inconsciente, amenazando con destruir toda nuestra felicidad. Huimos de él, pero nos impulsa hacia adelante mientras buscamos, tanteamos y esperamos alivio. Pero el miedo solo nos lleva a más dolor.

El miedo es parte de la infección del pecado. Nos aleja de Dios, de la sanación, de la paz, y nos conduce hacia la autodestrucción. Hace unos años leí sobre una profesora de química de secundaria y dos de sus alumnos de último año que fueron arrestados y condenados por incendio premeditado y fraude al seguro. La profesora estaba varios meses atrasada en los pagos de su automóvil, que estaba por ser embargado. Los dos estudiantes estaban reprobando su clase.

Ella les propuso un trato: si robaban su coche y lo incendiaban, ella presentaría un reclamo al seguro para evitar el embargo y arruinar su crédito. A cambio, les aprobaría la materia. Llevaron a cabo el plan, pero fueron atrapados. Los tres fueron enviados a prisión. El miedo deteriora nuestro juicio, paraliza nuestra razón y nos lleva por el camino del egoísmo.

Las Muchas Caras del Miedo

El miedo viene en muchos tamaños y formas. En un extremo del espectro está el megalómano—el tipo de miedo que demostraron Hitler, Stalin, Castro y otros déspotas. Su ascenso al poder fue impulsado por el miedo: miedo a los judíos, gitanos, eslavos, cristianos, al capitalismo y a la libertad misma. Esos matones de la historia estaban consumidos por el miedo, pero en lugar de erradicarlo, lo abrazaron, unieron sus corazones a él y se volvieron uno con él.

El miedo se convirtió en su arma contra la sociedad: dividiendo, conquistando y destruyendo. Estos embajadores del mal, con corazones y mentes tan moldeados por el anti-amor, crearon sociedades deformes y golpeadas por el miedo. Y la historia es clara: donde abunda el miedo, la muerte pronto sigue.

En el otro extremo del espectro está el “ratón” humano. Temiendo el rechazo, aterrados por la vergüenza, paralizados por la crítica, estas personas domesticadas por el miedo se rebajan al punto de convertirse en felpudos sobre los que el mundo entero camina. Nunca dicen que no, nunca se defienden, nunca establecen límites, porque están controlados por el miedo a lo que otros puedan decir, cómo responderán o qué pensarán.

Entre estos dos extremos existen toda clase de apariciones llenas de miedo, transformando la inseguridad en mecanismos de supervivencia únicos—el abusón del recreo, el orgulloso, el arrogante, el racista, el fanático, el sexista. Aquí también encontrarás al alcohólico, al adicto a las drogas, al sexo, a las compras; al religioso extremista, al cultista, al separatista; al mujeriego, al mentiroso, al trámposo y al estafador—cada uno motivado por el miedo, cada uno buscando una forma de protegerse, promoverse o beneficiarse. Pero en lugar de sobrevivir, sanar o crecer, todos están muriendo lentamente y destruyendo a otros en el proceso. La vida, la salud y la felicidad solo se encuentran donde el amor fluye libremente. ¡Y el amor solo fluye libremente donde se conoce la verdad acerca de Dios!

Fuera de Balance

La activación constante del sistema de ansiedad ocurre en cerebros fuera de balance y es una sobrerreacción a estímulos ambientales. Debido al pecado, todos nuestros cerebros están desequilibrados, y todos experimentamos, con

demasiada frecuencia, los efectos del estrés descontrolado: la activación de la amígdala. Los biólogos evolutivos sugerirían que la respuesta de lucha o huida es una reacción muy adaptativa para promover la supervivencia frente a una crisis inmediata. Pero es esta activación del sistema de alarma la que daña el cerebro, deteriora el pensamiento sano y perjudica el cuerpo. Cuanto más tiempo se activa la alarma, más pronunciado es el daño.

Si la alarma (la amígdala) no se apaga, incluso cuando nuestro jefe de bomberos (el hipocampo) mantiene bajo control a nuestro operador del 911 (el hipotálamo), el estrés constante perjudica el crecimiento físico al desviar sangre y energía desde los órganos internos hacia los músculos. Además, nuestro sistema inmunológico se debilita y nuestra corteza prefrontal se paraliza. Por eso las personas bajo alto estrés son más vulnerables a infecciones, resfriados y otras enfermedades, y por qué rinden tan mal en exámenes cuando están ansiosas o temerosas.

Miedo y Amor Son Inversamente Proporcionales

He aquí lo esencial: cuando el miedo aumenta, el amor, el crecimiento, el desarrollo y el pensamiento saludable disminuyen. Cuando el amor aumenta, no solo disminuye el miedo, sino que mejoran el crecimiento, el desarrollo y el pensamiento saludable. El miedo y el amor son inversamente proporcionales. Es en nuestra corteza prefrontal donde experimentamos el amor sano, la compasión, el altruismo, la empatía, la capacidad de razonar, el juicio, la habilidad para adorar, la conciencia moral y la capacidad de planificar, organizar y resolver problemas. Mientras que el miedo, la inseguridad, el egoísmo, la ira, la rabia, la lujuria, los celos, la envidia y la agresión surgen de nuestros sistemas límbicos constantemente estimulados.

Esto nos devuelve a Vince. Vince era crónicamente inseguro, y cuanto más miedo experimentaba, más se activaba su amígdala, lo que deterioraba el funcionamiento de su corteza prefrontal. Al no haber conocido nunca un amor sano, su corteza prefrontal estaba dominada por los impulsos de su sistema límbico. Vince no actuaba de forma amable, amorosa, compasiva ni madura hacia sus novias. Por lo tanto, sus relaciones siempre fracasaban, y esos fracasos lo llevaban a pensar de forma negativa sobre sí mismo y sobre los demás. Sus procesos de pensamiento negativo creaban circuitos neuronales insalubres en su corteza prefrontal, que solo activaban aún más intensamente la amígdala, deteriorando aún más el funcionamiento saludable de la corteza prefrontal. Estaba atrapado en un ciclo descendente doloroso y vicioso. Este proceso daña el cerebro y, si no se detiene, eventualmente se pierde por completo la capacidad de pensar de forma saludable. Pero, ¿cómo comienza todo esto?

El Cerebro en Desarrollo

Una posible vía por la que se puede iniciar la ansiedad es un efecto prenatal sobre el cerebro. El desarrollo cerebral comienza en el útero.

Desafortunadamente, como cualquier estrés inusualmente alto provoca que el cuerpo libere hormonas del estrés (glucocorticoides), si esto ocurre durante el embarazo, esas hormonas atraviesan la barrera placentaria y alteran el cerebro fetal en desarrollo. Dañan el “sistema de freno” de la amígdala del cerebro en crecimiento, lo que significa que un niño nacido de una madre con alto estrés tendrá un cerebro menos capaz de calmarse a sí mismo y de apagar su circuito de alarma. Esos niños comenzarán la vida desde una base más ansiosa y temerosa de lo que hubieran experimentado de otro modo.

Después del nacimiento, el cerebro de un bebé contiene cientos de millones de neuronas más que las que tendrá a los ocho años de edad. Durante los primeros ocho años de vida, el cerebro se dedica a eliminar neuronas por cientos de millones. Al principio esto no suena muy productivo. Pero pensalo como el bloque de mármol de Miguel Ángel antes de empezar a esculpirlo, y luego pensá en el mismo bloque después de haber sido transformado en una maravillosa obra de arte. Cuando el artista termina, tiene menos mármol, pero tiene una obra maestra. El cerebro viene al mundo preparado para ser moldeado por la educación, el entorno y la experiencia. Millones de neuronas están esperando ser retenidas, fortalecidas y ampliadas. Pero aquellos circuitos neuronales que no se usan son podados, eliminados o reasignados.

Tal vez hayas oído hablar de casos de niños que fueron descuidados, abusados o abandonados y no tuvieron una exposición normal al lenguaje. Dichos niños nunca aprenden a hablar con normalidad. Un caso es el de “Genie”, quien, aproximadamente a los veinte meses de edad, fue encerrada en una habitación y pasó los siguientes once años de su vida en aislamiento. Cuando fue rescatada a los trece años, estaba profundamente discapacitada y, a pesar de los intensivos esfuerzos de rehabilitación, nunca aprendió a hablar eficazmente. Otro caso es el de Kamala, supuestamente encontrada viviendo con lobos por el misionero J. A. Singh cuando la niña tenía ocho años. No podía hablar, pero emitía aullidos inarticulados, caminaba en cuatro patas y lamía la comida como un perro. A pesar de vivir nueve años más, nunca aprendió a hablar más de cincuenta palabras.

Estos casos trágicos demuestran procesos normales del cerebro humano—los circuitos neuronales que no se utilizan no se desarrollan o son eliminados, pero aquellos que sí se usan son fortalecidos y ampliados. Esto ocurre en todo el cerebro. Por lo tanto, las actividades que, repetida y regularmente, activan

la amígdala (alarma) durante la infancia fomentarán su desarrollo y perjudicarán el crecimiento de la corteza prefrontal.

Entretenimiento y el Cerebro en Desarrollo

Uno de los factores no reconocidos que contribuye al aumento del miedo y de los trastornos psiquiátricos es la alta prevalencia de entretenimiento teatral, incluida la televisión, especialmente entre los niños. El “entretenimiento teatral” se refiere a programación diseñada, mediante la simulación o actuaciones artificiales, para provocar reacciones emocionales, mientras que en su mayor parte desactiva el razonamiento crítico. Antes exploramos el desarrollo normal del cerebro. Descubrimos que durante los primeros ocho años de vida, el cerebro está ocupado eliminando conexiones sinápticas por cientos de millones. Los circuitos neuronales que se utilizan se conservan. Los que se dejan inactivos, o no se desarrollan, o son eliminados. Comprender este proceso fisiológico normal es clave para entender la devastación que la televisión teatral ha causado en el cerebro.

La programación teatral—que no debe confundirse con la programación educativa—tiene como efecto primario activar el sistema límbico mientras simultáneamente disminuye la actividad de la corteza prefrontal. El entretenimiento teatral está diseñado para provocar una respuesta emocional en la audiencia, y mientras más fuerte sea la reacción emocional, “mejor” es el programa. Estos programas buscan que rías, llores, sientas miedo, excitación, ira, irritación o frustración, mientras simultáneamente apagan tu pensamiento crítico.

Tengo algunos amigos que amaban ver la popular serie de televisión llamada *24*, pero no cuando yo estaba presente porque usualmente decía algo como: “Esto es una tontería”. La trama de una temporada era más o menos así: un

terrorista extranjero ingresaba ilegalmente a Estados Unidos. Él (y/o sus cómplices) lograba acceso a una base militar secreta de alta seguridad y robaba un arma nuclear junto con sus códigos de activación. Luego se infiltraba en otra instalación y robaba un misil de crucero silencioso. Luego, en una granja remota del medio oeste, él y sus técnicos combinaban ambos elementos, programaban el misil, lo lanzaban y destruían una ciudad estadounidense—todo en un período de veinticuatro horas. Pensalo un momento.

Cuando yo desestimaba la trama como ridícula, mis amigos respondían: “No se supone que lo pienses. No se supone que razones. Se supone que suspendas la lógica.” En otras palabras, para disfrutar el programa, debía apagar mi razonamiento (la corteza prefrontal dorsolateral) y permitir que mi sistema límbico corriera sin control y experimentara la montaña rusa emocional para la que el programa fue diseñado.

La programación teatral tiene un impacto similar en la mayoría de los cerebros humanos, pero los niños entre el nacimiento y los ocho años son particularmente vulnerables debido a la gran modificación del circuito neuronal que ocurre durante este tiempo. Los estudios han demostrado que cuanto más entretenimiento teatral consumen los niños durante los primeros ocho años de vida, mayor es su riesgo de tener problemas de atención, concentración y enfoque (disfunción de la corteza prefrontal), y mayores son las tasas de violencia, comportamiento impulsivo, conductas sexuales, ansiedad y problemas de ánimo.

Tristemente, muchos padres, los medios de comunicación e incluso grupos religiosos han concluido erróneamente que este problema es exclusivamente de contenido. El viejo dicho “basura entra, basura sale” ha sido utilizado por muchos predicadores bien intencionados para desalentar contenido

inapropiado. Y si bien es absolutamente apropiado evitar el mal contenido, el problema del entretenimiento teatral no es principalmente una cuestión de contenido. El problema es del desarrollo neuronal. En otras palabras, ver entretenimiento teatral con clasificación “Apta para todo público” (*G-rated*) igual dañará el cerebro en desarrollo.

Enlace con la Violencia

El Dr. Brandon Centerwall realizó el estudio seminal sobre este tema, publicado en el *Journal of the American Medical Association* en 1992. Quería determinar si había un vínculo entre ver televisión y el aumento de la violencia en la sociedad. Esto indicaría una disfunción en el circuito cerebral, ya que la agresión, la rabia y la ira surgen del sistema límbico, mientras que la corteza prefrontal ejerce autocontrol y contención. Por tanto, un aumento de violencia indicaría pérdida del control de la corteza prefrontal sobre los impulsos del sistema límbico. El Dr. Centerwall usó un indicador claro de violencia: las tasas de homicidio antes y después de la introducción de la televisión en la sociedad. Eligió tres países para su investigación: Estados Unidos, Canadá y Sudáfrica.

Estados Unidos y Canadá permitieron la introducción de la televisión en 1945, pero Sudáfrica no lo hizo hasta 1974. Canadá fue incluido porque tenía leyes estrictas de control de armas, y si las tasas de homicidio aumentaban en Estados Unidos, el Dr. Centerwall no quería que el fácil acceso a las armas restara valor al impacto del visionado televisivo. Y para evitar que las políticas racistas del apartheid en Sudáfrica sesgaran los hallazgos, solo se midieron los homicidios de blancos contra blancos.

Los resultados fueron asombrosos. Entre 1945 y 1974, tras la introducción de la televisión, las tasas de homicidio en Canadá aumentaron un 92%. En Estados Unidos, las tasas de asesinato aumentaron un 93%, pero en Sudáfrica, durante el mismo período, los homicidios entre blancos disminuyeron un 7%. Pero aquí viene lo impactante: el Dr. Centerwall examinó los homicidios entre blancos en Sudáfrica de 1974 a 1987, tras la introducción de la televisión, y sorprendentemente, las tasas de homicidio se dispararon un 130%.

¿Qué tipo de programación había en la televisión estadounidense entre 1945 y 1974? *Howdy Doody, Leave It to Beaver, I Love Lucy, Car 54, Gilligan's Island, Lassie, Rin Tin Tin, The Lone Ranger...* programas como esos. ¿Qué clasificación recibirían todos esos programas? Una clasificación “Apta para todo público” (*G-rated*). Sin embargo, las tasas de homicidio aumentaron un 92% en Canadá y un 93% en Estados Unidos. Cuando el contenido empeoró después de 1974, las tasas de homicidio aumentaron un 130%. Si ver televisión desempeña un papel en la violencia social, parece que el contenido es un **amplificador** del problema, pero no su causa central.

En 2007, Frederick Zimmerman y Dimitri Christakis confirmaron que ver televisión educativa en niños mayores de dos años no empeoraba los problemas de atención, pero tanto la programación teatral no violenta como la violenta sí lo hacían.

El Problema Principal es el Desarrollo Neuronal

La sobreestimulación del sistema límbico a través del entretenimiento teatral –mientras se reduce el uso de la corteza prefrontal durante los años de desarrollo– provoca que los niños crezcan con cerebros fuera de balance. Cuando llega la adolescencia y las hormonas se disparan, el sistema límbico se

inflama y las emociones se vuelven inestables. Sin cortezas prefrontales correctamente desarrolladas para procesar y contener el sistema límbico, y con centros emocionales hiperdesarrollados, estos adolescentes no solo tienen mayores riesgos de problemas de atención, sino que también es más probable que sean volátiles emocionalmente, impulsivos, agresivos, ansiosos, y que presenten promiscuidad sexual y violencia. También hay un aumento en el riesgo de consumo de alcohol y drogas ilegales como intento de calmarse químicamente.

Los videos musicales, que activan los circuitos límbicos, también se han asociado con el aumento de violencia y comportamientos destructivos. Investigaciones de Gina Wingood y otros documentaron que los adolescentes expuestos a videos de música rap tenían tres veces más probabilidades de haber golpeado a un maestro; más de 2,5 veces más probabilidades de haber sido arrestados; dos veces más probabilidades de haber tenido múltiples parejas sexuales; y más de 1,5 veces más probabilidades de haber contraído una enfermedad de transmisión sexual, usado drogas y consumido alcohol durante el período de seguimiento de doce meses. Otras investigaciones han documentado que ver videos de música pop aumentó el riesgo de consumo de alcohol en adolescentes en un 31%.

El Estrés Infantil Cambia el Cerebro

Mientras que el entretenimiento teatral impacta negativamente el desarrollo cerebral, los traumas infantiles son aún más dañinos. La Dra. Andrea Danese y su equipo siguieron a más de 800 individuos durante 32 años para determinar el impacto que el estrés infantil tiene sobre la salud mental y física. Identificaron tres medidas de estrés infantil: abuso físico o sexual evidente, negligencia y privación socioeconómica. El equipo de investigación

clasificó a las personas en tres grupos: los que no tuvieron ninguno de estos eventos adversos durante la infancia, los que tuvieron uno y los que tuvieron dos o más. Luego, durante los 32 años siguientes, documentaron quiénes desarrollaban depresión, problemas metabólicos como diabetes, aumento de inflamación y mayor riesgo general de enfermedades. Los resultados demostraron que, cuanto mayor fue el estrés infantil, mayor fue la incidencia de depresión, inflamación (cuya implicancia veremos más adelante) y enfermedades metabólicas en la adultez. El estudio concluyó:

“Los niños expuestos a experiencias psicosociales adversas presentan anormalidades emocionales, inmunológicas y metabólicas duraderas que contribuyen a explicar su mayor riesgo de enfermedades relacionadas con la edad.”

Los niños criados en entornos de alto estrés, con poca atención o abuso, experimentan un **sobredesarrollo de los centros del miedo y las emociones, y un subdesarrollo de los centros del juicio, el amor y la razón**. Experimentan niveles más altos de hormonas del estrés durante su desarrollo, lo que resulta en mayor vulnerabilidad a diversas enfermedades crónicas, incluidas la depresión, enfermedades inflamatorias y problemas metabólicos. Debido a estos cambios cerebrales, dichas personas tienen dificultad para desarrollar empatía, compasión, confianza, amor altruista, paciencia y relaciones saludables.

Vince y el Cerebro Dañado

Este era uno de los problemas de Vince. No solo recibió malos ejemplos durante la infancia, sino que el alto nivel de estrés que experimentó causó cambios cerebrales que dificultaron aún más experimentar un amor sano y un pensamiento saludable. La amígdala hipersensible de Vince y su corteza

prefrontal poco desarrollada lo llevaban a anticipar daño, desaire y rechazo incluso cuando no existía ninguna amenaza real. Por eso era excesivamente controlador, en un intento por evitar ser herido, rechazado o abandonado.

La lucha de Vince entre el amor y el miedo no es solo suya. Cada ser humano descendiente de Adán y Eva nace infectado con miedo y egoísmo: miedo al fracaso, miedo a lo que otros piensen, miedo a no conseguir ese trabajo, miedo a no conseguir esa pareja, miedo a no sacar esa nota, miedo a no ser amado, miedo a estar solo, miedo, miedo, miedo.

Según el Instituto Nacional de Salud Mental, los trastornos de ansiedad son el problema de salud mental más común en Estados Unidos, afectando al **28,8% de los adultos** en algún momento de su vida—y la incidencia parece estar en aumento. Cuando el centro del miedo en el cerebro (la amígdala) se activa y no es calmado, desencadena una cascada de eventos corrosivos que destruyen nuestros cuerpos y cerebros. El sistema nervioso simpático activa la liberación de hormonas del estrés (glucocorticoides y adrenalina) y factores inflamatorios (citoquinas). Estos factores inflamatorios causan estragos en el cuerpo, aumentando enfermedades, problemas metabólicos y dolor.

Fertilizante para el Cerebro

La elevación continua de estos factores inflamatorios eventualmente afecta al cerebro, suprimiendo genes que producen proteínas llamadas **factores neurotróficos**. Una de estas proteínas es el **factor neurotrófico derivado del cerebro (BDNF)**. “Derivado del cerebro” significa que el cerebro lo produce; “neurotrófico” se refiere a que hace crecer y fortalecer a las neuronas. Pensá en el BDNF como fertilizante para tus neuronas. Cuando esta proteína está disponible, las neuronas que la reciben crecen más fuertes y

envían más conexiones a otras neuronas, aumentando los circuitos cerebrales. El cerebro incluso fabrica nuevas neuronas bajo la influencia de esta proteína. Con esta proteína disponible en las regiones cerebrales correctas, podemos aprender más rápido y con mayor facilidad. Cuando esta proteína (y otras similares) escasea, el cerebro deja de fabricar nuevas neuronas, y las que ya tenemos empiezan a atrofiarse y morir.

En el cerebro, las células blancas de soporte rodean a las neuronas como un traje espacial rodea a un astronauta. Así como el traje proporciona un ambiente seguro, estas células blancas rodean las neuronas, dendritas, axones y sinapsis, bañando a las neuronas en fluidos nutricionales ricos que les agradan. No solo las neuronas producen BDNF, sino que las células de soporte también lo hacen, ayudando a mantener saludables a las neuronas.

Pero el aumento persistente de los factores inflamatorios, causado por el miedo y la ansiedad crónicos, provoca varios problemas en el cerebro. Primero, dañan las células blancas que protegen y sustentan a las neuronas. Segundo, el estrés—la respuesta de lucha o huida—detiene el crecimiento al suprimir factores como el BDNF. Esto perjudica el aprendizaje y desarrollo.

La señal de estrés crónico provoca que se transmita un mensaje al ADN en las células cerebrales—tanto neuronas como células de soporte—ordenando apagar el gen que produce BDNF. Una vez que ese gen se apaga, el volumen cerebral comienza a encogerse en el hipocampo y partes de la corteza prefrontal. Estos cambios cerebrales están relacionados con trastornos como la depresión mayor.

La Buena Noticia: Neuroplasticidad

La buena noticia es que muchas regiones del cerebro siguen siendo modificables durante toda la vida, gracias a una condición llamada **neuroplasticidad**. Esto es particularmente cierto en la **corteza prefrontal**. A medida que ejercitamos circuitos neuronales saludables, estos se desarrollan, se fortalecen y se expanden. Por el contrario, el cerebro elimina los circuitos no saludables cuando los dejamos inactivos.

Los Métodos de Dios y su Aplicación Personal

Cuando se aplican los métodos de Dios para mejorar la salud cerebral y fomentar la estabilidad mental, los circuitos de la corteza prefrontal en realidad se fortalecen y, a pesar del daño previo, la sanación ocurre. Las conexiones saludables crecen y se desarrollan. Si sos una persona que ha sufrido abuso durante la infancia, o si has luchado con un sistema límbico hiperactivo que resulta en demasiada agresión, irritabilidad, impaciencia, ira, lujuria, egoísmo, miedo o inseguridad, no te desanimes. **Los métodos de Dios traen sanación.**

¿Y cuáles son esos métodos? **Verdad, amor y libertad**. Para que el tratamiento sea beneficioso, debe aplicarse; la verdad solo es beneficiosa cuando es comprendida, creída y aplicada. Por eso, examiná las tres fuentes de evidencia:

- 1. Las Escrituras,**
- 2. Las leyes comprobables de la naturaleza,**
- 3. Y la experiencia.**

¿Ves armonía entre esas tres fuentes, demostrando que la humanidad actualmente lucha con el miedo y el egoísmo? ¿Confirma la evidencia que la

explotación egoísta es destructiva? ¿Y apoya la evidencia que los métodos de Dios son sanadores y restauradores?

Los métodos de Dios incluirían, pero no se limitarían a:

- **Adorar a un Dios de amor y rechazar conceptos de Dios que inducen miedo.**
- **Meditar regularmente (al menos 15 minutos por día)** en algún aspecto del carácter de amor de Dios.
- **Ser veraz y eliminar toda falsedad de la mente.** Esto es particularmente importante para quienes han sufrido abuso. Los niños abusados, debido al nivel de desarrollo cerebral, interpretan erróneamente el significado del abuso e internalizan distorsiones sobre sí mismos. Las falsedades típicas incluyen: “Soy feo. Soy asqueroso. Soy sucio, repulsivo e indigno de ser amado.”

Todas esas distorsiones deben ser reemplazadas por la verdad.

Pensalo: si vieras a un hombre adulto abusando de un niño de seis años, ¿pensarías “qué niño tan repugnante”? **¡Jamás!** Pero el niño inevitablemente se va sintiéndose terrible consigo mismo.

Aunque los hechos históricos no se pueden cambiar, el adulto que sufrió abuso **puede reevaluar ese evento pasado y aplicar la verdad:** que los sentimientos horribles que una vez experimentó **pertenecen al evento, no a su identidad.**

Aplicar la verdad trae sanación.

- **Vivir para dar.** Buscar activamente ayudar a otros; involucrarse en algún ministerio o actividad voluntaria.
- **Establecer relaciones con personas de carácter amoroso y maduro, y cortar vínculos con relaciones destructivas o explotadoras.**
- **Confiar en Dios con tu vida y con sus resultados.** Elegí cumplir tus responsabilidades conocidas en armonía con tu conciencia y la voluntad

de Dios, y **confiá en Él con el resultado.**

Una de las mayores fuentes de preocupación y miedo es tratar de forzar que la vida salga como queremos, en lugar de simplemente elegir lo correcto en cuanto al dominio propio y confiarle a Dios el resultado.

(Considerá a los tres jóvenes hebreos en la llanura de Dura, según el libro de Daniel. Arrodillarse ante el ídolo o no: **esa era su decisión.** Lo que sucedería después, **no podían controlarlo.**

Pero con demasiada frecuencia, en esas circunstancias, **nos enfocamos en lo que podría pasar como resultado de nuestra decisión**, y entonces **modificamos nuestra elección para controlar el resultado.**

Si estuviéramos en esa llanura, sabiendo que inclinarse era malo pero sin querer entrar al horno de fuego, **¿nos habríamos agachado a atarnos los cordones del zapato cuando sonó la música?**)

- **Vivir en armonía con los protocolos físicos de diseño para la vida:** dormir regularmente, beber suficiente agua, ejercitarse cuerpo y mente, evitar toxinas y llevar una dieta equilibrada.
- **Cuando cometas errores, resolvé la culpa lo antes posible**, perdoná a quienes te maltraten y no conserves rencores, ya que tales emociones activan la cascada inflamatoria del cuerpo.
- **Resolver el miedo**, ya que el miedo no resuelto realmente **destruye.**

Es el amor el que sana y restaura,
pero el **amor genuino solo se experimenta cuando las mentiras sobre**
Dios son removidas.

4. Libertad para Amar

Los mayores peligros para la libertad acechan en insidiosas usurpaciones por parte de hombres llenos de celo, bien intencionados pero sin entendimiento.

—Louis D. Brandeis

Déjame hablarte de “Joe”. Tristemente, no lo “conozco”, a pesar de que he ido a la iglesia con él durante más de veinte años. No lo conozco porque, aunque es un ser humano vivo, de carne y hueso, en un sentido muy real, él es solo una sombra. Y las sombras no tienen sustancia. Las sombras no tienen individualidad ni identidad.

Hace más de cuarenta años, Joe se casó con Martha. Ambos eran cristianos que pertenecían a una denominación conservadora y estaban activos en su iglesia local. Joe era un hombre inteligente, un artesano calificado, un carpintero muy solicitado por la calidad de su trabajo.

Cuando recién se casaron, Joe disfrutaba de las reuniones sociales, donde compartía sus experiencias, conversaba con otros y participaba en actividades. Joe estaba involucrado en ministerios de hombres y ofrecía su talento, tiempo y habilidades para ayudar a los menos afortunados. Pero pronto, al comienzo del matrimonio, las cosas comenzaron a cambiar.

En casa, su esposa estaba infeliz. Se volvió exigente y celosa del tiempo que Joe dedicaba a ayudar a otros. Comenzó a quejarse, a lamentarse y a criticar.

Hacía berrinches, gritaba, se enfadaba y retenía el afecto. Al principio, Joe intentó consolarla, razonar con ella y calmarla, pero nada cambiaba. Así que Joe empezó a limitar sus actividades. Dejó de ofrecerse como voluntario y dejó de reunirse con sus amigos.

Con los años, se fue retirando más y más, intentando complacer a su esposa, tratando de mantenerla feliz. En público, dejó de socializar. Ya no iniciaba conversaciones. Cuando alguien le hacía una pregunta, miraba a su esposa para obtener permiso para hablar. Lentamente, gradualmente, casi imperceptiblemente, Joe se desvaneció. Se perdió a sí mismo. Su corteza prefrontal resultó dañada. Su individualidad se erosionó, y todo lo que quedó fue una mera sombra.

La Ley de la Libertad

Dios gobierna su universo según ciertos principios, ciertas leyes fundamentales, ciertas constantes sobre las que se diseñó la vida para operar. Como ya hemos visto, la ley primaria es el amor, que emana del corazón de Dios y es el código base de la vida. Pero el amor no puede existir en un ambiente sin libertad. Este es el tema de *Así de Simple: Un modelo bíblico para sanar la mente*, donde expongo lo que llamo la “ley de la libertad”.

Cada vez que la libertad es violada, ocurren tres consecuencias previsibles:

1. El amor siempre es dañado y eventualmente será destruido.
 2. Se siembra en el corazón un deseo de rebelarse.
 3. Si alguien tiene la opción de restaurar su libertad pero en su lugar elige seguir tolerando la violación, entonces su individualidad se erosiona lentamente y la persona se convierte, como Joe, en una mera sombra.
-

Sumergida bajo otro

El problema de Joe era similar al de Lynda. Lynda era una paciente de treinta y seis años que me fue derivada por su consejero. Se quejaba de episodios de pánico, depresión y ansiedad. Se preocupaba todo el tiempo y decía no poder pensar con claridad ni tomar decisiones. Tenía un miedo constante al fracaso, al rechazo y a cometer errores.

Incluso había sido hospitalizada en varias ocasiones por pensamientos suicidas y comportamientos desorganizados, y había sido tratada con catorce medicamentos diferentes a lo largo de los años, sin una mejora significativa.

Lynda me contó que se había casado con un hombre autoritario, controlador y exigente. Él monitoreaba cada uno de sus movimientos. Solo le daba dinero para usarlo como él indicara. Si le daba dinero para las compras, él exigía que le entregara los recibos mostrando hasta el último centavo gastado y le devolviera cualquier vuelto. No podía usar el teléfono sin permiso, y le estaba prohibido hablar con viejos amigos o hacer nuevos. Este hombre dictaba cada movimiento de su esposa. Si ella intentaba tener iniciativa o expresar su individualidad, él la agredía verbalmente, la criticaba y la acusaba de ser una esposa desamorada. Y ahora ella sufría ataques de pánico.

Imagina que alguien te empuja la cabeza bajo el agua y la mantiene allí. Tal vez, si pensás que es una broma, no estaría tan mal durante los primeros cinco segundos. ¿Pero cómo te sentirías después de quince segundos? ¿Treinta? ¿Sesenta? Con cada segundo que pasa, la ansiedad aumentaría hasta que se desate el pánico absoluto. ¡O sacás la cabeza del agua o morís! Esa es una imagen muy precisa de lo que le estaba ocurriendo a Lynda. Su identidad, su individualidad, su personalidad única estaban siendo sumergidas bajo la de su esposo. Estaba siendo sofocada como persona. Se

estaba muriendo por dentro. O recuperaba su autonomía o se perdería completamente y se convertiría en una mera sombra de su esposo.

El Estándar de Dios, Nuestra Arma Espiritual

Viola la libertad, y el amor siempre se verá dañado. Eventualmente incluso será destruido. Se siembra un deseo de rebelarse en el corazón, pero si uno se rinde ante las violaciones por demasiado tiempo, la individualidad se hace añicos y solo queda una sombra. El amor no puede existir en un ambiente sin libertad. Esta ley no se promulga ni se legisla; es uno de los principios sobre los que se diseñó la vida, y nuestra salud y felicidad dependen de estar en armonía con ella.

Si tenés dudas sobre la realidad de esta ley, por favor, ponela a prueba. Es esencial que estés convencido. Probala con tu pareja. Durante un día, intentá restringir sus libertades. Decile a tu pareja adónde puede ir, qué debe usar, cuándo puede usar el teléfono, cuánto dinero puede gastar. Mirá por vos mismo qué le sucede al amor.¹

Por el contrario, si estás en una relación donde se han abusado las libertades, comenzá a respirar libertad y mirá si el amor revive. Empezá a promover la salud, el bienestar y la felicidad de tu pareja. Apoyá sus sueños, metas y aspiraciones, y observá cómo el amor florece y crece.²

Una vez que entendemos que esta ley es real—que funciona, que es constante, que nunca cambia—entonces tenemos algo medible, tangible, confiable y predecible. Tenemos otro estándar con el cual podemos evaluar nuestras teorías, doctrinas y creencias sobre Dios. Ahora tenemos una segunda herramienta para separar las ideas saludables de las dañinas sobre Dios,

porque Dios nunca violará su propio carácter de amor, lo que significa que Dios no quita la libertad ni actúa en contra de la ley de la libertad.

Este estándar, esta ley, es una de las armas espirituales que podemos usar en nuestra guerra contra las fuerzas del mal. Observá cuál es el tema central de esta guerra:

“Pues aunque vivimos en el mundo, no libramos batallas como lo hace el mundo. Las armas con que luchamos no son las del mundo, sino que tienen poder divino para derribar fortalezas. Derribamos argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevamos cautivo todo pensamiento para que se someta a Cristo.” (2 Corintios 10:3-5, énfasis añadido)

De hecho, estamos en guerra contra todo lo que se levanta contra el conocimiento de Dios. La guerra es sobre la verdad acerca de Dios, sobre quién es Dios y cómo es Él. ¿Se puede confiar en Él? Satanás mintió sobre Dios, y las mentiras creídas rompen el círculo de amor y confianza. El amor no puede fluir donde se retienen mentiras, por lo tanto, luchamos contra esas mentiras para restaurar la confianza y reabrir los canales del amor.

Cómo Nuestros Pensamientos Reconfiguran Nuestro Cerebro

¿Por qué es tan importante conocer la verdad acerca de Dios, y qué impacto tiene eso en el cerebro? Dios nos creó a su imagen, con la capacidad de adaptarnos y cambiar en base a nuestras elecciones y experiencias. Cuando creemos mentiras sobre Dios, esas creencias falsas en realidad nos dañan, cambian nuestros circuitos neuronales y deforman nuestra mente y nuestro carácter. Por el contrario, cuando aceptamos la verdad, también somos transformados, conformados nuevamente a la imagen de Dios mediante la

obra de su Espíritu. La neurociencia nos ha dado algunos conocimientos sobre los asombrosos caminos por los cuales nuestros pensamientos en realidad cambian nuestro cerebro.

En el capítulo 3 exploramos unas proteínas llamadas factores neurotróficos, siendo uno de ellos el Factor Neurotrófico Derivado del Cerebro (BDNF, por sus siglas en inglés), una proteína que actúa como fertilizante para las células cerebrales. Junto con proteínas similares producidas por nuestras células gliales (células blancas del cerebro) y vasos sanguíneos, el BDNF hace que las neuronas se fortalezcan, se ramifiquen, se conecten e incluso formen nuevas neuronas. Pero nuestro ADN no “codifica directamente” para el BDNF—es decir, el BDNF no sale del ADN como tal, sino como una proteína precursora llamada proBDNF. Pero el proBDNF no está inactivo. De hecho, sus efectos son opuestos a los del BDNF. Mientras que el BDNF es fertilizante para las neuronas, el proBDNF actúa como herbicida para las neuronas. Si el proBDNF se une a dendritas, axones o neuronas, los destruye. El asunto crítico para determinar si una neurona o circuito neuronal recibe BDNF (fertilizante) o proBDNF (herbicida) es la presencia de una enzima que escinde o corta la molécula de cadena larga (proBDNF) y la convierte en la molécula más corta BDNF. Si la enzima está presente, hay BDNF disponible y el circuito se fortalece. Si la enzima no está presente, el proBDNF no se escinde y entonces poda el circuito.³

¿Qué determina si un circuito neuronal tendrá la enzima para escindir el proBDNF en BDNF? La actividad del propio circuito neuronal. Si el circuito se utiliza, está activo y dispara, produce la enzima que escinde el proBDNF en BDNF, y el circuito se fortalece, recluta más neuronas y forma nuevas conexiones. Si, en cambio, el circuito está inactivo, no produce la enzima y el proBDNF no se escinde. Por lo tanto, con el tiempo, el circuito se va podando lentamente.⁴

Pensá en cuando uno toma un curso de idioma extranjero. Esos primeros días en los que se usa pura fuerza de memoria para aprender palabras hacen que se formen nuevas conexiones sinápticas. Cada día de práctica provoca más disparo del nuevo circuito neuronal en formación. Esta actividad dentro del circuito neuronal produce la enzima necesaria para escindir el proBDNF en BDNF; y las neuronas se ramifican más rápido, se reclutan nuevas neuronas, se forman nuevas conexiones, y tu habilidad para hablar el idioma mejora. A lo largo de varios años hablando ese nuevo idioma, el circuito se expande hasta el punto de que no solo mejora el vocabulario, sino también la sintaxis y la pronunciación.

Pero luego dejás de hablar ese idioma, y pasan veinte años. ¿Qué pasa con tu competencia? El circuito no se activa; la enzima que escinde el proBDNF no se produce, y con el tiempo, el circuito neuronal correspondiente a ese idioma se va podando.

¿Y si practicás hablar el idioma extranjero solo en tu imaginación, sin hablarlo en voz alta—el circuito se degradaría? Las imágenes cerebrales funcionales indicarían que no, o al menos no tan rápidamente. Ahora apliquemos esto a la salud emocional. En 2007, investigaciones cerebrales revelaron que los mismos circuitos cerebrales que se activan ante estímulos dolorosos también se activan cuando las personas imaginan esos estímulos. En el año 2000, Karl Herholz y Wolf-Dieter Heiss descubrieron que los pacientes con ACV (accidente cerebrovascular) que solo imaginaban mover una extremidad afectada, en realidad activaban los circuitos motores correspondientes en sus cerebros. Este es el concepto de visualización en el rendimiento artístico y atlético: estudios cerebrales han demostrado que cuando los músicos imaginan tocar una pieza musical, se activan las mismas vías motoras que si estuvieran tocando realmente su instrumento, aunque no se muevan los

músculos. ¡Los pensamientos que pensamos realmente remodelan nuestro cerebro!⁵

Pensamientos Cautivos

¿Por qué debemos llevar todo pensamiento cautivo a Jesús? Porque si no detenemos activamente la activación de circuitos neuronales poco saludables, esos patrones de pensamiento se fortalecerán y nuestro carácter no podrá ser transformado a la semejanza de Cristo. Este es el significado detrás de su famosa reinterpretación del adulterio:

“Ustedes han oido que se dijo: ‘No cometas adulterio.’ Pero yo les digo que cualquiera que mira a una mujer y la codicia ya ha cometido adulterio con ella en el corazón.” (Mateo 5:27-28)

Jesús sabía, por supuesto, que si continuamos cometiendo pecado en nuestra imaginación, esos circuitos malsanos se fortalecen y nuestro carácter no puede ser sanado.

Un escritor bíblico dice, en la antigua versión Reina-Valera: “Porque cual es su pensamiento en su corazón, tal es él” (Proverbios 23:7, énfasis añadido). Las decisiones que tomamos en nuestro corazón determinan qué circuitos neuronales se activan, ya sea en la acción o en la imaginación. Pero de cualquier manera, son los circuitos neuronales que el corazón elige los que se activan y, por tanto, se fortalecen y se conservan. Como se mencionó en el capítulo 2, el “corazón” neurológico es la corteza cingulada anterior (ACC, por sus siglas en inglés). Es en la ACC donde se procesan nuestros juicios (corteza prefrontal dorsolateral y corteza orbitofrontal/ventromedial) y nuestras emociones (sistema límbico). En última instancia, es en la ACC donde se toman nuestras decisiones.⁶

¿Por qué debemos derribar toda mentira sobre Dios? Porque cuando la ACC acepta tales mentiras, se activan circuitos neuronales no saludables y se fortalecen, la corteza prefrontal se daña, el amor se deteriora y el miedo se intensifica. En última instancia, aferrarse a mentiras sobre Dios impide que Él restaure su imagen en nosotros. Pero cuando aceptamos la verdad y adoramos al Dios de amor, la corteza prefrontal—including la ACC—se vuelve más saludable y el miedo se vence.

Una Imagen Aterradora de Dios

¿Es Dios como el enemigo afirma, o es como Jesús lo reveló? Esta es la pregunta que todos debemos responder. Nuestra salvación eterna depende de la conclusión que saquemos. Y tenemos otro estándar con el cual probar nuestras teorías. ¿Es Dios un buscador de poder, un ser de justicia severa que debe usar su poder para imponer castigos? ¿Acaso Dios dice: “Todo lo que quiero es tu amor, pero si no me amas te quemaré en el infierno y te torturaré hasta que mueras”? ¿Es Dios un ser que exige ser aplacado? ¿Es alguien a quien hay que comprar con la sangre de su Hijo para que no nos mate? (Esto no significa que los impenitentes no morirán al final; lo harán. Pero la razón por la que mueren no es que Dios se vea obligado a torturar y ejecutar. Más adelante exploraremos por qué mueren).

En *Redescubriendo el escándalo de la cruz*, Joel Green y Mark Baker reconocen que la Biblia no ofrece base alguna para una construcción de Dios que infunda temor: “Cualquiera sea el significado que tenga la expiación, sería un grave error imaginar que se centra en apaciguar la ira de Dios o en ganarse su atención misericordiosa... Las Escrituras en su conjunto no ofrecen fundamentos para un retrato de un Dios enojado que necesita ser aplacado mediante un sacrificio expiatorio”.⁷

Solo hay dos dioses que pueden ser adorados: un Dios de amor, como lo reveló Jesús, o un dios que es otra cosa distinta del amor—un ser que exige que se haga algo para merecer su misericordia, perdón y gracia. En toda religión falsa del mundo, la falacia central es una imagen distorsionada de Dios. Es, o bien un ser demasiado ocupado para interesarse, que está distante y desinteresado, o bien un tirano cruel de poder absoluto que debe ser aplacado. La investigación cerebral ha demostrado que el tipo de Dios que adoramos cambia nuestro cerebro. Solo la adoración del Dios de amor trae sanidad. Aferrarse a mentiras obstruye el proceso de sanación.

A Medida que el Mundo se Acerca al Final

¿Cuál será el último conflicto contra el mal? ¿Cuál es la culminación de los eventos según predice la Biblia? Será un conflicto sobre la adoración, sobre dos sistemas, sobre dos imágenes de Dios. Por un lado, está el sistema de la bestia, que viola la libertad—nadie podrá comprar ni vender sino aquel que tenga la marca de la bestia (Apocalipsis 13:17); por el otro, el sistema de Dios basado en el amor—“Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos” (Juan 15:13, NRSV).

El mundo está siendo empujado rápidamente hacia este enfrentamiento final, donde cada persona deberá elegir: violar la libertad, o amar a Dios y a los demás por encima de todo.

¿Y cuál es el resultado de adorar a una deidad que no valora la libertad? ¿Cuál es la consecuencia de creer en un ser supremo que usa su poder para destruir, que debe ser aplacado para perdonar? Tales creencias violan la ley de la libertad y, al igual que en las relaciones humanas, el resultado es predecible:

el amor es destruido, la rebelión se instaura, la individualidad se erosiona—y, como hemos visto, la corteza prefrontal se daña.⁸

Jesús dijo que al final del tiempo el amor de muchos se enfriará (Mateo 24:12). ¿Por qué? Por la maldad. Y como Pablo declara en Romanos 1:18-31, la maldad es el resultado de rechazar la verdad acerca de Dios. Rechazar el conocimiento de Dios siempre conduce a alejarse de sus métodos. Así, las personas religiosas pueden adorar a un dios que coacciona y controla. Y el amor se destruye cuando se abusa de la libertad. Las imágenes cerebrales han documentado el fenómeno de que, cuando adoramos a un dios vengativo que abusa de la libertad, cuando anticipamos el regreso de un dios castigador, nuestros circuitos del miedo se fortalecen y nuestra corteza prefrontal se daña—una vez más, en la región del cerebro donde experimentamos amor, empatía y altruismo. Pablo dijo que en los últimos días algunos tendrían una apariencia de piedad, pero negarían su poder (2 Timoteo 3:5). Pablo no está hablando de agnósticos o ateos. Se refiere a personas que dicen creer en Dios, pero niegan la verdad sobre Él—sobre su carácter de amor.⁹

Cuando tenemos una forma de religiosidad, pero adoramos a un dios que es como Satanás alega, el amor es destruido, el miedo aumenta y, con el tiempo, nos convertimos en personas sombra—personas como Joe y Lynda, que han perdido o están perdiendo su capacidad de razonar, personas que adoran por temor al castigo, personas que se vuelven cascarones vacíos y temen tener un pensamiento independiente. Un ejemplo de esto es la noción de que la fe solo significa: “Dios lo dijo, yo lo creo, y eso lo resuelve.” Pero la fe no significa que no hagamos preguntas, que tomemos la fe por fe. Ese tipo de “fe ciega”, lejos de ser una virtud, nos convierte en personas que se aferran rígidamente a reglas, rituales y ceremonias sin entender su significado, y luego critican a quienes practican rituales diferentes. Ves, la “fe” en un dios abusivo nos hace parecernos al dios abusivo al que servimos, y usamos nuestro poder para

controlar a otros, dominar a otros y coaccionar a otros para que vivan a nuestra manera.

Orientación Política y el Cerebro

Un estudio fascinante reveló recientemente que existen diferencias en la estructura cerebral que se correlacionan con la orientación política. El estudio demostró que un mayor conservadurismo se asociaba con un mayor volumen de materia gris en la amígdala derecha, mientras que un mayor liberalismo se asociaba con un mayor volumen de materia gris en la corteza cingulada anterior (ACC). Estos resultados se replicaron en una muestra independiente de otros sujetos. Los autores del estudio no pudieron determinar si estas diferencias cerebrales causaban las actitudes políticas diversas o eran resultado de ellas.¹⁰

Recordemos que la amígdala es donde experimentamos el miedo, mientras que la ACC es donde experimentamos compasión, empatía y preocupación por los demás. Aunque los autores del estudio no pudieron determinar si las diferencias cerebrales observadas fueron causadas por las inclinaciones políticas o eran producto de ellas, mi hipótesis es que esas diferencias fueron reforzadas, si no causadas, por la orientación política. De hecho, basándome en estudios sobre plasticidad (estudios que muestran cómo los circuitos neuronales que se activan juntos se expanden y fortalecen), en las investigaciones de Newberg que muestran que meditar doce minutos al día produce un crecimiento medible en la ACC, y en los cambios cerebrales por ocupación (como el aumento del volumen de materia gris en taxistas de Londres en la parte del cerebro que maneja la orientación espacial),¹¹ creo que las actitudes políticas divergentes contribuyen a las diferencias cerebrales observadas entre liberales y conservadores.

Si tengo razón, esto es una excelente noticia y encaja perfectamente con la promesa de Dios de darnos nuevos corazones, sanar nuestras mentes y recrearnos por dentro. También se ajusta a las historias registradas de varios personajes bíblicos. Saulo de Tarso, por donde se lo mire, era una persona muy conservadora. Legalista, rígido e intolerante, y practicaba métodos de coerción. No tenía problemas en usar el poder del estado para promover sus creencias religiosas. Pero tras su conversión, Saulo—el apóstol Pablo—se volvió compasivo, generoso en caridad, abnegado, paciente, y dispuesto a dar su vida por los demás. Un cambio tan drástico sin duda requeriría la activación de diferentes circuitos cerebrales. Podríamos hipotetizar que, antes de su conversión, Saulo tenía una amígdala muy desarrollada y una ACC poco desarrollada, pero luego tendríamos que aceptar que en el Pablo convertido era al revés. Esto sugiere que, cuando experimentamos un cambio en nuestra visión sobre Dios y confiamos en Él, surge un nuevo motivo en el corazón y se activan nuevos circuitos neuronales, lo que produce cambios cerebrales positivos.

Cuando adoramos caracterizaciones distorsionadas de Dios, el amor es destruido y la individualidad se erosiona. O, tristemente, muchas personas que siguen pensando y razonando por sí mismas, al no haber escuchado nunca una visión alternativa de Dios (una visión de amor), rechazan por completo la idea de Dios y se convierten en agnósticos o ateos.

No con ejército ni con fuerza

Dios no ganará esta guerra por nuestros corazones ni nos restaurará al amor mediante el uso de fuerza o poder.

“‘No con ejército ni con fuerza, sino con mi Espíritu’, dice el Señor Todopoderoso.” (Zacarías 4:6)

Como descubrimos antes, el cambio real solo ocurre cuando sucede en la mente, cuando cambian los pensamientos, y por lo tanto cambia el cerebro.

Podemos—y a veces debemos—encarcelar a los delincuentes para *controlar* su comportamiento, pero no podemos controlar su imaginación. Y si los pensamientos no cambian, el cerebro no cambia, y por tanto, el carácter tampoco. Dios tiene el poder para imponer una modificación del comportamiento, pero no puede forzar que un pensamiento cambie de rumbo sin destruir al individuo y convertirlo en un robot. El amor no puede ser forzado. Por lo tanto, Dios no puede estar diciéndonos: “Ámame o te mataré. Ámame o me veré obligado a torturarte en el infierno por la eternidad.” Todos esos conceptos—cuando se comparan con la constante, con nuestro estándar, con las leyes del amor y la libertad—se revelan como mentiras.

Esto fue, al principio, muy difícil de comprender para mí. Durante gran parte de mi vida no entendía y huía del Dios del Antiguo Testamento. Solía estar confundido por todas las veces que, según la Biblia, Dios sí usó fuerza y poder: el diluvio; Sodoma y Gomorra; los primogénitos de Egipto; 185,000 asirios; los destacamentos que vinieron a arrestar a Elías; Coré, Datán y Abiram; Uza, Nadab y Abiú. Hay numerosos ejemplos en la Biblia donde Dios usó su poder para poner a las personas a descansar en la tumba. Me habían enseñado que eso era prueba de que Dios sí mata, de que Dios sí pierde la paciencia, de que Dios sí se enoja y, en algún momento, estalla para destruir a sus hijos.

Mirando hacia atrás a esa etapa de mi vida, era como ver el mundo a través de los anteojos de mi abuela. Recuerdo de niño estar sentado junto a mi abuela en la iglesia y ponerme sus anteojos, tan gruesos como el fondo de una botella

de gaseosa. El mundo se volvía borroso. Todo estaba fuera de foco. Ya no podía distinguir lo que estaba viendo.

De la misma manera, había estado examinando la Palabra de Dios a través de lentes de distorsión, tradición y malentendidos, sin comprender lo que leía. Tenía demasiadas mentiras en mi mente. Necesitaba un nuevo par de lentes. ¡Necesitaba a Jesús! No había permitido que Jesús fuera el lente a través del cual entendiera las Escrituras. Necesitaba que la Palabra viviente definiera la Palabra escrita. Necesitaba hacerme amigo de Jesús y dejar que Él me enseñara. Fue cuando vi el carácter de amor de Dios, tal como se revela en Jesús, que la Biblia finalmente cobró sentido.

Cuando miré a Jesús, descubrí algo asombroso. Jesús—Dios en carne humana—no describía la muerte como lo hacemos nosotros.

“Cuando Jesús entró en la casa del dirigente de la sinagoga y vio a la gente alborotada y a los que tocaban flautas, les dijo: ‘Retírense. La niña no está muerta, sino dormida.’ Pero ellos se rieron de él.” (Mateo 9:23-24)

¿Por qué se rieron de Él? Porque desde su perspectiva humana, la niña estaba muerta.

¿Estaba Jesús mintiendo cuando dijo: “La niña no está muerta, sino dormida”? ¿Estaba tratando de engañar o confundir, de oscurecer su entendimiento? ¿O simplemente estaba intentando ser la luz que alumbra a todos los hombres? ¿Estaba Jesús tratando con ternura de abrir sus mentes, incluso cuando todo lo que ellos podían hacer era reírse? Cuando comparé esto con los principios de verdad y apertura que Jesús promovía, no pude creer que Jesús hiciera algo engañoso; por tanto, llegué a la conclusión de que estaba intentando revelar una verdad mayor.

Más Evidencias

Busqué más evidencias en otra historia en la que Cristo se enfrenta cara a cara con alguien que había muerto:

“Después de decir esto, añadió: ‘Nuestro amigo Lázaro duerme, pero voy a despertarlo.’

Sus discípulos dijeron: ‘Señor, si duerme, se recuperará.’

Jesús hablaba de su muerte, pero sus discípulos pensaron que se refería al sueño natural.

Entonces les dijo claramente: ‘Lázaro ha muerto.’” (Juan 11:11-14)

Nuevamente me pregunté: ¿Estaba Jesús mintiendo? ¿Estaba tratando de engañar a los discípulos? ¿Estaba tratando de crear confusión, o estaba intentando abrir sus mentes a la verdad? Me di cuenta de que Jesús estaba revelando luz celestial y que, si quería que mi mente sanara, tenía que aceptarla. Con esta nueva comprensión, volví a examinar todas esas historias del Antiguo Testamento que tanto me habían perturbado durante años.

Me pregunté: Si permito que Jesús sea mi lente, si permito que Dios en forma humana defina lo que es la muerte, ¿entonces Dios ha matado a alguien? Me sorprendí al darme cuenta de que Dios ha puesto a millones de sus hijos a dormir en la tumba, pero como eso no es lo que Dios define como muerte, entonces **Dios no ha matado a nadie**. En la mente de Dios, el sueño y la muerte no son lo mismo. Tienen propósitos muy distintos.

Por ejemplo, la Biblia no enseña que la paga del pecado es el sueño, ni que el pecado, cuando ha madurado, da a luz al sueño (Romanos 6:23; Santiago 1:15). En el lenguaje de Dios, el sueño es temporal, la muerte es permanente. Apagá una computadora, desconectale el cable y sacale la batería, y “dormirá”,

esperando ser energizada, “despertada”, con todos sus datos intactos. Pero si la tirás a un fuego caliente y se derrite, entonces será destruida, sin despertar posible (a menos que haya un respaldo del disco duro listo para descargarse en otra máquina). ¿Estaba Jesús sugiriendo que lo que nosotros llamamos muerte es en realidad como una computadora sin energía, pero que para Dios, *muerte* es cuando el ser inteligente es destruido eternamente?¹²

Si es así, entonces según Dios, nadie ha muerto todavía, sino que todos duermen, esperando ser despertados por Él, ya sea en la resurrección de vida o en la resurrección de condenación (Daniel 12:13; Juan 5:29; 1 Tesalonicenses 4:13). Pero este concepto planteaba más preguntas. ¿Por qué usaría Dios su poder para poner a las personas en la tumba, para “apagarlas”?

Mientras reflexionaba sobre esto, me topé con una idea asombrosa: **Dios no ha actuado para poner a sus hijos en la tumba, como lo hacía antes de que viniera Cristo, desde la resurrección de Cristo.** ¿Por qué? ¿Se ha vuelto el mundo, desde la época de Cristo, un lugar más amable, amoroso y misericordioso? ¿Ha desaparecido el mal? ¿Ya no hay hedonismo, idolatría, violencia o abuso como en tiempos anteriores a Cristo?

Pensé en la historia humana desde la resurrección de Cristo: Nerón, Stalin, Hitler, Idi Amin, el canibalismo, la adoración de Kali, diosa hindú de la muerte, la Primera y Segunda Guerra Mundial, Ruanda, Bosnia... Me di cuenta de que el mal ha continuado sin interrupciones después de la cruz, tal como lo hacía antes. Pero a pesar de todos estos abusos, no veo a Dios interviniendo como lo hacía antes de la cruz, y me pregunté por qué.

Comprendí que, cualquiera que fuera la razón de las acciones de Dios, no podía ser la que me habían enseñado desde niño—que Dios infinge castigo por el pecado. Si el castigo fuera la razón, entonces Dios seguiría aplicándolo, ya

que la maldad no ha disminuido. Me di cuenta de que, incluso usando la lógica de quienes creen que Dios sí castiga por el pecado, **Él nunca lo haría antes del juicio**. Y como el juicio aún no ha ocurrido, entonces sus acciones en el pasado **no fueron con el propósito de castigar**. Entonces, ¿por qué, si no fue para castigar, puso Dios a tantas personas a descansar en la tumba durante los tiempos del Antiguo Testamento? ¿Por qué vemos una diferencia tan drástica entre antes y después de la cruz?

Hijo de Salvación

Entonces me cayó la ficha. La humanidad había roto el círculo del amor y se precipitaba hacia la muerte eterna, una muerte permanente e irreversible. Pero Dios amó demasiado como para dejarla ir. Se prometió un Salvador, Uno que volvería a conectar al mundo con el círculo del amor de Dios. Dios tenía que mantener abierto el canal para que Jesús viniera, y Satanás, sabiendo muy bien las consecuencias eternas de esa venida, luchó ferozmente para impedirla. Antes de la cruz, Dios intervino para mantener abierto el camino para que nuestro Salvador hiciera ese viaje desde los atrios del cielo hasta el pesebre en Belén. Pero, una vez que Jesús completó su misión en la Tierra, Dios ya no necesitaba actuar de esa manera. El círculo de amor había sido restaurado.

Desde el momento en que Adán pecó, la única manera en que Dios podía salvar a la humanidad era enviando a su Hijo. Justo allí en el Edén, Dios prometió un Salvador: la descendencia que aplastaría la cabeza de la serpiente (Génesis 3:15). Satanás sabía que su dominio sobre este mundo no estaba asegurado, que Jesús venía a rescatarnos, a romper los lazos del reino de Satanás, a liberarnos. Por lo tanto, comenzó inmediatamente a luchar con todas sus fuerzas para impedir que Jesús viniera, cerrando el canal por el cual

el Mesías debía llegar. ¿Cómo? Induciendo a cada ser humano a cerrar su corazón a Dios, de modo que ninguna mujer estuviera dispuesta a convertirse voluntariamente en la madre de Jesús.

Me di cuenta de que, cuando Dios destruyó el mundo con un diluvio, **solo quedaba un hombre justo en toda la Tierra**. Solo uno. El canal por el cual Cristo debía aparecer estaba a punto de cerrarse. Pero el Amor no quiso soltar. Dios intervino permitiendo que millones de sus hijos rebeldes descansaran en la tumba, no como castigo, sino **para salvar al planeta, para mantener su conexión con nosotros, para mantener ese canal abierto**. ¡Qué difícil debe haber sido para Dios!

Imaginá que tenés diez hijos: cinco mayores de veinte y cinco menores de siete. Los mayores son rebeldes, abusivos, drogadictos, asesinos, y están decididos a abusar y matar a tus cinco hijos más pequeños. Todo intento tuyo de hacer que los mayores se arrepientan es recibido con desprecio y ataques. Si tuvieras la posibilidad de poner a esos hijos mayores en almacenamiento criogénico—no para matarlos, solo para “desactivarlos”, ponerlos en animación suspendida el tiempo suficiente para que los pequeños crezcan seguros—y luego reanimar a los mayores, ¿lo harías? ¿Los pondrías literalmente “fuera del tiempo”, hasta que los pequeños maduren, y luego despertar a los mayores para que terminen su vida? ¿No es eso lo que Dios hacía en el Antiguo Testamento? Dios intervino por amor, pero Satanás tergiversó la acción de Dios como un acto de venganza, creando imágenes terroríficas de Dios, llevándonos a tenerle miedo, porque **las mentiras creídas rompen el círculo de amor y confianza, encienden el sistema límbico y dañan la función de la corteza prefrontal**. Y el amor no puede fluir donde abundan las mentiras sobre Dios.

Digno es el Cordero

Miré a la cruz en busca de la verdad sobre cómo Dios trata a los pecadores, y comprendí que Jesús **no fue una víctima indefensa** como los dos ladrones. Todo poder le había sido dado (Juan 13:3). Él era el Creador, el Rey del cielo y la tierra. Al contemplar esto, recordé aquellos programas antiguos como *Mi bella genio* y *Hechizada*, y entendí que Jesús no tenía que parpadear ni mover la nariz para hacer que las cosas sucedieran. Jesús solo tenía que **pensar** “¡Desaparezcan!” y toda la multitud habría sido aniquilada. Imaginá: ¡en medio de semejante tortura en la cruz, ni siquiera tuvo el pensamiento “Ojalá se fueran”!

¡Qué amor tan increíble, que en medio del abuso, Cristo nunca tuvo un solo pensamiento de hacer daño a sus agresores ni de salvarse a sí mismo! Recordé el viejo dicho: “El poder corrompe, y el poder absoluto corrompe absolutamente”, y supe que **eso no era cierto para Jesús**. Él probó, más allá de toda duda, que **es seguro confiarle todo poder porque nunca usará su poder en su propio interés**. ¡Qué Dios tan asombroso! Preferiría dejarse abusar y matar por sus criaturas antes que usar su poder para detenerlas. ¡Qué libertad, qué **libertad** tenemos con Dios! Verdaderamente, **digno, digno, digno es el Cordero que fue inmolado**. Él es digno de tener todo poder, porque ha demostrado que **es seguro confiarle todo poder**.

El amor solo puede existir en una atmósfera de libertad. Dios es amor, y lo que Él desea solo puede obtenerse mediante el uso de sus métodos: verdad, presentada con amor, dejando a los demás en libertad.

La ruptura del amor comenzó cuando las mentiras sobre Dios reemplazaron la verdad. El remedio sanador de Dios comienza con la verdad:

“Y conocerán la verdad, y la verdad los hará libres.” (Juan 8:32)

5. El Amor Contraataca

**El amor no tiene nada que ver con lo que esperas recibir;
tiene que ver con lo que se espera que des –que es todo.**

–Anónimo

Ella tenía solo diecinueve años y sufría, con un dolor terrible, cuando la conocí. Su cuerpo estaba destrozado, pero tenía suerte de estar viva. Sam, diminutivo de Samantha, era el tema de conversación del hospital, una especie de milagro. Se había alistado en el ejército de los EE. UU. justo después de terminar la secundaria, inscribiéndose en el entrenamiento de Fuerzas Especiales y en la escuela de paracaidismo militar en Fort Bragg.

Poco después de completar el entrenamiento básico, llegó a Fort Bragg para la preparación extenuante de paracaidista. Aprendió a empacar su propio paracaídas, a cargar correctamente su equipo y a saltar de forma segura desde un avión. Le enseñaron a cortar un paracaídas defectuoso y a desplegar el de emergencia en caso necesario. Practicó cómo aterrizar correctamente, caer y rodar. Completó todos sus saltos de entrenamiento sin dificultad y se sentía orgullosa de su logro cuando finalmente llegó el día de la graduación.

Las familias de los graduados fueron invitadas a una ceremonia como ninguna otra en el país. Los graduados en Fort Bragg no caminan por un pasillo con toga y birrete mientras suena “Pomp and Circumstance”, sino que descienden flotando en paracaídas con uniforme de combate completo al

rugido de los aviones Hércules C-130. Con las gradas llenas de familiares emocionados, los aviones comenzaron a sobrevolar y paracaídas tras paracaídas se abrían, decorando el cielo con pequeños soldados verdes danzando en el viento. Los graduados aterrizaban en el campo de desfile frente a las gradas donde los observaban sus familias.

De pronto, un suspiro recorrió al público cuando un paracaídas no se abrió. Con todos los ojos clavados en el soldado que caía del cielo, la multitud miró ansiosamente mientras el paracaídas enredado era cortado y se desplegaba el de emergencia. Pero entonces gritos llenaron el campo cuando el paracaídas de emergencia también se enredó y no se abrió. Los padres de Sam no sabían que ella era la soldado cuyo paracaídas había fallado. Mamá y papá observaban en silencio atónito, orando por la soldado desconocida que luego descubrirían era su hija.

Sam siguió su entrenamiento; cuando tocó tierra, cayó y rodó. La fuerza del impacto le rompió ambas piernas, la pelvis y causó daños en su columna sacra. Pero, asombrosamente, sobrevivió.

Recuerdo el alboroto en el hospital. “Qué milagro; Dios debe tener un propósito para su vida”, dijo una enfermera. Pero otra la desafió rápidamente: “Si Dios iba a hacer un milagro, ¿por qué no hizo que el paracaídas funcionara? No, me pregunto qué hizo ella para ofender a Dios y que le hiciera esto”.

Pensé en Sam y en por qué se había lesionado. ¿Intervino el Dios “bueno” para salvarla? ¿Intervino el dios “malo” para castigarla? ¿El dios “indiferente” no se preocupó?

Sabía que si Sam había recibido el paracaídas que ella misma había empacado, sus padres no la odiarían por no haberlo hecho correctamente. Ahí fue cuando me impactó: Dios no odia a la humanidad por caer en el pecado. Lo que los padres de Sam odiaban era que ella hubiera saltado de un avión con un paracaídas que no funcionaba. ¿Por qué? Porque resultó en dolor y sufrimiento para alguien a quien amaban.

De nuevo, asumiendo que Sam empacó su propio paracaídas, nadie tuvo que imponerle un castigo por haberlo hecho mal. Aunque el ejército le dio instrucciones explícitas sobre cómo empacar el paracaídas, si ella no cumplía con esas reglas, el gobierno no tenía que castigarla para ser justo. En cambio, el gobierno intervino para detener lo que con justicia debía ocurrir cuando alguien salta de un avión sin un paracaídas funcional. Tan pronto como tocó el suelo, el mismo gobierno que le dijo cómo evitar daños volcó sus recursos en sanar el daño hecho.

Rescatistas en tierra, ambulancias, médicos, enfermeros, fisioterapeutas – todos los recursos gubernamentales necesarios para salvar y sanar a Sam – fueron movilizados de inmediato. Incluso antes de que impactara contra el suelo, los socorristas ya se dirigían al punto de impacto.

Al pensar en esta escena moderna, imaginé los gritos de horror resonando en el cielo cuando los ángeles vieron a Adán y Eva creer las mentiras de la serpiente, comer del fruto y caer hacia su perdición eterna. Pero Dios ya se estaba moviendo, incluso antes de que aterrizaran en el pecado, para atender su necesidad urgente. Jesús, el “Cordero que fue inmolado desde la creación del mundo” (Ap 13:8), ya estaba allí para recibirlos en sus brazos de amor.

Cada agencia en el gobierno de Dios saltó a la acción para sanar y salvar, no solo a Adán y Eva, sino también a vos y a mí. Mentiras creídas rompieron el

círculo de amor y confianza. Pero, gracias a Dios, el Amor no se rindió. El amor contraatacó. Jesús intervino. ¡La raza humana –de la cual todos formamos parte– sería salvada!

La Intercesión del Amor

El amor no podía abandonarnos. Dios no podía darnos la espalda. Prefería morir antes que dejarnos ir. Aunque se creyeran mentiras, aunque el cerebro humano ya no fuera amoroso sino temeroso y egoísta, aunque la muerte acechara a la humanidad, Dios se derramó instantáneamente para salvar y sanar.

Tan pronto como nuestros primeros padres creyeron mentiras sobre Dios, rompieron el círculo de amor y confianza, y se corrompieron con el principio del “yo primero”, el Amor descendió del cielo e inició la intercesión. Dios intervino; se puso entre nosotros y el asalto canceroso del pecado. Interviene para curar a la humanidad, para salvarnos de la muerte eterna.

Dios intercede de tres maneras:

1. Se opone a los principados y potestades de las tinieblas al mantener controladas a las fuerzas del mal. La Biblia dice que envía a sus ángeles para restringir los cuatro vientos (Ap 7:1) y coloca un cerco de protección alrededor de su pueblo, disuadiendo a las agencias satánicas (2 Reyes 6:17; Job 1:10; Sal 91:11).

2. Intercede también en nuestros corazones y mentes. Envía su Espíritu para obrar en nuestros cerebros, iluminándonos con la verdad, convenciendo, atrayendo, cortejando, poniendo en nuestros corazones un deseo de bien –un anhelo de amor (Gn 3:15; Jn 16:8). Desde la caída de Adán y Eva, el Amor ha estado luchando contra el mal,

obstaculizando su intención mortal mientras al mismo tiempo combate para erradicar la infección del miedo y el egoísmo del corazón humano.

3. Jesús intercedió en el curso mismo del pecado. Se hizo pecado por nosotros (2 Co 5:21). Asumió nuestra condición terminal para conquistar, vencer y sanar. “Ciertamente él cargó con nuestras enfermedades y soportó nuestros dolores” (Is 53:4, NVI 1984). Sí, Jesús se hizo uno de nosotros para revertir todo el daño que el pecado causó a su creación y para restaurarnos, sus hijos, a la unidad con Dios. Jesús vino a aplastar la cabeza de la serpiente (Gn 3:15), a destruir a Satanás y erradicar la infección del pecado de este mundo (Heb 2:14).

Por la intercesión de Dios, ahora hay dos principios antagónicos en guerra en el planeta Tierra: **el amor y la supervivencia del más fuerte**. El principio de amor de Dios fue resumido por Jesús al dar su vida por nosotros (Jn 15:13). Esto significa: “Te amo tanto que haré lo que sea necesario para tu salud, bienestar y bien, incluso si es necesario dar mi vida para que vivas”. Ese amor divino está en guerra con el principio de supervivencia del más fuerte, que dice: “Me amo tanto que haré lo que sea necesario para protegerme, avanzar y exaltarme, incluso si es necesario matarte para poder vivir”.

Dar mi vida para que vivas, o matarte para que yo viva. Estos son los dos principios en guerra en cada uno de nuestros corazones.

Conocer la Verdad

Dios está obrando, por medio de su Espíritu, para iluminar, sanar y restaurar. Jesús dijo: “Conocerán la verdad, y la verdad los hará libres” (Jn 8:32).

La verdad entra en la mente a través de los circuitos de la corteza prefrontal. Pero el enemigo no solo intenta confundir nuestro pensamiento con

mentiras, también inflama nuestro sistema límbico. “Que nadie, al ser tentado, diga: ‘Es Dios quien me tienta.’ Porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni tienta a nadie. Todo lo contrario, cada uno es tentado cuando sus propios malos deseos lo arrastran y seducen. Luego, cuando el deseo ha concebido, engendra el pecado; y el pecado, una vez que ha sido consumado, da a luz la muerte” (Stg 1:13–15).

Nuestros malos deseos surgen de nuestros sistemas límbicos, nuestros propios centros de emoción y deseo.

Dios trabaja constantemente para sanar y restaurar el amor perfecto en nuestros corazones, usando solo sus métodos de verdad, amor y libertad. Satanás, el polo opuesto del amor, trabaja para destruir. El padre de la mentira tuerce, distorsiona y tergiversa todas las intervenciones de amor de Dios porque, como ya vimos, las mentiras creídas rompen el círculo de amor y confianza y nos mantienen temerosos de Dios. Cuando respondemos al amor de Dios y practicamos sus métodos, nuestras regiones cerebrales superiores se fortalecen. Pero cuando elegimos el egoísmo, nuestro sistema límbico se fortalece, la culpa aumenta y la función de la corteza prefrontal se ve afectada. Solo al volver a una relación de confianza con Dios nuestros cerebros pueden sanar y nuestros caracteres ser purificados.

Una aldea remota

Imaginá una aldea remota en África. Ningún occidental moderno ha puesto un pie allí jamás. Los nativos viven de la tierra, usando los mismos métodos y herramientas ancestrales que sus antepasados durante los últimos mil años. No saben nada de ciencia moderna, tecnología ni medicina.

Un día, un grupo de misioneros médicos llega a esta aldea para proveer cualquier cuidado de salud que pueda ser necesario. El día que llegan, se encuentran con un niño retorciéndose de dolor cerca del borde del campamento. Al examinarlo, rápidamente diagnostican apendicitis aguda. Sin una cirugía de emergencia, morirá.

Afortunadamente, los misioneros médicos tienen un quirófano móvil y todo el equipo necesario para realizar esta operación que salva vidas. Recogen al niño, que patea y grita, y comienzan la intervención de emergencia. Mientras el equipo médico trabaja con furia para salvarle la vida al niño, otros tres niños observan atentamente desde un escondite cercano. El personal médico sostiene al niño mientras una enfermera le clava una aguja en el brazo e infunde líquidos. El paciente aterrorizado se retuerce violentamente hasta que le inyectan una medicina y rápidamente queda inconsciente. Los tres niños se asustan al ver a un hombre enmascarado tomar un cuchillo afilado y abrir el abdomen de su amigo. Aterrados, corren a la aldea gritando que han llegado invasores a capturarlos, colocarlos sobre una mesa y destriparlos como a cerdos.

Toda la aldea se agita. Los niños, los ancianos, los débiles y los asustados comienzan rápidamente una evacuación, huyendo de esta terrible amenaza. Los guerreros comienzan a trazar planes para luchar contra estos invasores hostiles. Cuando los misioneros médicos finalmente se acercan a la aldea, son atacados y expulsados. Nadie en esa comunidad será tan tonto como para permitir que estos bárbaros se acerquen.

¿Qué podría hacer el equipo médico para generar confianza? Si hubieran llamado a soldados y tomado la aldea por la fuerza, ¿se restauraría la confianza? Si tan solo los misioneros tuvieran un miembro de esa tribu, alguien que conociera al pueblo y hablara su idioma, que pudiera ir delante

de ellos y contarles la verdad a los aldeanos. Si tan solo alguien del equipo de salud pudiera nacer en esa aldea, crecer entre ellos y revelar que eran amigos y no enemigos...

Así es con Dios y la raza humana desde que nuestros primeros padres rompieron el círculo de amor y confianza. Estamos enfermos y muriendo. Dios ha estado trabajando para salvarnos y sanarnos, para restaurarnos a la confianza para que le permitamos curarnos. Pero nuestras mentes oscurecidas, como las de los aldeanos, muchas veces han malinterpretado lo que Dios intenta hacer. Hemos visto a Dios como aterrador u hostil y, como resultado, hemos rechazado a sus mensajeros, atacado a sus profetas y expulsado a sus representantes. “Las tinieblas cubren la tierra, y una densa oscuridad a los pueblos” (Is 60:2). Por eso, Dios nos envió a su Hijo, la “luz verdadera que alumbra a todo ser humano” (Jn 1:9 NRSV), para revelar el verdadero carácter de Dios y así ganarnos de nuevo para la confianza, reconectarnos al círculo de amor.

Pero tristemente, aunque “la luz brilla en las tinieblas, ... las tinieblas no la comprendieron” (Jn 1:5 NVI 1984). Hasta que entendamos la luz —la verdad sobre Dios revelada en Jesús— nuestras mentes no pueden ser sanadas. ¿Por qué? Porque las mentiras creídas inflaman el sistema límbico y dañan la corteza prefrontal, obstruyendo el flujo de amor en nuestro ser. La verdad, en cambio, destruye las mentiras, restaura la confianza y, al construir esa relación de confianza con Dios, su amor salvador comienza a fluir nuevamente a través de nosotros. Es ese amor fluyendo en nosotros el que sana el cerebro y transforma el alma.

El primer paso en el proceso de sanación es conocer la verdad sobre Dios.

La batalla en el cerebro convertido

Es la **verdad acerca de Dios** la que destruye las mentiras y nos devuelve a la confianza. En la confianza abrimos nuestros corazones y experimentamos el amor de Dios, que vence al miedo y nos capacita para **dar** en lugar de buscar constantemente **recibir**. Esto es la conversión: la experiencia de un cambio fundamental en el motivo principal del corazón –de nuestro egoísmo inherente basado en la supervivencia del más fuerte, hacia un amor centrado en los demás.

Aunque podemos experimentar la conversión en un instante (como el ladrón en la cruz junto a Cristo, o Saulo en el camino a Damasco), la transformación sanadora de Dios en nuestras vidas ocurre de forma gradual, constante, progresiva. Toma tiempo para que los circuitos neuronales no saludables se degraden y se formen otros saludables.

Imaginá que estás infectado con ántrax. Sin tratamiento, morirás. La infección ya ha causado un daño significativo para cuando acudís al médico. El médico te proporciona un antibiótico que curará tu condición, pero tenés que confiar en el médico y seguir su plan de tratamiento. El momento en que tomás tu primera dosis de antibiótico, saliste del camino de la muerte y entraste en el de la vida. Esto sería análogo a la conversión. Pero, ¿se resolverán todos tus síntomas ese día? ¿O habrá un proceso de sanación gradual?

De manera similar, todos nacimos muertos en delitos y pecados –una condición terminal de egoísmo (Sal 51:5; Ef 2:1). Pero cuando vemos la verdad acerca de Dios, entramos en la conversión en una relación de confianza con Jesucristo y aceptamos su tratamiento para nuestras vidas; salimos del camino de la muerte y entramos en la vida eterna. Es en esta

relación salvadora que el poder sanador de Dios comienza a obrar en nuestras vidas. Sin embargo, hasta que Cristo regrese, la sanación de nuestras mentes, la transformación de nuestro carácter, la **reconfiguración de nuestros cerebros** es una batalla continua, mientras los antiguos circuitos neuronales se degradan y se forman caminos saludables.

Esto es lo que Pablo describe en Romanos 7. A continuación, lo parafraseo con lo que considero que Pablo está diciendo, incorporando algunas ideas sobre fisiología cerebral:

¿Qué diremos entonces? ¿Es mala y egoísta la ley escrita porque aumenta la cantidad de maldad y egoísmo que vemos? ¡De ninguna manera! Porque no habría sabido qué es la maldad y el egoísmo si no fuera por la eficacia diagnóstica de la ley escrita. No habría sabido que codiciar era malo y egoísta si el mandamiento no dijera: “No codiciarás.” Pero el egoísmo, aprovechándose del hecho de que la ley escrita es solo una herramienta diagnóstica y no una cura, magnificó en mí cada deseo codicioso. Porque sin la capacidad diagnóstica de la ley, el pecado es irreconocible.

Una vez pensé que estaba sano y libre de la infección de la desconfianza, el miedo y el egoísmo, pero entonces el mandamiento me examinó, expuso cuán infectado estaba, y me diagnosticó como terminal. Descubrí que el mismo mandamiento dado solo para diagnosticar mi condición, yo sin querer traté de usarlo como una cura, y entonces mi condición solo empeoró. Porque el egoísmo, aprovechándose del hecho de que el mandamiento solo puede diagnosticar y no curar, me engaño haciéndome pensar que podía ser sanado esforzándome por guardar los mandamientos, pero mi estado terminal solo empeoró. Así que

comprendé esto: la ley escrita diagnostica perfectamente, y el mandamiento es el estándar de lo que es correcto y bueno, separado por Dios, para revelar lo que es malo y destructivo.

¿Acaso la ley, que fue buena al diagnosticar lo que estaba mal en mí, se convirtió en la causa de mi estado terminal? ¡Claro que no! Solo expuso lo que ya estaba en mí para que pudiera reconocer cuán podrido, decadente y cercano a la muerte estaba, y que a través del lente del mandamiento llegara a estar completamente disgustado del mal y del egoísmo y ansiara una cura.

Sabemos que la ley escrita es coherente, confiable y razonable; pero yo soy incoherente, poco confiable e irracional, porque la infección de la desconfianza, el miedo y el egoísmo ha deformado mi mente y dañado mi razonamiento. Estoy frustrado con lo que hago. Porque habiendo sido restaurado a la confianza, quiero hacer lo que está en armonía con Dios y sus métodos de amor; pero descubro que, aunque confío en Dios, los viejos hábitos, respuestas condicionadas, ideas preconcebidas y otros restos de la devastación causada por la desconfianza y el egoísmo aún no han sido eliminados por completo. Y si encuentro un viejo hábito que me lleva a comportarme de formas que ahora detesto, afirmo que la ley escrita es una herramienta muy útil para revelar el daño residual que necesita sanación.

Lo que ocurre es esto: en mi corteza prefrontal he llegado a confiar en Dios y deseo hacer su voluntad, pero los viejos hábitos y respuestas condicionadas, que surgen de circuitos neuronales no saludables que activan mi sistema límbico, ocurren casi como reflejos en ciertas situaciones. Estos circuitos no saludables aún no han sido totalmente eliminados y, por lo tanto, me hacen hacer cosas que no quiero hacer. Sé

que mi mente solía estar completamente infectada por la desconfianza, el miedo y el egoísmo, que pervirtieron totalmente todos mis deseos y facultades, de modo que incluso cuando la desconfianza ha sido erradicada y la confianza ha sido restaurada, el daño causado por años de comportamiento desconfiado y egoísta aún no ha sido totalmente sanado. Así que a veces, tengo el deseo de hacer lo correcto, pero mi corteza prefrontal no está completamente sanada, por lo tanto, aún no tengo la capacidad de llevar a cabo el deseo.

Porque los viejos hábitos y respuestas condicionadas de circuitos neuronales enfermos que activan mi sistema límbico no son el bien que quiero hacer; no, son remanentes de mi mente egoísta no convertida. Así que si me encuentro haciendo lo que ya no deseo hacer, no soy yo, sino vestigios de antiguos hábitos y respuestas condicionadas que aún no han sido eliminados y que, por la gracia de Dios, pronto lo serán.

Entonces, encuentro esta realidad en acción: cuando quiero hacer el bien, los viejos hábitos egoístas y los sentimientos residuales de miedo están ahí conmigo. Porque en mi corteza prefrontal me regocijo en los métodos y principios de Dios; pero reconozco que aún estoy dañado por años de haber estado infectado con desconfianza y haber practicado los métodos de Satanás, de modo que aunque la infección de desconfianza ha sido eliminada, los viejos hábitos de miedo y autopromoción me tientan desde dentro. ¡Qué hombre dañado y corrupto soy! ¿Quién me librará y sanará de un cerebro y cuerpo tan enfermos y deformes? ¡Alabado sea Dios! –porque él ha provisto la solución sanadora a través de Jesucristo nuestro Señor. Así que, descubro que en mi corteza prefrontal ahora estoy renovado con confianza en Dios y amor por sus métodos, pero todo mi cerebro y cuerpo siguen dañados por años de comportamiento egoísta y autocomplaciente.

Por fin, pude verlo con claridad: **las mentiras creídas rompen el círculo de amor y confianza.** Sin amor ni confianza, el miedo y el egoísmo consumen la mente. Nuestros cerebros están dañados y llenos de toda clase de ideas distorsionadas y retorcidas sobre Dios, buscando frenéticamente alivio, pero hundiéndose cada vez más en la confusión. Solo cuando **las buenas noticias sobre Dios eliminan esas imágenes distorsionadas** de Él, nuestras mentes pueden empezar a sanar.

6. Enfrentando la Batalla

La inevitabilidad de la muerte de Jesús
no proviene de la necesidad de Dios, sino de la de la humanidad.
Solo hay dos roles que desempeñar en la historia de las relaciones divinas y
humanas:
perseguidor o perseguido.
Dios puede causar sufrimiento o puede sufrir.
Dios en Cristo eligió lo segundo.

—Michael Hardin

Savannah tenía quince años, con cabello rojo y ojos verde aqua. Cuando sonreía, una energía embriagadora irradiaba de ella como la luz del sol. Pero ese día, Savannah no sonreía; su rostro estaba sombrío, el sol se había apagado. Apenas hacía contacto visual y sus hombros caían, cargados de culpa y desprecio por sí misma. Estaba casi inmóvil, mirando fijamente sus manos.

Sus padres la habían traído a verme porque Savannah no había sido ella misma últimamente. Aproximadamente tres semanas antes, habían notado un cambio. Su brillo y vitalidad habituales se habían nublado con una oscuridad casi impenetrable. Su apetito había disminuido, al igual que su peso; había perdido cinco kilos en tres semanas. Había dejado de hablar por celular o mandar mensajes a sus amigas. Había perdido el interés en la vida y

se había aislado de su familia, prefiriendo la reclusión de su cama. Sus padres, con justa razón, estaban preocupados y empezaron a temer que Savannah pudiera estar pensando en suicidarse.

La chica estaba muy reservada. No quería ver a un psiquiatra. No quería estar en mi consultorio. Esto hacía que ayudarla fuera aún más difícil.

Después de que sus padres salieron de la habitación, le dije en voz baja:

—Savannah, ¿qué está pasando para que tus padres te hayan traído a verme?

Silencio.

—¿Querías venir aquí hoy?

Sin levantar la vista, dijo:

—¿Por qué no pueden simplemente dejarme en paz?

—¿Quiénes?

—Todos. ¿Por qué no pueden todos simplemente dejarme en paz?

—Tus padres te aman demasiado como para no hacer nada cuando te ven sufriendo.

No hubo respuesta verbal, pero comenzaron a formarse lágrimas en sus ojos; pude ver que sí le importaba. Esperé brevemente y luego pregunté:

—¿Preferirías tener padres que no se preocuparan por ti, padres que te dejaran sola cuando te ven con dolor?

Ella siguió mirando sus manos. Oré en silencio: Señor, dame sabiduría para ayudarla. Envía tu Espíritu para ablandar su corazón, fortalecerla y consolarla, y a tus ángeles para que ahuyenten cualquier fuerza maligna.

—Es todo lo que merezco —susurró mientras comenzaba a llorar.

—¿Qué es todo lo que mereces?

—No merezco padres que se preocupen.

—¿Por qué crees que no mereces a tus padres, que te aman y cuidan de ti?

Esperé y le pregunté suavemente:

—Savannah, ¿qué ocurrió?

—Lo hice —soltó de golpe.

—¿Hiciste qué?

—¡Eso! —Me miró, con los ojos suplicantes como si dijera: Por favor, no me hagas decirlo.

Lo dije yo por ella:

—¿Tuviste relaciones sexuales?

Ella asintió mientras lloraba.

Lenta y dolorosamente, me contó lo que había pasado. Tres semanas antes, después de la escuela, decidió salir a dar una vuelta en auto con dos chicos que no conocía muy bien. Al principio fue divertido: escuchar música,

quejarse de la escuela y hablar de otros chicos. Pero luego la situación se volvió incómoda.

Mientras uno de los jóvenes conducía, el otro empezó a hacerle insinuaciones. Savannah dijo que no tenía la intención de tener relaciones sexuales con él, pero no sabía qué hacer. No quería que los chicos se enojaran con ella, no quería que la rechazaran, así que no dijo que no. Se retorció un poco, intentó girar el cuerpo, pero mientras el chico seguía con su presión verbal, ella cedió ante su explotación. La corteza prefrontal de Savannah quería decir que no, pero el miedo y la inseguridad provenientes de su amígdala paralizaban su buen juicio.

Para entonces lloraba con fuerza, sin mirarme, con el rostro enterrado entre sus manos. Su lenguaje corporal exudaba vergüenza, culpa y miedo: miedo al rechazo, miedo a no ser amada jamás, miedo a haber arruinado su vida. Así que le dije:

—¿Cómo te sientes?

—¡Horrible! ¡Inútil, no sirvo para nada!

—¿Tienes miedo de haber arruinado tu vida?

Asintió, sin levantar la vista.

Dada su reacción, me pregunté si tenía una visión punitiva de Dios, así que le pregunté:

—¿Tienes miedo de haber pecado tan gravemente que Dios ya no pueda amarte? ¿Que estás demasiado sucia, demasiado dañada y demasiado mal para que Dios te perdone? ¿Tienes miedo de que Dios esté enojado contigo?

Instantáneamente, antes de que terminara de hablar, me miró, con un terrible miedo y pánico en su rostro. Con una súplica desesperada en los ojos, sollozó:

—¿Cómo podría? Tuve sexo. Perdí mi virginidad. ¿Cómo podría alguien volver a amarme?

El miedo atormentaba su alma: miedo al rechazo, miedo a la ruina, miedo a la condenación, miedo al ridículo. Estaba consumiendo sus pensamientos, robándole la alegría. Sabía que antes de que pudiera recuperarse, ese terrible miedo debía disminuir. Pero ella creía mentiras sobre sí misma y mentiras sobre Dios, y las mentiras obstruyen el flujo del amor sanador. De hecho, las mentiras que creía hacían que su corteza prefrontal inflamase aún más su sistema límbico en lugar de calmarlo. Necesitaba experimentar la verdad, dicha con amor.

Le di un momento para calmarse y luego le pregunté:

—¿Estás cansada de sufrir? ¿Cansada de la culpa? ¿Cansada de sentirte miserable? ¿Te gustaría sanar, encontrar paz y felicidad otra vez?

—¡Oh, sí! —dijo, pero sus ojos preguntaban: ¿Es posible?

—¿Recuerdas la historia de la caída de Adán?

Asintió.

—Después de que Adán pecó y se escondió en el Jardín —le conté—, Dios lo llamó suavemente. Por supuesto que Dios sabía dónde estaba Adán, pero fíjate en cuán gentil es. Lo llamó sin querer asustarlo más de lo que ya estaba. “¿Dónde estás, Adán?”, dijo Dios.

Abrí mi Biblia y leí la respuesta de Adán: “Oí tu voz en el jardín, y tuve miedo porque estaba desnudo; así que me escondí.” Luego le pedí a Savannah que notara la asombrosa respuesta de Dios: “¿Quién te dijo que estabas desnudo?” (Ver Génesis 3:9–11).

—Piénsalo —le dije suavemente—. En el Jardín, ¿cuáles eran las posibles respuestas a la pregunta de Dios? ¿Cuántas personas había alrededor para decirle a Adán que estaba desnudo? Entonces, ¿cuál es el sentido de la pregunta de Dios? Cuando Dios pregunta: “¿Quién te dijo que estabas desnudo?”, está diciendo: “Adán, hijo mío, yo no soy quien te está señalando tu desnudez. No me oíste decir que estabas desnudo. Adán, es tu propia conciencia la que te está condenando, no yo. Te sientes tan mal porque tu cerebro ya no está en equilibrio, como lo diseñé para que estuviera. ¡Yo te amo y estoy aquí para salvarte!”

Los ojos de Savannah se agrandaron con esperanza. Su mente estaba trabajando. ¿Podría ser cierto?

Continué:

—¿Recuerdas la historia de la mujer sorprendida en adulterio?

Asintió, esta vez un poco más rápido.

—Después de que Jesús dispersó a la multitud y solo quedaron Él y la mujer, fíjate en lo que dijo respecto a sus acusadores: “¿Dónde están? ¿Ninguno te condenó?” (Juan 8:10). ¿Quiénes eran las únicas personas en esa conversación? Jesús y la mujer. ¿Y cuál es el sentido de la pregunta de Jesús? Estaba diciendo: “Mira, yo no soy quien te está condenando. Sé todo sobre ti. Sé en lo que estuviste involucrada hace un momento, y no escuchas acusaciones de mi parte. ¡Yo te amo! Estoy aquí para salvarte y sanarte.” Y

para que no haya error en nuestra comprensión de este encuentro, Jesús declaró explícitamente: “Ni yo te condeno.” Luego añadió: “Vete y no peques más” (Juan 8:11, paráfrasis mía).

—Savannah —dije suavemente—, Dios no te condena. No está enojado contigo. Dios te ama. Quiere salvarte y sanarte. La condenación viene de tu propia conciencia, no de Dios.

Era obvio que mi joven paciente deseaba desesperadamente creer que Dios no la estaba condenando, que Dios todavía la amaba. Podía ver que su corazón estaba siendo atraído hacia la verdad, pero aún no era libre. Había más distorsiones en su mente, más malentendidos que necesitaban ser eliminados, más verdad que debía comprenderse. Así que le dije:

—Me alegra mucho que tu conciencia duela tanto y te cause tanta culpa.

Ella me miró confundida, preguntándose si yo creía que merecía sufrir.

—¿Por qué sería algo bueno sentir dolor al tocar una hornalla caliente? — pregunté.

—Para que retire la mano.

—¡Exactamente! Así minimizarías el daño. Y si fueras lo suficientemente sensible, podrías sentir el calor antes de tocarla y no quemarte nunca.

Nuestras conciencias son sensibles a acciones que pueden hacer mucho más daño que quemar nuestros cuerpos. Nuestras conciencias perciben cosas que dañan y destruyen nuestros corazones, nuestras mentes, nuestro carácter. Y así como el dolor por tocar algo caliente está diseñado para hacernos retirar rápidamente y minimizar el daño, la culpa apropiada está diseñada para detenernos cuando estamos haciendo algo que daña nuestro carácter,

minimizando así el daño. Y al igual que el dolor después de una lesión nos motiva a ir al médico para tratamiento y sanación, la culpa por el pecado está diseñada para llevarnos a Dios para su tratamiento y sanación eterna.

—¿Entonces la culpa no es algo malo? —preguntó.

—En absoluto. La culpa es evidencia de que tu corazón y mente son sensibles a la obra del Espíritu Santo. La culpa solo se vuelve mala si, como el dolor, nunca desaparece. Piénsalo: después de lo que pasaste, ¿eres más o menos propensa a ceder ante las insinuaciones inapropiadas de un chico?

Una pequeña sonrisa se dibujó en las comisuras de su boca.

—¡Primero le daría una patada!

Me reí:

—¡Absolutamente!

Eso fue suficiente para una sesión. Savannah se secó las lágrimas y me agradeció profusamente al salir. Pero sabía que quedaba mucho trabajo por hacer.

“Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él” (Juan 3:17).

Dios se acerca con amor y verdad, pero tristemente nuestras mentes oscurecidas y corazones temerosos no lo han comprendido.

Hasta que aceptemos la verdad sobre Dios, nuestras mentes no podrán ser sanadas.

Así que el amor sigue luchando.

7. El Amor Permanece Firme

Nuestra verdadera identidad es amar sin miedo ni inseguridad. Nuestro más alto potencial nos encuentra cuando nos orientamos en esa dirección.

El poder del amor y la compasión transforma la inseguridad.

– Doc Childre

Cuando tenía seis años, asistía a primer grado en una pequeña escuela cristiana rural de dos aulas en el sur de Nueva Jersey. Los grados del uno al cinco estaban en un aula; los del seis al ocho en otra. Uno de los placeres del recreo era columpiarse en uno de los tres columpios de asiento de madera en nuestro pequeño patio de juegos. Cuando finalmente llegaba el recreo, corriamos hacia los columpios, ansiosos por asegurar uno de los pocos asientos codiciados. Los de primer grado rara vez conseguíamos uno, ya que los niños mayores eran mucho más rápidos y casi siempre llegaban primero.

Como suelen hacer los niños, comenzamos a idear otras formas imaginativas de divertirnos, y pronto descubrimos la emoción de correr por debajo del columpio mientras un niño mayor se balanceaba de pie sobre el asiento, impulsándose con fuerza de un lado a otro. Rápidamente se formaron filas frente a cada columpio. Uno por uno corriamos por debajo del columpio, calculando el momento justo para evitar ser golpeados. Pronto llegó mi turno.

Corré tan rápido como me lo permitían mis piernas de primer grado, pero me equivoqué en el cálculo y ¡bam!, el columpio me golpeó con toda su fuerza en la frente, abriéndome una herida por la que empezó a salir sangre.

Caí hacia atrás y comencé a gritar de dolor. Mis recuerdos de los niños gritando, el director cargándome al interior de la escuela y mi madre llevándome al médico son vagos y borrosos. Pero tengo un recuerdo nítido y claro de estar en la camilla del consultorio del médico y verlo acercarse con una aguja que, a mis ojos de seis años, parecía medir metro y medio. Cuanto más se acercaba con la aguja hacia mi frente, parecía que iba a clavármela directamente en el ojo.

Quería correr, huir lo más rápido posible, porque tenía miedo. Pero mi madre me sostuvo con fuerza. Intenté zafarme, supliqué, lloré, pero mi madre no me soltó. Me amaba demasiado. Pero hizo más que eso. Me habló, me dijo palabras amorosas, palabras de aliento, asegurándome que estaba allí, que todo estaría bien. Aunque sus palabras no eliminaron todo el miedo de mi mente infantil, sí lo redujeron. El amor y el miedo luchaban entre sí en un campo de batalla de dolor.

El amor de mi madre me ayudó a mantenerme firme, porque sin duda, si ella no hubiera estado allí demostrando ese amor, habría salido corriendo. Mi sistema límbico estaba disparado, el miedo aumentaba, y mi cerebro infantil no podía procesar las emociones que estaba sintiendo ni elegir el camino saludable. No era lo suficientemente maduro para comprender la importancia de mantenerme firme. A los seis años, todo lo que podía pensar era en el dolor. Todo lo que quería era evitar esa aguja. Aunque a esa edad no entendía por qué mi madre me sometía a ese dolor, como adulto estoy profundamente agradecido con ella por haberme sujetado con fuerza, por haberme

contenido, aunque doliera, aunque diera miedo. Gracias a su amor, pude sanar.

Ahora comprendo lo que no apreciaba entonces: dejar que el miedo tome el control (sistema límbico) solo empeora el resultado. La herida no se habría cerrado bien, podría haberse infectado y, si no moría, sin duda tendría una cicatriz horrible.

¿Es bíblica la sumisión al abuso?

He tenido pacientes que han estado atrapados en relaciones abusivas – relaciones en las que les golpeaban, les gritaban o les amenazaban constantemente – y me preguntaban si debían someterse a eso porque la Biblia dice que debemos ser sumisos. Esta es una pregunta importante, y la respuesta requiere entendimiento. La Biblia sí nos llama a la sumisión, pero la sumisión bíblica nunca permite que uno sea abusado. ¿Cómo podemos saber esto?

La palabra griega que se traduce como “sumisión” en el Nuevo Testamento es *hypotasso*, un verbo compuesto que significa “ordenarse a uno mismo por debajo de otro” o “ceder”. El apóstol Pablo instruye a los cristianos a que se “sometan unos a otros en el temor de Dios” (Efesios 5:21). Esto significa que todos –esposos, esposas, pastores, miembros laicos, hombres, mujeres– estamos llamados a sumisión, no que un grupo domine a otro.

Entonces, ¿cómo podemos saber cuándo estamos ejerciendo una verdadera sumisión bíblica y cuándo nos estamos sometiendo por miedo o por una falsa creencia de que debemos dejar que otros abusen de nosotros? Aquí es donde debemos entender los principios de Dios y Su ley de amor, la ley de libertad. El amor requiere libertad. Cuando nos encontramos en una situación en la

que una persona se niega a concedernos libertad y, en cambio, busca controlarnos, manipularnos, dominarnos o dañarnos, la verdadera sumisión bíblica no es ceder a ese abuso, sino mantenerse firmes en amor. ¿Qué hizo Jesús cuando fue confrontado por los líderes religiosos que querían dominar, manipular y controlar? ¿Se sometió a sus exigencias?

No. Jesús nunca pecó, y por lo tanto, siempre fue perfectamente sumiso a Su Padre celestial. Sin embargo, se mantuvo firme ante los abusos de los líderes religiosos. Los llamó hipócritas, sepulcros blanqueados y generación de víboras. Esto no fue falta de amor; fue la más pura manifestación del amor. El amor permanece firme. No huye. No golpea. No ataca. No se venga. El amor, en libertad, se mantiene firme por lo correcto, lo sano, lo bueno y lo verdadero. A veces, mantenerse firme significa hablar con claridad y firmeza. A veces significa apartarse de una relación. Otras veces, significa permanecer en una situación difícil pero sin ceder a la manipulación ni al pecado. Pero nunca significa tolerar el abuso como si fuera la voluntad de Dios.

El amor verdadero, la sumisión verdadera, fluye de un corazón sano, libre, maduro, que elige amar aunque duela. Pero si aún no hemos madurado hasta ese punto, si nuestras heridas nos hacen vulnerables al abuso, entonces lo más amoroso que podemos hacer por nosotros mismos y por los demás es salir de esa situación y buscar sanidad.

El amor no significa pasividad. El amor no significa permitir que otros peleen sin consecuencias. El amor no significa ser una víctima. El amor siempre busca restaurar, sanar y salvar. Pero para hacerlo, el amor debe ser firme, no miedoso.

El poder transformador del amor firme

Recuerdo una paciente que tenía grandes problemas para mantener sus límites. Había crecido en una familia muy controladora, donde nunca se le permitía decir “no”, donde expresar su opinión era castigado, y donde se esperaba que fuera sumisa sin cuestionamientos. Como adulta, continuaba relacionándose con los demás de la misma manera. Permitía que otros la usaran, la controlaran, se aprovecharan de su bondad. No sabía cómo decir “no”, y cuando lo intentaba, se sentía culpable.

Comenzamos a trabajar con una nueva perspectiva. Ella comenzó a comprender que la sumisión bíblica no se trata de dejar que otros la lastimen, sino de elegir libremente amar a los demás mientras se respeta a sí misma. Aprendió que podía decir “no” con amabilidad. Comenzó a poner límites, a mantenerse firme, a no huir ni agredir. Se encontró a sí misma experimentando paz por primera vez en años. El miedo ya no tenía el control. El amor, no el miedo, se convirtió en su motivación.

Este es el tipo de sumisión al que Dios nos llama –una que fluye del amor, no del temor. Una sumisión libre, madura, basada en la verdad y en la libertad. El tipo de sumisión que Jesús modeló perfectamente.

El ejemplo de Jesús

Jesús fue el ejemplo supremo del amor que permanece firme. Cuando fue golpeado, no golpeó de vuelta. Cuando fue acusado falsamente, no se defendió con violencia. Cuando fue rechazado, no huyó. Y cuando fue clavado en la cruz, no maldijo a sus verdugos. Oró por ellos.

Jesús no fue una víctima pasiva. Fue un ser humano divino que eligió, con plena libertad, mantenerse firme en el amor. Enfrentó el odio, la violencia, la mentira, y el pecado con una fuerza de carácter inquebrantable, pero sin

odio, sin temor, sin agresión. Jesús se sometió completamente al Padre, y esa sumisión lo hizo inquebrantable frente al mal.

Cuando permitimos que el amor de Dios habite en nosotros, cuando conocemos la verdad sobre quién es Dios –un Dios de amor, libertad y verdad–, entonces también podemos permanecer firmes. Ya no somos esclavos del miedo. No huimos del conflicto. No nos sometemos a la manipulación. No respondemos con agresión. No caemos en el juego del enemigo. Permanecemos firmes, en el amor.

El amor expulsa el miedo

“En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor” (1 Juan 4:18). Esta es una de las declaraciones más poderosas de la Escritura. Nos dice que el amor y el miedo no pueden coexistir plenamente. Donde el amor madura, el miedo se desvanece. El amor verdadero no necesita controlar. El amor verdadero no manipula, no amenaza, no se defiende con violencia. El amor verdadero permanece firme, libre y lleno de verdad.

Dios nos ha diseñado para vivir en este tipo de amor. Nuestro cerebro funciona mejor en amor. Nuestras relaciones sanan cuando el amor está presente. Nuestro cuerpo prospera cuando no vivimos en miedo crónico. Pero esta clase de amor no surge de la nada. Es el resultado de conocer a Dios, de experimentar Su gracia, de comprender Su carácter. Y a medida que esta verdad penetra en nuestro corazón y mente, somos transformados.

Permanecer firmes hoy

Hoy, Dios nos invita a permanecer firmes. No a pelear. No a huir. No a ceder al abuso. No a vivir con miedo. Sino a permanecer firmes en Su amor. A mantenernos fieles a la verdad. A decir “sí” cuando corresponde y “no” cuando es necesario. A amar sin ser manipulados. A ser libres, incluso en medio del dolor.

El amor que permanece firme no es debilidad. Es la mayor fortaleza que existe. Es el amor que sanó a la humanidad caída. Es el amor que venció a Satanás. Es el amor que llevó a Jesús a la cruz. Y es el amor que Dios quiere colocar en tu corazón.

=

8. Cambiando Nuestra Visión de Dios

El poder es de dos clases. Una se obtiene por el miedo al castigo y la otra por actos de amor.

El poder basado en el amor es mil veces más efectivo y duradero que el derivado del miedo al castigo.

—Mahatma Gandhi

Laura vino a verme con una larga historia de depresión y ansiedad. Se preocupaba por todo: cómo la trataría la gente, si tendría dinero para pagar sus cuentas, si conservaría su trabajo, si sus amigos realmente la querían. Tenía un miedo crónico al abandono y sentimientos intensos de soledad. Pero lo que más la aterrorizaba era perder a las personas que amaba, así que nunca se permitía acercarse demasiado. Estaba casada, pero era infeliz. Tenía hijos, pero vivía en conflicto. Estaba empleada, pero odiaba su trabajo. Laura había sido tratada con una variedad de medicamentos, todos sin una mejora significativa.

Estaba insatisfecha con su vida, infeliz con sus circunstancias. Había una corriente subterránea de ira que hervía bajo la superficie de su miedo y desaliento. Cuando le pregunté si creía en Dios, respondió con una mirada de rabia mezclada con dolor y sufrimiento. “No te atrevas a hablarme de Dios”, dijo, añadiendo que, aunque dudaba de su existencia, estaba muy enojada con

él. Laura me contó que durante toda su vida se había sentido perseguida, castigada y maltratada por Dios. Cada vez que algo malo le sucedía, lo interpretaba como que Dios se lo estaba haciendo. Nunca se permitía ilusionarse porque creía que, en cualquier momento, Dios intervendría y arruinaría su alegría. Decía que no creía en Dios, pero lo odiaba y le temía.

Mientras explorábamos la historia de su vida, me contó que cuando tenía siete años, su madre murió en un accidente de auto. Lloró intensamente al relatar esa experiencia dolorosa. Me habló de su madre y cómo, después de tantos años, aún la extrañaba. Luego me relató el funeral, cuando se sentó en la primera fila de la iglesia y el predicador la miró directamente y le dijo: “Dios se llevó a tu mami para que esté con él”. Girando hacia mí, con los ojos encendidos de ira, dijo: “¡Pero yo necesitaba que mi mami estuviera conmigo!”

Sus palabras resonaron en mi mente: ¡Pero yo necesitaba que mi mami estuviera conmigo! ¿Qué había hecho ese predicador bien intencionado? ¿Qué tipo de Dios se le presentó a Laura cuando estaba más vulnerable? Inocente e inadvertidamente, una mentira sobre Dios fue implantada en su mente. Esa mentira decía simplemente: Dios se lleva a las mamás de sus hijos; Dios es la fuente del dolor, el sufrimiento y la muerte. ¿Y cuál es la consecuencia neurobiológica de creer una mentira así sobre Dios?

Las mentiras creídas rompen el círculo del amor y la confianza. Al creer en una visión aterradora de Dios, la corteza prefrontal de Laura enviaba señales a la amígdala para activar la alarma, en lugar de calmarla. La ansiedad y el miedo aumentaban, retroalimentando la corteza prefrontal, provocando más interpretaciones basadas en amenazas, resultando en aún más miedo y ansiedad. Su mente no podía sanar hasta que se eliminaran las mentiras.

Aunque vivimos en el mundo, no libramos batallas como lo hace el mundo. Las armas con que luchamos no son las del mundo, sino que tienen el poder divino para derribar fortalezas. Destruimos argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevamos cautivo todo pensamiento para hacerlo obediente a Cristo.

(2 Corintios 10:3-5, énfasis añadido)

La mente de Laura se había convertido en una fortaleza de miedo y duda. Al creer mentiras sobre Dios, se llenó de amargura, ira y resentimiento. El amor no puede fluir donde hay mentiras sobre Dios arraigadas. Sin la verdad sobre Dios, la infección del miedo y el egoísmo no tiene antídoto. Su condición solo empeoraba. Estaba constantemente asustada, incapaz de experimentar alegría o paz reales, viendo explotación y daño en cada rincón, sin poder confiar genuinamente en los demás. Sabía que para que se recuperara, para que encontrara paz, Laura debía ser liberada de su visión opresiva de Dios.

Le pedí que me hablara del Dios en quien no creía. Pasó varios minutos describiendo a un tirano cruel, un ser que abusaba arbitrariamente de su poder para inflictir dolor y sufrimiento a sus criaturas, un ser que debía ser apaciguado, un ser que no se preocupaba de que los niños fueran abusados, uno que se llevaba a las mamás de sus hijos.

Cuando terminó, la miré directamente a los ojos y le dije: “¡Muy bien, yo tampoco creo en ese Dios!”. Sorprendida por la respuesta de un psiquiatra cristiano, me miró con escepticismo, así que continué afirmándola por rechazar esa imagen horrenda de Dios. La felicité por no rendirse a esa autoridad abusiva sin pensar. Comenzó a ablandarse y, con el tiempo, a medida que se sentía cómoda, comenzamos a explorar otras posibilidades sobre Dios y sobre por qué ocurren eventos dolorosos—posibilidades que

lentamente redujeron su miedo y su sensación de persecución, y abrieron el camino para la sanación.

Las mentiras sobre Dios incitan al miedo y activan la cascada inflamatoria, dañando el cerebro y el cuerpo. Para que nuestras mentes sanen, debemos darnos cuenta de la verdad: el Padre está de nuestro lado. ¡Él es nuestro Amigo! ¡Él es nuestro Salvador! La restauración comienza al remover las mentiras y restaurar la confianza. Afortunadamente, Laura estaba dispuesta a hacer preguntas, a buscar respuestas basadas en evidencia. Pero, ¿y si no lo hubiera estado? ¿Cómo pueden eliminarse las mentiras si no se permiten las preguntas?

No se permiten preguntas

Fran era una mujer tímida de sesenta años que vino a verme por un temor y ansiedad crónicos. Había sido cristiana toda su vida, era activa en su iglesia, enseñaba en la escuela dominical y se ofrecía como voluntaria en viajes misioneros. Había aceptado a Jesús como su Salvador a los catorce años y lo amaba sin cesar. Sin embargo, había luchado toda su vida con una inseguridad misteriosa—un temor profundamente arraigado, una sombra oscura de ansiedad escondida en los rincones de su mente. Nunca hablaba de eso porque sabía que no se suponía que estuviera allí si amaba y confiaba en Jesús como su Salvador. Pero allí estaba. Como resultado, estaba crónicamente ansiosa, asustada e insegura.

Había sido tratada con una variedad de medicamentos contra la ansiedad y había visto a numerosos terapeutas, consejeros y médicos, pero nunca había encontrado paz. Nada parecía funcionar. Estaba desesperada.

Fran creció en un hogar cristiano conservador donde la rutina familiar giraba en torno a la iglesia. Asistía a una escuela cristiana privada, a la escuela dominical semanal y tenían momentos regulares de culto familiar. Le enseñaron la importancia de la fe y de creer en la Palabra de Dios, incluso si, en su limitada mente humana, no siempre tenía sentido. Le enseñaron que cuando uno tiene “fe”, no necesita hacer preguntas, simplemente “cree”. Pero Fran sí tenía preguntas, muchas, pero temía hacerlas. Le enseñaron que hacer preguntas, investigar la evidencia y razonar los asuntos era señal de que uno no tenía fe, y sin fe no se podía salvar. Así que enterró sus dudas bajo la apariencia de fe—pero eso solo generó más preguntas.

Constantemente luchaba con sus propios pensamientos: *¿Qué clase de Dios no quiere que hagamos preguntas? ¿Tiene algo que ocultar? ¿Tiene miedo de que no nos guste lo que descubramos sobre él? ¡Déjá de pensar así! Jesús murió por vos, y deberías confiar en él. Si confiaras en él no harías preguntas tan estúpidas. No tenés fe, y sin fe te vas a ir al infierno.* Y así la batalla en su mente continuaba, y ella se volvía cada vez más temerosa de un Dios que quemaría a las niñas en el infierno por hacer preguntas.

La mente de Fran estaba llena de distorsiones sobre Dios. Sabía que su miedo y ansiedad no podían curarse sin que llegara a un conocimiento genuino de Dios. Mientras siguiera aceptando la idea de que hacer preguntas revelaba una falta de fe, mantenía suspendido el uso de su corteza prefrontal. No podía ser sanada, salvada o restaurada al ideal de Dios si se negaba a usar su corteza prefrontal, porque es allí donde la mente humana comprende la verdad, experimenta el amor y se comunica con Dios. Teníamos que destruir las mentiras sobre Dios que mantenían a Fran cautiva para que su amor pudiera sanar su corazón. Teníamos que activar su corteza prefrontal.

Comenzamos con Isaías 1:11 y leímos sobre Dios reprendiendo al pueblo de Israel, no por cosas como la idolatría, la rebeldía o la desobediencia. En cambio, encontramos algo increíble. Dios estaba reprendiendo a su pueblo escogido por traerle ofrendas quemadas, observar los días festivos señalados, orarle, guardar el sábado y asistir al templo.

Dios en realidad estaba disgustado con ellos por hacer los mismos ritos que él les había instruido a llevar a cabo. ¿Por qué? Porque no estaban pensando ni razonando. Simplemente realizaban actos religiosos por costumbre y no comprendían el significado que el servicio simbólico debía enseñarles. No entendían los principios de amor que sus ceremonias representaban, y por lo tanto no ayudaban al pobre ni a la viuda. “Iban a la iglesia”, pero como no pensaban, ofrecían “ofrendas sin sentido” (Is 1:13). Por eso Dios les dijo explícitamente:

“Vengan ahora, y razonemos juntos... Aunque sus pecados sean como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; aunque sean rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana.”

(Isaías 1:18, NVI 1984)

Señalé el texto y le dije a Fran que un Dios de amor no tiene nada que ocultar. Disfruta conversar con sus hijos e invita con entusiasmo nuestras preguntas. Los rituales son las herramientas que usa para hacernos pensar y para estimular la conversación con él. Cuando la mente entra en contacto con lo divino, entramos en contacto con la fuente de toda verdad. Cuando razonamos con Dios, la oscuridad se disipa, nuestros corazones se abren en confianza, nuestra pecaminosidad es limpiada y somos purificados.

A medida que el significado de ese texto penetraba el miedo profundamente arraigado de Fran, vi un cambio en ella. Una pequeña chispa se encendió en

su interior, y una llama de esperanza brotó con vida. Pude ver que su mente se preguntaba: *¿Podría ser realmente cierto?* Quería saber más.

Le hice leer Romanos 14:5:

“Cada uno esté plenamente convencido en su propia mente.”

Y Hebreos 5:14:

“Pero el alimento sólido es para los adultos, los cuales por la práctica tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal.”

Entonces le pregunté: “¿Cómo podemos estar plenamente convencidos en nuestra propia mente si no pensamos, si no hacemos preguntas, si no examinamos la evidencia? ¿Cómo nos entrenamos para discernir entre el bien y el mal si no indagamos, si nos negamos a buscar la verdad?”

La puerta de su mente estaba casi abierta. La represa que contenía una vida entera de preguntas reprimidas estaba a punto de romperse. Solo necesitaba un empujón más. Le hice leer las palabras del propio Jesús en Juan 15:15:

“Ya no los llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero los he llamado amigos, porque todo lo que oí de mi Padre se los he dado a conocer.”

(La Palabra, El Mensaje, énfasis añadido)

Fran lo vio: Jesús no quiere que seamos siervos sin pensamiento que simplemente hacen lo que se les dice. Quiere que seamos sus amigos inteligentes y comprensivos, que pensemos por nosotros mismos, que hayamos recuperado la capacidad de discernir entre el bien y el mal. La represa estalló. Las preguntas comenzaron a fluir.

Pero había una pregunta que atormentaba a Fran más que cualquier otra. Es una pregunta que también ha preocupado a muchos de mis otros pacientes, una idea que socava la confianza en Dios. Debía resolverse antes de que pudiera encontrar la paz.

“Dios no hace porquería”

—¿Por qué Dios me hizo así? —preguntó Fran—. ¿Por qué Dios quiso que tuviera ansiedad y depresión? Me dijo que creía que Dios usa su poder divino para crear a cada uno de nosotros como individuos, tal como somos. Incluso tuvo una remera que decía: “Dios me hizo, ¡y Dios no hace porquería!”

Aquí había otra distorsión muy sutil que se había infiltrado en su pensamiento. Estaba causando angustia mental y socavando su confianza en Dios. Ella creía la mentira de que Dios crea directamente a cada uno de nosotros tal como somos, completos con todos nuestros defectos genéticos, enfermedades, fallas y pecado. Sin embargo, la Biblia no enseña esta idea. Enseña que la especie humana fue creada por Dios perfecta y sin pecado.

Cuando Dios creó a Adán y Eva en el Jardín del Edén, no solo los hizo sin defectos, también les dio la capacidad de procrear (Génesis 1:28). Dios los creó con libertad para elegir y cambiar o adaptarse según sus elecciones. Esto significa que las decisiones mismas de Adán y Eva los cambiarían. Las elecciones saludables resultarían en mayor desarrollo y salud, pero las desviaciones de la ley del amor resultarían en defecto, daño y, sin intervención, en la muerte eventual. Una vez que se apartaron de Dios y pecaron, todos sus descendientes han sido “pecadores desde el nacimiento, pecadores desde el momento en que mi madre me concibió” (Salmos 51:5). En otras palabras, toda la humanidad ha nacido con defectos.

Muchos de mis pacientes han luchado en su relación con Dios porque creyeron la mentira de que Dios los creó, como individuos, exactamente como son. Preguntan: “¿Por qué Dios quiso que yo fuera esquizofrénico?” “¿Por qué quiso Dios que mi hijo tenga autismo?” “¿Por qué me creó Dios con trastorno bipolar?”

La verdad es que no lo hizo. ¡Dios no usa su poder para crear seres pecadores, enfermos, defectuosos y deformes! Todos los defectos son resultado del pecado que ha contaminado y dañado la creación de Dios. El amor no puede –no crea– imperfección.

Fran no estaba inicialmente convencida de este punto, así que hizo más preguntas:

–¿Pero qué pasa con ese texto de la Biblia que dice: “Tú creaste mis entrañas; me formaste en el vientre de mi madre”? (Salmos 139:13).

–¡Excelente! –le respondí–. ¡Muy bien! No aceptes las ideas de otros. Pensá por vos misma. Hacé preguntas y razoná los asuntos. Citaste un pasaje bíblico. Pero citar un versículo no es suficiente. Tenemos que preguntar: “¿Qué significa?”

Ella no estaba acostumbrada a eso. Le habían enseñado: “Si la Biblia lo dice, yo lo creo y eso lo resuelve”. Sin embargo, se dio cuenta de que tal enfoque bloqueaba el pensamiento, impedía razonar y deterioraba su capacidad de realmente conocer a Dios y apreciar cómo obra. Así que empezó a pensar: ¿Qué significa? Esto activó su corteza prefrontal y abrió su mente al Espíritu Santo.

Ya le había explicado la ley del amor de Dios y la batalla en curso contra la infección satánica. Habíamos explorado cómo toda la naturaleza sufre bajo el

peso del pecado, pero estos eran conceptos nuevos que ella aún luchaba por incorporar a su pensamiento.

Continué:

—Si Dios es quien está creando directamente a cada ser humano, entonces cuando los niños nacen con defectos cardíacos congénitos, espina bífida o malformaciones de diversos tipos, ¿está teniendo Dios un mal día “tejiendo”? ¿Estamos cómodos adjudicándole a Dios todos los defectos y deformidades genéticas? Si Dios está creando directamente a bebés con defectos congénitos, entonces cuando los médicos operan para salvar la vida de esos bebés, ¿están oponiéndose a la voluntad divina? ¿Deberían los profesionales de la salud negarse a corregir defectos de nacimiento, diciendo que Dios quiere que ciertas personas nazcan así? Si Dios es quien está usando su poder para crear a cada uno de nosotros, entonces, ¿es su poder más débil que el de una madre pecadora que bebe tanto alcohol que su bebé nace con síndrome alcohólico fetal? Si Dios está activamente creando a ese bebé, ¿no debería su poder ser mayor que el alcohol consumido por esa madre imprudente, y no debería el niño nacer sano a pesar de ello?

Fran parecía estar luchando con estas ideas nuevas, pero seguí adelante:

—Peor aún, si creemos que Dios está creando directamente a cada ser humano, entonces durante la anarquía en Sudán, cuando hombres árabes violaban a mujeres sudanesas por decenas de miles para tener más hijos de ascendencia árabe, ¿deberían esas mujeres mirar al cielo y agradecer a Dios por lo que les sucedió? ¿Es la violación un método que Dios usa para crear? ¿La ley del amor incluye la violación?

—Más serio aún que la deformidad física o la violación, ¿creemos que Dios crea el pecado y a los pecadores? Si decimos que Dios nos crea como

individuos mediante su poder directo, y reconocemos que todos nacemos con pecado, entonces estamos diciendo que Dios crea pecadores.

Fran sabía que eso no podía ser verdad. Se dio cuenta de que la Biblia le da a Dios el crédito de haber creado directamente solo a dos seres humanos—Adán y Eva—y más adelante, la encarnación de Jesús. Los tres eran sin pecado. Jesús permaneció así. Adán y Eva no.

La mente de Fran estaba procesando, trabajando para integrar la verdad y eliminar la distorsión. Me miró y preguntó:

—Entonces, ¿cómo entendemos el rol de Dios en nuestra creación individual?

Tenía mi respuesta lista:

—Cuando Dios le dio fuerza a Sansón, ¿controló Dios cómo usó esa fuerza? Cuando Dios le dio sabiduría a Salomón, ¿controló Dios cómo usó ese don? Cuando Dios dio a la especie humana la capacidad de procrear, ¿decide Dios con quién y dónde nos apareamos? ¿Controla Dios el uso de sus dones, o nos da habilidades, talentos y oportunidades, y luego nos deja libres para usarlos para el bien o el mal según elijamos?

Fran nunca había considerado estas posibilidades antes, y esto era un trabajo arduo para alguien acostumbrada a creer sin pensar. Así que continué lentamente y en oración:

—Dios es quien dio a Sansón su fuerza, pero no fue Dios quien eligió que Sansón usara esa fuerza para andar con mujeres paganas. Dios es quien dio a Salomón su sabiduría, pero no fue Dios quien eligió que Salomón usara esa sabiduría para casarse con setecientas esposas o construir altares a ídolos. Dios ha dado a la raza humana la capacidad de crear, pero no controla cómo usamos esa capacidad.

—Dios es el Creador del diseño original de la humanidad, así como de las leyes de la naturaleza y la física que rigen la reproducción. Así que él es quien “teje” mediante su diseño y sus leyes establecidas. Pero no está creando directamente a cada uno de nosotros con pecado, enfermedad y defecto. Le recordé a mi paciente que nuestra condición actual es resultado de la creación de Dios infectada por el pecado, y que toda la naturaleza gime bajo el peso del pecado (Romanos 8:22).¹

Cuando Fran finalmente vio la verdad—que el amor está luchando contra el egoísmo, que Dios no la creó con pecado, enfermedad y defectos, sino que ha estado trabajando para salvarla y sanarla—su miedo y desconfianza hacia él comenzaron a desvanecerse. Increíbles nuevas posibilidades comenzaron a abrirse ante su mente. El aire fresco de la libertad finalmente sopló sobre su alma: libertad para pensar, libertad para hacer preguntas, libertad para elegir. Y a medida que la libertad entró y su amor y aprecio por Dios crecieron, el miedo se desvaneció.

La Biblia explotó con nuevo significado para Fran. Cuando leyó sobre la mujer sorprendida en adulterio y escuchó a Jesús decir: “Ni yo te condeno”, oyó la voz del Padre. Cuando leyó acerca de Jesús lavando los pies de su traidor, vio al Padre inclinándose sobre los pecadores para lavar el pecado. Cuando vio a Jesús permitiendo que una turba enfurecida lo golpeará, escupiera y lo crucificara, vio el rostro de Dios recibiendo los golpes, cubierto de sangre, muriendo en agonía. Cuando leyó la invitación de Jesús a ser su amiga (Juan 15:15), sintió el amor del Padre llamándola a casa.

Muchos de nosotros hemos sido engañados con mentiras sobre Dios. Cuando creemos esas mentiras, el círculo del amor y la confianza se rompe en nuestros corazones, y el miedo y el egoísmo rápidamente toman el control. Cuanto más profundamente arraigadas estén las mentiras, mayor será el

miedo. Pero la historia no tiene que terminar allí. El camino hacia el amor restaurado siempre es a través del sendero de la verdad redescubierta.

9. El Poder de la Verdad

La verdad en realidad alivia más que hiere,
y siempre se mantendrá firme contra la falsedad,
como el aceite sobre el agua.

Miguel de Cervantes

Joe se estaba muriendo de cáncer de colon. Era demasiado tarde para tratarlo; el cáncer se había diseminado demasiado como para curarse. Joe me dijo que había notado algo de sangrado rectal cuatro años antes, pero en lugar de ir al médico para una evaluación, se dijo a sí mismo: “Deben ser hemorroides”. Tenía miedo de lo que el sangrado rectal podría significar. La sola idea de tener cáncer era demasiado angustiante emocionalmente, así que, en lugar de buscar la verdad, intentó evitarla. Pero, como Joe aprendió muy bien, nunca podemos evitar la verdad; solo podemos retrasar el día en que tendremos que afrontarla. Retrasar la búsqueda de la verdad no impide que la verdad suceda. El retraso solo empeora el problema cuando finalmente nos vemos obligados a enfrentarlo.

Lamentablemente, demasiadas personas no comprenden la razón última para buscar la verdad: la sanación. En cambio, multitudes de personas temen la verdad. Temen que conocer la verdad cause dolor, vergüenza o pérdida—de posición, trabajo, respeto, salud, relaciones o reputación. Así que huyen de ella. Pero debemos aprender a ser veraces en todas las cosas, en todas las

circunstancias, en todas las relaciones, porque la verdad destruye las mentiras y abre la vida a la sanación.

Si enfrentamos la verdad ahora mismo, aquí en esta tierra, aún experimentaremos las tormentas de la vida, pero las enfrentaremos bajo el reconfortante paraguas de la gracia de Dios, con todas las agencias del cielo de nuestro lado, trabajando para sanarnos y restaurarnos al bienestar mental, emocional y espiritual. Pero si negamos la verdad, huimos de ella, la suprimimos o incluso la ignoramos, solo retrasamos el momento en que tendremos que afrontarla. Si retrasamos lo suficiente, pasaremos el punto de recuperación, sea física o espiritual.

La sinceridad no es suficiente

Greg era un hombre de veintitrés años que fue admitido en la unidad de cuidados intensivos con un nivel de azúcar en sangre superior a mil. Estaba en una condición llamada cetoacidosis diabética—una condición potencialmente mortal causada por no tomar su insulina. Greg era diabético desde la infancia. Había sido hospitalizado muchas veces en el pasado y conocía los peligros de dejar de tomar su insulina. Por lo tanto, después de que fue estabilizado médicaamente, se solicitó una consulta psiquiátrica para determinar si estaba suicida, si estaba rechazando su tratamiento a propósito en un intento por matarse.

Greg me dijo que no tenía ningún deseo de morir, pero había dejado de tomar su insulina porque había sido “sanado”. Describió con entusiasmo un “avivamiento” al que había asistido recientemente en una iglesia local. Durante el evento, se invitó a los enfermos a pasar al frente. Se hicieron oraciones fuertes y emotivas, impusieron manos sobre él y se pronunció una invocación de sanidad: “¡En el nombre del Señor Jesucristo, sé sanado!” Sus emociones se elevaron con euforia y él creyó sinceramente que había sido

sanado. Nunca se había “sentido” tan bien, me dijo, así que dejó de tomar su insulina. Ahora estaba en la UCI al borde de la muerte. La verdad de su condición contradecía su creencia sinceramente sostenida. La sinceridad—convencerse a uno mismo de que algo es verdad a pesar de la evidencia—no es lo mismo que descansar en la verdad. Quienes valoran la verdad saben que los milagros pueden ocurrir, y ocurren. Pero porque aman la verdad, no temen examinar la evidencia que demuestra que la sanidad realmente ha ocurrido (Hebreos 5:14). En resumen, no importa cómo “nos sintamos”, si rechazamos la verdad, no podemos sanar.

Estudios de imágenes cerebrales han demostrado que prácticas religiosas como las que Greg experimentó inflaman las estructuras del sistema límbico y reducen la actividad en la corteza prefrontal. Como la verdad entra en nuestras mentes a través de los circuitos neuronales de la corteza prefrontal, no sorprende que las poderosas experiencias emocionales de Greg resultaran en su incapacidad para tomar una decisión razonable basada en la verdad. El Espíritu Santo es el Espíritu de verdad y siempre obra en armonía con la verdad, nunca en contra de ella. Cuando el Espíritu Santo está involucrado, la corteza prefrontal se vuelve más saludable, la capacidad de razonar mejora, y el amor, la compasión y la empatía se fortalecen. Cuando espíritus falsos—a veces identificados como sentimientos—están involucrados, la actividad de la corteza prefrontal se ve afectada, el sistema límbico se inflama, y la razón, el amor y la compasión se ven socavados. No podemos ser sanados hasta que aceptemos la verdad.¹

Debemos aplicar la verdad

Jesse estaba en la UCI, fuertemente sedado, con respirador artificial y no podía comunicarse de ninguna manera. Tenía cincuenta y nueve años, pero parecía de ochenta. Estaba sucio, sin afeitar y sin lavar, con los dedos manchados de nicotina. Una mezcla fétida de olores corporales combinados

con tabaco flotaba en el aire. Jesse estaba gravemente desnutrido. Su piel colgaba flojamente de sus huesos; sus ojos estaban hundidos en las órbitas, y el blanco de sus ojos tenía un amarillo oscuro y fantasmal, salpicado de puntos de sangre. Si no fuera por el respirador que hacía que su pecho subiera y bajara y el monitor que mostraba un ritmo cardíaco constante, fácilmente podría confundirse con un cadáver. Pero no estaba muerto—aún no, al menos.

Como no podía obtener ningún antecedente de Jesse, revisé su expediente. Revelaba que estaba en falla hepática, tenía graves problemas de electrolitos, lo que provocó una convulsión reciente, con arritmias cardíacas incluidas, y estaba sangrando del sistema gastrointestinal. Todo este daño había sido causado por años de consumo excesivo de alcohol. La vida de Jesse literalmente colgaba de un hilo.

El médico tratante me había dicho: “Este tipo es un alcohólico, y si logramos salvarlo, va a necesitar rehabilitación.”

Siete días después Jesse estaba fuera del respirador, sus electrolitos se habían estabilizado, el sangrado se detuvo, su hígado volvía a funcionar—apenas—y la desintoxicación del alcohol avanzaba lo suficientemente bien como para que su mente estuviera más clara y pudiera entablar una conversación significativa. Entré a su habitación y extendí mi mano. “Hola, soy el Dr. Jennings. Soy psiquiatra y su médico me ha pedido que lo vea.”

“¡No necesito ningún psiquiatra!” respondió Jesse con desdén.

“¿Sabe dónde está?” pregunté.

“En el hospital. No estoy loco.”

“Nadie dijo que lo estuviera. Solo quiero revisar su memoria y ver si alguno de estos medicamentos está afectando su pensamiento. ¿Sabe por qué está aquí?”

“He estado bebiendo.”

“¿Cuánto?”

“Lo suficiente para emborracharme.”

“¿Y cuánto es eso?”

“Un quinto.”

“¿Un quinto de qué?”

No ofreció una respuesta evasiva y replicó: “Whisky, whisky Jim Beam. Me vendría bien uno ahora.”

“¿Por qué cree que le vendría bien un whisky ahora?”

“Para emborracharme.”

“¿Cree que su forma de beber tiene algo que ver con por qué está aquí?”

“Claro que sí. Supongo que voy a morir por beber. De algo hay que morirse.”

Miré a mi paciente por un largo momento. “Su médico quiere que lo evalúe para ingresarle en un programa de rehabilitación de alcoholismo una vez que esté lo suficientemente estable para salir de la UCI. Es un lugar que lo ayudará a aprender a mantenerse sobrio para que no muera por el alcohol. ¿Alguna vez ha estado en un programa de rehabilitación?”

“¡No voy a ningún programa de rehabilitación!” dijo con enojo.

“¿Alguna vez ha estado en uno?”

“Cuatro o cinco. No me acuerdo. Pero no voy a ninguno.”

“Si no va a rehabilitación, ¿a dónde va a ir?”

“A casa.”

“¿Con quién vive?”

“Conmigo mismo.”

“¿Vive solo?”

“Usted lo ha oído.”

“¿Cuáles son sus planes cuando salga de aquí?”

“Los mismos que tenía antes de venir. Voy a emborracharme.”

“¿Quiere morir? ¿Está intentando matarse?”

“No, no quiero morir, ¡y tampoco estoy intentando matarme!” dijo, molesto.

“¿Qué cree que va a pasar si se va a casa y bebe?”

“Supongo que eventualmente me matará.”

Algo confundido y buscando claridad, insistí. “Si no quiere morir y sabe que beber lo va a matar, entonces ¿por qué planea irse a casa a beber?”

“Porque me gusta emborracharme. Me gusta cómo se siente. Me gusta más que casi cualquier otra cosa en la vida, supongo, y prefiero morir a dejar de beber.”

Atónito por lo que estaba escuchando, recordé algo que había aprendido anteriormente en mi carrera: Tener conciencia no equivale a cambiar. Conocer la verdad no es suficiente, no solo debemos conocerla, debemos aplicarla a nuestras vidas si queremos sanación, si queremos mejorar. Jesse entendía demasiado bien que el alcohol lo estaba matando, que necesitaba dejarlo si quería vivir, pero no estaba dispuesto a aplicar esa verdad a su vida. De hecho, se negaba activamente a aplicarla y, en su lugar, elegía el camino de la autodestrucción voluntaria.

Lo vi con total claridad. La situación de Jesse era un microcosmos de nuestro estado enfermizo por el pecado. En ese momento, mi corazón empatizó con Dios. ¡Cuánto debe dolerle! Allí estaban todos esos médicos, enfermeros, terapistas respiratorios, trabajadores sociales, fisioterapeutas y nutricionistas trabajando para salvar, sanar y ayudar a ese pobre hombre. No había condenación. Ninguno del equipo de salud buscaba castigar. Nadie necesitaba ser aplacado para ministrar a Jesse. Todos los recursos que el hospital y la comunidad médica podían ofrecer se estaban volcando para redimir a este hombre, y era desgarrador darse cuenta de que, en última instancia, no había nada que pudiéramos hacer para salvarlo. Jesse estaba tan afianzado en su camino autodestructivo que, si bien aceptaría intervenciones para aliviar el sufrimiento inmediato, si bien drenaría cientos de miles de dólares en recursos para mantenerse lo suficientemente bien como para seguir bebiendo, rechazaba todos los tratamientos que realmente transformarían su vida y lo curarían.

Dios ha derramado todas las agencias del cielo para nuestra sanación. Ha enviado ángeles, serafines y querubines, legiones de huestes celestiales, y su Espíritu para guiar, consolar y sanar. Luego, en un acto de asombroso desinterés, envió a su Hijo para ganar la victoria que nosotros no podíamos. Dios no busca castigar. No condena y no necesita ser aplacado para sanar y salvar. Todo el cielo se ha vaciado para nuestro rescate, para nuestra restauración. Sin embargo, como Jesse, demasiados de los hijos de Dios están tan afianzados en sus hábitos autodestructivos que rechazan su remedio.

Cuando hay dolor, cuando los tiempos son difíciles, cuando el peso destructivo del pecado finalmente se desploma sobre nosotros, muchos acuden a Dios por un alivio momentáneo o una escapatoria del dolor, pero luego se niegan a seguir las prescripciones de Dios que realmente los transformarían y curarían para la eternidad. Así como Jesse y su Jim Beam, demasiados buscan el poder, los recursos y la gracia de Dios, no para la salvación o la sanación genuina, sino simplemente para proporcionar los medios para continuar viviendo sus vidas autodestructivas. Qué desgarrado debe estar el corazón de Dios al darse cuenta de que, para algunos, debido a su rechazo, en última instancia no hay nada que Él pueda hacer para salvarlos.

=

10. La Verdad Sobre el Pecado

Todas las verdades son fáciles de
entender una vez que se descubren;
el punto es descubrirlas.

Galileo

Savannah, la paciente de quince años mencionada en el capítulo 6, vino a su siguiente cita aún luchando con el miedo, continuando con su preocupación por Dios y sintiéndose demasiado pecadora como para ser aceptada. No podría encontrar una paz total hasta que comprendiera una verdad más profunda. La avenida del amor estaba obstruida por malentendidos, así que continué con mis preguntas.

—¿Qué es el pecado? —pregunté, una vez que se acomodó en su silla.

—Hacer cosas malas —respondió.

—¿Y cómo sabes qué cosas son malas?

Había sido educada toda su vida en escuelas cristianas privadas y estaba segura de conocer la respuesta.

—Por los Diez Mandamientos.

—¿Y qué hace que el pecado esté mal?

—Dios dijo que no lo hiciéramos.

—¿Y por qué Dios dijo que no lo hiciéramos?

—Porque es... ¿malo?

Pude ver que empezábamos a dar vueltas en círculo, así que pregunté:

—¿Y qué pasa si desobedeces a Dios y haces lo que Él dice que no hagas?

—Tiene que castigarte.

—¿Crees que Dios tiene que castigarte por lo que has hecho?

Ella lució confundida.

—Espero que no. —Y luego añadió—: Pero si no acepto la sangre de Jesús por mis pecados, Él lo hará.

—¿Qué haría Dios contigo si Jesús no estuviera ahí ofreciendo su sangre?

—Tendría que matarme.

—¿Por qué?

—Porque para ser justo, Dios tiene que castigar el pecado. —Había sido una buena estudiante en sus clases de Biblia y había aprendido bien estas lecciones convencionales.

—¿Y qué evita que Dios castigue el pecado en tu vida?

—Jesús tomó mi lugar y fue castigado por mí, así que si acepto a Jesús como mi Salvador, Dios no tiene que castigarme.

¡Wow! Realmente había prestado atención. No creo que hubiera podido inventar eso por sí sola.

Inclinándome hacia adelante en mi silla, pregunté:

—Savannah, ¿te da miedo un Dios así?

Sin decir una palabra, movió lentamente la cabeza de arriba abajo mientras una expresión de aprensión se extendía por su rostro. Las mentiras creídas rompen el círculo del amor y la confianza, provocando miedo y egoísmo.

Comprendí que adorar a un dios autoritario y castigador inflama el centro del miedo (la amígdala), daña la corteza prefrontal y deteriora la sanación y el crecimiento. Mi joven paciente jamás podría experimentar bienestar mientras conservara mentiras sobre Dios. Sabía exactamente cómo se sentía. Recuerdo esas noches sin dormir, esos días inquietos, esos años viviendo con miedo a un dios que tenía que ser sobornado para ser misericordioso. Sabía por experiencia que nunca encontraría paz real hasta que se restaurara su confianza en Dios.

—Imagina que naciste con fibrosis quística, una enfermedad pulmonar hereditaria y terminal —le dije—, y que algún tiempo después de nacer desarrollas tos, fiebre y escalofríos. Entonces vas al médico y, en lugar de diagnosticarte fibrosis quística e infección pulmonar, él diagnostica tos, fiebre y escalofríos. ¿Serían la tos, la fiebre y los escalofríos la enfermedad o los síntomas de la enfermedad?

—Síntomas —dijo.

—¿Y qué pasaría si el médico te tratara con paracetamol para la fiebre, un supresor de la tos para la tos y mantas calientes para los escalofríos... y nada más? ¿Te curarías?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no se está tratando la enfermedad; solo los síntomas.

—¡Perfecto! —dije—. Para curarnos, tenemos que diagnosticar correctamente el problema y tratar la enfermedad subyacente, no solo los síntomas, ¿cierto?

—Ciento —asintió.

Quería ayudarla a ver que no necesitaba tener miedo de Dios. Así que dije:

—Jesús enseñó que los actos de pecado —las cosas malas que hacemos— no son el problema principal, sino los síntomas del problema. En Mateo 5 dice:

“Ustedes dicen que cuando cometan adulterio [eso es un acto malo] pecan.

Pero yo les digo que cuando miran a otro con lujuria en su corazón ya han cometido adulterio. Ustedes dicen que cuando cometan asesinato [otro acto malo] pecan. Pero yo les digo que cuando odian a su hermano en su corazón...” Jesús está enseñando que los actos malos resultan de un corazón enfermo por el pecado, que los actos malos son síntomas, como la fiebre y la tos, que nos indican que estamos espiritualmente enfermos y necesitamos la sanación de Dios. Nuestro diagnóstico verdadero es un corazón pecaminoso, que produce actos malos.

—¿Es posible —continué— que en el cristianismo hayamos diagnosticado mal el problema? ¿Es posible que hayamos creído que nuestro problema son nuestros “pecados” —los “actos malos”— en lugar del corazón temeroso y egoísta que conduce a esos actos? ¿Es posible que hayamos malentendido y no nos hayamos dado cuenta de que nuestro mal comportamiento es un síntoma de un corazón dañado? ¿Y es posible que, habiendo diagnosticado mal el problema, hayamos creado un sistema diseñado para tratar los

síntomas en vez de aceptar el remedio de Dios para sanar la enfermedad verdadera y subyacente?

Savannah lucía confundida.

—No entiendo.

—¿Has tenido miedo de que Dios tenga que castigarte por haber tenido relaciones sexuales?

Asintió con la cabeza.

—¿Tendrías miedo de que tu médico tenga que castigarte por tener fiebre y tos?

—No, pero no podría evitarlo si nací con fibrosis quística y tenía fiebre y tos. En cambio, sí tengo una opción cuando se trata del pecado.

—No sin Jesús. No sin la presencia del Espíritu Santo. Por nuestras propias fuerzas humanas no tenemos opción. Nacemos en pecado (Salmo 51:5). Al igual que nacer con fibrosis quística, nacemos con una condición terminal que, si no se cura, resultará en muerte.

Hice una pausa y luego pregunté:

—¿Por qué tuviste relaciones sexuales con ese joven?

—Porque tenía miedo. No quería que se enojara conmigo.

—¿Y cuándo elegiste tener miedo e inseguridad?

—No lo elegí. He sido insegura toda mi vida.

—¿Estás diciendo que tienes una condición del corazón —miedo e inseguridad — que no elegiste, pero que esa inseguridad influye en las decisiones que tomas?

Ella asintió lentamente, procesando mis palabras.

—Tan pronto como Adán y Eva pecaron, corrieron a esconderse porque tenían miedo. El miedo es parte de la infección del pecado. Todo ser humano nacido desde que nuestros primeros padres pecaron nace infectado con miedo y egoísmo —una condición terminal— como nacer con fibrosis quística. No elegimos ser así. No es nuestra culpa, igual que no sería culpa nuestra nacer con fibrosis quística. Pero si no aceptamos el remedio de Dios, aunque no sea nuestra culpa haber nacido así, igual moriremos.

Ella asintió, comenzando a seguir el hilo de lo que decía.

—Si bien no sería tu culpa haber nacido con fibrosis quística, si hubiera un remedio gratuito que te curara y tú lo rechazases, ¿sería eso tu culpa?

—Sí —respondió al instante.

—Esa es la pregunta en la que necesitas enfocarte. ¿Has aceptado el remedio gratuito de Dios que puede curarte? Los actos de pecado, la desobediencia en la que solemos enfocarnos (como tener relaciones sexuales fuera del matrimonio), son en realidad síntomas de una condición pecaminosa. Y al igual que la fiebre y la tos, que nos dicen que algo anda mal y que necesitamos tratamiento médico, nuestros actos pecaminosos revelan que nuestro corazón está enfermo y necesita tratamiento espiritual de parte de Dios. Los actos de pecado son como los síntomas de cualquier enfermedad: cuanto más tiempo se deja sin tratar la enfermedad y más síntomas tenemos, más daño sufrimos y más enfermos estamos. Por lo tanto, no queremos minimizar los síntomas

(nuestros pecados) ni pretender que no tienen importancia, porque sí la tienen. Los actos de pecado dañan nuestra mente, cauterizan nuestra conciencia, deforman nuestra razón, desfiguran nuestro carácter y nos hacen cada vez más resistentes a Dios, lo que finalmente resulta en nuestra pérdida eterna.

Le expliqué la relación entre los actos de pecado, que fortalecen los circuitos del sistema límbico y dañan los circuitos de la corteza prefrontal, y el aumento del miedo, la culpa y la vergüenza. Sus ojos estaban clavados en mí mientras escuchaba con atención.

—Por eso queremos evitar los actos de pecado. Sin embargo, al igual que enfocarse en tratar la tos y la fiebre en vez de la enfermedad subyacente, cuando nos enfocamos en obtener el perdón de nuestras malas acciones, apaciguar nuestros pecados, pagar la pena por nuestras transgresiones, borrar el registro de nuestras culpas, en lugar de sanar nuestros corazones y mentes, en realidad empeoramos en vez de mejorar. Savannah, Dios quiere mucho más que simplemente perdonarte los pecados. Dios quiere transformar completamente tu corazón y renovar tu mente.

Hice una pausa para dejarla reflexionar. Sabía que si ella iba a experimentar el poder sanador de Dios en su vida, necesitábamos corregir muchas de las ideas que le habían enseñado y que le hacían pensar que Dios estaba enojado con ella, que Dios era alguien a quien debía evitar. El amor no puede fluir donde abundan las mentiras acerca de Dios.

—Imagina que estás enferma —dije, intentando un enfoque un poco diferente — y vas al médico. Cuando él entra a examinarte, ¿empujarías a tu hermano sano delante de ti y le pedirías al médico que lo examine a él en tu lugar?

—Eso no tendría ningún sentido —dijo riendo.

—Entonces, ¿por qué muchos cristianos enseñan que, para los salvos, Dios no los mira a ellos, sino que mira a Jesús que se pone en su lugar? Sin embargo, David oró: “Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos ansiosos. Mira si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno”. Y también: “Crea en mí, oh Dios, un corazón puro, y renueva un espíritu recto dentro de mí” (Salmo 139:23-24; 51:10, énfasis añadido). ¿No deberíamos querer que Dios, al igual que nuestro médico, nos examine minuciosamente, encuentre cada defecto de corazón, mente y carácter, y luego nos sane?

Ella asintió.

—No necesitas tenerle miedo a tu médico, y tampoco necesitas tenerle miedo a Dios. Porque Dios, al igual que tu médico, solo quiere sanarte. Si estuvieras enferma y en el hospital, ¿intentarías que las enfermeras borren los registros médicos para que el médico no supiera cuán enferma estás?

—No —respondió.

—¿Por qué entonces enseñamos que Jesús está borrando los pecados de los justos de los registros celestiales?

—Porque no queremos que Dios los vea —dijo.

—¿Y por qué no queremos que Dios vea el registro de nuestros pecados o que nos vea tal como somos?

—Porque le tenemos miedo, porque creemos que tiene que castigarnos.

Ella estaba luchando con ideas profundamente arraigadas, así que presioné un poco más.

—Si el médico viniera a examinarte, ¿te daría miedo dejarlo?

—No. Querría que lo hiciera.

—¿Y si te ofreciera un tratamiento que realmente te curaría, pero tú te negaras a tomarlo, tendrías miedo de que el médico, para ser justo, tuviera que matarte?

—No —dijo, hizo una pausa y luego, con un poco de entusiasmo en la voz, exclamó—: ¡Si rechazo el tratamiento, la enfermedad me mataría, no el médico!

Había logrado un avance importante.

Sonreí ampliamente mientras alcanzaba mi Biblia.

—Y así es exactamente con el pecado. Observa lo que dice la Biblia: “La maldad matará al impío”; “La paga del pecado es muerte, pero el regalo de Dios es vida eterna”; “El pecado, cuando ha crecido, da a luz la muerte”; y “El que siembra para complacer su naturaleza pecaminosa, de esa naturaleza cosechará destrucción” (Salmo 34:21; Romanos 6:23; Santiago 1:15; Gálatas 6:8, NVI 1984, énfasis añadido). La Biblia enseña que el pecado, al igual que la fibrosis quística, si no se trata, resulta en muerte. Dios odia el pecado como un médico odia una enfermedad, porque el pecado destruye a quienes Él ama. Y Dios, al igual que un médico, ama a sus pacientes enfermos (todos nosotros, pecadores atados a esta tierra) y trabaja incansablemente para sanar y salvar.

—La diferencia entre Dios y tu médico es que tu médico no tiene a alguien diciéndote que él es malo, enojado, implacable, severo y que quiere hacerte daño. Dios, en cambio, tiene un enemigo, el padre de la mentira, que trabaja constantemente para tergiversarlo, para hacernos creer perversidades sobre Él de modo que no confiemos en Él y, por tanto, no abramos nuestro corazón a su sanación genuina. Nuestro pensamiento se ha vuelto tan retorcido que ¡tenemos más miedo de nuestro médico espiritual (Dios) que de la enfermedad (el pecado) que nos está matando!

—Savannah, cuando veas la verdad acerca de Dios y abras tu corazón en confianza hacia Él, Él te sanará. Eliminará tu culpa, restaurará tu dignidad y renovará tu corazón para que sea como el suyo.

—¡Eso es lo que quiero! —dijo, su voz reflejando el anhelo de su corazón—. Quiero paz. Pero ¿cómo? No sé cómo. Ni siquiera sé cómo orar.

—Orar es simplemente hablar con Dios como hablar con uno de tus amigos. Es abrir tu corazón a Dios y contarle exactamente lo que estás pensando, sintiendo, deseando. Orar es compartir con Dios los secretos más profundos de tu vida: tus sueños, miedos, alegrías y tristezas. Las investigaciones cerebrales muestran que quince minutos al día de meditación o comunión reflexiva con el Dios del amor resultan en un desarrollo medible de la corteza prefrontal, especialmente en la corteza cingulada anterior (ACC). Esta es el área donde experimentamos amor, compasión y empatía. Cuanto más saludable está la ACC, más tranquila está la amígdala (centro de alarma), y menos miedo y ansiedad experimentamos. ¡Verdaderamente, el amor echa fuera el temor! Si quieres que Dios te sane, si deseas su presencia, perdón y gracia, todo lo que tienes que hacer es decírselo, darle permiso para entrar en tu corazón y luego pasar tiempo reflexivo en comunión con Él cada día.

Savannah no es la única que lucha con culpa, miedo e inseguridad, buscando paz. Desde la caída de Adán y Eva, toda la humanidad ha estado luchando. Pero si el diagnóstico es incorrecto, el tratamiento normalmente también lo es. La sanación comienza cuando finalmente reconocemos nuestra condición pecaminosa, comprendemos la verdad acerca de Dios y nos rendimos a Él. Hasta entonces, los síntomas solo empeoran.

11. Ampliando Nuestra Visión de Dios

El verdadero amor no surge al encontrar a la persona perfecta, sino al aprender a ver a una persona imperfecta perfectamente.

Jason Jordan

Un amigo pastor mío creció en una granja en la Península Superior de Michigan en la década de 1950. Era una zona rural y tranquila, con grandes distancias entre las granjas familiares, pero los vecinos eran amables y todos se conocían por su nombre. Sus vecinos más cercanos tenían varios hijos. El más joven, Bobby, tenía cinco años cuando ocurrieron los siguientes hechos.

Era común que los niños que crecían en granjas comenzaran a trabajar desde muy temprana edad. No era inusual ver a un joven de doce años conduciendo un tractor, arando los campos o entregando alimento al ganado. Pero, por lo general, los niños de cinco años no podían estar cerca del equipo agrícola.

Desde temprana edad, Bobby fue difícil. De bebé era inconsolable, de niño pequeño solía hacer berrinches con frecuencia, y de niño estaba fuera de control. Cuando se le pedía que recogiera sus juguetes, lo hacía refunfuñando o directamente no lo hacía. Frecuentemente lo sorprendían robando galletas

o dulces, y a menudo tomaba juguetes que no eran suyos. Sus padres le dijeron repetidamente que nunca, jamás, jugara cerca del equipo agrícola. Incluso lo amenazaron con darle nalgadas si lo atrapaban cerca de la maquinaria peligrosa, y tuvieron que cumplir esa amenaza en más de una ocasión. Pero Bobby era un niño rebelde y desobediente.

Un día, cuando mi amigo tenía quince años, recibió la noticia mientras trabajaba en el campo de que Bobby había resultado herido. Los vecinos pedían que su familia viniera a orar por él. Bobby había estado jugando cerca del equipo agrícola y sufrió heridas graves, que amenazaban su vida. En la década de 1950, en la Península Superior de Michigan, no existía el 911 para llamar, ni helicópteros de emergencia que descendieran del cielo, ni servicios de emergencia cerca, así que la familia hizo lo único que sabía hacer. Llamaron a sus vecinos, formaron un círculo de oración alrededor de Bobby y pidieron la intervención de Dios.

Mi amigo me contó con gran detalle su vívido recuerdo de ese día. Uno por uno, vecino tras vecino oró por Bobby, con una oración que iba más o menos así: “Señor, Bobby está herido. Su vida pende de un hilo. Sabemos que puedes sanar, puedes restaurar, puedes salvar su vida. Venimos humildemente ahora a ti y pedimos, si es tu voluntad, por favor restaura a Bobby.” Oración tras oración terminaba igual: “Si es tu voluntad, que se haga tu voluntad...”

Luego fue el turno de orar de la madre de Bobby. Ella dijo simplemente: “Dios, no me importa cuál sea tu voluntad. Si no sanas a mi hijo, nunca volveré a hablarte.”

Lo que sucedió después es historia, así que se los contaré. Bobby sobrevivió y creció para ser una carga para su familia y la comunidad. Estaba constantemente en problemas, desobedecía a sus padres y era rebelde en la

escuela. Se involucró en actos vandálicos, ausentismo escolar, pequeños robos, alcohol y drogas. Robaba dinero y pertenencias a sus padres y vecinos para empeñarlas por drogas, y estuvo entrando y saliendo de la cárcel durante toda su vida.

Actualmente no tenemos el privilegio de ver con visión perfecta y eterna. No sabemos si Dios intervino para salvar a Bobby o si Bobby se recuperó por sí solo. Pero esta historia nos da la oportunidad de hacernos preguntas, explorar posibilidades, y considerar la vida desde una perspectiva más amplia.

¿Por qué estaba Bobby, a los cinco años, en una situación que amenazaba su vida? ¿Actuó Dios para poner en peligro la vida de Bobby, o fueron sus heridas consecuencia directa de sus propias acciones? ¿Es posible que Dios haya intervenido para salvar la vida de Bobby? ¿Es posible que Dios conociera el corazón de esa madre y entendiera que ella cerraría su corazón a Él si no salvaba a Bobby, y que, al no querer perderla, intervino? ¿Es posible que, si la madre hubiera confiado en Dios y orado, “Dios, no quiero perder a mi hijo, pero no conozco el futuro. No sé cómo se desarrollará la vida; no sé qué es lo mejor. Pero sí sé que tú siempre haces lo mejor. Así que, Padre, confío en ti. Por favor, sana a mi hijo si está en tu voluntad”, entonces Bobby no hubiera sobrevivido? ¿Es posible que su supervivencia no se debiera a una gran fe, sino a una falta de confianza en Dios? Si la madre hubiera confiado en Dios, ¿es posible que el Todopoderoso, sabiendo el futuro, no hubiera intervenido para salvar a Bobby y en cambio le hubiera permitido morir como consecuencia natural de sus heridas, evitando así años de sufrimiento a tantas personas, incluido el propio Bobby?

No sabemos si Dios intervino o no para salvar a Bobby, pero esta historia nos da la oportunidad de hacer una pausa y ampliar nuestra perspectiva cuando enfrentamos el dolor, el trauma y la pérdida en nuestras vidas.

Milagros y Fe

Harold era un hombre tranquilo de treinta y siete años, derivado por su oncólogo para una evaluación por posible depresión relacionada con cuestiones del final de la vida. Aunque era un hombre joven, Harold se estaba muriendo. Había sido diagnosticado varios meses antes con un cáncer de esófago agresivo y estaba recibiendo tratamiento, pero su pronóstico era malo.

Harold estaba felizmente casado y tenía tres hermosos hijos, de diez, siete y cinco años. Naturalmente, no quería morir y estaba profundamente tentado por sentimientos poderosos: miedo, tristeza profunda y desesperación. El diagnóstico de cáncer inflamó su amígdala, lo que llevó a su corteza prefrontal a rumiar pensamientos que inducen miedo. Pero Harold no quería rendirse a la desesperación, no quería ser controlado por sus emociones, y ciertamente no quería ser arrastrado al pozo de la depresión. Si esos iban a ser sus últimos días en la tierra, quería vivirlos lo más plena y productivamente posible. Por eso vino a verme.

Aunque Harold era cristiano y se presentaba con una perspectiva valiente, aún tenía dudas, seguía luchando con miedos y batallaba con la incertidumbre. ¿Cómo pudo pasarme esto a mí? ¿Qué hice para merecerlo? He sido cristiano toda mi vida. No he cometido ningún pecado realmente grave. ¿Por qué yo? Dios sabe que mis hijos me necesitan. ¿Por qué debería morir?

Harold estaba luchando por interiorizar y afrontar eficazmente la verdad. Había asistido a una ceremonia de sanación en su iglesia, una ceremonia donde fue ungido con aceite mientras el pastor y los ancianos imponían sus manos sobre él y pedían la intervención milagrosa de Dios. Eso fue dos

semanas antes de nuestra cita. Pero Harold no mejoró. En sus visitas médicas de seguimiento, los médicos no encontraron ninguna mejoría; de hecho, el cáncer seguía avanzando. Esto generó aún más dudas, más miedo y más incertidumbre.

¿Por qué Dios no me sanó? Sé que puede hacerlo. Ha sanado a otros. ¿Por qué no a mí? ¿Acaso no soy salvo? ¿No soy lo suficientemente bueno? ¿Me falta fe? ¿Hay algún pecado oculto en mi vida? ¿Estoy siendo castigado? ¿Por qué no fui sanado?

Harold nunca encontraría la verdad que sanara su mente hasta que ampliara su perspectiva. Comencé contándole una experiencia que tuve años antes.

Durante mi primer año en una universidad cristiana ocurrió un evento inusual un jueves por la mañana, cuando durante la capilla, todo el alumnado se enfrentó directamente con la cuestión de la fe y los milagros. Un joven cuadripléjico, a raíz de un accidente de clavado, fue llevado a la capilla. El orador instruyó a los estudiantes diciendo que íbamos a presenciar un milagro: Dios iba a sanar a ese joven. Nos dijo a los dos mil presentes que nos arrodilláramos a orar. Nos indicó que limpiáramos nuestros corazones de todo pecado, elimináramos cualquier duda de nuestras mentes y cualquier distracción de nuestra conciencia. Luego nos dijo que oráramos para que Dios sanara milagrosamente a ese joven.

Harold escuchaba atentamente mi historia, así que continué.

El predicador y varios más rodearon al hombre paralizado, impusieron sus manos sobre él y comenzaron a orar. Nosotros, los estudiantes, oramos y oramos. Había chicas llorando por todo el auditorio. Algunos oraban en voz alta, otros espiaban hacia el escenario, esperando ver un “milagro”. Después

de lo que pareció una eternidad, pero que en realidad fueron veinticinco minutos, no ocurrió ningún milagro y el joven no fue sanado.

Mirando a Harold le dije: “Muchos estudiantes quedaron impactados por este evento. Algunos lucharon con preguntas sobre su fe, sobre la oración y sobre Dios mismo. El orador sugirió que había incrédulos en el lugar, y algunos estudiantes comenzaron a sentirse culpables. ¿Vos luchaste con preguntas sobre Dios y la fe desde que se descubrió tu cáncer, desde que no fuiste sanado?”

“Sí,” dijo, “he tenido todas esas preguntas.”

“Hay una creencia no declarada en muchos grupos cristianos,” le dije: “si tenés fe, ocurren milagros; y si no ocurren milagros, es porque tu fe es débil. Pero, ¿es realmente cierto eso? ¿Es bíblica la idea de que los milagros ocurren cuando la fe es fuerte, pero no cuando es débil? ¿O es posible que esta idea esté casi 180 grados opuesta a la verdad? ¿Es posible que los milagros no ocurran para los fuertes en la fe, sino para los débiles? ¿Es posible que aquellos cuya fe es sólida no necesiten milagros, pero que los ‘bebés’ en Cristo sí necesiten señales y prodigios? ¿Es posible que los milagros ocurran a través de los fuertes en la fe, pero no para ellos, que el propósito del milagro sea para quienes tienen fe débil?”

Harold no estaba seguro. Le gustaba la dirección general de mis preguntas, pero necesitaba evidencia que le ayudara a ver la perspectiva más amplia con mayor claridad.

“¿Qué revela la Biblia?” le pregunté. “Cuando Dios llamó a Gedeón para derrotar a los madianitas, ¿pidió él milagros con el vellón porque su fe era fuerte, o porque era débil y necesitaba ánimo?”

“Necesitaba ánimo,” coincidió Harold.

“En el monte Carmelo, cayó fuego del cielo enviado por Dios y consumió el sacrificio ofrecido por Elías. ¿Fue este gran milagro para fortalecer la fe de Elías, o fue para el pueblo, cuya fe era débil?”

“El milagro fue para el pueblo que tenía fe débil.” Harold captó claramente la lección.

Entonces mencioné a Job, de quien Dios dijo que era “intachable y recto”, que “no había otro como él en la tierra” (Job 1:8). Job era un verdadero hombre de fe, sin embargo perdió toda su riqueza, su salud y a sus diez hijos. No hubo milagro que lo librara. ¿Le sucedió esta tragedia a Job porque su fe era débil, o porque era tan fuerte que Dios sabía que nada, por trágico que fuera, lo haría dejar de confiar en Él?

Avancé con otro ejemplo. “Cuando Sadrac, Mesac y Abed-nego fueron arrojados al horno de fuego, Dios intervino milagrosamente para salvar sus vidas, ¿pero con qué propósito? ¿Fue principalmente para prolongar sus vidas, o fue un medio para exponer la impotencia del ídolo de oro, revelar la verdad acerca de Dios y alcanzar a Nabucodonosor, un hombre débil en la fe? En contraste, notá la genuina y madura fe de los tres valientes que, cuando se enfrentaron a la muerte ardiente, pusieron sus vidas en manos de Dios y confiaron en Él con el resultado, sabiendo que podía salvarlos, pero permitiéndole no intervenir. Dijeron: ‘Oh Nabucodonosor, no necesitamos defendernos ante ti. Si se nos arroja al horno de fuego ardiente, el Dios al que servimos puede librarnos del horno y de tu mano, oh rey. Pero aun si no lo hace, debes saber, oh rey, que no serviremos a tus dioses ni adoraremos la imagen de oro que has erigido’” (Dan 3:16-18, énfasis añadido).

Harold reflexionaba. Las ruedas giraban. Su corteza prefrontal trabajaba, así que continué. “Considerá las vidas de los apóstoles. Dios intervino milagrosamente en muchos momentos, pero siempre como un medio para difundir el evangelio. Dios no intervino milagrosamente para salvar a estos poderosos hombres de fe—excepto Juan. ¿Se negó Dios a hacer milagros para salvar a sus apóstoles porque no tenían suficiente fe, o era su fe tan fuerte que confiaban en Dios con sus propias vidas? ¿Era su fe tan intensa que Dios no necesitaba hacer milagros para ayudarlos a mantener su confianza en Él?”

Harold asintió: “Sí, puedo ver que su fe en Dios era tan fuerte que no necesitaban un milagro para mantenerse fieles. Pero, ¿por qué no los salvó Dios simplemente porque los amaba? Yo salvaría a mi hijo de una enfermedad si pudiera. ¿Por qué no lo hace Dios?”

“Excelente pregunta,” afirmé. “Revisemos nuevamente la historia de Job, que da algo de luz sobre esta cuestión...”

“¿Dónde comienza el relato del libro de Job?” pregunté.

“En el cielo,” respondió Harold.

“Exacto, después de contarnos un poco sobre Job—de dónde es, cuántos hijos tiene, y demás—la Biblia cambia la perspectiva al cielo.” Le leí algunos versículos a Harold:

Un día vinieron a presentarse delante del SEÑOR los ángeles, y entre ellos también Satanás.

El SEÑOR preguntó a Satanás: “¿De dónde vienes?”

Satanás respondió: “De recorrer la tierra y pasearme por ella.”

Entonces el SEÑOR dijo a Satanás: “¿Has considerado a mi siervo Job? No hay nadie en la tierra como él; es intachable y recto, un hombre que teme a

Dios y se aparta del mal.”

Satanás replicó: “¿Teme Job a Dios sin motivo?

¿Acaso no pusiste un cerco alrededor de él, de su familia y de todo lo que tiene?

Has bendecido la obra de sus manos y sus rebaños se han multiplicado por toda la tierra.

Pero extiende tu mano y toca todo lo que tiene, y verás si no te maldice en tu cara.”

El SEÑOR le respondió a Satanás: “Muy bien, todo lo que tiene está en tu poder; pero no le hagas daño a él mismo.”

Así Satanás salió de la presencia del SEÑOR.

(Job 1:6-12)

Después de leer, le pregunté a Harold qué pasaba en esa escena.

“Dios está reuniendo a sus criaturas inteligentes de todo el universo, y Satanás aparece desde el planeta Tierra.”

“Correcto,” dije. “¿Notaste lo que hizo Dios? Emitió un juicio. Declaró que Job era íntegro, justo, y algunas traducciones dicen ‘perfecto en todos sus caminos’. Entonces Satanás dice, ‘Espera un momento. Él sólo finge ser bueno, finge ser justo porque tú le pagas bien, Dios. En realidad es leal a mí, pero sabe que obtiene mejores beneficios tuyos.’”

“Wow, nunca lo había visto así,” exclamó Harold.

“¿Y qué hace Dios?”

“Le da permiso a Satanás para que tenga acceso a todo lo que posee Job. Sólo que no puede tocarlo a él.”

“Esto es crucial,” afirmé. “¿Restringió Dios lo que Satanás podía hacer una vez que le dio permiso? En otras palabras, ¿dijo Dios que Satanás sólo podía hacer daño, o simplemente puso a Job en manos de Satanás y Satanás podía hacer lo que quisiera, salvo matarlo?”

“Satanás podía hacer lo que quisiera, excepto matarlo.”

“¿Y qué hizo Satanás?”

“Mato a los hijos de Job con una tormenta, destruyó sus riquezas y arruinó su salud.”

“Exacto,” dije, “así aprendemos que Satanás es el destructor, no Dios. Satanás fue libre para hacer lo que quiso. Para ganar la lealtad de Job para sí mismo, pudo haber hecho que otras naciones proclamaran a Job rey y le aumentaran riqueza, territorio y poder, pero no lo hizo. ¿Por qué? Porque Satanás es el destructor, no Dios. Pero notá que en la historia los siervos reportaron que ‘el fuego de Dios’ cayó y destruyó las posesiones de Job. ¿Atacaba Dios a Job o eso ocurría por mano de Satanás?”

“Satanás lo hacía, pero Dios lo permitió. ¿Por qué permitiría Dios eso?”

“Pregunta perfecta, justo en el punto,” dije. Era hora de ampliar la perspectiva de Harold, que viera su vida desde un lugar más alto. “¿Dónde comenzó el libro de Job?” pregunté otra vez.

“En el cielo.”

“¿Y quiénes estaban presentes en esa reunión?”

“Dios, sus criaturas inteligentes y Satanás.”

“Y cuando Dios hizo un juicio sobre Job como un amigo confiable, Satanás dijo, ‘Estás equivocado, Dios. No dices la verdad. Job no es como dices. No te ama ni es fiel a ti.’ Aquí está la clave para entender lo que realmente sucede con Job: los seres inteligentes no pueden leer las intenciones secretas del corazón y mente de otros seres inteligentes. Si pudieran, ninguno de los ángeles habría sido engañado por Lucifer en primer lugar. Por lo tanto, si Satanás logra que Job maldiga a Dios, Satanás mira a todos esos seres inteligentes que observan desde el cielo y dice, ‘¿Ven? Les dije que Dios está equivocado sobre Job, y también sobre mí. ¡No pueden confiar en lo que dice Dios!’ Job era un amigo tan confiable de Dios que cuando Dios necesitaba a alguien que subiera al estrado cósmico para decir la verdad sobre Él, Job estuvo allí. Los asuntos en el libro de Job son enormes, mucho más allá del dolor y las luchas individuales de Job.

“Job amaba a Dios y estaba dispuesto a entregarse a las manos de Dios para ayudar a Dios a ganar la batalla por los corazones y mentes de sus hijos inteligentes. Y en Job 42:7-8, Dios felicita a Job dos veces por hablar ‘la verdad sobre mí.’ ¿Cuántos hijos de Dios han sido bendecidos por la historia de Job?

“Harold,” insistí, “¿Has considerado la posibilidad de que sos un amigo así de Dios? ¿Has pensado que Dios puede estar llamándote al estrado del universo para decir la verdad sobre Él? Que Dios puede estar diciendo al universo, ‘¿Han considerado a mi siervo Harold? Es intachable y recto, un hombre que teme a Dios y se aparta del mal.’ Y que Satanás está atacándote, tratando de que, como Job, le des la espalda a Dios? Ninguna cosa mala viene de Dios. Dios es la fuente de todo bien.”

Harold estaba abrumado. Nunca había considerado tal posibilidad. Era asombroso. Luchaba por comprender las implicaciones. ¿Podría ser

realmente así? ¿Podrían los eventos en nuestras vidas individuales ser útiles para Dios a escala cósmica?

Le leí en voz alta 1 Corintios 4:9:

“Porque a nuestro parecer Dios ha exhibido a nosotros, los apóstoles, como en una batalla pública; como los que van a morir; espectáculo para el mundo, para ángeles y para hombres.”

“Harold,” pregunté, “¿podría Dios estar llamándote a la arena, el teatro del universo, para declarar la verdad sobre Él? A veces –pocas veces, de hecho, pero a veces– eventos trágicos y experiencias dolorosas suceden porque Satanás está atacando a los amigos de Dios, y estamos dando testimonio ante todo el universo de nuestra aceptación de la gracia de Dios y nuestra lealtad a Él.”

Continué: “Nuestra confianza en Dios no se basa en milagros sino en la realidad de quién es Dios. Dios conquista a la gente para la fe en Él por la revelación de su confiabilidad, revelada en última instancia en la vida y muerte de Jesucristo. Los milagros pueden falsificarse; la verdad revelada por Jesús no. La cuestión nunca es la capacidad de Dios para hacer milagros. La cuestión es: ¿conocemos a Dios lo suficiente como para que nuestra confianza no se tambalee cuando Él no interviene milagrosamente? La fe genuina no es tener confianza en que Dios puede hacer milagros, sino confiar en Él aun cuando Él –a nuestro parecer– no lo hace.”

Orando por un Milagro

Si, como muchos de mis pacientes, has orado por un milagro –un milagro de sanación, de liberación, de rejuvenecimiento– y Dios no ha intervenido milagrosamente, no te desalientes, no dudes de tu fe, y no caigas en la

desmoralización. En cambio, amplia tu perspectiva y considera la posibilidad de que tu fe sea de tal calidad, solidez y madurez que Dios sabe que, como Job, no serás sacudido de tu confianza en Él. No importa cuál sea tu dificultad, deja que tu confianza inquebrantable en Dios brille a través de la oscuridad del opresivo asalto del pecado, y declara ante todo el universo que Dios es digno de tu confianza y que no serás removido de Él. Con intervención milagrosa o sin ella, ¡Dios es digno de tu confianza!

Así fue como Harold amplió su perspectiva. Aceptó la verdad de que la fe genuina no significa que Dios intervendrá milagrosamente. La fe genuina es confiar en que Dios no intervendrá si tiene otros propósitos para tu vida. Al principio, Harold no sabía cuál era el propósito de Dios al no sanarlo, pero su desesperación se levantó, su miedo se resolvió, sus dudas desaparecieron, aunque su cáncer permaneció.

Desde entonces, mientras iba al tratamiento, lo hacía con una sonrisa en el rostro. En lugar de centrarse en sí mismo y en su situación trágica, permitió que el amor de Dios fluyera a través de él hacia los demás. Preguntaba por las enfermeras: sus vidas, familias y luchas. Oraba con ellas, las animaba y buscaba compartir el amor de Dios dondequiera que iba. Pasaba tiempo con su familia, no en depresión, sino viviendo, amando y animándolos. Su vida se había convertido en un brillante rayo de amor divino en medio de un mundo oscuro y moribundo.

Dios no trajo el cáncer sobre Harold. Pero cuando el cáncer se desarrolló, Dios eligió no intervenir para sanarlo, porque Dios saca bien del mal cuando confiamos en Él. Antes de morir, Harold tuvo el privilegio de ver la respuesta a su pregunta, “¿Por qué yo, Señor?” Dos de sus hermanos se habían alejado de Dios algunos años antes. Eran exitosos en los negocios, ricos y acomodados, pero no tenían tiempo para Dios en sus vidas. Vivían para el

mundo y Harold había estado preocupado por sus almas. Pasó años orando por ellos, por su redención, muchas veces pidiendo: “Usame, Padre, para alcanzar a mi hermano y a mi hermana para tu reino, si es tu voluntad.” Esa fue la oración que Dios respondió.

Cuando los hermanos de Harold vieron su vida desvanecerse lentamente y observaron su alegría persistente, su felicidad firme, su amor decidido por los demás, sus corazones se convirtieron. Vieron que Harold poseía algo que todo el dinero del mundo no podía comprar: paz genuina. Se dieron cuenta de que sus propias vidas eran las que necesitaban sanación. Volvieron a Dios, fueron rebautizados y dedicaron nuevamente sus vidas al Señor, y ahora son miembros fieles y activos en su iglesia. Verdaderamente, Harold había sido llamado a la arena para ser un espectáculo del amor de Dios para otros, quizás incluso para los ángeles.

Poco antes de morir, Harold me dijo:

“Dios es tan asombroso. Cuando el cáncer me atacó, Dios tomó este mal y trabajó su gracia a través de mí como camino para alcanzar a mi hermano y a mi hermana para su reino. Si eso fue lo que se necesitó para alcanzarlos, me siento privilegiado de hacerlo. Ciertamente, ‘en todas las cosas Dios trabaja para el bien de aquellos que le aman, que han sido llamados según su propósito’ [Rom 8:28]. Puede que mi vida se haya acortado varias décadas aquí en la tierra, pero si eso resulta en su salvación eterna, entonces tendré una eternidad para regocijarme con ellos y con el resto de mi familia—en un mundo libre de todo pecado, enfermedad y dolor.”

Harold ya no está con nosotros en esta tierra, pero su testimonio permanece, su memoria permanece, y la lección que nos dio permanece. Al dar un paso atrás y tomar una visión más amplia, Harold pudo trabajar con Dios para sacar bien del mal. Es cuando dejamos de huir del miedo, abrazamos la

verdad y amamos a los demás más que a nosotros mismos que el amor sanador de Dios vence el mal y produce el bien.

12. El juicio de Dios

La amistad consiste en olvidar lo que uno da,
y recordar lo que uno recibe.

Alexandre Dumas, padre

Cuando era niño, mi parte favorita de la iglesia era el momento de la historia para niños. Cada semana, antes del sermón, los niños corríamos al frente de la iglesia—reverentemente, por supuesto—mientras el pianista tocaba “*Cristo ama a los niños.*” Cada historia traía algo nuevo. En distintas ocasiones, quien contaba la historia traía cachorros, una piel de serpiente, globos y máscaras extrañas de África. Quizás lo más tierno fue la vez que nos dejaron acariciar patitos. Me encantaba la historia para niños, pero hubo una en particular que me atormentó durante años.

La historia comenzaba con un niño que robaba una galleta. A medida que se desarrollaba el relato, aparecía un ángel en escena—alguien vestido con una túnica blanca, cabello largo y rubio, cara con brillantina, halo dorado, alas blancas y portando un portapapeles dorado y una lapicera. Mis ojos se agrandaron al ver al ángel casi flotar por el escenario. A medida que el narrador describía diversas infracciones—responderle mal a mamá, pelear por un juguete o hacer una mueca fea—el ángel diligentemente anotaba todo en el portapapeles.

Nos dijeron que Dios envía a sus ángeles registradores para que nos sigan a donde sea que vayamos y anoten fielmente cada pecado que cometemos en los libros de registro del cielo. Solo confesando nuestros pecados y pidiéndole perdón a Jesús podían borrarse esos pecados de esos registros celestiales. Si no le pedíamos a Jesús que nos perdonara, nuestros pecados quedaban allí, y, en el juicio, cuando Dios los viera, nos castigaría en consecuencia.

Pasé muchas noches inquietas, muchas pesadillas por causa de esa historia. Lo más alarmante de todo es que empecé a tenerle miedo a Dios. Me preocupaba olvidar confesar algún pecado y que no se borrara. En mi imaginación veía a ese ángel con el portapapeles dorado siguiéndome, acosando cada uno de mis pasos, y no me gustaba. No sentía tanto el amor de Dios como su escrutinio. No quería cometer errores, así que me esforzaba mucho por hacer todo bien. Pagaba mis diezmos, leía la Biblia, oraba tres veces al día e imaginaba que todas las cosas buenas que hacía también eran registradas por el ángel y esperaba que contaran a mi favor. Pero no tenía paz. Todas mis acciones estaban basadas en el miedo al castigo, no en el amor a Dios y al prójimo, porque el amor no fluye donde se retienen mentiras acerca de Dios.

El policía del cielo

Una amiga me contó recientemente de un encuentro que tuvo con un pastor en una librería local. El pastor le advertía sobre el impacto que mi libro *Así de Simple* estaba teniendo en los miembros de su congregación. No estaba contento porque su mensaje era muy diferente al mío. Luego dijo, señalando hacia arriba: “Dios es el Gran Policía del cielo. Vigila cualquier violación de su ley y aplica justamente las penalidades por desobediencia.”

¿Alguna vez ibas manejando y se te puso un patrullero detrás? ¿Cómo te sentiste? ¿Y si el policía te seguía de cerca durante varios kilómetros—aumentaba la inquietud? ¿Empezabas a sentirte vigilado, preocupado de que estuviera esperando algún error para detenerte y multarte? ¿Incluso empezabas a recordar los últimos años, preguntándote si alguna infracción se te había escapado, alguna multa de estacionamiento sin pagar, algún error de juicio olvidado que ocurrió mientras manejabas—un error que vos no notaste pero que sí registró fielmente un agente de la ley?

Lamentablemente, muchas personas han aceptado esta perspectiva distorsionada de Dios. Ahora bien, para quienes sostienen esta visión, no todo es malas noticias. Rápidamente nos recuerdan que no hay que temer lo que Dios pueda vernos hacer porque, cuando aceptamos a Jesús, él se interpone entre nosotros y el Padre y actúa como un distorsionador celestial de radar; su sangre expiatoria distorsiona la capacidad del Padre vengativo de ver nuestros pecados.

Para mí, fue solo cuando empecé a ver a Dios a través de la vida de Jesús que desapareció mi concepto erróneo de Él y mi miedo se desvaneció. Vi a Dios bajo una nueva luz. Pensé en los ciclistas que perseveran en la agotadora Tour de France. Un coche sigue a cada equipo durante todo el recorrido. Si uno cae, sus compañeros están allí para asistirlo rápidamente, vendarle las heridas, reparar su bicicleta y devolverlo a la carrera. Del mismo modo, Dios tiene sus agencias siguiéndonos a lo largo de nuestras vidas, pero ¿con qué propósito? Siempre para vendar nuestras heridas, reparar nuestras vidas rotas y ponernos de nuevo en el camino hacia la vida eterna.

Al enseñar estas verdades, tanto por escrito como desde el púlpito, he descubierto que muchos cristianos están cautivos por el miedo de enfrentar

el registro de sus pecados, tal como yo lo estaba. Una de mis mayores alegrías en la vida es compartir la verdad que libera a las personas.

Los registros celestiales

Helen tiene una mente muy aguda. Tenerla en mi clase semanal de estudio bíblico es un verdadero privilegio. Es una de esas personas que parece tener mil preguntas y no teme hacerlas.

Un día después de clase tuvimos la siguiente conversación.

—Dr. Jennings, recuerdo que usted dijo que una de las ideas erróneas con las que a veces luchamos es la idea de que Jesús está en el cielo borrando pecados de los libros de registro celestiales. Creo que dijo que él no está haciendo eso, pero si no está borrando el registro de los pecados, ¿cómo entendemos estos versículos de la Biblia?

“Yo, yo soy el que borra
tus transgresiones por amor de mí mismo,
y no recordaré tus pecados.”

(Isaías 43:25)

Y,

“Porque perdonaré su maldad
y no me acordaré más de sus pecados.”

(Hebreos 8:12)

—¡Bien por vos! —le dije—. Me alegra mucho que estés estudiando y preguntando por tu cuenta. ¿Cómo te han explicado estos versículos en el pasado?

—Cuando confesamos nuestros pecados, Dios los borra de los libros de registro del cielo, y entonces, en el juicio, los salvos no tienen que enfrentar el registro de sus pecados —dijo Helen.

—Eso fue lo que me enseñaron a mí también —le dije—. Pero ¿alguno de estos versículos dice realmente que el pecado está siendo borrado de los libros de registro? De hecho, ¿se mencionan siquiera los libros de registro?

—Eh... no, no me había dado cuenta de eso —respondió lentamente.

—Pero en Apocalipsis dice: ‘Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante el trono, y se abrieron unos libros. También se abrió otro libro, que es el libro de la vida. Los muertos fueron juzgados según lo que habían hecho, según lo que estaba escrito en los libros’ [Apocalipsis 20:12]. Si Dios no está borrando los pecados de los libros de registro del cielo, ¿entonces de qué está hablando?

—Esperá —le advertí con una sonrisa—, no nos adelantemos. Primero exploremos otra suposición que sustenta la idea de borrar pecados de los libros de registro. ¿Te enseñaron que Dios tiene ángeles registradores que anotan todos nuestros pecados, y que un día enfrentaremos esos pecados en el juicio—a menos, claro, que los confesemos y pidamos perdón, y entonces Jesús o Dios los borra del registro?

—Sí, exactamente así me enseñaron.

—A mí también. Pero al leer la Biblia varias veces, algunas cosas empezaron a no encajar dentro de esa perspectiva tan popular. ¿Creés, como enseña la Biblia, que Dios es amor?

—Ahora más que nunca.

—Prestá atención a lo que dice la Biblia sobre el amor: ‘El amor es paciente, es bondadoso. No envidia, no se jacta, no se envanece. No hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita,’ y —hice una pausa— ‘no lleva un registro de las ofensas’ [1 Corintios 13:4-5, énfasis añadido]. Si el amor no lleva un registro de las ofensas, y Dios es amor, ¿tiene sentido que Dios lleve un registro de todas nuestras ofensas para juzgarnos o castigarnos?

Antes de que pudiera responder, continué:

—Escuchá este pasaje increíble: ‘Por lo tanto, si alguno está en Cristo, nueva criatura es; lo viejo ha pasado, ha llegado lo nuevo. Todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por medio de Cristo y nos dio el ministerio de la reconciliación: que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomando en cuenta los pecados de los hombres. Y nos encargó a nosotros el mensaje de la reconciliación’ (2 Corintios 5:17-19, NVI 1984, énfasis añadido). Si Dios está obrando, por medio de Cristo, para reconciliarnos consigo mismo, para sanarnos y hacernos justos nuevamente, si no está tomando en cuenta nuestros pecados, ¿tiene sentido que esté guardando un registro de ellos para castigarnos?

—No —afirmó mi amiga—, pero ¿no tiene que llevar cuenta de nuestros pecados para ser justo?

—Podés estar segura de que Dios siempre es justo. Pero ¿no deberíamos armonizar nuestra comprensión de todos estos pasajes? ¿Cómo es que la Biblia habla de libros de registro en el cielo, de Dios borrando nuestros pecados, pero también dice que el amor no lleva cuenta de las ofensas? ¿Cómo encajan todas estas ideas de modo que todas sean igualmente verdaderas?

—Buena pregunta —murmuró.

—Cuando estaba en mi cuarto año de la facultad de medicina, hice una rotación en la sala de emergencias. Un día hubo un accidente de helicóptero en el aeropuerto local que dejó a seis personas gravemente heridas. Las trajeron de urgencia a nuestro hospital, donde trabajamos intensamente para salvarlas. Hubo una mujer que nunca olvidaré. Llegó con ambos fémures—los huesos grandes del muslo—fracturados, además de una pelvis y costillas rotas. Cuando entró, estaba consciente, orientada y al tanto de su situación. Las fracturas en la pelvis y muslos causaron un sangrado severo en los tejidos que, de no tratarse, le costarían la vida. Necesitaba una transfusión de sangre y cirugía de urgencia. Con ese tratamiento, la probabilidad de sobrevivir era muy alta. Sin tratamiento, moriría. Pero esta mujer era testigo de Jehová, y creía que las transfusiones de sangre están prohibidas por Dios. Por lo tanto, rechazó el tratamiento.

—Mientras su vida se le escapaba, le suplicamos. Sabíamos que podíamos salvarla si tan solo lo permitía, si aceptaba una transfusión, así que comenzamos a rogarle. Las enfermeras suplicaban, los médicos imploraban, y nosotros, los estudiantes, también apelábamos a ella, pero se mantenía firme. El capellán del hospital razonó y oró con ella, y finalmente hasta el administrador del hospital y el abogado del staff le rogaron que nos dejara salvarla, pero aún así se negó. Desde el momento en que rechazó la transfusión hasta que perdió el conocimiento, algún miembro del equipo estuvo a su lado, intentando que aceptara el tratamiento que le salvaría la vida. Pero una vez que perdió el conocimiento, ya nadie pudo suplicarle más.

—No solo razonamos con ella, tratando de convencerla de que nos dejara sanarla, sino que también intervenimos en sus heridas. Trabajamos para detener la muerte. Le administramos sueros, usamos recicladores de sangre

(aceptaba su propia sangre), y aplicamos dispositivos de presión neumática, todo diseñado para frenar el sangrado y evitar la muerte. Pero tristemente, aunque todos los demás sobrevivieron al accidente, esta mujer murió.

Mi amiga Helen estaba cautivada, así que continué:

—Ahora, si su familia presentara una demanda contra los médicos, las enfermeras y el hospital por no haber salvado a esta mujer, alegando: “Salvaron a todos los demás en ese helicóptero pero dejaron morir a nuestra madre. No son compasivos. No son justos. No se preocupan igual por todos. Son parciales; hacen acepción de personas. A unos los salvan y a otros no”, ¿qué se presentaría como prueba?

—¡Los registros médicos! —exclamó Helen.

—¡Exactamente! ¿Y se presentarían los registros para juzgar y castigar a esta mujer, o para defender al equipo médico?

—Para defender al equipo médico —dijo Helen, y luego se quedó pensando. Entonces agregó—: ¿Está diciendo que los registros se conservan para defender a Dios?

Para responderle, la dirigí a lo que Pablo dijo en Romanos 3:4, hablando de Dios. Lo leí en tres traducciones diferentes para que no hubiera confusión, y destaque lo que considero importante:

“Dios debe ser veraz, aunque todos los seres humanos sean mentirosos.

Como dice la Escritura:

“Serás reconocido como justo cuando hables;
y saldrás vencedor cuando te juzguen.” (DHH)

“Sea Dios veraz, y todo hombre mentiroso; como está escrito: Para que seas justificado en tus palabras, y venzas cuando fuires juzgado.”
(RVR1960)

“Sea Dios veraz, y todo hombre mentiroso; como está escrito:
‘Para que seas justificado en tus palabras,
Y triunfes cuando seas juzgado.’” (LBLA)

—Contrario a lo que muchos piensan —le dije a Helen—, los registros celestiales son como registros médicos detallados, que registran con precisión nuestra condición, los tratamientos ofrecidos y nuestras respuestas. Si alguien hace acusaciones contra un médico, los registros médicos están para defenderlo, no para acusar, avergonzar o castigar al paciente. Del mismo modo, podemos armonizar las Escrituras entendiendo que nuestro Dios de amor no lleva un registro de nuestros pecados para castigarnos; lleva registros para documentar que hizo todo lo posible por salvarnos y sanarnos. Estos registros demostrarán que, si alguien se pierde, es porque rechazó el tratamiento, no por alguna falla de parte de Dios. Aunque el amor no lleva un registro de ofensas, aún hay registros en el cielo, registros “médicos” que documentan los hechos de cada caso, demostrando cuán maravilloso es nuestro Dios y cuánto tiempo Él y sus agencias rogaron a cada pecador perdido.

Después de varios minutos de reflexión, Helen planteó otro punto:

—¿Pero qué hay del borrado de nuestros pecados? ¿Cómo encajamos esos textos?

—¿Dónde ocurre el pecado? ¿En libros de registro o en los corazones y mentes de seres inteligentes?

—En nosotros, en nuestros corazones y mentes —respondió ella.

—Entonces, ¿de dónde quiere Dios borrar el pecado? ¿Del historial registrado del universo, o de los corazones, mentes y caracteres de sus hijos? La Biblia no deja dudas sobre dónde Dios está obrando para eliminar el pecado.

Porque él será como fuego refinador o como jabón de lavadero;
se sentará como refinador y purificador de plata,
y purificará a los levitas, y los refinará como a oro y a plata.

(Malaquías 3:2-3, énfasis mío)

—Dios está trabajando para remover la pecaminosidad de nuestros corazones y mentes, para limpiarnos y purificarnos. Pensá en uno de los pasajes que citaste sobre Dios que ya no recuerda más nuestros pecados. ¿Qué pasa antes de que Dios diga que no se acordará más de nuestros pecados?

“Este es el pacto que haré con la casa de Israel
después de aquellos días, dice el Señor:

Pondré mis leyes en su mente,
y en su corazón las escribiré;
y seré su Dios,
y ellos serán mi pueblo.

Y no enseñará más cada uno a su prójimo, ni cada uno a su hermano,
diciendo: ‘Conoce al Señor’,
porque todos me conocerán, desde el más pequeño hasta el más grande.

Porque seré misericordioso con sus injusticias,
y de sus pecados no me acordaré más.”

(Hebreos 8:10-12, NRSV)

—¿Está sanando nuestros corazones? —preguntó Helen.

—Dios está borrando la pecaminosidad de los corazones y mentes de su pueblo. Está restaurando su ley de amor en lo más íntimo del ser. Así como un médico no tiene razón para pensar en la enfermedad una vez que estamos sanos, Dios no tiene razón para pensar ni recordar nuestra pecaminosidad una vez que somos perfectamente restaurados a su ideal original.

Después de pensar en silencio varios minutos, Helen me dijo que la imagen de Dios que compartí le parecía hermosa, pero que era tan diferente de lo que le habían enseñado toda su vida que tendría que estudiar más por su cuenta.

Registros y el cerebro

¿Realmente importan nuestras creencias sobre cosas como los registros en el cielo? Creencias —como que Dios es un gran policía en el cielo, un inquisidor cósmico, un ser que observa para aplicar castigos— inducen miedo y activan la amígdala (el circuito del miedo). La amígdala constantemente activada estimula el sistema inmune del cuerpo, las células especializadas llamadas macrófagos. ¿Por qué? Porque nuestro sistema inmune es para nuestro cuerpo lo que la Guardia Nacional es para una nación. Nos protege de invasiones, y cuando suena la alarma, señala al sistema inmune que se prepare para la invasión.

Imaginá que caminás en el Parque Nacional de las Montañas Humeantes y, al doblar una esquina, te encontrás cara a cara con un oso negro. No solo te ponés instantáneamente alerta, sino que, cuando se dispara tu “alarma”, tu cuerpo se prepara para “luchar o huir.” En esta situación de emergencia, si luchás contra el oso y sobrevivís, probablemente tu piel quede dañada y se produzca una invasión de patógenos microscópicos. Con cada emergencia, es

como si tu cerebro pusiera a tu cuerpo en DEFCON 2: prepárate para la invasión.

Cada vez que se dispara la “alarma”, se prepara el sistema inmune para el ataque. El cuerpo tiene dos tipos de inmunidad, la adquirida y la innata. La inmunidad adquirida es la que aprovechamos con las vacunas. Cuando damos una vacuna, introducimos antígenos de los invasores enemigos dañinos en el cuerpo. Los antígenos son los marcadores identificatorios únicos de cada organismo, análogos a una bandera enemiga. Al dar la vacuna, nuestro sistema inmune identifica al enemigo por su bandera (antígeno) y crea anticuerpos específicos para ese invasor. Los anticuerpos funcionan entonces como francotiradores. Se quedan esperando a ese invasor particular para matarlo y solo a él.

Esta no es la inmunidad que activamos cuando nos enfrentamos a un oso. En modo de emergencia, el cuerpo no tiene tiempo para fabricar anticuerpos, así que bajo estrés activa la inmunidad innata. Esto es análogo a agarrar una escopeta recortada debajo de la cama durante una invasión domiciliaria. Está oscuro, escuchás ruido y amenaza, apuntás el arma y disparás a un radio amplio. Matás al invasor, pero también dañás la casa. La casa en nuestra historia es el cuerpo.

Cuando se dispara la alarma (amígdala), se activan los macrófagos, que comienzan a liberar citocinas inflamatorias. Estas citocinas (como interleucina-1, interleucina-6 y factor de necrosis tumoral) son análogas a las balas de la escopeta, diseñadas para destruir al enemigo, pero igual que las balas, estos factores inflamatorios también causan estragos en toda la “casa” (el cuerpo).

Bajo activación crónica (estrés), las citocinas dañan las neuronas que le indican al cerebro “ya se liberaron suficientes hormonas del estrés, no llames a más.” Los receptores de glucocorticoides en nuestras neuronas hipocampales son atacados, y perdemos la inhibición del operador del 911 (hipotálamo). Entonces, el operador comienza a pedir más hormonas de estrés. Esto eleva aún más la glucosa en sangre, la frecuencia cardíaca y la presión arterial, además de aumentar otros efectos del estrés.

Simultáneamente, las citocinas dañan los receptores de insulina en el cuerpo, dificultando el uso de glucosa. El efecto combinado de la activación prolongada de esta cascada de estrés es un mayor riesgo de diabetes tipo 2, obesidad, colesterol y triglicéridos elevados, pérdida ósea, infartos, accidentes cerebrovasculares, úlceras, infecciones y trastornos inflamatorios. Las citocinas también aumentan la percepción del dolor e interfieren con neurotransmisores cerebrales, por lo que una persona bajo estrés crónico suele experimentar disminución de energía, motivación, concentración, apetito, dolores y alteraciones del sueño.

Las creencias que inducen miedo realmente nos dañan, y nuestras creencias individuales son los bloques que forman la imagen definitiva que tenemos sobre Dios. Cuantos más bloques erróneos (creencias doctrinales individuales), más distorsionada nuestra imagen. Cuanto mayor la distorsión acerca de Dios, más se activan los circuitos del miedo en el cerebro, y más nos alejamos del plan sanador de Dios. Sí, nuestras creencias sobre Dios realmente importan.

13. En el Cerebro de Cristo

Conozco a los hombres y les digo que Jesucristo no es un simple hombre. Entre Él y cualquier otra persona en el mundo no hay posible término de comparación.

Alejandro, César, Carlomagno y yo hemos fundado imperios.

¿Pero sobre qué descansamos la creación de nuestro genio? Sobre la fuerza. Jesucristo fundó su imperio sobre el amor; y a esta hora millones de hombres morirían por Él.

Napoleón Bonaparte

Anissa Ayala tenía miedo. No le gustaba ir al médico y odiaba aún más las agujas, así que ocultó los calambres estomacales, los dolores persistentes, las molestias adormecedoras y los bultos misteriosos a sus padres. Sufrió durante semanas hasta que, el domingo de Pascua de 1988, el dolor se volvió insopportable y se dio cuenta de que necesitaba ayuda.

Se realizaron pruebas de laboratorio y se le dio el sombrío diagnóstico de leucemia mielógena crónica. Sin un trasplante de médula ósea, estaría muerta en tres a cinco años.¹

Inmediatamente se examinó a su familia. Su madre, Mary, de 43 años; su padre, Abe, de 45; y su hermano Airon, de 19, no eran compatibles. Se revisó

el Registro Nacional de Donantes de Médula Ósea, pero, lamentablemente, no había coincidencias.²

Abe y Mary estaban desesperados. ¿Qué podían hacer? ¡Su preciosa hija se estaba muriendo! Mary y Abe decidieron intentar tener otro hijo, esperando aprovechar la posibilidad de uno entre cuatro de que los hermanos sean compatibles. Esto no sería fácil. No solo la edad estaba en contra de ellos, sino que Abe tendría que revertirse la vasectomía que se había realizado dieciséis años antes.

Pronto se corrió la voz de lo que los Ayala estaban planeando. Los críticos comenzaron a alzarse, cuestionando la ética y la moralidad de traer un hijo al mundo para ser un donante de tejido. Pero a Mary y Abe no les importaba lo que dijeran los críticos. Tenían una hija que salvar.

Abe se revirtió la vasectomía y, en menos de seis meses, Mary quedó embarazada. A medida que avanzaba el embarazo, se tomaron muestras de tejido y se regocijaron al descubrir que su hijo por nacer era compatible. Catorce meses después del nacimiento de la hermanita de Anissa, Marissa Eve, se realizó el trasplante de médula ósea, salvando la vida de Anissa.

Nos regocijamos al leer sobre el triunfo del amor en la familia Ayala. Pero su historia también ofrece poderosas ideas sobre nuestra condición terminal y el plan de salvación de Dios. ¿Por qué trajeron Mary y Abe a Marissa al mundo? ¿Por qué tuvo que derramar su sangre este bebé inocente? Porque era necesario para curar y salvar a su otra hija. Y, frente a las críticas, Abe dijo: “Pensamos que íbamos a perder una hija y ahora tenemos dos.”³

Está en la Sangre

La leucemia es cáncer en la sangre. Y el cáncer es causado por células que han perdido el autocontrol, células que se replican sin control, células que ya no operan en armonía con su diseño. El cáncer siempre lleva a la muerte a menos que se realice alguna intervención, alguna intercesión, para poner el cáncer en remisión. A menos que algo se haga para devolver las células cancerosas a su estado sano y precanceroso, la muerte es segura. Sin el derramamiento de la sangre de Marissa, no podría haber remisión de la leucemia de Anissa.

Sin el derramamiento de la sangre de Cristo, no hay remisión del pecado (Heb. 9:22). Sin la victoria de Jesús en la cruz, no podríamos ser transformados nuevamente a nuestro estado original, anterior al egoísmo, amoroso, semejante a Dios –tal como emergió la humanidad de la mano y el aliento de Dios en el Edén.

Nadie sabe por qué Anissa contrajo leucemia, pero ¿y si, a los cinco años, ella desobedeció la orden de su padre de no jugar con los pesticidas del garaje, y la leucemia resultó ser consecuencia directa de esa desobediencia y exposición a la toxina? Si ese fuera el caso, ¿exigiría la justicia que su padre la dejara morir? ¿O, peor aún, exigiría la justicia que su padre la matara como castigo por su desobediencia? ¿Exactamente qué exigiría la justicia que su padre hiciera si esa justicia se basara en la ley del amor?

¿Y si su padre hubiera dicho: “El día que bebas el pesticida, ciertamente morirás”? Si él hubiese dicho esas palabras, ¿necesitaría su padre dejarla morir para ser justo? Si su padre la advirtió: “El día que bebas los pesticidas, ciertamente morirás”, ¿estaría diciendo eso como una amenaza o como una advertencia para proteger?

Y una vez que ella tenía esta condición terminal, ¿qué debía ocurrir para que fuera justo, para no violar las leyes de la salud? El cáncer debía ser llevado a remisión. Las células deformes y enfermas debían remitir. ¿Y cuál es la única forma de lograrlo? ¡Con un remedio y una cura!

¿Por qué Dios le dijo a Adán: “El día que comas de este fruto, morirás”? ¿Porque Dios se vería obligado a matarlo? ¿O porque la humanidad se desviaría de la ley del amor, la ley de la vida, y sin intervención, la única consecuencia sería la ruina y la muerte? Una vez que nuestros primeros padres se infectaron con esta condición terminal, ¿qué se necesitaba? Un remedio y una cura. Esa cura nació como un bebé en Belén.

El Amor se Arriesga a Ser Malinterpretado para Salvar

Al presentar estas ideas de un lugar a otro, me he encontrado con personas a quienes no les gusta esta perspectiva. Luchan con esta verdad debido a pasajes en la Biblia en los que Dios parece estar diciendo: “Estoy enojado. Estoy furioso. ¡Y en mi ira, los voy a matar!”

¡La ciudad de los asesinos está condenada! Yo mismo apilaré la leña. ¡Traigan más leña! ¡Aviven las llamas! ¡Cocinen la carne! ¡Hiérvan el caldo! ¡Quemen los huesos! Ahora pongan la olla de bronce vacía sobre las brasas y déjenla al rojo vivo... No volverán a ser puros hasta que hayan sentido toda la fuerza de mi ira. Yo, el Señor, he hablado. Ha llegado el momento de actuar. No ignoraré sus pecados ni mostraré piedad ni misericordia. Serán castigados por lo que han hecho.

(Ezequiel 24:9-11, 13-14, DHH, énfasis añadido)

A primera vista, este texto suena aterrador. Recuerdo cómo solía luchar con pasajes como este, siempre temeroso de que Dios estaba esperando para

atraparme—y atraparme bien—si me equivocaba. Pero me di cuenta de que mis malentendidos sobre Dios ocurrían solo porque nunca hacía las preguntas correctas al leer estos textos difíciles. La pregunta no es si Dios habló estas palabras a través de su profeta, porque tengo la certeza de que sí lo hizo. La pregunta importante es: **¿Qué ocurrió realmente después de que dije esas palabras?**

¿Usó Dios su poder para destruir a aquellos sobre los que habló con palabras tan aterradoras? ¿O fue que su rebelión los separó de su protección, resultando en su destrucción?

Los hijos de Israel se negaron a seguir a Dios, sus métodos y principios. Pero Dios no los hirió. En cambio, los dejó libres. Les dio lo que eligieron—una vida separada de Él. Dejó de interceder en su favor. Retiró su mano protectora a insistencia de ellos, y no pasó mucho tiempo hasta que llegaron los babilonios quienes, al estilo babilónico, destruyeron su ciudad. Fueron los babilonios, no Dios, quienes dieron el golpe destructivo.

Este soltar de Dios, este dejar libre para cosechar las consecuencias de nuestras decisiones rebeldes persistentes, es lo que la Biblia llama “la ira de Dios”. Pablo nos dice que la “ira” de Dios ocurre debido al rechazo persistente de Dios, al rechazo del conocimiento de Él y la preferencia de nuestro propio camino sobre el de Dios. Luego Pablo declara tres veces que, en el primer siglo después de Cristo, los rebeldes experimentaron la ira de Dios cuando Dios “los entregó” a las consecuencias de sus propias decisiones (Romanos 1:18-32).

No soy el primero en llegar a esta conclusión:

La condición humana, que Pablo describe en Romanos 1:18-32, no es algo causado por Dios. La frase “revelada desde el cielo” (donde “cielo” es una palabra típica judía para referirse a “Dios”) no representa algún tipo de intervención divina, sino más bien la inevitabilidad de la degradación humana que resulta cuando la voluntad de Dios, integrada en el orden creado, es violada.

Dado que el orden creado tiene su origen en Dios, Pablo puede decir que la ira de Dios se revela ahora (constantemente) “desde el cielo”. Se revela en el hecho de que el rechazo de la verdad de Dios (Rom 1:18-20), es decir, la verdad sobre la naturaleza y voluntad de Dios, conduce a pensamientos fútiles (Rom 1:21-22), idolatría (Rom 1:23), perversión de la sexualidad intencionada por Dios (Rom 1:24-27) y quiebra moral-relacional (Rom 1:28-32). [Énfasis en las Escrituras original.]

La expresión “Dios los entregó” (que aparece tres veces en este pasaje: Rom 1:24, 26, 28), respalda la idea de que la perversión pecaminosa de la existencia humana, aunque resulta de decisiones humanas, debe entenderse en última instancia como el castigo de Dios que nosotros, en libertad, nos traemos a nosotros mismos.

A la luz de estas reflexiones, la noción común de que Dios castiga o bendice en proporción directa a nuestras malas o buenas acciones no puede sostenerse... Dios nos ama con amor eterno. Pero el rechazo de ese amor nos separa de su poder vivificante. El resultado es desintegración y muerte.⁴

Jesús, quien se hizo pecado por nosotros, experimentó la “ira” de Dios en la cruz y clamó: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”—no “¿Por qué me estás matando?” (Mateo 27:46). A lo largo de la Biblia, la historia es la misma.

El Amor No Puede Ser Forzado

Los sabios comprenden que el amor no puede ser forzado, solo puede ser dado libremente. Los que tienen discernimiento se dan cuenta de que el acto más airado y lleno de ira que el Amor puede realizar es dejar ir al objeto de su amor. Una vez más, Dios deja claro que su ira o enojo consiste en dejar ir:

“Cuando eso ocurra, me enojaré con ellos; los abandonaré, y serán destruidos. Muchas terribles desgracias les sobrevendrán, y entonces se darán cuenta de que todo esto les está sucediendo porque yo, su Dios, ya no estoy con ellos.”

(Deut. 31:17, DHH, énfasis añadido)

Pero ¿por qué Dios hablaría con un lenguaje tan amenazante a través de Ezequiel si fueron los babilonios y no Él quienes realmente quemaron la ciudad?

Cuando nuestros hijos están en peligro, cuando no quieren escuchar, ¿no alzamos la voz como padres amorosos para advertirles y protegerlos?

“El pueblo de Israel es tan terco como una mula. ¿Cómo voy a alimentarlos como a corderos en un prado?”

(Oseas 4:16, DHH)

A Dios le duele hablar con palabras tan duras, pero el Dios del amor arriesga todo con tal de salvar a sus hijos.

Imagina que tienes un hijo de diez años, y es un niño terco, rebelde y difícil. No escucha tus instrucciones. Cuando le dices que recoja su ropa, discute. Cuando le pides que apague la televisión, te ignora. No cumple con sus tareas sin amenazas constantes de tu parte.

Un día, tu familia visita un parque nacional con acantilados escarpados. Tu hijo está jugando al frisbee y corre directamente hacia el precipicio. Está demasiado lejos para alcanzarlo, así que le gritas que se detenga. Pero tu hijo es rebelde: no escucha y sigue corriendo hacia el borde. ¿Qué harías? Al acercarse al precipicio, ¿lo amenazarías? “Si no te detienes ahora mismo, te voy a dar una paliza que no olvidarás!” Si tu hijo no se detiene y cae por el acantilado, ¿bajarías, sacarías tu cinturón y le pegarías? ¿Sacarías un rifle y le dispararías mientras cae hacia las rocas para castigarlo por su desobediencia? ¿Necesitas infigirle algún sufrimiento a tu hijo para ser “justo”? Por supuesto que no. Pero las violaciones de la ley —incluyendo la ley de la gravedad— resultan en muerte. Si tu hijo no se detiene, no habría nada que pudieras hacer más que llorar.

Así es exactamente con Dios y nosotros. Escucha sus palabras suplicantes:

“¿Cómo voy a dejarte, Israel? ¿Cómo voy a abandonarte?... ¡Mi corazón no me lo permite! Mi amor por ti es demasiado fuerte.”

(Oseas 11:8, DHH)

“¡Jerusalén, Jerusalén, tú que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados, cuántas veces quise reunir a tus hijos, como la gallina reúne a sus pollitos bajo sus alas, y no quisiste!”

(Mateo 23:37)

Al igual que tú, al ver a tu hijo voluntario, testarudo e irresponsable caer hacia su muerte, Dios clama: “Hijo mío, hijo mío, cuánto deseé protegerte, mantenerte a salvo, pero fuiste terco como una mula y no quisiste escuchar.”

Todos estamos enfermos y muriendo, y todos necesitamos sanación real y una transformación real en nuestras vidas. Ese bebé en Belén es nuestro remedio.

Él vino a hacer lo que ningún ser humano podía hacer por sí mismo: sanar nuestra condición, todo dentro de los límites de la ley eterna del amor de Dios.

Advertencias sobre la Expiación

El estudio de lo que Cristo logró en la cruz ocupará nuestra mente por toda la eternidad. A lo largo de un futuro eterno, nuestros corazones se regocijarán a medida que se comprendan nuevos descubrimientos acerca de lo que Cristo realizó. Por tanto, aunque mi intención es describir logros específicos alcanzados por Cristo, no pretendo presentar la última palabra sobre la expiación, sino una palabra progresiva que espero que otros comprendan y continúen desarrollando.

Deliberadamente enfoco nuestra visión de los logros de Cristo dentro de su humanidad, específicamente en su cerebro humano. Pretendo ser preciso y claro, describiendo una adquisición explícita alcanzada por Cristo mediante el ejercicio de su cerebro humano. La clave para comprender la misión de Cristo en la tierra, su victoria en la cruz, depende de entender correctamente la ley de amor de Dios como el patrón de diseño sobre el cual se construyó la vida. Una revisión del capítulo 1 podría ser útil en este punto.

Independientemente de si valorás esta perspectiva o preferís otra comprensión (ya que históricamente el cristianismo ha sostenido una variedad de modelos de expiación),⁵ cuando se trata de nuestra salvación, no es necesario comprender la expiación para beneficiarse de ella. Lo único necesario es rendirse con confianza a Dios.

Imaginá que un paciente está muriendo por una condición terminal. Si existe una cura para su condición, el único requisito que el paciente debe cumplir

para ser sanado es “confiar” en el médico siguiendo el protocolo de tratamiento. El paciente no necesita entender cómo funciona el tratamiento. No necesita comprender cómo se desarrolló. Todo lo que debe hacer es confiar en el médico, tomar la receta y, si el médico tiene un remedio que cura, el paciente será sanado. De igual manera, los pecadores no necesitan entender cómo Cristo logra nuestra salvación para ser salvos, pero sí deben confiar en Dios y aceptar su tratamiento para beneficiarse de todo lo que Cristo ha hecho.

Sin embargo, desde la perspectiva del médico, las cosas son muy diferentes. Él o ella debe diagnosticar correctamente el problema, obtener un remedio (lo que generalmente requiere entender cómo se desarrolla y cómo debe aplicarse) y proporcionar evidencia de su confiabilidad para que el paciente acepte el tratamiento.

Cuando los requisitos de la expiación se definen como la necesidad de restablecer la confianza, parece cierto desde el punto de vista del pecador. Todo lo que necesitamos, para ser salvos o sanados, es que se restablezca la confianza en Aquel que nos dio la vida. No tenemos que entender cómo Dios, por medio de Cristo, logró nuestra salvación; no tenemos que comprender cómo el Espíritu Santo administra lo que Cristo logró en nuestras vidas; pero sí debemos confiar en Dios y seguir sus indicaciones.

Pero, al convertirnos en amigos comprensivos de Dios, empezamos a contemplar lo que Dios tuvo que lograr para reparar el daño que causó el pecado. Como médico, tomo en serio la invitación de Jesús de comprender lo que Él ha hecho y está haciendo (Juan 15:15). Busco, en la medida en que una mente finita puede, entender la salvación desde su perspectiva. Esto nos lleva más allá de simplemente confiar en nuestro Gran Médico, hacia una comprensión genuina.

Por Qué Jesús Tuvo que Morir

Las mentiras creídas por Adán y Eva rompieron el círculo del amor y la confianza, y como resultado, la humanidad fue cambiada de seres que vivían en armonía con la ley del amor a seres que operaban con miedo y egoísmo. Jesús murió para revertir todo esto. La Biblia dice que entregó su vida para “destruir” a Satanás, la muerte y las obras del diablo (2 Tim. 1:9-10; Heb. 2:14; 1 Juan 3:8).

Para lograr esto, Jesús tenía que alcanzar dos objetivos. Primero, tenía que revelar la verdad acerca de Dios para destruir las mentiras de Satanás y ganarnos de nuevo para la confianza. Y segundo, tenía que restaurar la ley del amor dentro de la especie humana. Su objetivo era reconectar a la humanidad con el círculo de la vida. Logró esto al convertirse en el vehículo, el conducto, el enlace, el canal a través del cual el amor de Dios pudiera fluir nuevamente hacia la humanidad.

Imaginá que tenés endocarditis bacteriana –una infección dentro del corazón. Sin un remedio, esta es una condición terminal. Un hombre se te acerca diciendo que tiene una sustancia que te curará y quiere inyectártela. Sos estadounidense y su nombre es Osama bin Laden. ¿Permitirías que te inyecte? ¿Por qué no? Porque no confiás en él. No importa si tiene o no el remedio; si no hay confianza, no aceptaremos el tratamiento y por tanto no nos curaremos. Cristo tuvo que revelar la verdad para destruir las mentiras de Satanás y ganarnos nuevamente para la confianza –ese fue el primer paso de su misión. Pero tenía que hacer más.

¿Qué pasa si tenés un padre amoroso que resulta ser médico, y confiás completamente en él, pero él no tiene ningún remedio para la endocarditis? ¿Te sanará tu confianza en tu padre? No. La confianza solo funciona cuando

realmente existe un remedio. No somos salvos por la fe o la confianza. Somos salvos por la gracia, que es la obra de Dios al restaurar el amor en nosotros cuando confiamos en Él. Se requieren ambas cosas —la restauración de la confianza y un remedio real— para producir sanidad.

Satanás intentó obstruir a Dios en ambos frentes. Trabajó para impedir que Cristo viniera como humano y obtuviera un remedio real. Pero, como exploramos en el capítulo 4, Dios actuó para frustrar a Satanás y mantener abierto el canal para que el Mesías pudiera venir. Las fuerzas del mal intentaron matar al bebé Jesús antes de que pudiera completar su misión, antes de que viviera el amor perfecto en forma humana. Dios, una vez más, intervino para detener al enemigo del bien. Dios sabía que el simple derramamiento de la sangre inocente de su Hijo no era lo necesario para salvar a la humanidad, así que protegió al niño Jesús del ataque de Satanás hasta que Jesús completó su misión años después.

Satanás fracasó al intentar cerrar el canal. Fracasó al intentar matar al niño Jesús, y fracasó en sus tentaciones contra Cristo. Jesucristo derrotó a Satanás y ha obtenido un remedio real para sanar a la humanidad. No importa cómo uno describa la expiación, no importa cómo la comprendamos, Jesús ha logrado lo necesario para nuestra salvación. Por lo tanto, la única estrategia restante de Satanás es contar mentiras sobre Dios, mentiras que, cuando se creen, nos impiden confiar en Él. Porque si no confiamos en Dios, no aceptaremos su tratamiento.

Emociones Poderosas

En Getsemaní, la humanidad de Jesús fue sobrecogida por la angustia. Fue tentado con emociones poderosas, tan intensas que dijo que estaba cerca de la muerte. Y, según el propio testimonio de Jesús, ¿a qué lo tentaban esas

emociones tan fuertes? A salvarse a sí mismo (Mat. 26:36-42). Pero en cada tentación, Jesús eligió entregarse en amor. Cada vez que la tentación de actuar en interés propio lo asaltó, venció amando a los demás y entregándose perfectamente. Jesús dijo:

“Nadie me quita la vida, sino que yo la doy por mi propia voluntad. Tengo autoridad para darla y tengo autoridad para volverla a tomar. Este mandato lo recibí de mi Padre.”

(Juan 10:18)

En Jesucristo, la ley del amor destruyó la ley del pecado y de la muerte.

“Porque el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mi causa, la encontrará.”

(Mateo 16:25)

Cuando Jesús se negó a usar su poder para salvarse a sí mismo y, en cambio, se ofreció libremente, destruyó la muerte (el egoísmo es la base de la muerte) y trajo a la luz la vida y la inmortalidad (2 Tim. 1:9-10). Por lo tanto, resucitó, aún participando de la humanidad, pero con una humanidad que él había purificado, limpiado y recreado perfectamente conforme al diseño original de Dios. Su resurrección fue el resultado natural, el desenlace inevitable, de destruir la infección del egoísmo y restaurar la ley de la vida –la ley del amor – dentro de la humanidad.

“La ley del Señor es perfecta, que convierte el alma.”

(Salmo 19:7, RVR1960)

¿Por qué tenía que morir? Si en algún momento del avance de la muerte, Cristo hubiese usado su poder para impedir que lo consumiera, ¿a quién habría salvado? ¡A sí mismo! La única manera de destruir el egoísmo era

mediante un amor perfectamente abnegado. Cristo restauró la ley de la vida en la humanidad al entregarse libremente en amor.

Así, “una vez hecho perfecto, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen” (Heb. 5:9). Él es nuestro remedio, nuestro Salvador, el Dios-hombre por medio del cual la propia naturaleza de amor de Dios fluye nuevamente hacia la humanidad. Cristo hizo lo que ningún otro ser podía hacer. Reveló la verdad sobre Dios para ganarnos a la confianza; pero más que eso, se convirtió en nuestro sustituto al tomar nuestra condición sobre sí mismo con el fin de curar, reparar y sanar a la humanidad en su propia persona. En otras palabras, ¡perfeccionó a la humanidad! Logró lo que Adán fue creado para llegar a ser.

Es por la victoria de Cristo, por su logro, que todos los que confían en Él serán llenos de su Espíritu Santo, quien toma todo lo que Cristo ha logrado y lo reproduce en nosotros. ¡Por medio de Cristo somos sanados para vivir eternamente con Él!

Jesús dijo:

“Pero yo les digo la verdad: les conviene que me vaya, porque si no lo hago, el Consolador no vendrá a ustedes; en cambio, si me voy, se lo enviaré... Aún tengo muchas cosas que decirles, pero ahora no las pueden soportar. Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él los guiará a toda la verdad. No hablará por su propia cuenta, sino que dirá solo lo que oiga, y les anunciará lo que ha de venir. Él me glorificará, porque tomará de lo mío y se lo dará a conocer a ustedes. Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso les dije que tomará de lo mío y se lo dará a conocer.”

(Juan 16:7, 12-15, NVI 1984, énfasis añadido)

¿Qué es lo que tiene Cristo que necesitamos? Un corazón puro y un espíritu recto, un carácter perfecto de amor. Cuando confiamos en Él, Él derrama su amor en nuestros corazones (Rom. 5:5). Dios es amor; por lo tanto, cuando derrama su amor en nuestros corazones, en realidad está derramando a sí mismo en nosotros (1 Juan 4:8). Su carácter perfecto de amor es creado dentro de nosotros por medio del Espíritu que habita en nosotros; ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí (Gál. 2:20). Literalmente llegamos a ser participantes de la naturaleza divina de amor (2 Ped. 1:4). Somos restaurados nuevamente a la “unidad” con Dios.

Lo que estoy diciendo es esto:

Dios posee una naturaleza divina perfecta; los ángeles en el cielo poseen naturalezas angélicas perfectas; los seres en otros mundos (suponiendo que existan) poseen naturalezas perfectas según su orden—pero, después del pecado de Adán y antes de la victoria de Cristo, **no existía una naturaleza humana perfecta**. Cristo vino para corregir eso, para restaurar dentro de la especie humana la perfección de carácter, para reescribir la ley de amor de Dios en la humanidad. La divinidad puede crear un nuevo orden o especie cuando lo deseé, pero debido a la naturaleza del amor y la libertad, la humanidad, una vez defectuosa, solo podía ser curada mediante el ejercicio de la **elección humana**. Ningún ser humano descendiente de Adán podía lograrlo, pero **Cristo**, al unir su divinidad con nuestra humanidad, sí realizó esa obra. Para sanar esta creación, un ser humano debía ejercer confianza en Dios. Un ser humano debía rechazar las mentiras y tentaciones de Satanás. Un ser humano debía erradicar el egoísmo mediante el amor. Es esta naturaleza humana renovada, lograda únicamente por Cristo, la que Dios ofrece implantar en todos los que confían en Él. Llegamos a ser participantes de la naturaleza divina, mediante nuestra confianza en Jesús.

Sorpresa Desde la Historia

Asombrosamente, esta hermosa visión de lo que Cristo logró, que demuestra el increíble carácter de amor de Dios, **es exactamente lo que enseñaron los padres de la iglesia** en los primeros dos siglos después de la resurrección de Cristo. La llamaban la **doctrina de la recapitulación**—la idea de que Cristo vino a reconstruir o sanar la humanidad en sí mismo.

Justino Mártir (103–165 d.C.) enseñó que Cristo vino a hacer tres cosas: derrocar la muerte, destruir a Satanás y restaurar a la humanidad al diseño de Dios, proporcionando así vida eterna a la humanidad caída.

(Cristo), habiendo sido hecho carne, se sometió a nacer de la Virgen, a fin de que mediante esta disposición la Serpiente, que al principio había obrado el mal, y los ángeles asimilados a él, fueran derribados, y la muerte despreciada.⁶

Robert Franks describe la teología de Justino de la siguiente manera:

De hecho, encontramos en Justino indicaciones claras de la presencia en su mente de la teoría de la recapitulación, que luego sería desarrollada más plenamente por Ireneo, según la cual Cristo se convierte en una nueva cabeza de la humanidad, deshace el pecado de Adán al revertir los actos y circunstancias de su desobediencia, y finalmente comunica a los hombres la vida inmortal.⁷

Franks también describe la teología de **Ireneo** (siglo II d.C., hacia el año 202):

Llegamos aquí a la famosa doctrina irenaica de la recapitulación. La concepción es la de Cristo como el Segundo Adán, o segundo jefe de la humanidad, quien no solo deshace las consecuencias de la caída de Adán,

sino que también retoma el desarrollo de la humanidad interrumpido en él, y lo lleva a su culminación, es decir, a la unión con Dios y la consiguiente inmortalidad.

“Fue Dios recapitulando la antigua creación del hombre en sí mismo, para que pudiera matar el pecado, anular la muerte, y dar vida al hombre.”

También III.18.1:

“El Hijo de Dios, cuando se encarnó y fue hecho hombre, recapitularon en sí mismo la larga línea de los hombres, dándonos salvación de manera compendiosa (*in compendio*), de modo que lo que habíamos perdido en Adán, a saber, que deberíamos ser hechos a imagen y semejanza de Dios, esto lo recibiríamos en Jesucristo.”⁸

Asombrosamente, algunos en la iglesia primitiva entendieron que la misión de Cristo era reconstruir a la humanidad conforme al diseño original de Dios. Reconocieron que la ley del amor de Dios era el modelo sobre el cual Él había construido su universo, y comprendieron correctamente que, para salvar a la humanidad, la ley sobre la cual está construida la vida debía ser restaurada dentro de la humanidad. La misión de Cristo era restaurar a la humanidad a la armonía con Dios.

La ley de Dios y cómo fuimos engañados

Una estrategia militar comprobada por el tiempo es la **distracción**. Crear alboroto en un área, lograr que el enemigo se enfoque en esa distracción y luego atacar desde su punto ciego.

Los magos, estafadores y embaucadores se apoyan en el **desvío de atención** como fundamento de su arte engañoso. Captan tu atención en una acción para que no notes su verdadera intención y, antes de que te des cuenta, te han

hecho creer que tienen poder o sabiduría—o que son el mejor lugar para invertir tu dinero. Saben que, cuando creés haber identificado el “truco”, descubierto el “engaño”, desenmascarado la “estafa”, es cuando quedás vulnerable a su verdadera explotación.

Satanás, el mayor engañador del universo, utiliza esta estrategia con casi total perfección. Y Dios profetizó a través de Daniel que el maligno hablaría contra Dios y **intentaría cambiar su ley** (Dan. 7:25). Durante años, yo, como muchos otros cristianos, fui engañado creyendo que conocía la mentira del diablo sobre la ley de Dios, pero recientemente descubrí que solo había identificado **su distracción**.

Algunos cristianos han argumentado que el cambio en la ley de Dios, profetizado por Daniel, ocurrió cuando la ley de los Diez Mandamientos fue modificada al eliminar el segundo mandamiento, que prohibía hacer imágenes. Luego, el décimo mandamiento fue dividido en dos partes (para mantener el número total de mandamientos en diez después de eliminar el segundo), y se cambió el mandamiento del sábado. Durante más de quinientos años, estos cambios han sido un punto de conflicto entre varios grupos cristianos.

Distracción—la gran maniobra de desvío de Satanás—fue ese cambio abierto en el Decálogo. Hacer un cambio evidente, admitido y respaldado en la ley, lograr que todos se enfoquen en esta modificación obvia, discutiendo a favor o en contra de ella, y luego **infectar sus mentes con el cambio real que ni siquiera notan**. Diabólicamente brillante.

¿Entonces, cuál es el **verdadero cambio** en la ley de Dios, ese que los cristianos casi universalmente aceptan como verdad? Que **la ley de Dios es una ley impuesta**, colocada sobre sus criaturas para gobernar sus vidas y

poner a prueba su obediencia—en lugar de la verdad de que **la ley de Dios es una ley natural**, un principio sobre el cual Dios creó la vida para que funcione. El diablo no solo engañó al cristianismo para que intentara cambiar dos mandamientos; **logró que los cristianos aceptaran un cambio en la misma naturaleza de la ley.**¹⁰

Antes de Constantino, los cristianos reconocían la ley de Dios como la **ley del amor**, el principio sobre el cual se edifica la vida, y por tanto comprendían que el verdadero propósito de Cristo era reconstruir y restaurar a la humanidad. Pero después de la conversión de Constantino, el concepto de **imperialismo**, con un emperador poderoso imponiendo leyes a sus súbditos, infectó gradualmente al cristianismo. Los cristianos perdieron de vista la ley de amor de Dios y, en su lugar, adoptaron la idea de una ley impuesta por un soberano poderoso. Después de todo, si aún creyeran que la ley de Dios era la ley natural del amor, como la ley de la respiración, que requiere que respiremos para vivir, ¿alguna vez pensarían que un comité eclesiástico podría **votar para cambiar una ley así?**

En su libro *Defendiendo a Constantino*, **Peter Leithart** documenta que Constantino utilizó la imposición de leyes para respaldar a la iglesia (**énfasis añadido**):

[Constantino] tuvo una retórica agresiva contra paganos y judíos, a veces incluso virulenta, y esto, junto con las restricciones legales, creó un ambiente que desalentaba pero no destruía el paganismo. Cristalizó el espacio público en Roma, financió la restauración de sitios sagrados en Palestina y fundó Constantinopla...

Cuando surgían disputas en la iglesia, Constantino creía que era su derecho y deber como emperador romano guiar a las facciones en guerra hacia una resolución... Una vez que los obispos llegaban a una decisión,

Constantino la aceptaba como palabra divina y respaldaba las decisiones conciliares con **sanciones legales**, principalmente el exilio para quienes fueran hallados culpables de herejía.¹¹

Las restricciones legales de Constantino para apoyar a la iglesia no solo contribuyeron a la forma en que el cristianismo comenzó a ver la ley de Dios, sino que son evidencia, en sí mismas, de que **la ley de Dios ya estaba siendo concebida como una ley impuesta**. Si Constantino siguió la guía de los obispos, ¿por qué los obispos no lo remitieron al principio bíblico de **libertad de conciencia** (Rom. 14:5)? ¿No fue porque ya **habían perdido de vista la ley natural del amor de Dios** y creían que Dios actuaba exactamente como lo hacía Constantino? El historial del cristianismo en los siglos posteriores (las Cruzadas, la Inquisición) es una triste confirmación de que la ley del amor había sido reemplazada por una **estructura legal impuesta**.

En este sentido, **no importa si es protestante o católico**—ambos han aceptado la idea de que la ley de Dios es impuesta y, por ende, han aceptado inevitablemente las **visiones destructivas de Dios** que tal creencia produce: un Dios como soberano imperial que impone leyes, castiga a los infractores y es fuente de tortura y muerte para todos los que no tengan sus pecados “pagados”.

Entonces, en resumen: ¿la ley de Dios es impuesta o es una ley natural, una ley que no fue creada, promulgada ni legislada?

Debido al uso que Dios ha hecho de la ley a lo largo de la historia humana, algunos podrían pensar que **la ley de Dios es ambas cosas: natural e impuesta**. Si bien Dios **sí introdujo “leyes”**, estas fueron simplemente **intervenciones terapéuticas** para educar y proteger hasta que la ley del

amor fuera reinsertada en el corazón. En mi libro *¿Y si fuera así de simple?*, describí esta relación entre la ley escrita de Dios y su ley natural:

[La ley escrita] revela los defectos de nuestra mente. Cuando reconocemos esos defectos, acudimos al Médico celestial en busca de sanación. Después de que Él nos ha sanado, la ley escrita no necesita ser destruida. De hecho, cuando nos examina, no encuentra defectos porque estamos en armonía con ella. Y habiendo sido sanados, ya no necesitamos la ley escrita.

Esto es la esencia de lo que Pablo le dice a Timoteo:

“Sabemos que la ley es buena, si se usa legítimamente. También sabemos que la ley no fue instituida para el justo, sino para los transgresores y rebeldes, los impíos y pecadores, los irreverentes y profanos, los parricidas y matricidas, los homicidas, los fornicarios, los pervertidos, los traficantes de esclavos, los mentirosos, los perjuros, y para todo lo que se oponga a la sana doctrina que se conforme al glorioso evangelio del Dios bendito que a mí me ha sido encomendado.”

(1 Timoteo 1:8-11, NVI 1984)

Usando una metáfora médica del **resonador magnético (MRI)**, podríamos parafrasear ese pasaje así:

“Sabemos que el resonador es bueno si se lo usa correctamente. También sabemos que el resonador fue hecho no para gente sana, sino para quienes están enfermos y padecen enfermedades, para los que sufren, los débiles y todos los que se están muriendo, y para todas las actividades contrarias a los principios de una vida saludable que se conforma al modelo de salud que el Dios bendito me ha confiado.”

De hecho, la parte de los Diez Mandamientos de la ley es una **destilación especial** de la gran ley cósmica del amor y la libertad, escrita especialmente

para los que estamos aquí en este planeta. ¿Acaso los ángeles en el cielo necesitaban una ley que les ordenara honrar a su padre y madre? ¿O que les dijera que no cometieran adulterio? No, pero sí necesitaban vivir de acuerdo con la ley del amor y la libertad... Los Diez Mandamientos son una **extrapolación adicional** de esta ley, como el mismo Cristo enfatizó:

“Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente”—este es el primero y el más importante de los mandamientos.

“Y el segundo se parece a este: ‘Ama a tu prójimo como a ti mismo’.

De estos dos mandamientos dependen toda la ley y los profetas.”

*(Mateo 22:37-40)*¹²

Solo después de que los seres humanos se desviaron del diseño de Dios fue que la ley escrita se volvió necesaria. Y su propósito **no era crear un sistema de gobierno impuesto, como Roma**, sino simplemente ser una herramienta de diagnóstico y una barrera de protección hasta que llegara el día en que estuviéramos completamente sanos.¹³

Tiene perfecto sentido que cuando el **Dios que es Amor** creó, construyó y diseñó todo para que funcione en armonía con **su propia naturaleza y carácter de amor**, porque **en Él todas las cosas subsisten** (Col. 1:17). Esto es exactamente lo que revela la inspiración:

“El amor no hace mal al prójimo; así que el cumplimiento de la ley es el amor.”

(Romanos 13:10, énfasis añadido)

La ley de Dios es **la ley del amor**, y esta ley es **la ley sobre la cual fue diseñada la vida** para funcionar. Quebrantar esta ley resulta

automáticamente en ruina y muerte. Esta realidad se describe claramente en el libro *Dichos difíciles de la Biblia (Hard Sayings of the Bible)*:

“En cierto sentido, la ira de Dios está integrada en la propia estructura de la realidad creada.

Al rechazar la estructura de Dios y establecer la nuestra, al violar la intención de Dios para la creación y sustituir nuestras propias intenciones, provocamos nuestra propia desintegración.”¹⁴

La muerte es el resultado inevitable de quebrantar la ley del amor, a menos que el Diseñador intervenga para sanar y restaurar (Rom. 6:23; Sant. 1:15). Cristo fue enviado para hacer precisamente eso, para sanar y restaurar:

“Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por medio de él.”

(Juan 3:17)

¿Entonces qué es la expiación de Dios?

En las montañas del norte de Georgia hay un hermoso campamento juvenil cristiano. Fundado en 1955, sirvió como un retiro de verano para incontables niños y familias cristianas a lo largo de los años. Pero en la década de 1970 surgió un problema. Los padres comenzaron a cuestionarse si debían enviar allí a sus hijos. Aquellos que no estaban relacionados con el campamento empezaron a sacar conclusiones poco saludables. La asistencia estaba en riesgo si no se tomaba alguna medida. La junta directiva del campamento se reunió para determinar qué hacer. Solo había una solución posible para salvar el campamento: **cambiarle el nombre**, porque ningún padre cristiano quería enviar a sus hijos a un lugar llamado **Campamento Cumby-Gay**.¹⁵

Las palabras son símbolos que usamos para transmitir ideas, y a medida que la sociedad cambia, a veces las palabras también cambian de significado. Si no entendemos ese cambio, podríamos sacar conclusiones equivocadas.

Expiación es una de esas palabras cuyo significado ha cambiado. Recuerdo que, cuando yo creía que la ley de Dios era una ley impuesta, eso afectaba cómo entendía la Palabra de Dios. Como muchos, pensaba que “expiación” significaba “**satisfacción o reparación por un daño o injuria; hacer las paces**”. Saqué todo tipo de conclusiones erróneas: como que Jesús tenía que morir para aplacar la ira del Padre contra mi pecado. Mientras creí esa distorsión, el amor no fluía en mi corazón. Fue la verdad la que me liberó y abrió mi corazón al amor.

Descubrí que cuando se creó la **Biblia del Rey Jacobo** (KJV), traducida al inglés en 1611, la palabra “atonement” tenía un significado diferente al que normalmente le atribuimos hoy. En los siglos XVI y XVII, la palabra *one* no solo era un sustantivo, sino también un verbo. Si dos personas estaban enemistadas y yo quería que se reconciliaran, podía decir: “Voy a *hacer que se vuelvan uno*” (*I am going to one them*). Es decir, voy a **reconciliarlas**, a volverlas a la unidad. Este concepto rápidamente se conoció como *at-one* o *atone*. Pronunciamos *atone* en lugar de *at-one* porque esa era la pronunciación inglesa antigua. Cuando estás solo, no decís “all one” sino “alone”. El proceso de unir a facciones en conflicto, por tanto, se llamó **expiación** (*atonement*).¹⁶

Jesús es el camino de regreso a la unidad y comunión con Dios. Él vino a hacer expiación por nuestro pecado: **reparar la brecha que el pecado causó en nuestra relación con Dios** y reconciliarnos con Él. A través de Jesús, la ley del amor, el principio de la vida, es restaurada dentro de la humanidad:

“Este es el pacto que haré con el pueblo de Israel después de aquel tiempo, declara el Señor: Pondré mis leyes en su mente y las escribiré en su corazón. Yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo.”

(Hebreos 8:10)

A través del arma increíblemente poderosa del amor perfecto, Jesús aplastó la cabeza de la serpiente (Gén. 3:15). En Jesús, el amor **aplastó el egoísmo**.

“Por su muerte destruyó al que tenía el poder de la muerte, es decir, al diablo.”

(Hebreos 2:14, NVI 1984)

Cuando, como individuos, reconocemos todo lo que Jesús reveló acerca del Padre y finalmente comenzamos a confiar en Él, abrimos nuestros corazones y recibimos, por medio del Espíritu Santo, la **transfusión de la semejanza a Cristo**. El Espíritu Santo toma lo que Cristo logró y **lo reproduce en nosotros**. Su victoria sobre el mal, su carácter perfecto de justicia, su naturaleza de amor, es “descargada” en nuestros corazones y nos volvemos como Él. Nuestros pensamientos se armonizan con los suyos, nuestros deseos se alinean con los suyos, nuestro carácter es renovado para parecerse al suyo, nuestros motivos son purificados para reflejar los suyos. Vivimos una vida semejante a la de Cristo, porque **ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí**. Su amor perfecto **echa fuera todo temor**.

Ser sobrecoyados por la hermosura del carácter de Dios, sentir repulsión por la fealdad de nuestro egoísmo inherente, postrarnos en humilde entrega a los pies de nuestro gran Médico celestial y rendir el yo a su poder sanador se llama **arrepentimiento**. Es en nuestro humilde arrepentimiento, provocado por la gracia de Dios, que experimentamos, mediante el Espíritu Santo, la

transfusión de la vida de Cristo y somos renovados para vivir una vida de amor.

El Dr. Curt Thompson describe acertadamente este proceso, que comienza aquí, gracias a la victoria de Jesús, y culmina en la segunda venida de Cristo:

“Con la resurrección de Jesús de entre los muertos, su ascensión a su lugar como Señor de este mundo, y el derramamiento del Espíritu Santo, Dios ha liberado el poder para integrar nuestras cortezas prefrontales. Estas nuevas redes neuronales reflejan y apuntan al nuevo cielo y la nueva tierra, que alcanzarán su culminación en la aparición de Jesús, pero cuyo presagio en sombras ya está emergiendo en nuestras vidas.”¹⁷

Es en una relación de confianza con Dios, en comunión y meditación sobre su amor, que nuestros cerebros —ese asombroso conjunto de materia gris dentro de nuestro cráneo— son transformados. La **corteza prefrontal se fortalece** y su influencia se extiende al resto del cerebro. El **sistema límbico se calma**, las ideas distorsionadas se eliminan, aumentan la empatía, el altruismo y la generosidad, y experimentamos **paz y gozo genuinos**.

Solo por medio de Jesús esto es posible. Solo en una relación de confianza con Él podemos ser sanados, porque **solo en Jesús podemos conocer la verdad sobre Dios**, que nos gana para la confianza y, luego, en esa relación de confianza, experimentamos la transfusión de su carácter de amor. Este proceso de sanación **nos restaura al ideal original de Dios**. Finalmente, a pesar de nuestra humanidad, comenzamos a vivir por el poder del amor. Por fin, se cumplirá en nuestras propias vidas la promesa que Dios dio en Edén:

“El Dios de paz aplastará pronto a Satanás bajo vuestros pies.”
(*Romanos 16:20*).

14. Perdón

Debemos desarrollar y mantener la capacidad de perdonar.

Quien carece del poder de perdonar
carece del poder de amar.

Martin Luther King Jr.

María no era mi paciente, sino una miembro de mi iglesia. Cuando se me acercó un día después del servicio, pude ver la angustia en sus ojos. Estaba claramente luchando con algo; podía notar que estaba en conflicto. Hablaba con un fuerte acento y sus palabras eran vacilantes, inciertas. Evidentemente tenía miedo, y no sabía qué la asustaba más: si que no respondiera a su pregunta, o que la respuesta que le diera le causara más preocupación aún.

Me contó que su única hija, Sylvia, de veinticinco años, se había casado recientemente con un joven llamado Héctor. Había tenido preocupaciones sobre Héctor antes del matrimonio, pero nunca las expresó, decidiendo que si este era el hombre con quien su hija iba a casarse, haría todo lo que pudiera para apoyarlos. La boda había sido ocho meses atrás y, dadas las circunstancias como las llegó a conocer, María ya no podía seguir brindando su apoyo.

Fue solo dos semanas después de que regresaron de la luna de miel cuando Héctor golpeó por primera vez a Sylvia. Al principio, Sylvia cubría los

moretones y se guardaba el dolor para sí misma. Se inventaba excusas en su mente: *No fue su intención. Estaba cansado. Yo lo molesté. Sé que me ama.* Pero a medida que pasaban las semanas y las golpizas se volvían más frecuentes y severas, la joven esposa ya no pudo seguir ocultando la verdad y, hace un par de meses, su madre se enteró. Desde entonces, Sylvia venía casi cada semana a la casa, marcada con nuevas heridas.

Comprensiblemente, María estaba enfurecida. Confrontó a Héctor, quien respondió con una indiferencia total, mirando a María con un placer sádico en los ojos. Cuanto más suplicaba ella por su hija y más mostraba angustia por el maltrato de Sylvia, más parecía disfrutarlo Héctor. Ella lo odiaba, lo despreciaba, y la rabia dentro de ella estaba acumulándose como un volcán a punto de estallar.

María había perdido la paz. Pensaba constantemente en su hija y en el abuso de Héctor. Aconsejaba a su hija que dejara a su marido, pero Sylvia le recordaba laantidad del matrimonio y su compromiso de permanecer. Sylvia continuaba inventando excusas para Héctor y sometiéndose a su interminable maltrato. La ira de María crecía. Se revolvía en la cama por las noches, incapaz de sacar de su mente las imágenes de Sylvia golpeada –ni de purgar sus sueños de las palizas que ella misma deseaba propinarle a su yerno.

El pecado es insidioso. Apenas notamos cuando comienza a crecer en nuestros corazones. Como un virus mortal que primero infecta a una persona, luego a otra, transmitimos el pecado a otros sin pensarlo – infectándolos con un comentario cortante, una risa cruel, un golpe vengativo o una mirada de desprecio. Cada herida atesorada, cada ofensa retenida, cada herida no sanada permanece como un foco de la semilla del mal, germinando más daño, esparciendo más dolor y sufrimiento. El corazón de María estaba infectado y ella apenas se daba cuenta.

La iglesia —el único lugar donde María siempre había encontrado consuelo y paz— se había vuelto vacío para ella. Escuchaba las historias del amor de Dios, del sacrificio de Jesús, pero su corazón ardía con amargura, resentimiento y rabia. Quería “justicia”. Quería que Dios hiciera llover fuego desde el cielo y destruyera a Héctor. Quería verlo pagar. Sabía que la Biblia decía que había que perdonar, pero ella no quería perdonar. Quería venganza.

El sistema límbico de María estaba inflamado, y su corteza prefrontal estaba siendo afectada. El amor no fluía en su mente. En cambio, rumiaba sobre temas vengativos, lo cual alimentaba aún más su enojo. Reconocía el odio, la ira y la amargura en su corazón, y los abrazaba como un deseo de “justicia”. El malvado virus del pecado estaba echando raíces en su corazón y, si no se extirpaba, la destruiría.

El problema de María no era Héctor. El problema de María era la ira, el odio y la rabia que ardían en su corazón hacia Héctor. Si quería paz, tenía que extirpar esa venenosa falta de perdón de su corazón. Le dije a María que Dios nos ha dado solo un arma para liberar nuestros corazones de esa agitación: **el perdón**. Si quería paz, debía perdonar a Héctor.

Pero eso no era lo que María quería escuchar. Quería una solución que gratificara su deseo de venganza, una solución que hiciera sufrir a Héctor. Quería un dios que aprobara su deseo de represalia. Entonces se enojó conmigo, se dio vuelta y se alejó.

Ese deseo de venganza es la razón por la cual tantas personas se aferran a mentiras sobre Dios. En tales casos, en realidad deseamos un dios que sea vengativo y severo, que gratifique nuestro deseo egoísta de represalias. La verdad sobre nuestro Padre celestial sanaría la corteza prefrontal, lo que resultaría en calmar el sistema límbico y abandonar la exigencia de venganza.

Solo al aferrarse a mentiras sobre Dios puede el cerebro continuar por ese camino de odio.

El pecado es astuto. Héctor no pecó directamente contra María; su pecado fue contra Sylvia. Pero su abuso hacia Sylvia instiló en el corazón de María un deseo cruel, una malignidad que ya estaba comenzando a dar lugar al pernicioso tumor del odio, el rencor y la rabia que, si no se eliminaban, eventualmente tomarían el control de todo lo bueno que había en el corazón de María. Si no se realizaba pronto una cirugía espiritual radical, María se volvería tan dura de corazón como Héctor.

Perdón: la vacuna contra el pecado

Es al perdonar a quienes nos maltratan, abusan y nos explotan, que detenemos la propagación del pecado. A través del perdón, interrumpimos la plaga del egoísmo. A través del perdón, destruimos la toxina de la amargura, el resentimiento y el deseo de venganza. A través del perdón, no solo nos inmunizamos a nosotros mismos, sino que también esparcimos el antídoto contra el pecado: el amor de Dios.

Es nuestro privilegio recibir el amor y el perdón de Dios, y permitir que ese amor fluya a través de nosotros hacia el mundo. Al perdonar a otros, diseminamos el único antídoto contra el mal y el pecado. Pero el amor no fluye donde se retienen mentiras. Tristemente, demasiadas personas han aceptado un antídoto falso, la poción inútil vendida por aquella antigua serpiente, el primer vendedor de aceite de serpiente –el diablo. Muchos, en lugar de perdonar libremente, han promovido (bajo el disfraz de piedad) una política de “justicia severa” y “retribución justa”: el elixir de Satanás.

Dios está obrando a través de Jesús para traer nuevamente al universo a la unidad consigo mismo (Jn 17:20-21; Ef 1:10). Pero la doctrina de la “justicia”, en lugar de reconciliar al mundo con Dios y unificar a las personas en amor, enciende hostilidades, incrementa el odio y hace que las divisiones crezcan cada vez más. Sin duda, esto es el veneno de la serpiente.

Justicia bíblica

El 20 de septiembre de 2001, apenas nueve días después de que terroristas atacaran a los Estados Unidos con cuatro aviones de pasajeros secuestrados, el presidente George W. Bush se dirigió a una sesión conjunta del Congreso. En ese discurso, el presidente Bush afirmó:

“Ya sea que llevemos a nuestros enemigos ante la justicia o que llevemos la justicia a nuestros enemigos, se hará justicia.”[^1]

Su punto era claro: los Estados Unidos cazarían e infligirían castigo a quienes fueran responsables de ese crimen atroz. ¿Crees que las palabras del presidente reflejan la actitud de Dios hacia la humanidad descarriada? ¿Representa la “justicia” de una nación vengativa con precisión la justicia de Dios?

¿Es correcto concluir que Dios maneja su universo como los seres humanos pecaminosos manejan los gobiernos terrenales? ¿O estamos tergiversando a Dios y bloqueando su amor sanador cuando interpretamos su justicia como si fuera la nuestra?

¿Estaba Jesús sugiriendo que el gobierno de Dios es diferente al nuestro cuando dijo: “Mi reino no es de este mundo” (Jn 18:36)? ¿Hay una razón por la cual la Biblia usa bestias feroces para representar a los gobiernos terrenales, pero un cordero para representar a Jesús? ¿Podría esto sugerir algo diferente

sobre cómo operan ambos sistemas? ¿Podría ser que la justicia humana y la justicia divina sean distintas?

¿Está Dios, en Isaías 55, revelando que sus métodos son radicalmente distintos a los de la humanidad caída?

Que el malvado abandone su camino,
y el hombre inicuo sus pensamientos.
Vuélvase al SEÑOR, y él tendrá compasión de él;
al Dios nuestro, que es generoso en perdonar.

“Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos,
ni vuestros caminos mis caminos”, declara el SEÑOR.

“Como los cielos son más altos que la tierra,
así son mis caminos más altos que vuestros caminos,
y mis pensamientos más que vuestros pensamientos.

Así como la lluvia y la nieve descienden del cielo,
y no vuelven allá sin regar la tierra
y hacerla producir y germinar,
para que dé semilla al que siembra y pan al que come,
así será mi palabra que sale de mi boca...”
(Is 55:7-11, NVI 1984, énfasis añadido)

Al describir cómo perdona libremente y cómo su ley de amor opera para traer vida a la tierra, ¿estaba Dios declarando que su gobierno, su forma de hacer las cosas, no es como la nuestra? ¿Podría ser que su justicia sea distinta de la que practican los seres humanos pecaminosos?

La justicia en cualquier sistema se basa en la ley de esa organización. Golpear a alguien en el rostro es justo en el boxeo, pero injusto en el béisbol. Las reglas de las distintas organizaciones deportivas determinan qué acción es justa o injusta. Conducir a 260 km/h en la autopista alemana Autobahn es justo (correcto), pero no lo es en Estados Unidos, porque allí se aplican otras leyes. La justicia en el gobierno de Dios se construye sobre la ley de Dios, y la ley de Dios es la ley del amor. Por lo tanto, la justicia de Dios es siempre una expresión del carácter amoroso de Dios:

“Defiendan al pobre y al huérfano;
hagan justicia al afligido y al menesteroso.”
(Sal 82:3)

“Lávense, límpiense;
quiten la maldad de sus obras de delante de mis ojos.
Dejen de hacer lo malo; aprendan a hacer el bien.
Busquen la justicia, reprendan al opresor.
Defiendan al huérfano, aboguen por la viuda.”
(Is 1:16-17, RVC)

“Por eso el SEÑOR espera para tener piedad de ustedes,
y por eso se levantará para mostrarles compasión.
Porque el SEÑOR es un Dios de justicia.”
(Is 30:18, NVI 1984)

“Así ha dicho el SEÑOR a la casa de David:
Hagan justicia cada mañana,
y libren al oprimido de mano del opresor.”
(Jer 21:12, NTV)

La asombrosa verdad que de algún modo hemos olvidado es que **la justicia bíblica consiste en liberar al oprimido, no en castigar al opresor.**

La justicia presentada como infligir castigo para vengarse es un concepto humano, y contamina nuestra teología cuando aceptamos la idea de leyes impuestas. Pero la imposición de disciplina para enseñar, sanar y restaurar es una expresión del amor, y está en armonía con los métodos y principios de Dios.

Cuando recordamos que la ley de Dios es el diseño sobre el cual se construye la vida, entonces entendemos que violar esa ley es incompatible con la vida eterna, que nacemos en una condición terminal y, por lo tanto, que no es necesario infligir castigo. Sin embargo, muchas veces es necesaria la disciplina amorosa para salvar, antes de que ocurra una ruina eterna. Nadie tiene que infligir castigo a quien viola las leyes de la salud: la violación trae su propio castigo. Pero muchos adolescentes se han beneficiado de la disciplina amorosa de sus padres al ser descubiertos con un cigarrillo o una cerveza. Lo que la justicia del amor requiere es **sanación, rescate, restauración.**

La pregunta es: **¿a través de qué tipo de ley entiendes la justicia?**

Después de presentar estos conceptos durante una clase semanal de estudio bíblico, recibí el siguiente correo electrónico de un oyente en línea:

“Anteriormente asistí a su clase durante dos semanas en 2009. Quizás recuerde que fui pastor [cristiano] durante quince años. Actualmente estoy cursando estudios en la facultad de derecho...

Estaba recibiendo el bosquejo de esta semana, donde usted escribió:

‘Cuando uno acepta que Dios impone la ley, entonces debe concluir que las consecuencias que uno experimenta por desobedecer la ley de Dios son

impuestas por Dios, o que la ira de Dios es algo que Él infinge para castigar el pecado.'

Como estoy en la facultad de derecho, estoy desarrollando mis ideas sobre el castigo penal y las sanciones civiles. ¿Debería relacionar mi visión de Dios con lo que ocurre en una sala judicial? Más específicamente, existen dos visiones del castigo: el **utilitarismo** y el **retribucionismo**.

El utilitarismo busca reformar al criminal, razonar con él, y se enfoca en la terapia y el cuidado psiquiátrico. Esta visión también encarcela al criminal para convencer a la comunidad en general de abstenerse de conductas delictivas en el futuro. Finalmente, enseña al condenado qué conductas son inaceptables.

El retribucionismo busca castigar al criminal por violar voluntariamente las reglas. Esta visión gratifica la pasión por la venganza. El castigo retributivo es el medio para asegurar un equilibrio moral en la sociedad donde el reo paga su deuda con la sociedad. El retribucionismo busca el castigo como forma de corregir un agravio y reivindicar una pretensión moral.

Parece que una visión equivocada de Dios tiene mucho en común con el retribucionismo, mientras que la visión utilitarista del castigo penal tiene mucho en común con la visión restauradora de la salvación.

Pero, ¿debería aplicar la imagen sanadora, sabia y amorosa de Dios también cuando se trata de los criminales? ¿Mi visión de Dios debería influir en cómo se determina el castigo de un asesino, violador, ladrón o estafador? En otras palabras, ¿debería usar mi influencia para poner fin al castigo de los criminales? ¿Para que los criminales sean liberados de

prisión y colocados en grupos de rehabilitación, terapia, etc.? ¿O acaso los criminales no deberían ser encarcelados en absoluto, y simplemente permitir que sufran las consecuencias naturales de sus pecados?”

Sus preguntas son completamente válidas, y son compartidas por muchos que consideran la ley de amor de Dios. Mucha gente se confunde sobre la ley de Dios porque Él, al igual que un padre amoroso, ha usado reglas impuestas como medidas provisionales para ayudar a su pueblo inmaduro.

Cuando una madre pone una regla que prohíbe jugar en la calle, con la advertencia de que habrá un castigo si se rompe, el verdadero problema al infringir la regla **no es la nalgada (la pena impuesta)**, sino la violación de la ley natural de la física cuando un automóvil choca con el cuerpo de un niño. La regla impuesta, con su castigo impuesto, tiene como propósito proteger al niño, al conductor desprevenido e incluso al padre, de las consecuencias de violar la ley natural si el niño es atropellado.

La nalgada no tiene la intención de ser una represalia, sino una medida temporal para ayudar a mantener al niño seguro hasta que sea lo suficientemente maduro para autogobernarse y no jugar en la calle.

En nuestras vidas cristianas, al comprender el diseño de Dios pero vivir en un mundo de pecado –un mundo lleno de seres inmaduros que no comprenden los principios de vida de Dios– a menudo necesitamos usar leyes o reglas impuestas para proteger a los inocentes de los inmaduros, y a los inmaduros de sí mismos.

Pero no debemos confundir estas intervenciones impuestas con el ideal de Dios para la vida. Debemos recordar el propósito real de estas leyes provisionales.

Los inmaduros necesitan aprender que las acciones tienen consecuencias. En otras palabras, **toda acción genera una reacción**. El universo opera bajo leyes naturales, y nuestras decisiones traen resultados: las decisiones saludables traen resultados saludables, y las decisiones insalubres traen consecuencias dañinas.

Las leyes humanas impuestas son un medio para enseñar este principio, además de proteger a los inocentes de quienes son demasiado inmaduros para vivir de acuerdo con principios saludables –e incluso proteger a los infractores de sí mismos.

La retribución es un concepto del pensamiento humano pecaminoso.

No le aporta ningún bien a la víctima: no resucita al asesinado, no sana el hueso roto, no restaura la inocencia ni recupera lo robado.

Tampoco ayuda a sanar, desarrollar, salvar ni transformar al criminal/pecador.

El utilitarismo –que prefiero pensar como rehabilitación– se enfoca en proteger tanto a la sociedad del criminal como al criminal de sí mismo y del daño que causa al violar el diseño divino para la vida.

Cada acto de egoísmo daña al pecador, cauteriza la conciencia, deforma el carácter, endurece el corazón.

Llevar a alguien a prisión, donde pueda cesar su comportamiento destructivo, puede brindar una oportunidad para la reflexión, la reevaluación y la rehabilitación, al mismo tiempo que protege a los inocentes.

Pero permitir que una persona continúe en una racha destructiva no solo daña a la sociedad, sino que asegura la **destrucción eterna** del criminal.

Así que, en un mundo de pecado, los gobiernos pueden actuar de manera redentora al intervenir en la vida de quienes, al cometer crímenes, están violando los principios del amor.

El arresto, el juicio y los castigos apropiados son **consecuencias sustitutivas** –como una nalgada por jugar en la calle– diseñadas para enseñar a la persona que tales comportamientos son dañinos y destructivos, al mismo tiempo que protegen a la sociedad.

El encarcelamiento puede resultar en rehabilitación para algunos, pero hay otros que han persistido en una vida destructiva durante tanto tiempo que han destruido permanentemente las facultades que responden al amor y la verdad –y por lo tanto, están más allá de la rehabilitación. Para ellos, la prisión se convierte en el medio terrenal de **limitar el alcance del comportamiento destructivo individual.**

Una persona amorosa busca el medio más eficaz para hacer de la sociedad un lugar verdaderamente seguro.

¿Y cuál sería la sociedad más segura? ¿Una llena de prisiones, guardias y policías en cada esquina?

¿O una sociedad compuesta por personas que aman a los demás más que a sí mismos y preferirían morir antes que herir a otro?

Aunque el encarcelamiento es lamentablemente una necesidad en el mundo en el que vivimos, **en la medida en que podamos rehabilitar a las personas** para que se conviertan en individuos maduros que respetan los derechos ajenos, habremos hecho más bien a la sociedad que lo que jamás podrá lograr la retribución.

Incarcelemos, sí, pero con corazones que amen al criminal, que deseen ver a la persona redimida, salvada, restaurada.

O, si eso no es posible, entonces al menos que esté protegida de causar más daño.

Jesús elogia a sus seguidores no solo por alimentar al hambriento, sino también por **visitar a los que están en prisión** (Mt 25:36).

¿Acaso no nos estaba animando Jesús a buscar redimir, rehabilitar y llevar la salvación al criminal?

Esa es la justicia de Dios: hacer lo correcto mediante la sanación, la transformación y la salvación de sus hijos.

Dios hace lo justo cuando toma a aquellos que están fuera de armonía con su diseño para la vida y los pone en el camino correcto, cuando renueva sus corazones, cuando convierte enemigos en amigos:

“El que está unido a Cristo es una nueva persona; lo viejo ha pasado, lo nuevo ha llegado. Todo esto es obra de Dios, quien por medio de Cristo nos reconcilió consigo mismo y nos dio el encargo de reconciliar a otros con él.

Nuestro mensaje es que Dios estaba haciendo que el mundo entero volviera a ser su amigo por medio de Cristo. Dios no tomó en cuenta los pecados de los hombres, y nos encargó a nosotros el mensaje de reconciliación.

Así que somos embajadores de Cristo, como si Dios los exhortara a ustedes por medio de nosotros. En nombre de Cristo les rogamos: ¡Déjense reconciliar con Dios!”

(2 Cor 5:17–20, DHH)

La ley de Dios es la ley natural sobre la cual está construida la vida.

Quebrantar esta ley resulta automáticamente en muerte, **a menos que el Diseñador intervenga para sanar y restaurar** –para convertirnos de enemigos en amigos.

Así encontramos a Dios, obrando por medio de Cristo, **no castigando a los pecadores, sino liberando a los oprimidos por el pecado.**

Tal como dijo Jesús, Él vino a liberarnos:

“El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres.

Me ha enviado a proclamar libertad a los cautivos y dar vista a los ciegos, a poner en libertad a los oprimidos, a predicar el año agradable del Señor.”
(Lc 4:18-19)

Y Mateo describe las actividades de Jesús —sanando enfermos y liberando a los endemoniados— como el cumplimiento de la justicia de Dios:

“Consciente de esto, Jesús se retiró de aquel lugar. Muchos lo siguieron, y sanó a todos los enfermos, advirtiéndoles que no dijeran quién era.

Esto fue para cumplir lo dicho por medio del profeta Isaías:

‘Aquí está mi siervo, a quien he escogido,
mi amado, en quien me deleito;
pondré mi Espíritu sobre él,
y proclamará justicia a las naciones.

No disputará ni gritará,
nadie oirá su voz en las calles.

No quebrará la caña cascada,
ni apagará la mecha humeante,
hasta que haga triunfar la justicia.
En su nombre pondrán su esperanza las naciones.’

Entonces le llevaron un endemoniado que estaba ciego y mudo, y Jesús lo sanó, de modo que pudo hablar y ver.”

(Mt 12:15–22, NVI 1984, énfasis añadido)

Pero existen consecuencias sociales peligrosas cuando se cree que Dios es perdonador, **mientras se sigue sosteniendo** la idea de que **la ley de Dios es impuesta**.

Un estudio de 2012 realizado por el departamento de psicología de la Universidad de Oregón, tras ajustar por múltiples covariables, encontró que:

Creer en un Dios castigador reduce la criminalidad,
mientras que
creer en un Dios benévolο predice mayor criminalidad.[^2]

¿Por qué creer en un Dios castigador reduciría el crimen, mientras que creer en un Dios bondadoso lo aumentaría?

El problema no está en aceptar la verdad de que Dios es misericordioso. El problema está en **creer la mentira** de que la ley de Dios es como la de un emperador romano, y que el gobierno de Dios opera como los gobiernos humanos.

Estoy seguro de que, si una ciudad colocara carteles de límite de velocidad, pero también anunciara públicamente que el 100% de los infractores siempre serían perdonados, entonces el exceso de velocidad aumentaría. Cuando operamos bajo un sistema de **ley impuesta**, si no se aplican sanciones, el crimen empeora.

Cuando aceptamos la visión del derecho romano –la idea de una ley impuesta como si fuera la ley de Dios–, entonces distorsionamos el carácter divino y enseñamos que, cuando se viola la ley, **Dios debe usar su poder para infligir castigo a los transgresores**.

La justicia de Dios deja de ser entendida como liberación de los oprimidos, y en cambio se vuelve como la América post-11 de septiembre: **persiguiendo y destruyendo a los opresores.**

Y así, si creemos erróneamente que Dios no nos persigue para torturarnos y matarnos, entonces también creemos falsamente que **no hay castigo para el pecado**, y por eso el crimen aumenta.

Pero, ¿qué ocurriría si todos comprendieran que **la vida solo puede existir en armonía con la ley del amor de Dios?**

¿Qué pasaría si la gente recordara que, aunque los criminales pueden herir nuestros cuerpos, **no pueden dañar nuestro carácter?**

¿Qué ocurriría si se entendiera que cuando alguien comete un crimen contra otro, **está cauterizando su propia conciencia, deformando su carácter, destruyendo su alma** –como resultado natural de vivir fuera del diseño de Dios para la vida?

Jesús dijo:

“No tengan miedo de los que matan el cuerpo pero no pueden matar el alma.”

(Mt 10:28)

La palabra griega para alma es **ψυχή (psychē)**, de donde provienen los términos *psique, psicología y psiquiatría*.

Significa nuestra **individualidad única, personalidad o identidad**.

Las personas malvadas pueden pecar contra nosotros, incluso destruir nuestros cuerpos, pero **no pueden mancillar nuestra alma**.

Pero cuando nosotros cometemos el mal contra otros, **endurecemos nuestro**

corazón y nos alejamos aún más de la armonía con el diseño de Dios para la vida.

El problema no está en creer que Dios es misericordioso, sino en **malinterpretar su ley.**

Todo se reduce a cómo entendemos **el carácter de Dios y su ley.**

Ojo por ojo

La ira de Bob era evidente: hervía por dentro. Su rostro estaba enrojecido y las venas se le marcaban en la frente. Seis meses antes, mientras su hermana se encontraba en su casa, Bob había bebido demasiado y se había quedado dormido. Mientras dormía, su hermana robó la colección de monedas raras que Bob había comenzado en su infancia. Tomó las monedas, se fue del estado y las vendió para conseguir dinero y comprar drogas. Bob estaba furioso.

Durante los seis meses siguientes se mostró irritable, explotaba por las molestias más insignificantes y acusaba a sus amigos de ofensas que nunca habían ocurrido. Estaba alejando a la gente tanto en el trabajo como en el hogar. Vino a verme por insistencia de su esposa, quien decía que se había convertido en un monstruo con quien era imposible convivir y que, si no buscaba ayuda, ella se iría.

Bob se negaba a perdonar a su hermana. Quería hacerla pagar. Quería que rindiera cuentas. ¡Quería estrangularla! Bob quería “justicia” y no iba a perdonar hasta obtenerla.

La verdad era que Bob había aceptado la mentira, el remedio falso para el pecado, la distorsión sobre Dios. A medida que su sistema límbico se fortalecía y su corteza prefrontal se debilitaba, su capacidad para ser amable,

comprensivo, compasivo, paciente y gentil disminuía. Se llevaba su cerebro deteriorado a donde fuera, y todas sus relaciones comenzaban a sufrir. No podía sanar hasta que aceptara y aplicara la verdad, porque el amor **no puede fluir donde se retienen mentiras.**

Tristemente, muchos de nosotros estamos tan inmersos en mentiras sobre Dios que no logramos ver su mano amorosa. Creyendo que Dios es un ser de justicia severa, que debe imponer penas para ser justo y que debe ser apaciguado para poder mostrarse bondadoso, no reconocemos la disciplina terapéutica que se da por amor. En cambio, como Bob, a menudo vemos la disciplina amorosa como **actos de venganza:**

“El que quite la vida de un ser humano, morirá.
El que mate un animal ajeno, pagará vida por vida.
Si alguien lesiona a su prójimo, se le hará lo mismo:
fractura por fractura,
ojo por ojo,
diente por diente.
Tal como haya lesionado al otro, así se le hará a él.”
(Lev 24:17-20, NVI 1984)

Recuerdo una época en la que yo pensaba como Bob. Quería que otros pagaran por cualquier daño que me hubieran hecho. En aquellos días, también usaba el pasaje anterior para justificar mi crueldad, reclamando virtud en el proceso. Pero Gandhi tenía razón:

“Ojo por ojo y el mundo quedará ciego.”^[^3]

Solo cuando miré a través de los ojos de Jesús vi algo diferente. Me pregunté: ¿Qué tal si Dios dio estas instrucciones a un grupo de personas que mataban a alguien por cualquier delito –imponiendo la muerte incluso por la falta más

leve?

¿Qué tal si las dio a un grupo de personas que eventualmente matarían a su Rey, quien era inocente?

En esa situación, ¿sería Dios severo, o estaría actuando con gracia al tomar a un pueblo brutal y moverlo hacia la misericordia, la gracia y el perdón?

Después de un estudio cuidadoso y oración sincera, comprendí que **eso era exactamente lo que Dios estaba haciendo**. Tristemente, incluso hoy, Dios sigue luchando para liberarnos de esas distorsiones acerca de Él.

Un pastorcillo

El 7 de agosto de 2006, el periodista John Hendren presentó un informe para la Radio Pública Nacional (NPR, por sus siglas en inglés) desde la zona de guerra en Irak. El Sr. Hendren investigaba la causa del alto número de bajas civiles que se estaban produciendo en ese país devastado por la guerra. Describió el caso de un pastorcillo, de no más de doce años, quien, mientras jugaba, lanzó una piedra que accidentalmente golpeó a una vaca de un hombre, dejándola ciega de un ojo.

El granjero disparó y mató al niño.

La instrucción de Dios en Levítico estaba dirigida a personas como ese granjero: personas demasiado endurecidas de corazón como para concebir el perdón total; personas demasiado egocéntricas para perdonar; personas demasiado egoístas para amar a otros como Dios nos ama.

Mil quinientos años más tarde, Jesús confirmó el verdadero significado del pasaje de Levítico 24.

Solo al amar a los demás se vence el mal; solo al perdonar se avanza el Reino de Dios:

“Han oído que se dijo: ‘Ojo por ojo y diente por diente.’
Pero yo les digo: No resistan al que les haga mal.
Si alguien te da una bofetada en la mejilla derecha, vuélvele también la otra.
Si alguien quiere ponerte pleito para quitarte la túnica, déjale también la capa.
Si alguien te obliga a llevar la carga un kilómetro, llévasela dos.
Da al que te pide, y no le des la espalda al que quiere pedirte prestado.
Han oído que se dijo: ‘Ama a tu prójimo y odia a tu enemigo.’
Pero yo les digo: Amen a sus enemigos y oren por quienes los persiguen, para que sean hijos de su Padre que está en el cielo.”
(Mateo 5:38–45, NVI 1984)

Cuando perdonamos a otros, no solo detenemos la expansión del pecado, sino que **nos liberamos de su poder y control**.
Al perdonar, fortalecemos la corteza prefrontal, calmamos el sistema límbico y nos convertimos en canales del amor sanador de Dios.

No me caes nada bien

Conocí a Robert durante un viaje de trabajo a West Palm Beach, Florida, en marzo de 2008. Yo estaba allí presentando una serie de conferencias sobre neurobiología, y durante dos días él fue quien me llevó de ida y vuelta a los lugares donde hablaba.

Robert era un hombre inteligente que hablaba abiertamente sobre su fe en Dios y su amor por Él. Durante nuestro tiempo juntos, yo le hablé sobre el amor incondicional de Dios y el poder del perdón, y sobre entregarse por el bien de otros. Después de reflexionar un poco, un día me dijo:

—No lo sé. Si algún drogadicto se metiera en mi casa y amenazara a mi esposa e hija, y yo tuviera un arma, le dispararía.

—Está bien —le respondí—. Imaginá esto: un drogadicto de veinte años, completamente fuera de sí, entra a tu casa. Está confundido y claramente psicótico a causa de las drogas, y amenaza a tu familia. Y sí, vos tenés un arma. Pero ese drogadicto resulta ser tu hijo mayor. ¿Ahora qué harías?

Robert me miró con el ceño fruncido y dijo:

—No me caes nada bien.

Este escenario imaginario representa la posición de Dios.

Todos somos sus hijos amados, y Él está tratando de salvarnos a cada uno de nosotros.

Está intentando que todos volvamos a estar en unidad con Él, **a un lugar donde amemos a los demás más que a nosotros mismos**.

Es cuando amamos a otros más que a nosotros mismos, **cuando perdonamos libremente**, que **se obstaculiza la propagación del mal**.

Un soldado del amor

Durante la Segunda Guerra Mundial, dieciséis millones de hombres sirvieron en las fuerzas armadas de los Estados Unidos, y de ese número, solo 431 mostraron una heroicidad tal como para recibir la Medalla de Honor del Congreso.

Tuve el privilegio de conocer a uno de esos hombres. Su historia completa se encuentra en el libro *The Unlikeliest Hero (El héroe más improbable)*.

Desmond Doss era un cristiano devoto de las montañas del sur de los Apalaches que ingresó voluntariamente al ejército cuando fue llamado al

servicio en 1942. Debido a sus creencias religiosas, había obtenido permiso por escrito del presidente de los Estados Unidos y del jefe del Estado Mayor del Ejército para no portar armas, sirviendo como objetor de conciencia.

Doss en realidad rechazaba el término “objetor de conciencia”; prefería llamarse a sí mismo un **“colaborador de conciencia”**. Decía que se sentía feliz de servir a su país, simplemente **no podía quitarle la vida a otro ser humano**. Pero eso **no cayó muy bien** en la década de 1940.

La vida en el ejército no fue fácil, y fue especialmente difícil para quienes se negaban a portar armas. Durante el entrenamiento con la 77.^ª División de Infantería, el soldado Doss fue **burlado, ridiculizado, despreciado y maltratado**. Cuando se negó a aceptar un rifle para el entrenamiento, fue presionado, criticado, suplicado y amenazado. Algunos miembros de su unidad estaban tan molestos con él que llegaron a **amenazar con matarlo** una vez que entraran en combate. En los barracones, le arrojaban botas y otros objetos por la noche. Pero Doss encontraba consuelo en Dios, y en su **estudio diario de la Biblia y la oración**.

Doss solicitó constantemente que lo transfirieran de la compañía de infantería a un batallón médico, y finalmente, gracias a la intervención del capellán de la unidad, fue asignado al entrenamiento de médicos y trasladado al batallón de apoyo en combate de la 77.^ª División. Junto con otros médicos, aprendió a vendar heridas, detener hemorragias, aplicar torniquetes y brindar otros primeros auxilios. Pero la **burla, el acoso y el resentimiento** de los miembros de su unidad continuaban.

Eventualmente, su unidad fue desplegada en el teatro de operaciones del Pacífico, participando en varios combates sangrientos: Guam, Leyte y Okinawa. Informes de inteligencia del ejército confirmaban que los soldados

japoneses recibían órdenes de **buscar y matar primero a los médicos**, como forma de desmoralizar a las tropas.

El comandante de Doss le ordenó portar un rifle para **disfrazar el hecho de que era médico**, pero Doss se negó.

El comandante de batallón intentó enviarlo de regreso a Estados Unidos antes del primer combate, pero el comandante de la compañía intercedió por él, y Doss permaneció con su unidad.

A pesar de todo el maltrato, Doss mantuvo una actitud **perdonadora** hacia sus compañeros.

Entre 1944 y 1945, **se expuso una y otra vez al fuego enemigo para salvar a miembros de su unidad**, muchos de los cuales lo habían maltratado.

Sus acciones consistentemente generosas y desinteresadas **eventualmente ganaron la admiración de toda su división**. En una sola batalla, el comandante de Doss lo acreditó con haber **salvado él solo a cien hombres**, bajándolos por un acantilado de 120 metros de altura mientras estaba **continuamente expuesto al fuego enemigo**.

A pesar de que el recuento confirmaba esa cifra, Doss protestó, creyendo que no podían haber sido tantos, así que el comandante accedió a reducir el número en la condecoración oficial a **setenta y cinco**.

La cita finaliza con estas palabras:

“Por su extraordinario valor y su inquebrantable determinación frente a condiciones desesperadamente peligrosas, el soldado raso Doss salvó la vida de muchos soldados. Su nombre se convirtió en símbolo en toda la 77.^ª División de Infantería de un coraje excepcional, **muy por encima y más allá del deber**.”

Desmond Doss **nunca guardó rencor**, sino que mantuvo un corazón perdonador durante todos esos largos meses de entrenamiento.

Es al perdonar a quienes nos han hecho daño que nos liberamos y nos convertimos en agentes del amor de Dios.

Si Doss hubiera “llevado la cuenta”, si hubiera anotado las ofensas, si hubiera guardado registros del mal que le hicieron, su corazón se habría llenado de miedo, y **Dios no habría podido usarlo con tanto poder.**

Fue **perdonando a los demás** que su corazón permaneció abierto para ser un canal del **amor sanador de Dios**.

Aplicación

Practica examinar los **tres hilos de evidencia**.

¿Encontrás evidencia armoniosa en las Escrituras, en las leyes comprobables de Dios y en la experiencia para el principio sanador del perdón?

¿Confirma la vida de Cristo que el perdón es parte del carácter y de los métodos de Dios?

¿Cómo trató Cristo a quienes lo crucificaron?

Examiná tu propia experiencia e identificá momentos en los que vos le hiciste daño a alguien y fuiste perdonado, y momentos en los que alguien se negó a perdonarte y, en cambio, albergó resentimiento y amargura hacia vos. ¿Qué impacto tuvo cada experiencia en vos? ¿Y en la otra persona?

Luego examiná momentos en tu vida en los que alguien te ofendió y vos **perdonaste rápida y fácilmente**, frente a otras ocasiones en las que **guardaste resentimiento durante un tiempo** antes de perdonar –o tal vez aún hoy sigas guardando ese resentimiento.

¿Fue diferente la experiencia al perdonar libremente en comparación con retener el rencor? ¿Qué fue lo distinto?

¿En cuál de esas experiencias encontraste sanación y paz más rápidamente?

¿Qué ocurrió con la relación en la que perdonaste en comparación con aquella donde guardaste resentimiento?

=

15. Cuando el Bien Prevalece

Ama muchas cosas, porque en ello reside la verdadera fuerza,
y quien ama mucho hace mucho,
y puede lograr mucho, y lo que
se hace con amor se hace bien.

Vincent van Gogh

Hemos explorado diversas visiones de Dios y descubierto que las perspectivas que incrementan el amor son sanadoras, mientras que aquellas que incitan al miedo son destructivas. En este capítulo, exploraremos esta aplicación en escenarios reales de amor centrado en los demás, para ver cómo el amor vence nuestros instintos naturales de temor.

Amor y miedos en el día de la boda

Barbara vino a verme por su cuenta. Tenía un historial de por vida de miedo, ansiedad y preocupación. Aunque se preocupaba por las cuentas, sus hijos y la salud de su familia, su temor principal giraba en torno a lo que los demás pensaban de ella. No le agradaba quién era, temía el rechazo y, por lo tanto, estaba aterrada ante actividades en las que sería el centro de atención. Le daba miedo hablar en público y rechazaba casi todas las invitaciones a fiestas o reuniones sociales. Si llegaba a estar en un evento grupal, se apartaba hacia una esquina e intentaba fundirse con el papel tapiz.

Pero una catástrofe se avecinaba a solo unas semanas de distancia. La hija de Barbara se iba a casar. Durante los últimos tres meses, a medida que se acercaba la fecha, la ansiedad de Barbara había ido en aumento. Con cada día que pasaba, la presión y tensión crecían hasta que estuvo al borde del colapso. Desesperada, vino a verme. ¿Por qué temía tanto al evento? No era por alguna preocupación sobre la pareja de su hija. Barbara estaba aterrada porque en las bodas, las madres son las últimas en entrar: tendría que caminar por el pasillo con todos mirándola. Su ansiedad se había vuelto tan insopportable que incluso pensaba en no asistir a la boda de su propia hija.

En cuanto descubrí la fuente de su ansiedad, supe lo que necesitaba. Necesitaba la ley del amor. Necesitaba dejar de centrarse en sí misma y enfocarse en otra persona. Así que le dije: “¿De quién será ese día tan especial?”

“De mi hija.”

“¿Y en quién estás enfocada?”

Bajó la cabeza y dijo: “En mí misma.”

La desafié: “¿Por qué no intentas dejar de pensar en ti? Pensá en tu hija, en su felicidad, en lo mucho que significará para ella que su mamá esté sentada justo ahí al frente. Pensá en la alegría que tu hija sentirá ese día. Pensá en cómo podés dar de vos misma para bendecirla.” Sabía que el amor vence al miedo, que su corteza cingulada anterior (parte de la corteza prefrontal donde experimentamos amor, empatía y altruismo) necesitaba activarse con amor por su hija. Si lograba eso, su sistema límbico se calmaría y su experiencia cambiaría.

Volvió a verme después de la boda. “No lo puedo creer”, dijo sonriendo. “No estuve nerviosa ni ansiosa en absoluto. Solo pensaba en mi hija, en lo hermosa que se veía con su vestido de novia, en lo feliz que estaba. Pensé en lo contenta que estaría de verme allí, y simplemente caminé por el pasillo sin ningún miedo.”

“El amor perfecto echa fuera el temor” (1 Jn 4:18). ¡El amor sana! El amor erradica el miedo. El único poder en el universo que puede sanar nuestros corazones y liberarnos del miedo es el poder del amor.

Imaginá que salís a la calle y, al hacerlo, ves que un camión de dieciocho ruedas se dirige hacia vos. ¿Qué emoción experimentás? ¡Miedo! Ahora imaginá que tu hijo de tres años sale caminando a esa misma calle. El camión se dirige hacia él. Hay justo el tiempo suficiente para correr y empujarlo fuera del camino, pero si lo hacés, vos vas a ser atropellado. ¿Qué hacés? ¡Lo empujás fuera del camino! Y cuando ves a tu hijo rodar hacia un lugar seguro en el pasto, ¿qué emoción experimentás? ¡Alegría! En ambas situaciones, te atropella un camión; en la primera, solo hay miedo, pero en la segunda, el amor ha vencido al miedo.

El amor es el único poder que puede sanarnos y liberarnos del miedo. No puede ser ordenado. No puede ser forzado. No puede ser exigido. Solo puede ser dado libremente. Nuestros corazones llenos de temor no pueden producir este amor; solo podemos recibirllo de Dios y dejar que fluya a través de nosotros hacia otros.

Amor versus lujuria

Charlie vino a verme abatido, desanimado y sin esperanza. Yo era su última parada antes de llevar a cabo su plan de quitarse la vida. Dijo que venía a

verme por insistencia de su esposa, no porque creyera que realmente pudiera ayudarlo, sino porque, a estas alturas, pensaba que no podía hacerle daño.

Me contó que nunca se había sentido bien consigo mismo. A menudo era objeto de burlas, chistes y acoso. Odiaba la escuela, donde no formaba parte de ningún grupo y tenía muy pocos amigos. Almorzaba solo y nunca tuvo una cita. Se sentía solo, herido y asustado. Temía el rechazo, temía ser ridiculizado, temía lo que los demás pensaran de él. Fue en la secundaria cuando se involucró por primera vez con la pornografía. Cuando se sentía rechazado, solo o inútil, recurría al porno. En lugar de enfrentar sus poderosas emociones, en lugar de procesar el dolor, se replegaba sobre sí mismo, aislándose de la realidad. Creó un mundo de fantasía girando en torno a imágenes pornográficas.

Tras graduarse, su vida social mejoró. La universidad era mucho menos estresante, sus compañeros no parecían juzgarlo ni burlarse, y pronto hizo algunos amigos. Pero el porno seguía siendo su vía de escape. Cuando algo lo estresaba, cuando las emociones se intensificaban, cuando comenzaba a preocuparse por el rechazo o por lo que pensaban los demás, se sumergía en su hábito. Y al hacerlo, su situación solo empeoraba. Perdía el respeto por sí mismo. Su conciencia lo acusaba. Se sentía avergonzado, lleno de culpa e inseguro. Pero no sabía qué hacer. Quería cambiar, pero se sentía abrumado por los poderosos sentimientos que lo paralizaban.

Así que Charlie seguía haciendo lo que sabía hacer: huir. Huía de sí mismo y de sus miedos, inseguridades, culpa, insuficiencia y vergüenza, y buscaba consuelo en los brazos de mujeres—esta vez reales. Charlie conocía a muchas mujeres, pero sin importar cuántas relaciones tuviera, seguía sintiéndose vacío, solo e inútil. Incluso después de casarse, su condición empeoró. Siempre que él y su esposa discutían o atravesaban momentos de estrés,

Charlie huía de sí mismo, de sus emociones y de sus responsabilidades, volviendo a sus fantasías pornográficas.

Charlie vivía con miedo: miedo al rechazo, miedo al fracaso, miedo a no lograr cambiar nunca. Había perdido la esperanza. Había renunciado a sí mismo. Estaba a un paso de huir permanentemente cuando vino a verme. Charlie necesitaba amor—no la barata imitación en la que se había sumergido, sino el amor que se entrega por otro.

Durante el tratamiento, le hice saber a Charlie que me importaba y poco a poco construimos una alianza terapéutica—una relación en la que Charlie se sintiera seguro. Fue una batalla para él. Tomó muchas medidas para evitar la tentación, como no tener computadora ni acceso a Internet, y evitar casi toda la televisión, donde las imágenes sexuales fácilmente disponibles provocaban ansias de porno. Aunque estas intervenciones eran necesarias y útiles, por sí solas no sanarían su corazón.

Charlie no solo necesitaba ser amado, sino amar a otros, preocuparse por los demás más que por sí mismo. Su corteza prefrontal necesitaba activarse con empatía y compasión para otros, para así superar los impulsos de su sistema límbico por la gratificación personal. Así que durante una sesión le pedí que imaginara visitar un sitio pornográfico y hacer clic entre las imágenes—una chica desnuda tras otra—hasta que la siguiente imagen que apareciera fuera la de su hija de diecinueve años.

Su reacción fue inmediata y poderosa. Con una expresión de disgusto dijo: “¡Eso sería horrible!”

“¿No lo disfrutarías?”

“¡Por supuesto que no! Apenas puedo soportar pensarlo.” Su voz comenzaba a sonar irritada.

Mirándolo fijamente, le dije: “Cada una de esas chicas es la hija de alguien.”

Se quedó atónito. No dijo nada durante un buen rato. Finalmente, admitió que las personas en esas imágenes nunca habían sido personas para él, sino objetos. Pensar que esas chicas podían ser su hija—o el orgullo y alegría de alguien más—eliminó todo placer de ese hábito vil. Charlie estaba empezando a amar. A medida que comenzaba a pensar realmente en las mujeres de esos sitios—en su dignidad, salud, bienestar—y se permitía preocuparse por ellas, como un padre, ya no encontraba placer en la pornografía. Su adicción se rompió. El amor lo había liberado. El amor estaba ahora presente en su vida, aplastando la serpiente bajo sus pies.

Dispárame a mí primero

El 2 de octubre de 2006 comenzó como tantos otros días en el condado de Lancaster, Pennsylvania: levantarse temprano, completar las tareas matutinas, un desayuno abundante y luego a la escuela. Marian Fisher, de trece años, y su hermana Barbie, de once, no tenían idea de lo que iba a suceder ese día. Así que se dirigieron a su escuela de una sola aula en la aldea de Nickel Mines, Pennsylvania.

A las 10:25 a.m., Charles Carl Roberts IV, un conductor de camión lechero de treinta y dos años, entró a la escuela con una pistola de 9 milímetros. Luego ordenó a los niños que encontró que ingresaran a la escuela tablones de madera, una escopeta, una pistola paralizante, cables, cadenas, clavos, herramientas y otros objetos. A continuación, hizo salir a quince niños, una

mujer embarazada y dos mujeres con bebés, y luego clavó tablas de madera de dos por cuatro y dos por seis en la entrada.

Usó tiras de plástico y trozos de alambre para atar los tobillos y muñecas de las diez niñas de primaria que quedaban. No está claro cuáles eran sus verdaderas intenciones, pero cuando llegó la policía, se volvió furioso, desesperado y cada vez más agitado. A las 11:07 a.m., cuando se hizo evidente que tenía la intención de matar a las niñas, el amor intervino.

Marian Fisher, de trece años, se levantó y pidió ser la primera en recibir el disparo. Ofreciendo su vida con la esperanza de que su hermana y amigas fueran liberadas, los sobrevivientes la oyeron decir: “Dispárame a mí y deja libres a las otras.” El atacante disparó y mató a Marian. Apenas su cuerpo sin vida cayó al suelo, su hermana Barbie, de once años, se levantó y dijo: “Dispárame a mí después”, esperando también salvar a las demás niñas. El atacante le disparó a Barbie. Fue herida en la mano, pierna y hombro, pero sobrevivió.

Charles Roberts mató a cinco de las niñas y dejó a las otras cinco gravemente heridas antes de volverse el arma a sí mismo y quitarse la vida. Pero lo que será recordado por generaciones es el increíble desinterés de Marian y Barbie. Una vez más vemos el amor abnegado en acción (Jn 15:13).

El amor no tiene miedo. El amor no busca protegerse. El amor es escandaloso. Lo da todo por los demás.

Cada día se libra la batalla: amar a los demás o buscar el yo. Solo hay dos opciones en la vida, dos caminos, dos destinos, dos principios, dos decisiones y, en última instancia, dos tipos de personas. La Biblia los llama “trigo y cizaña”, “ovejas y cabras”, “vid fructífera y vid seca”, “mujer pura y ramera”,

“justos y malvados”, “salvos y perdidos”. Pero en el fondo, el amor se reduce a enfocarse más en los demás que en uno mismo, a dar en lugar de tomar. En cada acto de la vida, estos dos principios—amar a los demás o buscar el yo—luchan por el control de nuestros corazones.

Cuando Cristo está en el corazón

4 de octubre de 2006, condado de Lancaster, Pennsylvania—dos días después del tiroteo mortal de las diez niñas amish, la comunidad amish demostró el amor en acción, el perdón sin reservas, cuando se reunieron para recaudar fondos para la familia del asesino.

El medio *World Net Daily* informó:

En lo que se ha llamado un sorprendente ejemplo de “la imitación de Cristo”, la comunidad amish, devastada por el asesinato a sangre fría de cinco de sus escolares, está recaudando dinero para la familia del asesino. Residentes amish de las zonas rurales del condado de Lancaster, Pennsylvania, han iniciado un fondo benéfico no solo para las familias de las víctimas, sino también para la viuda y los hijos del asesino en masa...

Dwight Lefever, portavoz de la familia Roberts, dijo que un vecino amish consoló a la familia del asesino y les extendió el perdón después del tiroteo. Y el columnista Rod Dreher, al reaccionar ante la demostración de apoyo de los amish hacia la familia del asesino, escribió: “Ayer, en NBC News, vi a una partera amish que había ayudado a dar a luz a varias de las niñas asesinadas por el atacante decir que estaban planeando llevar comida a la casa de la familia del asesino. Dijo—y cito de memoria con fidelidad—‘Esto es posible si tenés a Cristo en el corazón.’”²

El amor lo arriesga todo

18 de agosto de 2001, Orlando, Florida—Edna Wilks, de quince años, su amiga Amanda Valance y varios amigos más acababan de terminar su primera semana como estudiantes de primer año en la escuela secundaria. Para celebrarlo, se reunieron en el lago Conway para nadar de noche. Era una noche cálida. El cielo estaba despejado y todos estaban animados.

Poco después de entrar al agua, Edna sintió que algo le rozaba el brazo izquierdo. Al principio pensó que era uno de sus amigos, pero luego vio que un caimán emergía junto a ella. Antes de que pudiera gritar, el animal la agarró y la arrastró bajo el agua. Más tarde dijo: “Empezó a dar vueltas conmigo y escuché algo romperse en mi cuerpo. Pensé: ‘Voy a morir así.’”

Pero entonces, por un instante, el caimán soltó su agarre y Edna salió a la superficie gritando por ayuda. Pero los demás ya estaban nadando hacia la orilla lo más rápido que podían. Edna empezó a gritar: “¡Regresen! ¡No me dejen! ¡Por favor, no me dejen!” Pero todos se fueron; todos, excepto su mejor amiga Amanda.

Amanda dijo: “Pensé: ‘No puedo dejar morir a mi mejor amiga allá afuera.’” Así que Amanda tomó su tabla y nadó lo más rápido que pudo hasta donde Edna flotaba en el agua. Cuando la alcanzó, Edna sangraba mucho. Justo entonces, el caimán volvió a salir a la superficie a unos pocos metros y empezó a nadar hacia ellas. Amanda no lo dudó. Se deslizó rápidamente fuera de su tabla, empujó a Edna sobre ella y comenzó a nadar tan rápido como pudo hacia la orilla, a cincuenta metros de distancia. El caimán nadó en su dirección y de repente se sumergió, desapareciendo de la vista. Amanda estaba aterrada, pero siguió nadando, diciéndole a Edna: “Aguanta, vas a lograrlo.”

Edna y Amanda llegaron sanas y salvas a la orilla, y Edna fue llevada a un hospital local donde se recuperó.³

El amor impulsa, el amor alcanza, y el amor lo arriesga todo porque el amor está dispuesto a darlo todo. El amor vence al miedo.

Hay un solo remedio, una sola cura, una sola solución para el pecado y la destrucción que causa. Es el amor: esa llama eterna, esa pasión primordial, ese anhelo implacable que emana del corazón de Dios. “El amor perfecto echa fuera todo temor” (1 Jn 4:18). El plan de salvación de Dios es traer sanidad eterna restaurando su amor perfecto en nuestros corazones y mentes, erradicando de nosotros el principio de supervivencia del más apto (Heb 8:10; Ap 12:11). “La ley del Señor es perfecta, que convierte el alma” (Sal 19:7, NVI 1984). La ley del amor sana, restaura y vivifica. Nuestro Padre de amor nos está llamando de vuelta a sus brazos de amor, de vuelta a su universo de amor, de regreso a su diseño original: una vida de amor.

Pero el amor no fluye donde se retienen mentiras sobre Dios.

16. Cuando el amor arde libre

El amor es el fin último de la historia del mundo,
el Amén del universo.

—**Novalis**

Llegará el día en que, tras haber dominado los vientos,
las mareas y la gravitación, dominaremos para Dios las energías
del Amor. Y en ese día, por segunda vez en la historia del mundo,
el hombre habrá descubierto el fuego.

—**Teilhard de Chardin**

Tengo hambre de la verdad sobre Dios, de experimentar la plenitud de su amor, de vivir una vida de amor, de volver a su universo de amor. Miro a mi alrededor todo el dolor y el sufrimiento en el mundo y me pregunto: ¿Por qué no ha regresado Cristo? ¿Qué está esperando Dios? ¿Por qué seguimos aquí? Pero entonces repaso la historia humana, veo las noticias nocturnas y me doy cuenta de cuán poco preparado está el planeta Tierra para el amor de Dios, de cuán profundamente han penetrado las mentiras sobre Dios.

El amor no fluye donde se retienen mentiras sobre Dios. Nuestros cerebros no pueden sanar hasta que se eliminan esas mentiras. Así que Dios espera. Espera a que las buenas nuevas sobre Él sean llevadas al mundo como

testimonio a todas las naciones, y entonces vendrá su reino de amor. Él no quiere que nadie perezca, sino que todos sean salvos, así que nos espera a nosotros—sí, a nosotros—para que llevemos la verdad sobre Él al mundo (2 Pedro 3:9).

¿Pero lo hemos hecho? ¿Hemos llevado la verdad sobre Dios al mundo—o quizás una falsificación? En *Recovering the Scandal of the Cross* (Recuperando el escándalo de la cruz), Green y Baker señalan que la imagen predominante de Dios en el cristianismo, la que se ha llevado al mundo, no ha sido efectiva para convertir corazones a Cristo. Esto es lo que observan:

“Si, al menos en una medida significativa, la expiación penal sustitutiva ha sido un ‘producto cultural’ de la vida en Occidente, ¿es de sorprender que la proclamación del evangelio basada en esta teoría haya tendido a caer en oídos sordos en otros contextos sociales? Misioneros cristianos del Occidente, armados con esta afirmación central del evangelio—es decir, las buenas nuevas de que Jesús ha venido a quitar tu culpa, que Jesús fue castigado en tu lugar para que Dios pueda declararte no culpable—han informado a menudo con sorpresa al descubrir enormes poblaciones del mundo para quienes la culpa no es un problema.”¹

¿Podría ser que el Señor espere porque las buenas nuevas de su reino de amor aún no han llegado al mundo? ¿Podría ser que algunos cristianos todavía tengan conceptos de Dios que interfieren con su plan sanador?

Tal vez hayas oído hablar de Edward Fudge y sus preguntas sobre el infierno, o de las investigaciones de Rob Bell en *Love Wins* (El amor gana). Tal vez también oíste sobre el conflicto, la burla y la oposición que enfrentaron por buscar sinceramente respuestas sobre un tema muy difícil. Muchos luchan con reconciliar a un Dios de amor con la quema eterna en el infierno.

¿Alguna vez te has hecho preguntas sobre el infierno? ¿Qué hace realmente Dios con aquellos que rechazan su amor?

En la mayoría de las culturas, el infierno se describe como un lugar de tortura y castigo. Dentro del cristianismo, la visión más común es la de un lugar de tormento eterno, frecuentemente en llamas. Típicamente, se presenta como infligido por un dios iracundo para castigar a los pecadores no arrepentidos.

Afortunadamente, en las últimas décadas muchas voces han surgido para cuestionar tal enseñanza. En los años 90, la Iglesia Anglicana cambió su posición oficial sobre el infierno, de un lugar de tormento eterno a uno de aniquilación de los impíos, afirmando que la enseñanza del tormento eterno convierte a Dios en un “monstruo sádico.”²

Si Dios es amor, y desea que respondamos con amor, la enseñanza tradicional del infierno requiere una reevaluación seria. ¿Cómo puede Dios incitar al amor amenazando con quemar a quienes no lo aman, ya sea brevemente o por toda la eternidad? Las amenazas violan la libertad, lo cual destruye el amor e incita a la rebelión. Sin embargo, las Escrituras están llenas de referencias sobre fuego eterno y tormento de los impenitentes. ¿Cómo reconciliamos todo esto?

En este capítulo quiero explorar la pregunta: “¿Qué les sucede a los malvados impenitentes al final?” No será una revisión histórica de posturas teológicas ni una exploración de mitos culturales sobre el infierno, ni haré una exégesis bíblica versículo por versículo. En cambio, quiero ofrecer una visión que cumpla con los criterios de estudio establecidos en la introducción de este libro. Específicamente, que usemos toda la Escritura (o tantos textos como sea razonable en este capítulo), armonizándola con las leyes comprobables de Dios, la verdad sobre Dios revelada en Jesús y nuestra propia experiencia.

Con este enfoque, veamos si podemos encontrar una conclusión razonable que sea consistente con el registro inspirado y fiel a las leyes comprobables de Dios y a su carácter de amor.

Fuego eterno y llama devoradora

Al buscar en mi Biblia textos sobre el fuego consumidor, leí: “Los pecadores en Sion se espantan, el temblor se ha apoderado de los hipócritas: ‘¿Quién de nosotros morará con el fuego consumidor? ¿Quién de nosotros habitará con las llamas eternas?’” (Isaías 33:14). Conozco a más de un predicador que quisiera hacerme pensar que los impíos vivirán para siempre sufriendo horriblemente en el fuego eterno. Pero seguí leyendo y me quedé totalmente perplejo. De hecho, mi mundo se puso de cabeza cuando leí la respuesta de Isaías sobre quién morará en las llamas eternas. Escucha su descripción: “El que camina en justicia, y habla lo recto; el que aborrece la ganancia de violencias, el que sacude sus manos para no recibir cohecho, el que tapa sus oídos para no oír propuestas sanguinarias, el que cierra sus ojos para no ver cosa mala” (Isaías 33:15).

Tuve que leerlo dos, tres veces. El concepto era tan extraño, tan poco divulgado, que releí el mismo pasaje en varias versiones de la Biblia. ¿Qué estaba pasando? Al principio no podía entenderlo. Estaba tan empapado en la tradición; mi mente era tan dependiente de lo que otros me habían enseñado que nunca había dejado que la Palabra de Dios me hablara directamente. Mis ideas preconcebidas me habían impedido ver la verdad. Por eso, busqué en toda la Biblia con una nueva mentalidad, permitiendo que la evidencia dentro de sus páginas formara mis conclusiones. Aún se me eriza la piel al pensar en lo que descubrí.

Descubrí que, cuando Dios le habló a Moisés desde la zarza, la zarza ardía pero no se consumía (Éxodo 3:2-4; Hechos 7:30-36). Cuando Dios descendió al monte Sinaí, su presencia fue descrita como un “fuego consumidor”, pero los elementos no se derritieron (Éxodo 24:17). Cuando se dedicó el templo de Salomón, los sacerdotes no pudieron entrar porque el resplandor del fuego glorioso de Dios era demasiado grande, pero el templo no se quemó (2 Crónicas 5:14; 7:1-3). Me pregunté: ¿qué mantenía a los sacerdotes fuera del templo? No parecía ser el calor.

Entonces leí que Lucifer, antes de su caída, caminaba entre las “piedras de fuego” de la presencia de Dios (Ezequiel 28:14, 16). Recordé los millones de ángeles viviendo en los ríos de fuego que brotan del trono de Dios (Daniel 7:9-10).

A estas alturas ya estaba entusiasmado. Seguí buscando y leí sobre Jesús, antes de su crucifixión, aún con un cuerpo sujeto a la muerte, siendo bañado en fuego, ¡y no le ocurrió daño alguno! Su ropa ni siquiera se chamuscó (Mateo 17:2). Leí en Hebreos que “nuestro Dios es fuego consumidor” (Hebreos 12:29), y recordé un pasaje en Cantares: “Fuerte como la muerte es el amor; duros como el Seol los celos; sus brasas, brasas de fuego, fuerte llama. Las muchas aguas no podrán apagar el amor, ni lo ahogarán los ríos” (Cantares 8:6-7).

¿Podría ser este fuego—este fuego consumidor, purificador, inextinguible—el ardiente amor de Dios?

Y finalmente, me quedé asombrado al descubrir que, en el cielo nuevo y la nueva tierra, ni siquiera será necesario que el sol brille, porque la misma presencia de Dios proveerá toda la luz que se necesita (Apocalipsis 22:5).

Por fin lo vi. La mentira, tan largamente oculta en los rincones de mi mente, ahora se mostraba desnuda y expuesta. ¡Cuán oscurecida había estado mi mente! La mentira que Satanás nos ha impuesto, que me tuvo a mí y a millones como yo en esclavitud temerosa, es esta: el lugar al que no quieres ir, el lugar en el que no quieres estar, es el lugar de fuego eterno y llama devoradora. Pero, por asombroso que parezca, ¡ese lugar es la misma presencia de Dios! Y los justos pasarán la eternidad bañados en las llamas de su ardiente presencia.

El regreso de Cristo

Cuando Cristo regrese, no vendrá velando su gloria, sino en el esplendor completo de su ser santo, amoroso y justo—¡más brillante que el sol! Ríos de amor ardiente fluirán de Él, la tierra será bañada en su gloria (Isaías 6:3). Los justos serán transformados por los fuegos vivificantes del amor, así como Moisés fue transformado después de estar en la presencia de Dios. Descendió del monte con su rostro irradiando fuego celestial. Pero Moisés no estaba sufriendo; no tenía quemaduras de tercer grado. Ni siquiera se le chamuscaron los bigotes.

¿Qué hacía literalmente que su rostro resplandeciera como el sol? ¡Un amor increíble y asombroso!

Mientras me regocijaba en mi descubrimiento de este fuego consumidor que no hace daño, sino que es el amor ardiente de Dios, recordé la reacción de los israelitas. Cuando vieron el rostro de Moisés, retrocedieron y le suplicaron que se cubriera con un velo. No podían soportar la luz celestial (Éxodo 34:33-35).

Entonces lo entendí: el fuego del amor es doloroso solo cuando la mente no está sanada. La conciencia culpable, el corazón no regenerado que prefiere la mentira y el egoísmo no puede tolerar la luz del amor y la verdad. “Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas” (Juan 3:19).

Mi búsqueda se volvió aún más fascinante. No solo los impíos no pueden disfrutar del fuego del amor de Dios, sino que en realidad son destruidos por el resplandor de la venida de Cristo (2 Tesalonicenses 2:8). Esto me confundió al principio. ¿Cómo podía ser? ¿Cómo puede un fuego que no quema arbustos, edificios ni rostros consumir a los impíos al final? ¿Qué clase de fuego es este? Entonces lo comprendí. Este fuego cumple dos propósitos. Glorifica y protege al pueblo de Dios mientras limpia la tierra del pecado. Este fuego increíble consume total e irreversiblemente la maldad.

¿Un fuego que consume el pecado? ¿Qué es eso? El fuego que conozco es combustible, quema sustancias materiales, cosas hechas de moléculas, como nuestras casas, muebles y libros. Pero el pecado no está hecho de materia física. El pecado está hecho de ideas, pensamientos, conceptos, actitudes, creencias. En su esencia, el pecado se compone de dos elementos: mentiras (de Satanás, el padre de la mentira—Juan 8:44) y egoísmo. Los fuegos de combustión no destruyen ideas. Los fuegos que queman sustancias materiales no consumen mentiras ni egoísmo.

Entonces, ¿qué consume una mentira? ¡La verdad! ¿Y qué consume el egoísmo? ¡El amor! Y el Espíritu Santo es el Espíritu de verdad y amor. Asombrosamente, cuando el Espíritu descendió en Pentecostés, todos vieron lenguas de fuego sobre cada persona (Hechos 2:3), y sin embargo, nadie se quemó. El edificio no se incendió; su ropa no se encendió. Fueron sus corazones y mentes los que fueron tocados—purificados—por ese fuego, el

fuego del amor y la verdad. Las distorsiones sobre Dios fueron eliminadas; la envidia, la contienda y el egoísmo fueron erradicados. ¡El amor volvió a arder en ellos! Tal como se había prometido, fueron bautizados con el Espíritu Santo y con fuego—el fuego del amor y la verdad (Mateo 3:11).

Sufrimiento en las llamas

Pero, si los fuegos son fuegos de verdad y amor, ¿por qué sufren los impíos cuando esos fuegos arden libremente? “Perecen por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos” (2 Tesalonicenses 2:10).

¿Qué ocurre en la mente de aquellos que rechazan la verdad y se aferran al error cuando la verdad de Dios resplandece? Lo he visto una y otra vez en mis pacientes. Sufren tormento mental, angustia del corazón y sufrimiento del alma. ¿Y qué sucede con aquellos cuyos corazones están llenos de egoísmo cuando el amor puro y sin diluir de Dios irrumpre con fuerza? “Si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tuvieres sed, dale de beber; pues haciendo esto, ascuas de fuego amontonarás sobre su cabeza” (Romanos 12:20). ¿Qué sucede en la mente del no sanado cuando se encuentra cara a cara con el Amor y la Verdad puros?

Tengo muchos pacientes que, cuando eran niños, sufrieron abusos por parte de sus padres. Durante el proceso de sanación, muchos desean que sus padres simplemente reconozcan lo que hicieron, pidan perdón o, de algún modo, admitan su falta. Pero, tristemente, en general, nunca lo hacen. Les pregunto a mis pacientes: “¿Qué pasaría en la mente de tu madre o en el corazón de tu padre si reconocieran el abuso severo que te infligieron? ¿Con qué tendrían que lidiar? ¿Culpa, vergüenza, remordimiento, odio a sí mismos, disgusto, autodesprecio, dolor emocional?”

Nunca podemos evitar la verdad. Solo podemos retrasar el día en que la enfrentamos. Podemos lidiar con la verdad sobre nosotros mismos, nuestra historia, nuestro carácter, nuestros errores aquí y ahora, bajo la gracia de Dios, y experimentar perdón, sanación, restauración, regeneración y, finalmente, vida eterna. O podemos retrasar el enfrentar la verdad, postergarla, negarla, proyectarla y culpar a otros. Pero si no tratamos con la verdad ahora, algún día, cuando Cristo regrese, cada persona se enfrentará cara a cara con la verdad suprema.

¿Cómo será ese día para esa madre abusiva, para ese padre sexualmente desviado, cuando se vean en el espejo de la verdad sin diluir y se vean tal como son, sin distorsión personal, sin mentiras, solo la verdad pura? ¿Qué se sentirá tener plena conciencia de lo que sus acciones hicieron a su hijo? ¿Qué se sentirá cuando esa verdad atraviese su mente ante todo el universo?

Habrá un terrible sufrimiento en las llamas del amor de Dios, pero no como una pena infligida desde fuera. Ese sufrimiento será el tormento inevitable del alma que infinge el pecado no remediado. Cuando Moisés salió de la presencia de Dios con amor y favor en su corazón, el pueblo retrocedió buscando esconderse de su rostro; cuando Cristo venga, regresará con amor y favor, pero aquellos arraigados en las mentiras sobre Dios no podrán soportar la luz del amor y la verdad, y huirán escondiéndose de su rostro (Apocalipsis 6:15-16).

¡Cuánto debe dolerle al corazón de Dios ver a sus hijos tan atrapados en la mentira sobre Él que no puedan soportar estar en su presencia! No es de extrañar que Dios retrase su regreso, anhelando que más de sus hijos estén listos para encontrarse con Él.

Evidencia reveladora

Esto fue emocionante y desconcertante al mismo tiempo. Descubrí más evidencia bíblica que revela que el fuego de la presencia de Dios consume el pecado y no las sustancias materiales. Dios demostró que el “fuego consumidor” que destruye a los malvados no es un fuego que quema elementos físicos. En Levítico leí sobre los hijos de Aarón, quienes, como sacerdotes, ofrecieron fuego no autorizado ante el Señor:

“Nadab y Abiú, hijos de Aarón, tomaron cada uno su incensario, y poniendo en ellos fuego, sobre el cual pusieron incienso, ofrecieron delante de Jehová fuego extraño, que él nunca les mandó. Y salió fuego de delante de Jehová y los consumió, y murieron delante de Jehová. [...] Entonces Moisés llamó a Misael y a Elzafán, hijos de Uziel, tío de Aarón, y les dijo: ‘Acérquense y saquen a sus hermanos de delante del santuario, fuera del campamento.’ Y ellos se acercaron y los sacaron con sus túnicas fuera del campamento, como dijo Moisés.” (Levítico 10:1-2, 4-5, énfasis añadido)

El fuego del Señor los “consumió”, pero sus cuerpos no estaban carbonizados y sus túnicas permanecieron intactas. Como los hombres en el camino a Emaús, mi corazón ardía dentro de mí mientras la verdad de la Palabra de Dios atravesaba las distorsiones que por tanto tiempo se habían afianzado en mi mente (Lucas 24:32).

Dios no quiere perder a ninguno de sus hijos; por tanto, está derramando cada recurso en su arsenal celestial para restaurar su amor en nosotros. Estamos infectados de miedo y egoísmo, diseñados ahora para proteger al “número uno”. Pero Dios está preparando un pueblo que estará listo para encontrarse con Él cuando venga, listo para entrar directamente al cielo, listo para vivir en las llamas ardientes de su amor.

El amor reemplazará al egoísmo en los corazones de los redimidos. Serán transformados—como Moisés, que a los cuarenta años mató a un capataz, pero a los ochenta ofreció su vida para salvar a otros. O como Pablo, que antes del camino a Damasco usó la coerción, la tortura, el encarcelamiento y el apedreamiento para imponer su voluntad, pero que, tras caminar con Cristo, finalmente dio su vida por los demás (Romanos 9:3; 2 Corintios 7:3). De una manera muy parecida, la Biblia describe a aquellos que están listos para encontrarse con Jesús cuando aparezca, los que no temen a la muerte (Apocalipsis 12:11). El miedo y el egoísmo son reemplazados por amor puro, centrado en los demás.

El sol de justicia está saliendo. Sus rayos de amor sanador están brillando (Malaquías 4:2). Su último mensaje de verdad misericordiosa está amaneciendo. ¿Lo ves? ¿Lo amas? Pero más importante aún, ¿lo eliges? ¿Permitirás que la verdad te haga libre? ¿Aceptarás la verdad sobre Dios revelada por Jesús? ¿Permitirás que el fuego del amor de Dios te consuma mientras amas a otros más que a ti mismo?

“He aquí, os digo un misterio: no todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: ‘Sorvida es la muerte en victoria.’

¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?

¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?”

(1 Corintios 15:51-55)

“Porque el Señor mismo descenderá del cielo con aclamación, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros, los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor.”

(1 Tesalonicenses 4:16-18)

¡Qué día será aquel en que el fuego del amor de Dios arda libremente!

Miles de millones serán transformados por esas llamas eternas de amor. En un abrir y cerrar de ojos, se abrirán las tumbas, los seres queridos se reunirán, los coros de ángeles cantarán.

Daniel Cicciaro y John White volverán a ser amigos.

Laura se reunirá con su madre y nunca más se separarán.

Harold reirá mientras sostiene a sus hijos en sus brazos una vez más.

Fran se regocijará al estar libre de toda enfermedad y dolor.

Desmond Doss llorará de alegría al ver que los ángeles le traen a amigos perdidos a su lado.

Y las heroicas Marian y Barbie Fisher, radiantes en amor, brillando como el sol, caminarán de la mano con Jesús junto al río de la vida.

No habrá más tristeza, ni enfermedad ni dolor. Con los ojos bien abiertos y los corazones renovados, veremos a Jesús cara a cara.

Pero miles de millones más, que prefirieron la mentira a la verdad, la oscuridad a la luz, huirán de Dios, gritando en angustia mental. Sufrirán en el corazón y serán atormentados en su alma al enfrentarse cara a cara con la verdad sobre ellos mismos, sus historias, las oportunidades rechazadas, el

dolor y el sufrimiento que causaron— a la luz del amor total, la gracia y la bondad de Dios. Será un gozo triste, una limpieza verdaderamente “terrible” mientras las llamas del amor y la verdad arden libremente una vez más sobre la tierra.

Entonces, en algún momento del tiempo, el último vestigio del pecado desaparecerá. El mal y los malhechores dejarán de existir. Y después de que todos hayan perecido por las consecuencias del pecado no sanado, los fuegos de combustión se mezclarán con la gloria no velada de Dios, los elementos se derretirán con ferviente calor, y la tierra será purificada (2 Pedro 3:12). La tierra se convertirá en un caldero hirviente, un gran lago de fuego, en el que la muerte y el infierno serán completamente consumidos, y todo rastro de pecado y pecadores será totalmente erradicado (Apocalipsis 20:14). La muerte misma será destruida. ¿Y qué podría destruir la muerte? ¿No sería acaso la vida—la vida dadora, la gloria ardiente de la presencia de Dios—limpiando toda desviación del diseño de vida de Dios? Entonces la tierra será hecha nueva, el hogar eterno de los justos (2 Pedro 3:13).³

El amor, anclado en el corazón de Dios, es un hilo tejido a través del tejido de toda la creación; un filamento de energía que sostiene todas las cosas, desde el átomo más diminuto hasta el sol más grande, desde la ameba más pequeña hasta la ballena más inmensa. Muy pronto, muy pronto, el amor “arderá como llama de fuego, como llama poderosa. Las muchas aguas no podrán apagar el amor, ni los ríos lo ahogarán” (Cantares 8:6-7).

Él anhela regresar por ti y por mí, para reconectarnos a su círculo eterno de amor. Pero espera, no queriendo que ninguno se pierda. Espera a que tú y yo abracemos la verdad sobre Él, que seamos renovados para ser como Él en carácter, que practiquemos sus métodos de amor y que llevemos las buenas nuevas sobre Él al mundo; ¡entonces vendrá!

Si estás cansado de este mundo enfermo y egoísta, si anhelas tu hogar celestial, si deseas fervientemente reunirte con seres queridos que han partido, entonces **abraza al Dios que es amor**. Deja que su amor te transforme, y únete a mí en compartir esta visión sanadora de Dios con el mundo. Porque cuando el evangelio del reino de amor llegue a todo el mundo, como testimonio a todas las naciones, entonces ciertamente vendrá el fin.

La elección es tuya. Mientras tengamos poder sobre lo que creemos, lo que creemos también tiene poder sobre nosotros—poder para sanar y poder para destruir. La pregunta última es:

¿Qué crees tú sobre Dios?

=

17. Buda, Jesús y Cómo Preparar tu Cerebro para la Eternidad

Buda, Jesús y Cómo Preparar tu Cerebro para la Eternidad

El carácter de Jesús, proclamamos, ofrece a la humanidad una guía única e indispensable para trazar el desarrollo de las imágenes y conceptos maduros de Dios a lo largo de la historia y la cultura humanas. Es la Estrella Polar, por así decirlo... Para los cristianos, el valor más alto de la Biblia radica en revelar a Jesús, quien nos brinda la visión más alta, profunda y madura del carácter del Dios viviente.

Brian McLaren

Alcancé en la experiencia el nirvana que no ha nacido, sin rival, seguro contra el apego, inmutable e inmaculado. Esta condición, de hecho, ha sido alcanzada por mí, una que es profunda, difícil de ver, difícil de entender, tranquila, excelente, más allá del alcance de la mera lógica, sutil, y que solo puede ser realizada por los sabios.

Buda

Según una encuesta del Instituto Nacional de Salud Mental de 2007, el uso de prácticas de meditación oriental ha aumentado constantemente en Estados Unidos desde 2002.¹ Múltiples estudios científicos han

documentado los beneficios para la salud de la meditación oriental, como la reducción del ritmo cardíaco, la presión arterial, la ansiedad y el dolor postoperatorio, además de mejoras en la depresión, el tiempo de recuperación de enfermedades, la atención, la concentración y el rendimiento escolar.²

En las últimas décadas, las prácticas orientales también se han vuelto cada vez más populares en iglesias cristianas. El profesor Johan Malan, de la Universidad de Limpopo, Sudáfrica, documenta que las prácticas de meditación hindú y budista están siendo activamente promovidas dentro del catolicismo romano y varias denominaciones protestantes, incluida la Iglesia Reformada Holandesa en Sudáfrica.³

Sin embargo, muchos líderes cristianos se pronuncian en contra de tales prácticas. Ted Wilson, presidente de la Conferencia General de los Adventistas del Séptimo Día, habló en su discurso inaugural de 2010 en contra del movimiento de la iglesia emergente que adopta técnicas místicas de meditación bajo el término «espiritualidad contemplativa»:

«Aléjense de disciplinas espirituales no bíblicas o métodos de formación espiritual que están arraigados en el misticismo, como la oración contemplativa, la oración centrante y el movimiento de la iglesia emergente en los cuales se promueven.»⁴

Las prácticas orientales han hecho fuertes incursiones en la medicina moderna. El Dr. Herbert Benson, de la Universidad de Harvard, ha documentado una técnica de meditación común en todas las religiones modernas, a la que llama la «respuesta de relajación». Esta técnica incorpora prácticas orientales como enfocar la mente, repetir una palabra o frase, realizar respiración rítmica y rechazar suavemente los pensamientos no deseados. La técnica de la respuesta de relajación se usa comúnmente hoy en

muchos entornos médicos. El Dr. Andrew Newberg documenta efectos positivos en el cerebro y la salud a partir de diversas prácticas de meditación oriental, y hasta afirma que Dios no es necesario para el proceso.⁵

El Dr. Newberg sugiere además que Jesús y Buda alcanzaron ambos la «iluminación» gracias a años de práctica de meditación oriental. En otras palabras, fue un proceso autodirigido, autooriginado y autosostenido de meditación enfocada que, según el Dr. Newberg, Cristo practicó y enseñó.⁶ Pero ¿realmente practicaron Cristo y Buda la misma meditación y lograron el mismo fin? ¿Son las prácticas orientales verdaderamente beneficiosas para la condición humana, o son una forma sutil de anestesia mental que alivia los síntomas del sufrimiento de una mente fuera del diseño de Dios, mientras permite que la enfermedad del pecado avance sin control?

Las respuestas a estas preguntas se comprenden mejor a través del lente de la ley del amor de Dios. Como descubrimos en el capítulo 1, Dios es amor, y cuando Dios construyó su universo, lo diseñó para operar en armonía con su naturaleza y carácter. La ley de Dios, entonces, es el protocolo de construcción sobre el cual se basa el universo y es el principio del enfoque en el otro, la entrega o beneficencia sobre el cual está diseñada la vida (ver capítulo 1 para ejemplos).

En el capítulo 2 descubrimos que las mentiras creídas rompieron el círculo de amor y confianza, y resultaron en que el miedo y el egoísmo entraran en la humanidad. Este es el principio de cuidarse a sí mismo a expensas de los demás, “matar o morir”. En esta condición, la mente no opera como Dios la diseñó. En lugar de paz, amor y gozo perpetuos, la mente es dominada por la necesidad de sobrevivir, impulsada por el miedo, la inseguridad y la evaluación de amenazas.

No solo la humanidad fue cambiada por el pecado, sino este mundo entero. La creación, tal como Dios la diseñó, estaba en perfecta unidad con su Creador, operando bajo la ley del amor. Fue solo después del pecado que el planeta Tierra se infectó con el principio de Satanás de “yo primero”, lo cual causó el estado dual en el que coexisten la ley del amor de Dios y la ley del pecado y la muerte de Satanás.

Vemos esta coexistencia actual del bien y el mal en el mundo que nos rodea. Las plantas producen flores hermosas, frutos y nueces, pero también espinas, cardos y venenos. Las lluvias refrescan la tierra, pero las tormentas destruyen. Los déspotas pueden asesinar a millones y aun así amar a sus familias, lo que manifiesta nuestros corazones divididos, llenos de miedo y egoísmo, pero también hechos para amar. El cristianismo mismo enseña nuestro dualismo interno con su lucha entre la naturaleza espiritual y la carnal.

Las religiones orientales enseñan un dualismo cósmico de una existencia eterna del bien y el mal en la cual tanto el bien como el mal son necesarios para el equilibrio en el universo –el yin y el yang. Como explicó el lama budista Anagarika Govinda:

“Así, el bien y el mal, lo sagrado y lo profano, lo sensual y lo espiritual, lo mundano y lo trascendental, la ignorancia y la iluminación, el samsara y el nirvana, etc., no son opuestos absolutos, ni conceptos de categorías completamente diferentes, sino dos lados de la misma realidad.”⁷

Esta es la esperanza de Satanás: que el bien y el mal existan juntos por la eternidad. El egoísmo, al estar fuera de armonía con el diseño de vida de Dios, ha causado nuestro estado dual y es la fuente de nuestro miedo a la muerte. Los místicos orientales experimentan el miedo a la muerte inducido por el pecado, pero al aceptar la premisa defectuosa de la coexistencia eterna del bien y el mal, no buscan la liberación del mal con su miedo siempre presente a la muerte. Esto los deja con solo una de dos opciones posibles:

1. Ser asignados a ciclos eternos de renacimiento en reinos superiores o inferiores, dependiendo del karma,
o
2. Escapar –trascender– tanto el bien como el mal mediante la meditación oriental.

Podemos rastrear la base motivacional de la meditación oriental hasta Buda, quien, atormentado por el miedo a la muerte, finalmente encontró paz en la meditación, donde trascendió tanto la vida como la muerte, el bien y el mal, y experimentó lo que en Oriente se llama nirvana, satori o iluminación –y lo que los cristianos, usando las mismas prácticas, llaman el Encuentro con Dios.⁸ Las filosofías orientales buscan escapar de la ansiedad de nuestro estado dual ascendiendo, mediante la meditación, a otro “reino”. En el hinduismo y el budismo, este reino se describe como un “estado no dual” en el que uno se siente en unidad con el cosmos y con los demás. Así, en el cerebro del practicante de meditación oriental, el tormento de estar en un estado dual se evita mediante una euforia autoinducida, artificial, y una desconexión transitoria de la realidad individual. Sin embargo, la condición real de egoísmo y miedo que existe en el carácter del practicante oriental no cambia, ya que no se hace ninguna intervención para confrontarla y superarla. En otras palabras, las prácticas orientales crean una ilusión en la que uno siente como si estuviera sanado y transformado en un estado saludable, no dual y unificado, cuando en realidad sigue estando infectado de miedo y egoísmo. Su condición permanece fuera de armonía con el diseño de Dios y, por tanto, es terminal.

Hemisferio Izquierdo y Derecho del Cerebro

El cerebro está dividido en los hemisferios izquierdo y derecho, conectados por una autopista de cables neuronales de alta velocidad llamada cuerpo calloso. Los dos hemisferios del cerebro tienen funciones generales diferentes pero están diseñados para trabajar juntos de manera equilibrada y complementaria. Cuando nuestros hemisferios cerebrales se desequilibran, pueden surgir problemas.

Un día, Jill Bolte Taylor, neuroanatomista e investigadora del departamento de psiquiatría de Harvard, tuvo un derrame cerebral en el hemisferio izquierdo de su cerebro. El coágulo de sangre que los cirujanos le extrajeron era del tamaño de una pelota de golf. Durante el tiempo en que su hemisferio izquierdo sangraba y su función estaba deteriorada, su hemisferio derecho dominó su actividad cerebral, y ella experimentó el nirvana –un estado de unión eufórica con el cosmos y pérdida de individualidad. Después de su recuperación, dijo:

“Aquí mismo, ahora mismo, puedo entrar en la conciencia de mi hemisferio derecho, donde somos. Yo soy la fuerza vital del universo. Yo soy la fuerza vital de los 50 billones de hermosos genios moleculares que componen mi forma, en unidad con todo lo que es. O puedo elegir entrar en la conciencia de mi hemisferio izquierdo, donde me convierto en un individuo único, sólido, separado del flujo, separado de ti. Soy la Dra. Jill Bolte Taylor: neuroanatomista intelectual. Estos son los ‘yo’ dentro de mí. ¿Cuál elegirías tú? ¿Cuál eliges? ¿Y cuándo?”⁹

El cerebro es un órgano bioeléctrico, lo que significa que tiene no solo señales químicas sino también eléctricas. Y cambiar la actividad eléctrica del cerebro puede alterar la dominancia hemisférica. Cuando los circuitos del cerebro se disparan de diferentes formas, crean diferentes patrones de señales eléctricas. Las señales eléctricas del cerebro, o ondas cerebrales, se clasifican en cuatro

categorías generales: ondas alfa, beta, theta y delta. Las ondas alfa ocurren cuando el cerebro está en reposo o durante el sueño REM, el estado de los sueños. Cuando estamos despiertos, leyendo, dando un discurso, involucrados en actividad enfocada, pensando o resolviendo problemas, el cerebro produce ondas beta. Las ondas theta ocurren cuando uno “se desconecta”, sueña despierto o deja que la mente vague libremente. Y las ondas delta ocurren en el sueño profundo, el estado sin sueños.

Las técnicas de meditación oriental aumentan la frecuencia de las ondas alfa y theta, suprimen las ondas beta y provocan un aumento en la secreción de una sustancia química cerebral llamada dopamina (que mejora la visualización), provocando una dominancia del hemisferio derecho y alterando toda la conciencia de la persona.¹⁰ Esto hace que uno experimente pérdida de autoconciencia, una sensación de unidad con el cosmos, imágenes mentales más intensas y menos conciencia del tiempo y el espacio. También reduce la capacidad de discernir verdades basadas en evidencia.

Al practicar la meditación oriental, la mente de un cristiano es abrumada de manera similar. Pero a los cristianos que practican este tipo de meditación se les enseña que está bien, siempre y cuando repitan un mantra incidental, como “Jesús, ten misericordia de mí”, como si este pequeño gesto de reconocimiento pudiera superar la avalancha de fenómenos neuronales y mágicamente legitimar la práctica como cristiana. Desafortunadamente, tales prácticas de meditación resultan en un cerebro desequilibrado, con mayor dominancia del lado derecho y la consiguiente pérdida de razonamiento, pérdida de claridad mental y pérdida de individualidad.¹¹

La Biblia nos dice que el Espíritu Santo es el Espíritu tanto de verdad como de amor (Jn 14:17; Gál 5:22; 1 Jn 4:8). La verdad se comprende a través del hemisferio izquierdo del cerebro, mientras que nuestra sensación de unidad,

unicidad y conexión relacional se experimenta en el lado derecho de nuestro cerebro. La meditación bíblica, en lugar de enfocar la mente en la nada, vaciarla o repetir mantras, siempre se enfoca en algún aspecto sustantivo de Dios y su carácter de amor. Observa el enfoque de las meditaciones bíblicas:

“Nunca se apartará de tu boca este libro de la ley, sino que de día y de noche meditarás en él, para que guardes y hagas conforme a todo lo que en él está escrito.” (Josué 1:8, NVI 1984)

“Sino que en la ley del SEÑOR está su delicia, y en su ley medita de día y de noche.” (Salmo 1:2, NVI 1984)

“Dentro de tu templo, oh Dios, meditamos en tu gran amor.” (Salmo 48:9, NVI 1984)

“En tus preceptos medito y pongo mis ojos en tus sendas.” (Salmo 119:15, NVI 1984)

“Hazme entender el camino de tus mandamientos, y meditaré en tus maravillas.” (Salmo 119:27, NVI 1984)

“Alzo mis manos hacia tus mandamientos, que amo, y medito en tus decretos.” (Salmo 119:48, NVI 1984)

A lo largo de toda la Escritura es lo mismo. Dios nos llama a meditar en su ley de amor, que es una expresión de su carácter amoroso. Esta no es una meditación vacía, sin pensamiento, sin contenido, sino una meditación contemplativa y profundamente reflexiva sobre la belleza de nuestro Dios infinito y sus métodos de amor. Tal meditación requiere el compromiso equilibrado de ambos hemisferios, derecho e izquierdo. Tal equilibrio no solo resulta en mayor salud y paz, sino también en crecimiento en semejanza a

Cristo. En su libro *Anatomía del Alma*, el Dr. Curt Thompson lo expresa muy bien:

“La investigación en neurociencia ha descubierto que las personas con un nivel razonable de equilibrio y comunicación integrada entre las diferentes áreas de sus cerebros tienden a tener menos ansiedad y una mayor sensación de bienestar. En otras palabras, se han puesto en posición de estar disponibles para que el Espíritu Santo cree precisamente esas características que anhelamos que echen raíces en nosotros: amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre y dominio propio.”¹²

Para experimentar la plenitud de la verdad y del amor debemos tener equilibrada la actividad de ambos hemisferios cerebrales. Debemos estar atentos contra los ataques que obstruyen la experiencia de la verdad y del amor.¹³

Nuestro hemisferio izquierdo es atacado dentro del cristianismo por ideas falsas acerca de la ley de Dios, con las consiguientes visiones distorsionadas de Dios como un tirano vengativo y castigador, lo cual incita miedo. Y tristemente, muchos cristianos, en lugar de reevaluar su concepto de Dios, recurren a la meditación oriental para calmar sus circuitos de miedo crónicamente activados. Pero la meditación oriental inactiva el hemisferio izquierdo mediante técnicas diseñadas para apagarlo y así buscar una experiencia emocional trascendental.

Curiosamente, la investigación cerebral de Newberg sobre practicantes de meditación oriental apoyaría la conclusión de que la meditación oriental desequilibra el cerebro, contribuyendo a una falsa percepción de la realidad. El tálamo es el centro de procesamiento de datos del cerebro. Toda la

información (emociones, pensamientos, sensaciones) pasa por el tálamo mientras se dirige a su destino neuronal final. El tálamo también nos da una percepción de lo que es y no es real. Se encontró que sujetos que practicaban meditación oriental por más de diez años tenían un desequilibrio en la actividad del tálamo. Esto los haría sentir como si el nirvana y su estado de unidad con su poder superior fueran reales. Según Newberg:

“El tálamo no distingue entre realidades internas y externas, y por tanto, cualquier idea, si se contempla lo suficiente, adquirirá una apariencia de realidad. Tu creencia se vuelve neurológicamente real, y tu cerebro responderá en consecuencia.”¹⁴

Así descubrimos que la meditación oriental, en lugar de conducir a una amistad personal con Dios, a una transformación real del carácter y a la superación del miedo y el egoísmo, en realidad aísla a la persona de Dios, no transforma el carácter y evita la realidad de su condición terminal mediante una euforia trascendental. En lugar de buscar la liberación de la infección del mal, el misticismo oriental promueve la existencia eterna tanto del bien como del mal.

Jesús Logró lo que Buda No Pudo

Jesucristo se presenta en marcado contraste con Buda. Jesucristo, en lugar de tratar de evitar el miedo a la muerte, lo confrontó, lo superó y lo destruyó mediante el ejercicio de su cerebro humano en amor perfecto y abnegado (2 Tim 1:9-10). Jesucristo se humilló para participar de nuestra condición terminal, y en el cerebro de Jesucristo, el estado dual de amor versus miedo y egoísmo libró su batalla. Jesucristo experimentó la tentación en todo como nosotros, pero sin pecado (Heb 4:15). Y como sabemos que somos tentados por nuestros “propios malos deseos” (Stg 1:14), sabemos que en el cerebro

humano de Jesús, los principios del amor batallaron contra el miedo humano a la muerte con su impulso de autopreservación. La humanidad de Jesús fue tentada con emociones humanas poderosas para temer a la muerte y actuar para salvarse a sí mismo.

En Getsemaní, Jesucristo experimentó una terrible angustia emocional que causó una tentación atroz, llevándolo a rogar, si era posible, evitar la cruz (Mt 26:36-39). Jesús experimentó, en su humanidad, el tirón interno de nuestra naturaleza caída, pero a diferencia de Buda, no buscó escapar de esta condición mediante un estado alterado de funcionamiento cerebral inducido por meditación que causara una euforia ilusoria. En cambio, superó este poderoso miedo a la muerte mediante un amor perfecto hacia Dios y hacia la humanidad –en verdad, nadie tiene mayor amor que este (Jn 15:13).

En la humanidad de Jesucristo, ¡el estado dual provocado por el pecado fue erradicado! Jesús limpió a la humanidad eliminando el poderoso impulso del miedo y del egoísmo cuando, por amor, se entregó voluntariamente a la muerte (Jn 10:17-18). Así, resucitó al tercer día en una humanidad que él purificó y restauró al diseño original de Dios. Porque, si en cualquier punto durante el avance de la muerte Cristo hubiera ejercido su poder para impedir que la muerte lo tomara, habría actuado en interés propio para salvarse a sí mismo, y la humanidad no habría sido liberada de la infección del miedo y el egoísmo.

Como resultado, cada ser humano tiene el privilegio de recibir, a través del Espíritu Santo, todo lo que Cristo ha logrado. Podemos experimentar la limpieza de nuestro carácter, de tal modo que entremos en un estado genuino de no dualidad, de unidad y unicidad con Dios, en el que nuestros corazones sean llevados a la armonía con el suyo. “Morimos al yo” y vivimos una nueva vida de amor. Esto es lo que Dios está esperando: un pueblo que haya

vencido el miedo a la muerte mediante su unidad con Cristo. Apocalipsis describe a este pueblo como aquellos

“que no amaron tanto su vida como para evitar la muerte” (Ap 12:11).

Piensa en eso: un pueblo que ya no está impulsado por el miedo a morir. Ya no viven con el impulso de sobrevivir controlándolos. Ya no viven enfocados en protegerse a sí mismos. Viven para amar a Dios y a los demás.

La conversión bíblica no es el proceso de meditación para calmar los circuitos del miedo, sino más bien la confrontación y superación del miedo y el egoísmo cuando seguimos a nuestro Pastor al “valle de sombra de muerte”, donde morimos al yo y somos renovados con corazones llenos de amor por los demás. La meditación oriental es el proceso del yo evitando el miedo por medio de la acción del yo, lo que promueve un yo que se sirve a sí mismo. La conversión cristiana es la rendición del yo —no buscar salvar al yo, sino morir al yo, siendo el amor el que reemplaza al egoísmo. Este es un tiempo transitorio de gran angustia y ansiedad. No es un tiempo de paz ni de evasión del miedo, sino el momento en que tomamos nuestra posición, mediante la gracia de Dios, para superar nuestro miedo e inseguridad inherentes (por ejemplo, la noche de lucha de Jacob, Pedro después de su negación, David tras ser confrontado por Natán). Es en esta angustia, mientras confrontamos inteligentemente la verdad, luchamos con nuestro propio egoísmo y, en última instancia, nos rendimos a Cristo, que experimentamos su amor, una regeneración sobrenatural, un nuevo conjunto de motivos y la libertad de una vida basada en el miedo. No somos llevados a un universo de bien y mal eternos, sino a la unidad y unicidad con Dios, quien es amor eterno, y a un futuro libre de miedo, sufrimiento, dolor y muerte.

Muchos cristianos luchan por experimentar esta transformación porque han aceptado uno de dos sistemas falsos:

1. Un sistema de ley impuesta, castigos impuestos y pago legal, con Dios como la fuente última de dolor, sufrimiento y muerte infligidos (dualismo eterno), y/o la existencia de un infierno eterno ardiente en el que los humanos son torturados para siempre (dualismo eterno), en lugar de la verdad de que Dios es amor y está obrando para erradicar el miedo y el egoísmo (pecado) de su universo a fin de restaurar todas las cosas a la unidad del amor, la “a-uni-ón” con Él.
2. O un sistema de filosofías orientales, también basado en la existencia de un dualismo eterno, que tienen la capacidad de calmar los circuitos del miedo en el cerebro en búsqueda de unidad, pero al costo de un cerebro desequilibrado que no llega verdaderamente a ser iluminado con la verdad ni a unirse con Cristo para la transformación del carácter.

Tristemente, las teologías con conceptos falsos de Dios –visiones distorsionadas de Dios– enseñan la existencia eterna del bien y el mal, ya sea dentro de un ser que es a la vez un Dios amoroso y la fuente de tortura y muerte infligida, o bien un universo que contiene tanto el cielo como un infierno eterno. Tales teologías no logran liberar la mente del miedo y, por tanto, activan cascadas inflamatorias que dañan el cerebro y el cuerpo, incitan el egoísmo y socavan el plan de salvación de Dios.

El cristianismo de Jesucristo es un sistema de sanación basado en la verdad del amor de Dios, perfectamente revelado en Cristo:

“El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Jn 14:9).

Es una modalidad de abnegación y beneficencia, en la cual todas las cosas viven para amar a otros más que a sí mismos. Tal sistema está en armonía con el diseño de Dios, exactamente como Él construyó su universo para funcionar, en perfecta armonía con su propia naturaleza de amor.

Cuando finalmente eliminemos las distorsiones de Dios de nuestras mentes, cuando finalmente dejemos de operar sobre el mismo paisaje dual de las religiones orientales con la promoción de la existencia eterna del bien y el mal, cuando finalmente regresemos a la verdad del modelo de diseño de Dios basado en el amor y entremos en esa unidad de confianza con Él, entonces Él no solo limpiará nuestros caracteres, sino que también regresará para limpiar su universo del miedo y el egoísmo. Qué día glorioso de victoria será ese. A diferencia de los sabios orientales, no nos ocultaremos en un estado autoinducido de euforia meditativa, sino que viviremos en un universo eternamente libre de miedo y egoísmo, un universo nuevamente unido sobre la ley del amor de Dios. Entonces podremos regocijarnos:

“¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?” (1 Cor 15:55, RVR1960)

=

Anexo: Uniéndolo todo—Pasos simples para un cerebro más sano

Cuanto más a menudo un hombre siente sin actuar, menos será capaz de actuar, y a la larga, menos será capaz de sentir.

—C. S. Lewis

Hemos explorado mucho acerca del cerebro humano y cómo nuestras creencias sobre Dios afectan nuestra salud mental y física. En esta adenda quiero reunir todo en términos prácticos y dejarte con pasos específicos no solo para experimentar un cerebro más sano aquí y ahora, sino también para crecer en intimidad con Dios, preparando tu mente para la eternidad con Él.

Circuitos cerebrales y depresión mayor

La depresión mayor es una enfermedad mental seria, que afecta aproximadamente al 5 por ciento de la población de EE. UU. en un año determinado. Cuando alguien está deprimido, hay alteraciones importantes en las funciones corporales y cerebrales. Si bien este trastorno tiene muchos factores contribuyentes, una vez deprimido, el cerebro muestra un patrón característico de disfunción. Quiero usar esta disfunción del circuito neural como plantilla para diferenciar entre actividades saludables y no saludables, y así enseñar métodos para maximizar la salud cerebral.

En el capítulo 2 exploramos el sistema de alarma del cerebro. Aprendimos cómo la alarma provoca la clásica respuesta de lucha o huida y que, después de la respuesta de sobresalto inicial, la corteza prefrontal (DLPFC) entra en acción y, si no existe una amenaza, apaga la alarma.

Cuando las personas están deprimidas, el circuito cerebral está desequilibrado. La actividad de la DLPFC está por debajo de lo normal, por lo que las personas con depresión tienen dificultades para concentrarse, enfocarse, pensar con claridad, planificar, organizar, resolver problemas y manejar el estrés de la vida. La corteza cingulada anterior (ACC) también está hipoactiva en la depresión, lo que contribuye a una sensación de distancia emocional con los demás y a la dificultad para tomar decisiones. Por eso las personas deprimidas suelen ser tan ambivalentes y no pueden decidirse.

La corteza orbitofrontal y medial son las partes del cerebro que nos convencen de lo incorrecto y nos redirigen lejos del comportamiento inapropiado. Imagina intentar quitarte la ropa en medio de un servicio religioso. Si intentaras un acto tan inapropiado, las cortezas orbitofrontal y medial comenzarían a dispararse con intensidad, haciéndote sentir incomodidad e intentando alejarte de tal comportamiento. Si, mientras lees esto, experimentas un poco de incomodidad al pensar en una situación tan embarazosa, entonces una oleada de actividad acaba de recorrer tus cortezas orbitofrontal y medial. Cuando alguien está deprimido, estas dos áreas están hiperactivas. Esto significa que una persona deprimida experimenta intensos sentimientos de insuficiencia, culpa y una sensación de que todo lo que hace está mal.

La amígdala, la alarma del cerebro, también está hiperactiva en la depresión, causando una sensación constante de miedo, aprensión, inquietud, temor o fatalidad inminente. Y el centro de placer del cerebro, el núcleo accumbens,

donde se registra todo placer, está no responde cuando alguien está deprimido. Así que la persona deprimida experimenta una abrumadora sensación de abatimiento, culpa, insuficiencia, miedo, aprensión, embotamiento emocional, distancia con los demás, incapacidad para pensar con claridad, dificultad para resolver problemas, sensación de estar sobrepasado, y deterioro en la toma de decisiones—pero sin placer incluso cuando ocurren eventos objetivamente buenos.

Cuando un cerebro está en este estado, no solo se experimenta un dolor emocional abrumador, sino que el cuerpo también está siendo dañado. Como hemos descubierto a lo largo de este libro, el miedo crónico activa las vías del estrés y el sistema inmunológico, y se liberan factores inflamatorios que dañan el cuerpo.

Tal estado no es deseable ni saludable. Cualquier actividad que mueva los circuitos cerebrales hacia el desequilibrio que ocurre en la depresión es dañina, mientras que toda actividad que acerque los circuitos hacia lo normal sería saludable. Por lo tanto, cualquier concepto de Dios que active crónicamente el circuito del miedo en el cerebro resultará en daño al cerebro y al cuerpo, incrementando en última instancia el egoísmo y socavando la salvación. Al regresar a la verdad sobre Dios, tal como fue revelada en Cristo, el cerebro es sanado del miedo y del egoísmo.

Cuando aceptamos la verdad sobre Dios, tal como fue revelada en Jesús, las mentiras son removidas y la confianza es restablecida. En confianza rendimos nuestras vidas a Dios y abrimos nuestros corazones a Él. Él envía su Espíritu para hacer una obra sobrenatural de regeneración en nuestros corazones mientras permanecemos en una relación diaria de confianza con Él. Su Espíritu es el Espíritu de amor y verdad, y al experimentar su amor, nuestro miedo disminuye. En lugar de vivir egoístamente, buscamos bendecir a otros.

Realmente tomamos decisiones diferentes, que surgen de nuevos motivos, lo cual incrementa la sabiduría y el discernimiento. Esto desarrolla aún más la corteza prefrontal y calma la amígdala. Nuestro nivel de miedo disminuye, y nuestra confianza y paz crecen. Al pasar tiempo con nuestro Dios de amor, llegamos a ser cada vez más como Él.

Cuando tropezamos y caemos en el egoísmo, nuestros corazones se entristecen, e inmediatamente vamos a Dios, apenados por nuestra debilidad, anhelando ser libres de tal flaqueza. En esa relación de confianza, experimentamos el perdón, la gracia y la presencia renovadora de Dios que nos levanta y nos pone nuevamente en camino con sus métodos. Y crecemos cada vez más semejantes a nuestro asombroso Dios de amor, hasta el día en que lo veamos cara a cara.

Aquí hay algunas acciones para tener un cerebro sano y una relación saludable con Dios:

- **Piensa por ti mismo.** Así como la fisioterapia solo beneficia a quien la practica, el desarrollo de la corteza prefrontal requiere ejercicio.
- **Conviértete en un amante de la verdad,** ten hambre de ella, desarrolla una actitud de crecimiento en la verdad. Dios es infinito; nosotros somos finitos. Esto significa que hay una cantidad infinita de verdad por descubrir y en la cual crecer. Así que nunca “llegamos” a la verdad porque la verdad siempre se está revelando, y creer que uno ha “llegado” cierra la mente al progreso. Mantente listo para cambiar tus creencias con nueva evidencia que armonice los tres hilos (Escritura, ciencia y experiencia).
- **Familiarízate íntimamente con las leyes y métodos de Dios.** Busca la ley del amor en la naturaleza; comprende y practica la ley de la libertad.

Reexamina tus creencias a través del lente de la ley natural de Dios y rechaza el modelo de ley impuesta de estilo romano imperial.

- **Pon a prueba todas las teorías sobre Dios con la Escritura** (enfatizando la vida de Jesús), las leyes comprobables de Dios y la experiencia. Bien comprendida, la verdad sobre Dios armonizará con las tres. Abraza y mantente fiel al carácter de amor de Dios.
- **Basado en la evidencia del carácter de amor de Dios y su suprema confiabilidad, ríndete a Él.** Comienza cada día abriendo tu corazón e invitando a su Espíritu.
- **Medita diariamente en el carácter de amor de Dios**, una apreciación inteligente y llena de verdad, enfocándote en Dios, su reino de amor y sus obras de creación.
- **Confía en Dios con tu vida, tu futuro y tus resultados**, confianza que solo puede darse después de que se ha comprendido y experimentado evidencia de la confiabilidad de Dios.
- **Practica los métodos de Dios.** Vive altruistamente, da a otros, haz voluntariado, busca compartir lo que Dios te ha dado con los demás. En la forma en que Dios construyó su universo, cuanto más das, más recibes. Así como la boca de incendio que da más agua que una manguera de jardín, también recibe más agua; cuanto más amor das, más amor recibes.
- **Busca activamente compartir la verdad sobre el reino de amor de Dios con otros.** Únete a organizaciones enfocadas en llevar el amor de Dios al mundo. Inicia un ministerio, lidera estudios bíblicos, relacionate con creyentes de ideas afines, y demuestra el poder de los métodos de Dios para sanar y restaurar.
- **Vive en armonía con el diseño físico de Dios para la vida.** Evita toxinas y venenos conocidos—físicos y espirituales—alcohol, tabaco,

drogas ilegales, entretenimiento teatral, juegos violentos, material de lectura vulgar, conceptos feos y punitivos sobre Dios.

- **Haz ejercicio regularmente—físico y mental.** El ejercicio físico produce potentes factores antiinflamatorios que suprimen las citoquinas dañinas que surgen del estrés. El ejercicio también activa factores en el cerebro que estimulan el crecimiento neuronal nuevo, así como químicos que mejoran el estado de ánimo. El ejercicio mental activa circuitos neuronales, haciéndolos más fuertes.
- **Duerme regularmente.** Hay cuatro requisitos físicos para la vida: aire, agua, comida y sueño. La primera región cerebral que se ve afectada por la falta de sueño es la corteza prefrontal. Dormir regularmente mantiene esta región funcionando al máximo.
- **Vive en armonía con las leyes naturales de Dios.** Come saludablemente, mantente hidratado y recibe unos minutos de luz solar cada día. La comida saludable aporta los nutrientes que el cerebro necesita y antioxidantes que reducen el daño inflamatorio. La hidratación elimina desechos y reduce factores inflamatorios, y la luz solar, sin quemarse, en realidad reduce el riesgo de cáncer al convertir la vitamina D en su forma anticancerígena.
- **Perdona; no guardes rencores.** La falta de perdón y el guardar rencor activan la amígdala y con ello la cascada inflamatoria, lo cual daña el cerebro y el cuerpo. El rencor también mantiene a uno en desconfianza relacional y en tensión, socavando la paz y la salud relacional.
- **Resuelve la culpa.** La culpa no resuelta activa la amígdala, aumenta la inflamación y socava la salud física y mental. También disminuye la paz, aumenta la inseguridad y debilita la resolución, resultando en mayor vulnerabilidad a la manipulación por parte de otros.

Si el miedo y la inseguridad te tientan a actuar contra tu conciencia para obtener la aprobación humana, recuerda hacer lo siguiente:

- Da un paso mental atrás y pregúntate: ¿Cuál es la verdad? ¿Cuál es la acción correcta, saludable y razonable para mí?
 - Pregúntate si alguien que te rechaza o se enoja contigo por hacer lo que crees correcto realmente puede ser tu amigo. ¿Realmente quieres su aprobación?
 - Esté dispuesto a dejar que otros piensen o sientan lo que quieran sobre ti. Pregúntate si, en algún nivel, estás intentando controlar lo que piensan de ti. ¿Estás pensando: *Si hago lo que quieren, entonces no se enojarán conmigo?* Considera dejarlos libres de pensar lo que quieran. Y la belleza de la ley de la libertad de Dios es que, cuando dejas libres a los demás para pensar lo que quieran sobre ti, te liberas a ti mismo de la presión de conformarte a su opinión.
 - Recuerda, el amor hace lo que es correcto, saludable y razonable, porque lo es, no porque se sienta bien en el momento. Así que mira más allá del momento inmediato, hacia los principios del reino de Dios, y aplica esos principios incluso si se sienten incómodos en el momento.
 - **Mantén tus ojos fijos en Jesús.** Vive con confianza en la bondad de Dios, conociendo la realidad de su ley de amor, el diseño para la vida, con tu corazón siempre esperanzado en el día de su pronto regreso.
-

Guía de Estudio

1

Dios es amor

Aprendiendo a través de ejemplos bíblicos

Lee Lucas 24:13-32 y describe lo que sucedió en esta historia.

¿Qué creencia cambió en esta historia?

¿Cuál fue la base para el cambio en esta creencia?

¿Cuál fue la consecuencia de cambiar esta creencia?

¿Qué nos enseña esto sobre cómo deben formarse nuestras creencias?

Aprendiendo a través de la ciencia y la naturaleza

Asistí a una conferencia en la Universidad de Harvard sobre espiritualidad en la medicina que buscaba explorar los beneficios de la espiritualidad sobre la salud física. Los oradores de la conferencia representaban una variedad de grupos religiosos: judíos, católicos, protestantes, musulmanes, Ciencia Cristiana y mormones, por nombrar algunos. Uno de los principales énfasis del seminario fue que las personas eran libres de creer en lo que quisieran y que todas las creencias debían ser igualmente valoradas. Señalé que, aunque se debe valorar la libertad de elegir las propias creencias, no todas las creencias son igualmente saludables. Considera el siguiente escenario, reconociendo que las personas son libres de creer lo que elijan, pero evalúa los distintos costos y beneficios que resultan según la creencia que realmente se elija.

Wanda fue internada en el hospital por una depresión severa. Se le requería usar oxígeno por la noche debido a una enfermedad pulmonar grave.

Durante mi evaluación, reveló que fumaba dos paquetes de cigarrillos por día. Cuando le pregunté por qué fumaba, dado sus problemas pulmonares, ella afirmó: “Fumar me ayuda a respirar mejor”.

¿Era Wanda libre de creer que los cigarrillos le ayudaban a respirar mejor?

¿Cuál fue la consecuencia de creer esto?

¿Proporciona la ciencia evidencia que demostraría que su creencia es falsa?

¿Qué podría motivar a una persona a aferrarse a una creencia frente a evidencia científica contradictoria?

Considera tus creencias sobre Dios y reflexiona sobre la ley del amor descrita en el capítulo 1. Examina la creación de Dios. ¿Dónde encuentras evidencia del amor de Dios en la naturaleza y la ciencia?

Aprendiendo a través de la experiencia

Jerry tenía un patrón de vida de explotar a los demás, doblar las reglas y manipular el sistema. Jerry era un dentista que había perdido recientemente su licencia por vender ilegalmente recetas de analgésicos narcóticos para ganar dinero. Jerry se negaba a aceptar cualquier responsabilidad personal y, en cambio, culpaba a la sociedad por tener reglas draconianas sobre el uso de sustancias, restringiendo a los adultos de tomar sus propias decisiones.

Insistía en que no había hecho nada malo, ya que simplemente estaba asegurando que los consumidores de drogas (quienes, según él, usarían drogas de todas formas) obtuvieran un suministro seguro y farmacéuticamente limpio. Jerry creía que estaba ayudando a los demás.

¿Qué creencias poco saludables tenía Jerry?

¿Qué consecuencias tuvo esto para Jerry—tanto profesional como espiritualmente?

¿Puede Dios sanar a Jerry mientras mantenga tales creencias? ¿Por qué sí o por qué no?

¿Qué verdad podría ayudar a Jerry?

Enumera tres ejemplos de tu vida en los que hayas cambiado tus creencias.

¿Qué sucedió como resultado de cambiar tu creencia y qué factores te llevaron a cambiarla?

2

El Cerebro Humano y el Amor Roto

Aprendiendo a través de ejemplos bíblicos

Lee Génesis 3:1-6 y describe lo que sucedió en este pasaje.

¿Qué creencia cambió en esta historia?

¿Cuál fue la base para el cambio en la creencia?

¿Cuál fue la consecuencia de cambiar esta creencia?

¿Cómo podría desenmascararse esta mentira y mantenerse la verdad?

Lee 1 Samuel 16:7. ¿Qué significa que Dios mira el corazón?

Ahora lee Hebreos 8:10. ¿Qué significa escribir la ley en el corazón?

Discute la diferencia entre el comportamiento externo y el motivo del corazón.

¿Qué ley desea Dios “escribir” en los corazones de la humanidad?

Aprendiendo a través de la ciencia y la naturaleza

Describe cinco actividades saludables que resultan en experiencias emocionales positivas, e identifica qué principios de Dios se utilizan durante estas actividades.

Describe cinco actividades destructivas que causan experiencias emocionales inicialmente positivas, e identifica qué principios de Dios están siendo violados durante estas actividades.

Aprendiendo a través de la experiencia

Relata dos ocasiones en las que creíste una mentira.

¿Qué impacto tuvo creer esa mentira en ti y en tus relaciones?

¿El amor y la confianza se fortalecieron?

¿Cómo descubriste que la mentira era una mentira?

¿Qué impacto tuvo la verdad en ti y en tus relaciones?

Relata dos ocasiones en las que dijiste una mentira.

¿Cómo fue esa experiencia? ¿Experimentaste ansiedad y estrés? ¿Fueron impactadas tus relaciones?

Revisa los circuitos cerebrales en el capítulo 2 y contempla el impacto que tal acción ha tenido en tu salud.

¿Qué ocurrió cuando se reveló la verdad?

3

La Infección del Miedo

Aprendiendo a través de ejemplos bíblicos

Lee Romanos 7 y describe sobre qué está escribiendo Pablo.

¿Cuál es la fuente del conflicto interior de Pablo?

¿Hace alguna diferencia darse cuenta de que todos los seres humanos desde Adán y Eva han nacido infectados con miedo y egoísmo, y que no eligieron ser así?

Aprendiendo a través de la ciencia y la naturaleza

La ciencia ha demostrado que la mente afecta al cuerpo y el cuerpo afecta a la mente. Enumera ejemplos de tu experiencia en los que esto haya ocurrido.

¿Cómo afectan la enfermedad y la fiebre tu estado de ánimo y tu capacidad de pensar con claridad?

¿Cómo afectan las emociones intensas tu apetito, sueño y energía? ¿Alguna

vez sientes dolores cuando estás alterado emocionalmente?

Enumera tres actividades que puedes hacer o cambiar para mejorar tu salud física y mental.

Aprendiendo a través de la experiencia

Identifica los miedos con los que luchas (por ejemplo: miedo al abandono, a lo que otros piensan, a engordar, a enfermarte, a no ser amado, a fracasar, a los problemas financieros, a no ser lo suficientemente bueno).

¿Cómo te impactan tus miedos?

¿Qué acciones tomas como resultado de tus miedos?

¿Qué creencias has desarrollado basadas en el miedo?

Examina tu miedo a la luz de la verdad, la evidencia y los hechos. ¿Qué lecciones se pueden aprender?

¿Qué principios de Dios pueden traer sanidad? (Si no estás seguro, no te preocupes; solo sigue leyendo y haciendo más lecciones.)

Enumera tres de tus programas de televisión favoritos y luego enumera las emociones que estos programas despiertan. Compara estas emociones, sentimientos y deseos con los principios de Dios, y describe cualquier conflicto que encuentres.

Examina el contenido de los programas que ves y compáralo con los principios, métodos y motivos de Dios (ver Filipenses 4:8).

4

Libertad para Amar

Aprendiendo a través de ejemplos bíblicos

Lee Mateo 27:19-54 y describe lo que sucedió.

¿Crees que Jesús no solo fue hombre, sino también Dios? ¿Tenía Jesús el poder, si decidía utilizarlo, de librarse de la cruz?

¿Qué aprendemos sobre Jesús y Dios basándonos en el hecho de que no lo

hizo?

Cuando Jesús se enfrentó a la elección de salvarse a sí mismo mediante el uso de su poder o dar a la humanidad la libertad de matarlo, ¿qué elección hizo? ¿Qué nos dice esto acerca del tipo de ser que es Dios y sobre cuánto valora Dios la libertad?

Lee Apocalipsis 13:11-17 y describe lo que está ocurriendo.

¿Qué métodos se están utilizando (presta especial atención a los versículos 16-17)?

¿Qué diferencias notas entre los métodos de Cristo y los métodos de la bestia?

¿Qué implicaciones tiene esto para tu vida?

Aprendiendo a través de la ciencia y la naturaleza

En la primera década del siglo XXI, las noticias informaron cómo trataba el Talibán a las personas bajo su gobierno: había estrictas regulaciones sobre todos los aspectos de la vida personal, incluyendo la vestimenta, los viajes, la dieta y el habla. Si alguien decidía convertirse al cristianismo, era ejecutado.

Si vivieras en una sociedad así, ¿cómo reaccionarías?

¿Qué ley de Dios está siendo violada con tal comportamiento?

Aunque el Talibán es un ejemplo extremo, describe por qué ningún gobierno del mundo representa con precisión el gobierno de Dios.

¿Puede ganarse el amor mediante el uso de poder, fuerza, violencia y coerción?

¿Quisieras vivir eternamente en un universo gobernado como gobierna el Talibán?

¿Has escuchado alguna vez alguna enseñanza dentro del cristianismo que viole la ley de libertad de Dios? Si es así, ¿cuál?

Aprendiendo a través de la experiencia

Describe dos ejemplos en tu vida en los que se violaron tus libertades.

¿Cómo reaccionaste?

¿El amor se fortaleció o se dañó?

¿Qué hiciste para recuperar tu libertad?

Si actualmente estás en una situación donde se están violando libertades (ya sea que se estén violando tus libertades o que tú estés violando las de alguien más), describe qué puedes hacer para restaurar la libertad en tu vida y en tus relaciones.

¿Alguna vez te has preocupado por lo que la gente piensa de ti? (Si nunca has experimentado esto, entonces responde con lo que crees que le ocurriría a alguien que estuviera en esa situación.)

Describe cómo estos sentimientos pueden llevar a la pérdida de la libertad.

Cuando entregas tu individualidad a las opiniones de los demás, ¿qué te sucede?

Si conoces a alguien que hace esto habitualmente, ¿este tipo de comportamiento te lleva a admirar y respetar más a esa persona?

Si liberas a los demás para que piensen lo que quieran de ti, entendiendo que sus opiniones no determinan la realidad, ¿qué te sucede?

5

El Amor Contraataca

Aprendiendo a través de ejemplos bíblicos

Dios creó el mundo para que funcionara sobre el principio del amor. Cuando la humanidad pecó, el principio del egoísmo infectó la creación.

Lee Éxodo 2:11-12. ¿Qué principio estaba operando en Moisés en esta escena?

Lee Éxodo 32:31-32. ¿Qué principio estaba operando en Moisés en esta

escena?

Lee Hechos 8:1-3. ¿Qué principio practicaba Saulo de Tarso en su vida?

Lee 2 Corintios 12:15. ¿Qué principio practicaba Pablo (anteriormente Saulo) entonces?

Lee 1 Juan 3:16. ¿Qué principio se está describiendo?

Lee Apocalipsis 12:11. ¿Qué rasgo de carácter se describe aquí respecto a aquellos que están listos para encontrarse con Jesús cuando venga?

Lee Lucas 7:36-50 y describe lo que está ocurriendo.

¿Qué motivó a la mujer a ungir los pies de Jesús?

¿Qué motivó a quienes la criticaron?

¿Qué dijo Jesús respecto a quienes son perdonados mucho?

¿Has experimentado el perdón y el amor de Dios en tu vida? ¿Qué efecto ha tenido esta experiencia –positiva o negativa– en ti?

Aprendiendo a través de la ciencia y la naturaleza

La ley del amor es el principio de dar hacia afuera, centrado en el otro, y emana del carácter de Dios mismo. Toda la creación está diseñada con este principio como su código básico de funcionamiento, el secreto sobre el cual se funda la vida. Describe ejemplos de este principio que puedes observar en el mundo que te rodea.

Aprendiendo a través de la experiencia

Describe una experiencia en la que actuaste con amor, con un interés genuino en dar para beneficiar a otro sin ninguna expectativa ni deseo de recompensa.

¿Qué ocurrió dentro de ti?

Ahora describe una experiencia en la que el egoísmo dominó tus acciones, donde estabas pensando en tus propias necesidades, deseos y anhelos, olvidándote de los demás. ¿Qué ocurrió dentro de ti?

Contrasta esta experiencia con momentos en los que actuaste con amor: ¿qué diferencias observas?

Entrando en la Batalla

Aprendiendo a través de ejemplos bíblicos

Lee 2 Samuel 13:1-15. Cuando el versículo 1 dice que Amnón “se enamoró”, ¿crees que eso fue amor?

¿Cuál fue la motivación de su acción?

Después de actuar movido por la lujuria, ¿el miedo aumenta o disminuye? ¿A qué lleva el miedo?

Si te sientes atraído por alguien que no está interesado en ti y actúas con amor genuino, ¿qué acción tomarías?

Aprendiendo a través de la ciencia y la naturaleza

Imagina que encuentras un gorrión herido. Tienes el deseo de rescatarlo, pero al acercarte para salvarlo, el ave hace todo lo posible por huir.

¿Qué motiva al ave a actuar de esa manera?

¿Qué lecciones hay en este escenario respecto a cómo actuamos hacia Dios en nuestra enfermedad espiritual?

¿El miedo conduce a una mayor apertura y confianza, o a mayor secretismo y precaución?

Aprendiendo a través de la experiencia

Cuando has pecado, ¿te has sentido o te sientes alguna vez con miedo de Dios?

¿Qué te ayudó a superar ese miedo para poder abrirle tu corazón?

¿Qué le dirías a alguien que está luchando con culpa y tiene demasiado miedo de Dios como para abrirle su corazón?

Si te enfermaras por consumir drogas por vía intravenosa y tuvieras fiebre alta, ¿tendrías miedo de ir al médico o querrías ir? ¿Querrías ir a ver a un juez?

¿Hace alguna diferencia en abrir nuestro corazón a Dios si lo vemos como nuestro médico celestial en lugar de como un juez cósmico?

7

El Amor se Mantiene Firme

Aprendiendo a través de ejemplos bíblicos

Lee Jueces 16:6-22. ¿Cómo describirías la relación que se muestra aquí?

¿Era esta una relación basada en el amor?

En Jueces 16:16, Dalila acusa a Sansón de no amarla. ¿Qué opinas de esto?

Si Sansón la hubiera amado con un amor divino, ¿qué le habría dicho?

Entonces, ¿por qué le dijo lo que le dijo? ¿Dalila amaba a Sansón?

¿El amor divino requiere alguna vez que una persona viole su conciencia?

Lee 2 Samuel 11:2-16 y describe lo que ocurrió.

¿Qué motivó a David a buscar a Betsabé? ¿Fueron sus acciones basadas en el amor?

Una vez que ella quedó embarazada, ¿cómo respondió David?

¿Qué motivó las acciones de David?

¿Cuál fue la consecuencia para David?

¿Cuál es la lección de esto sobre lo que sucede cuando dejamos que el miedo anule al amor?

Aprendiendo a través de la ciencia y la naturaleza

En la sociedad actual, las personas recurren a muchas fuentes para aliviar el miedo al tomar decisiones—astrología, adivinos, brujería, amigos, sentimientos intensos, líderes religiosos, alcohol, drogas, y así sucesivamente.

¿Qué fuentes para aliviar el miedo son confiables y cuáles no lo son?

¿Qué hace que un recurso sea confiable?

¿Existe una diferencia entre “afirmaciones” y “evidencia”? ¿Cuál es más digna de confianza?

¿Cómo describirías el amor genuino, el amor divino? ¿Es el amor divino confiable o no confiable? ¿Es un sentimiento, algo más que eso, o algo diferente?

En Getsemaní, ¿experimentó Jesús sentimientos intensos? ¿Cuál fue el tono emocional de sus sentimientos? ¿Actuó según esos sentimientos o tomó una acción contraria a lo que los sentimientos querían? ¿Jesús eligió actuar en armonía con el amor? Si es así, ¿qué nos dice esto sobre el amor y las emociones?

Revisa los estudios científicos al final del capítulo 1, que documentan el impacto del voluntariado en la salud. ¿Qué nos dicen estudios como esos sobre el amor?

Aprendiendo a través de la experiencia

Enumera tres ejemplos de situaciones en las que fuiste tentado por el miedo o la inseguridad.

¿Cómo decidiste si debías ceder al miedo?

¿Cuáles fueron las consecuencias cuando seguiste el miedo?

¿Cuáles fueron las consecuencias cuando hiciste lo que sabías que era correcto y amoroso, a pesar del miedo?

¿Qué decisión tomarías hoy, y por qué?

8

Cambiando Nuestra Visión de Dios

Aprendiendo a través de ejemplos bíblicos

Lee Juan 4:4-29 y describe lo que ocurrió allí.

¿Cómo inició Jesús el contacto con esta mujer?

¿Por qué le pidió que hiciera algo por él en lugar de simplemente proclamarle

la verdad?

¿Cómo llevó Jesús a esta mujer a tener confianza en él?

¿Crees que Jesús estaba derribando ideas preconcebidas que ella tenía sobre Dios? Si es así, describe cómo.

¿Qué nos revelaron las acciones de Jesús acerca de Dios?

Aprendiendo a través de la ciencia y la naturaleza

Muchas personas creen que no hay Dios, que la naturaleza solo revela fuerzas naturales en acción. ¿Qué evidencia puedes aportar que respalde la existencia de Dios y su carácter de amor?

No podemos demostrar ni el Big Bang ni la Creación en un experimento de laboratorio, pero sí podemos examinar los supuestos sobre los que se basan ambas teorías. Examina cada uno de los siguientes supuestos y luego enumera pruebas o experimentos que podamos hacer hoy para demostrar si tales supuestos son verdaderos o no. ¿Qué supuestos son científicamente válidos y cuáles no lo son, basándonos en lo que puede demostrarse hoy?

- **Evolución:** algo surgió de la nada
- **Creación:** algo surgió de algo
- **Evolución:** la vida proviene de materia no viviente
- **Creación:** la vida proviene de materia viviente
- **Evolución:** las cosas complejas surgen del caos sin intervención inteligente
- **Creación:** las cosas complejas surgen del caos con intervención inteligente

Aprendiendo a través de la experiencia

Enumera dos creencias sobre Dios que hayas cambiado a lo largo de tu vida.

Habla sobre la base de ese cambio de creencia, así como el impacto que tuvo en tu vida cuando cambió la creencia.

Mark estaba enojado con Dios y, a pesar de haber sido criado en un hogar cristiano conservador, ya no asistía a la iglesia. Desde la muerte de su hijo no nacido, dejó de creer que a Dios le importara. Concluyó que si Dios fuera todopoderoso y todo amor, no se quedaría de brazos cruzados permitiendo que los niños se enfermen y mueran.

Si Mark fuera tu cónyuge o amigo, ¿qué podrías decirle?

¿Qué ejemplos bíblicos puedes dar que traten esta cuestión?

¿Cómo se aplica Zacarías 4:6 —que dice: “No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, dice el Señor”—?

Dios tiene todo el poder, pero prefiere ganar a las personas en lugar de forzarlas. ¿Cómo impacta esta verdad tu vida?

9

El Poder de la Verdad

Aprendiendo a través de ejemplos bíblicos

Lee 1 Reyes 13:11-25. ¿Qué se describe aquí?

¿Es el profeta viejo un falso profeta?

¿El profeta viejo mintió?

¿Cuál es la lección? ¿Somos responsables por la verdad que Dios nos ha presentado, sin importar lo que diga otra persona —incluyendo alguien que afirme hablar en nombre de Dios?

Lee Juan 8:32. ¿Qué significa esto?

Enumera tres ejemplos bíblicos en los que la verdad liberó a las personas.

Aprendiendo a través de la ciencia y la naturaleza

La historia está repleta de relatos de médicos que utilizaron tratamientos que no solo no ayudaban, sino que en realidad causaban daño. Durante más de dos mil años, los médicos practicaron sangrías y el uso de sanguijuelas para eliminar los “humores malignos”. A George Washington, tras caer enfermo, se le extrajo la mitad de la sangre de su cuerpo, lo cual ciertamente aceleró su fallecimiento.¹

El tabaco fue utilizado por médicos durante siglos para tratar una variedad de enfermedades médicas, incluyendo úlceras, pólipos, lesiones en la piel, dolores de cabeza, problemas respiratorios y enfermedades de las glándulas.² En el siglo XIX, los médicos empleaban una variedad de venenos –como opio, quinina, arsénico, calomelanos (mercurio), antimonio y estricnina– para tratar una amplia gama de afecciones.³ A estos tóxicos los llamaban “medicinas”.

¿Qué nos dicen estos ejemplos sobre la verdad “secular”? ¿Es progresiva, se desarrolla y aumenta con el tiempo?

¿Es sanador aceptar y aplicar la verdad una vez que se comprende?

¿Y qué hay de la verdad espiritual? ¿Está aumentando nuestra comprensión de Dios a lo largo de los siglos, o seguimos atrapados en conceptos anticuados que, en algunos casos, no son más saludables que las sanguijuelas?

Identifica ejemplos de verdad espiritual que se ha ido desarrollando progresivamente.

Aprendiendo a través de la experiencia

Examina las tres decisiones de tu vida de las que más te arrepientes. ¿Qué harías diferente si pudieras? ¿Cuántas de esas decisiones se tomaron basándose en la verdad y cuántas se tomaron porque creíste una mentira o

porque conocías la verdad en ese momento pero decidiste ignorarla?

¿Qué te dice tu propia experiencia sobre el poder de la verdad?

10

La Verdad sobre el Pecado

Aprendiendo a través de ejemplos bíblicos

Lee Isaías 1:10-18. En estos versículos, Dios reprende al pueblo de Israel en un esfuerzo por alertarlos sobre cuán lejos están de su ideal. Incluso los llama Sodoma y Gomorra. Pero en estos versículos, ¿por qué actividades específicas está Dios disgustado con ellos?

¿Quién les dijo al pueblo que ofrecieran sacrificios de animales, que fueran al templo, que guardaran el sábado y que celebraran las fiestas solemnes? Si estaban haciendo las actividades que Dios les había instruido hacer, ¿por qué estaba entonces disgustado con ellos?

Lee Isaías 1:13 detenidamente. Dios les dice al pueblo: “dejen de traer ofrendas sin sentido”. ¿Qué significa traer una ofrenda “sin sentido”?

¿Eran las diversas observancias religiosas y rituales que Dios les indicó practicar capaces de curar el pecado humano?

Según Hebreos 9:9, 14 y 10:2, ¿por qué los rituales no podían curar a la humanidad del pecado?

¿Qué entendimiento nos da esto sobre dónde ocurre el pecado?

Lee Juan 6:53-59. ¿Qué se está describiendo aquí? ¿Está Jesús hablando literalmente o en forma metafórica?

Cuando piensas en la “sangre de Jesús”, ¿qué te viene a la mente?

¿Dónde dijo Jesús que debe aplicarse su sangre? ¿Qué significa esto?

¿Podría significar que debemos interiorizar a Cristo en nuestro corazón? ¿Da esto alguna idea sobre la verdad acerca del pecado?

Aprendiendo a través de la ciencia y la naturaleza

Imagina que tienes un hijo, y durante su niñez le enseñaste a vivir en armonía con las leyes de la salud: no fumar, comer bien, hacer ejercicio, no consumir drogas ni alcohol, beber mucha agua, etc. Sin embargo, una vez que tu hijo crece y vive por su cuenta, se rebela y dice estar “finalmente libre de todas esas reglas”. Tu hijo comienza a fumar, consumir drogas, beber en exceso, nunca hacer ejercicio y comer solo comida chatarra.

¿Qué pasaría, y cómo responderías tú?

¿Dejarías de amar a tu hijo?

¿Le infligirías enfermedades, dolencias o la muerte para hacerlo pagar por haber desobedecido lo que le enseñaste?

¿Intentarías acercarte a tu hijo para redimirlo, sanarlo y restaurarlo?

Si tu hijo enfermara con insuficiencia hepática y cáncer por haber violado todas las leyes de la salud, ¿cómo te sentirías?

¿Qué harías si tuvieras una cura para tu hijo, pero él se negara a aceptarla?

¿Lo matarías? ¿Le permitirías tomar su propia decisión como adulto?

¿Qué lecciones podemos aprender de este ejemplo acerca del pecado y cómo Dios trata con nosotros?

Aprendiendo a través de la experiencia

Enumera tres ejemplos en tu vida en los que conscientemente hiciste algo incorrecto. ¿Qué te ocurrió después de cada acción?

¿Tuviste más paz o menos? ¿Tu pérdida de paz provino de una fuente externa o interna? ¿Qué indica esto sobre lo que el pecado le hace al pecador?

Si no corregiste inmediatamente tu error, ¿qué pasó con tu manera de pensar? ¿Fuiste tentado a justificarte o culpar a otros? ¿Qué significa esto en relación al pensamiento crítico y la capacidad de examinar la evidencia sin sesgo?

¿Tus relaciones se volvieron más saludables y armoniosas? ¿Por qué sí o por

qué no?

¿Qué acción fue necesaria para sanar el daño y recuperar la paz?

¿Qué les sucede a las personas que se niegan a aceptar la responsabilidad por sus errores y se rehúsan a experimentar un cambio de actitud en el corazón mediante la gracia de Dios?

11

Ampliando Nuestra Visión de Dios

Aprendiendo a través de ejemplos bíblicos

Lee Jueces 6:36-39. ¿Qué le pidió Gedeón a Dios que hiciera?

Si bien creemos que Dios es quien actúa en este intercambio con Gedeón, ¿crees que Satanás tiene la capacidad de hacer que un vellón esté mojado y el suelo seco? ¿Crees que un ser humano podría producir un evento así? Si es así, describe maneras en que un humano podría colocar un vellón seco sobre suelo mojado o un vellón mojado sobre suelo seco.

Ambas veces Dios concedió la petición de Gedeón. ¿Consideras esta evidencia como la más confiable que Dios puede dar? ¿Es esta evidencia fácilmente falsificable?

¿Qué nos dice esto acerca de Dios, el hecho de que esté dispuesto a encontrarse con las personas donde están y proporcionar la evidencia que necesitan?

Lee Génesis 18. ¿Cómo respondió Abraham a Dios cuando éste le dijo que destruiría las ciudades de la llanura?

¿Debería Abraham haber dicho: “Dios lo dijo; ¿quién soy yo para cuestionarlo?”

¿Qué nos dice esto acerca de Dios, el hecho de que Abraham pudiera cuestionarlo como lo hizo?

¿Qué implica esto respecto al deseo de Dios de que expresemos libremente lo que pensamos ante él?

Aprendiendo a través de la ciencia y la naturaleza

Jesús usó muchas parábolas tomadas de la naturaleza. Elige una y explica cómo ese ejemplo de la naturaleza revela a Dios y su carácter de amor.

Aprendiendo a través de la experiencia

Describe una experiencia en tu vida en la que luchaste por entender a Dios y sus acciones.

Basándote en los conceptos del capítulo 11, ¿cuáles son algunas maneras posibles de entender ese evento que estén en armonía con el carácter de amor de Dios?

¿Le has dicho a Dios lo que realmente tienes en tu mente? ¿Le has expresado tu frustración y tu dolor? Si no lo has hecho, considera decirle exactamente cuál es tu carga, y luego pídele que te ayude a encontrar la verdad.

12

El Juicio de Dios

Aprendiendo a través de ejemplos bíblicos

Lee Salmo 34:8 y Juan 17:3. ¿Qué crees que significan estos textos?

¿Indican algo con respecto a la necesidad de emitir juicios sobre Dios?

¿Quiere Dios que lo examinemos a Él y a la evidencia que ha provisto para que tomemos una decisión —un juicio— sobre si podemos confiar en Él?

Lee Lucas 24:13-32. ¿Este evento ocurrió antes o después de la resurrección de Jesús?

¿Usó Jesús fuerza y poder para influir en su decisión?

¿Qué método utilizó Jesús?

¿Por qué fue necesario que Jesús utilizara la evidencia de las Escrituras y de su propia vida?

¿Qué nos dice esto sobre Dios y cómo se relaciona con nosotros?

Aprendiendo a través de la ciencia y la naturaleza

¿Qué leyes comprobables puedes identificar que demuestran que Dios es digno de confianza?

Considera la ciencia forense. ¿Las personas que son inocentes de algún crimen necesitan temer la divulgación completa y precisa de la evidencia forense?

¿Qué evidencia puedes citar que confirme que Dios es completamente confiable? (Haz una distinción entre afirmaciones/proclamaciones, evidencia comprobable y hechos históricos registrados).

Aprendiendo a través de la experiencia

Piensa en una o dos personas en tu vida en quienes genuinamente confías por completo, incluso con tu vida —personas que sabes que preferirían morir antes que hacerte daño.

¿Por qué confías en esta persona o en estas personas?

¿Qué evidencia tienes de su confiabilidad? ¿Está tu confianza basada en afirmaciones?

¿Tuviste que esforzarte para confiar en ellas, o la confianza surgió naturalmente a partir de tu experiencia con ellas?

Si estas personas, en quienes confías, te contaran algo que hicieron y para lo cual no tienes evidencia, ¿les creerías? Si es así, ¿significa eso que tu fe en ellas es sin evidencia? ¿O tu fe en ellas está basada en evidencia previa?

¿Estas personas, que son dignas de confianza, se sentirían ofendidas si apareciera evidencia que respaldara lo que antes te habían dicho, y tú la examinaras?

¿Examinar la evidencia sobre una persona genuinamente confiable debilita o fortalece la confianza?

¿Qué crees que quiere Dios con respecto a tu juicio sobre Él: que esté basado en evidencia o en afirmaciones?

13

En la Mente de Cristo

Aprendiendo a través de ejemplos bíblicos

Lee Mateo 26:36-42. ¿Qué se describe aquí?

¿Qué emociones experimentó Jesús?

¿Estas emociones tentaron a Jesús? Si es así, ¿a qué lo tentaron?

Según Santiago 1:13, la divinidad no puede ser tentada, entonces, ¿de dónde provinieron estas poderosas tentaciones emocionales?

En conjunto con Hebreos 2:14, ¿qué revela esto con respecto a la humanidad de Jesús?

Lee Juan 10:17-18. ¿Qué les está diciendo Jesús a sus discípulos acerca de su naturaleza?

¿Qué principio se evidencia en este pasaje?

Al comparar las emociones que Jesús experimentó en Getsemaní con el principio expresado en este pasaje, ¿qué dos principios antagónicos se revelan?

¿Cuáles son las implicaciones de lo que estaba ocurriendo en la parte del cerebro de Jesús responsable de la toma de decisiones?

Aprendiendo a través de la ciencia y la naturaleza

Examina las leyes de la salud. ¿Puede un médico sanar a un paciente violando las leyes de la salud, o todas las intervenciones curativas trabajan para restaurar a la persona a la armonía con dichas leyes? Da tres ejemplos de intervenciones médicas que restauran a una persona a la armonía con las

leyes de la salud.

¿Podría Dios sanar y restaurar a la humanidad a su diseño original violando su ley? ¿O requeriría la salvación del ser humano ser restaurado a la armonía con la ley de Dios, su diseño para la vida?

Vuelve a examinar la ley del amor descrita en el capítulo 1 y luego analiza cómo Cristo actuó en perfecta armonía con la ley de Dios. ¿Cuál es la implicancia para la humanidad?

Aprendiendo a través de la experiencia

Como padre o madre, ¿alguna vez tuviste que usar la fuerza al tratar con tu hijo? ¿Preferías actuar de esa manera? Si no, ¿por qué lo hiciste? ¿La disciplina amorosa restringe e incluso inflige dolor, si es necesario, para salvar y proteger?

¿Se alegró tu corazón en los momentos en que actuaste de esa forma? ¿O anhelabas que tu hijo creciera para que esas intervenciones ya no fueran necesarias?

¿Cuál crees que es la actitud de Dios hacia el uso de la fuerza en su relación con nosotros?

¿Qué conclusión sacas si Jesús es el filtro a través del cual ves a Dios?

¿Has rendido tu vida a Jesucristo y pedido al Espíritu Santo que entre en tu corazón?

Si no lo has hecho, ¿qué te lo impide? ¿Es suficiente la evidencia de la confiabilidad de Dios para ganarse tu confianza? Si no, ¿qué se necesita para ganar tu confianza?

Si lo has hecho, ¿cuál ha sido tu experiencia desde que rendiste tu corazón a Él? ¿Has experimentado algo como nuevos motivos, paz, mayor comprensión y sabiduría, o un amor creciente por los demás? Si es así, ¿de dónde crees que proviene ese poder transformador?

Perdón

Aprendiendo a través de ejemplos bíblicos

Lee Génesis 37:23-28 y 45:3-7. Describe la situación: ¿quién fue ofendido y quién fue el ofensor?

¿Qué fue necesario para que se produjera la reconciliación?

¿Quién perdonó? ¿Qué le permitió perdonar?

¿Quién se arrepintió y cómo se demostró ese arrepentimiento?

¿Habría ocurrido la reconciliación sin tanto el arrepentimiento de los ofensores como el perdón del ofendido?

Lee Génesis 34 y describe la situación. ¿Quién fue ofendido y quién fue el ofensor?

¿Qué fue necesario para que se produjera la reconciliación?

¿Quién se arrepintió y quién perdonó?

¿Quién no perdonó?

¿Qué ocurrió como consecuencia de la falta de perdón?

Aprendiendo a través de la ciencia y la naturaleza

Recientemente tuve el privilegio de conocer a Kent Whitaker. En diciembre de 2003, Kent, su esposa y sus dos hijos, Bart y Kevin, salieron a cenar para celebrar la próxima graduación universitaria de Bart, ocasión en la que le regalaron un reloj Rolex de \$4.000. Después de la cena, Kevin, el hermano menor, condujo a la familia de regreso a casa. Al llegar, Bart volvió al auto para buscar su celular. Pero cuando el resto de la familia entró a la casa, un hombre enmascarado les disparó, matando a Kevin y a su madre. Como Kent fue el tercero en entrar, recibió un disparo en el pecho, pero sobrevivió.

Resultó que Bart había planeado que asesinaran a su familia para heredar el

dinero. Bart fue arrestado y llevado a juicio por asesinato, y el fiscal pidió la pena de muerte.

Kent perdonó públicamente a su hijo y pidió al fiscal que no buscara la pena de muerte. Sin embargo, el fiscal siguió adelante, y Bart fue hallado culpable y condenado a muerte. Durante todo el juicio, Kent se mantuvo amoroso hacia Bart, lo visitaba regularmente en prisión y lo perdonó abiertamente por lo que hizo. Su hijo finalmente dijo: “Si tú puedes seguir amándome y perdonarme por todo lo que he hecho, entonces creo que Dios también puede hacerlo”. Bart entregó su vida a Cristo en prisión. Kent afirma que, aunque ha perdido a su esposa y a su hijo menor en esta vida y perderá también a Bart, tiene paz al saber que, a través de todo esto, Bart ahora estará con ellos en el cielo. Su familia estará junta por la eternidad.

¿Cómo revela esta historia los dos principios antagónicos del amor de Dios frente al miedo y al egoísmo?

¿Cómo contradice el perdón de Kent el principio mundial del “yo primero”?

¿Cuál fue el impacto del perdón de Kent? ¿Trajo sanidad o más hostilidad?

¿Cómo habrías respondido tú si estuvieras en el lugar de Kent?

¿Qué le permitió a Kent perdonar a su hijo?

¿Cómo se involucra el amor al perdonar a otros?

Todos los días las noticias están llenas de violencia entre israelíes y palestinos –un atentado suicida en un autobús, un ataque aéreo como represalia, seguido de otro atentado, seguido de más acciones militares– y el ciclo parece no tener fin.

¿Cómo podrían los principios del perdón de Dios cambiar esta situación?

¿Qué impide a las personas experimentar y practicar los métodos de perdón

de Dios?

Aprendiendo a través de la experiencia

Examíname con cuidado y revisa tus relaciones personales. Haz una lista de personas a quienes hayas ofendido y nunca les hayas pedido perdón. También haz una lista de “pecados” de los que nunca te hayas arrepentido (esto puede incluir ofensas contra Dios).

¿Te gustaría sanar? Toma la decisión de perdonar, y pídele a Dios que te ayude a perdonar.

Haz esto con cada asunto no resuelto en tu corazón.

Busca a Dios, cuéntale tu tristeza por cualquier error que hayas cometido y acepta su perdón.

Perdóname a ti mismo.

Luego, busca la sabiduría de Dios sobre cómo sanar y reparar cualquier daño que hayas causado. Aprende de la experiencia e implementa cambios piadosos para no repetir una y otra vez las mismas decisiones dañinas.

Finalmente, busca reparar cualquier daño que hayas causado, siempre teniendo presente no causar más daño en el proceso (por ejemplo: si tuviste una aventura años atrás con una persona que ahora está fallecida, no sería amoroso ni útil ir al cónyuge del difunto para “confesar y pedir perdón”, ya que esto lastimaría al cónyuge inocente al introducir dolor en su corazón).

15

Cuando el Bien Prevalece

Aprendiendo a través de ejemplos bíblicos

Segunda de Corintios 5:17-20 dice:

Cualquiera que está unido a Cristo es una nueva criatura; lo viejo ha pasado, ha llegado lo nuevo. Todo esto lo hace Dios, quien por medio de Cristo nos reconcilió consigo mismo y nos dio el encargo de anunciar la reconciliación. Este es el

mensaje: que Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo, sin tomar en cuenta los pecados de los seres humanos. Y a nosotros nos encargó dar a conocer este mensaje de reconciliación.

Así que somos embajadores de Cristo, como si Dios mismo los exhortara a ustedes por medio de nosotros. En nombre de Cristo les suplicamos: ¡reconcíliense con Dios!
(DHH)

¿Qué describe este texto que hace Cristo con sus enemigos?

¿Es esto diferente de lo que los humanos típicamente hacen con sus enemigos?

¿Qué sucede cuando los enemigos se convierten en amigos?

¿Cómo logra Cristo esto?

Lee Apocalipsis 12:11. ¿Qué describe este texto sobre el carácter y los motivos del pueblo de Dios?

¿Esta descripción es de personas antes o después de la segunda venida de Cristo?

¿Qué permite que las personas experimenten el tipo de amor descrito en este versículo y mostrado en este capítulo?

Aprendiendo a través de la ciencia y la naturaleza

Muchos humanistas afirman que entregarse a los deseos hedonistas, siempre que no se violen los derechos humanos de otros, es perfectamente saludable.

¿Qué evidencia puedes citar que demuestre que la autoindulgencia hedonista es perjudicial?

Según lo que has aprendido en este libro sobre el cerebro, ¿qué parte del cerebro es responsable del amor divino?

¿Desde qué parte del cerebro surgen los impulsos egoístas, y qué parte del

cerebro se fortalece mediante la indulgencia hedonista?

¿Qué implicaciones tiene esto respecto a nuestra capacidad de ejercer el amor divino hacia los demás?

Aprendiendo a través de la experiencia

Piensa en las personas que más respetas y por qué. ¿Exigen sus derechos o están dispuestas a renunciar a ellos para ayudar a otros?

Describe un evento en el que alguien actuó de manera desinteresada o sacrificial contigo. ¿Qué efecto tuvo eso en ti?

Describe un evento en tu vida en el que el amor te capacitó para vencer el miedo. ¿Cuál es la lección de esa experiencia?

16

Cuando el Amor Arde Libremente

Aprendiendo a través de ejemplos bíblicos

Revisa los siguientes textos bíblicos: Éxodo 3:2-4; 34:29-35; 2 Crónicas 5:14; 7:1; Isaías 33:14-15; 2 Tesalonicenses 2:10; Hebreos 12:29.

¿Qué enseñan estos textos acerca de la fuente del “fuego consumidor”?

Muchas personas bien intencionadas han sido enseñadas a creer que Dios dice: “Yo soy amor y solo quiero que me ames. Pero si no lo haces, me veré obligado a torturarte y matarte (quemarte en el infierno)”. ¿Cuál es el problema con esta postura?

¿Qué ley de Dios viola esta posición?

Si esto fuera cierto, ¿qué clase de ser sería Dios?

Si esto fuera cierto, ¿podrías confiar en Dios?

Aprendiendo a través de la ciencia y la naturaleza

Revisa la evidencia de la ley de libertad de Dios tal como se describe en el

capítulo 4. Ponla a prueba en una variedad de situaciones.

¿Estás seguro de su veracidad?

¿De dónde se origina esta ley?

¿Puede existir el amor sin libertad?

¿Qué impacto tiene esto en nuestra comprensión de la actitud de Dios hacia los impíos al final?

Reexamina la diferencia entre la ley natural y la ley impuesta, como se describe en el capítulo 13. ¿Sobre cuál tipo de ley está construido el gobierno de Dios?

Contrasta las diferencias entre las violaciones de la ley natural y de la ley impuesta. ¿Qué visión representa con mayor exactitud a Dios?

Aprendiendo a través de la experiencia

Si tu cónyuge dijera: “Ámame o te golpearé hasta la muerte”, ¿cómo responderías?

Cuando eres amenazado, ¿experimentas mayor amor y confianza? ¿O se dañan el amor y la confianza?

¿Quién quiere dañar tu amor y tu confianza en Dios?

El presidente de Irán declaró que el duodécimo imán (el Salvador del Islam) aparecerá pronto, y que cuando venga usará su gran poder para matar a todos los infieles (judíos, cristianos y todos los que no sigan el camino del islam). Cambiemos esta declaración para que diga: “Jesús viene pronto y usará su gran poder para matar a todos los que no creen en él”, y luego respondamos las siguientes preguntas:

¿Hay alguna diferencia significativa entre las dos declaraciones?

¿Difieren en algo significativo los “dioses” representados en estas dos

afirmaciones?

Si crees que Jesús usará gran poder para infilir dolor, sufrimiento y muerte a las personas, ¿qué reacción genera eso en ti?

Haz una lista de las nuevas verdades sobre Dios que has aprendido al leer este libro.

Describe cómo estas verdades han afectado tu relación con Dios, y si apreciás a Dios, decile cuánto y por qué.

Luego contale a tres personas sobre las verdades que has aprendido y cómo han afectado tu relación con Dios.

17

Buda, Jesús y Preparando tu Cerebro para la Eternidad

Aprendiendo a través de ejemplos bíblicos

Lee el Salmo 23. Considera este salmo como una descripción de la experiencia de la salvación, siendo guiados por nuestro Pastor a través de un valle donde “morimos al yo” por causa de su justicia, con el propósito de restaurar nuestra alma. Luego describe el significado de cada versículo en esta experiencia transformadora.

¿Qué significa que, al final de este camino, moramos en la casa del Señor para siempre?

La Biblia registra la vida de Jesús. Registra sus milagros, incluyendo su dominio sobre los vientos y tormentas, caminar sobre el agua, convertir agua en vino, sanar a los enfermos y resucitar a los muertos. Cristo mismo declaró que el Padre había puesto todas las cosas bajo su poder, y luego se levantó y lavó los pies de sus discípulos (Juan 13:3-5). En la cruz, Cristo tenía el poder de bajarse y matar a sus abusadores, pero en cambio, eligió no usar su poder para salvarse ni para dañar a quienes estaban empeñados en matarlo.

¿Qué dice esta evidencia sobre el tipo de persona que es Jesús?

Cuando ves a alguien siendo abusado y elige contenerse, sin contraatacar al abusador cuando claramente podría hacerlo, ¿eso aumenta tu confianza en cómo te trataría a ti?

Jesús dijo que si lo hemos visto a él, hemos visto al Padre —ellos son uno.

Cuando piensas en el Padre, ¿usas la evidencia que Cristo ha revelado sobre su carácter y ves a Dios bajo esa misma luz?

¿Puedes confiar en un Dios así?

Aprendiendo a través de la ciencia y la naturaleza

Revisa la evidencia de los logros de Jesús en las Escrituras, destacados en el capítulo 13, y luego analiza las diferencias entre lo que logró Jesús y lo que hizo Buda.

Aprendiendo a través de la experiencia

Examina tus creencias acerca de Dios. ¿Has luchado con creencias contradictorias que han creado una visión “dualista” de Dios y del universo? ¿Qué creencia puedes cambiar como resultado de ver que Dios es amor?

Después de completar este libro, considera por qué haces lo que haces en cuanto al gobierno de tu propia vida. ¿Por qué evitas mentir, cometer adulterio o robar? ¿Es porque Dios tiene una regla y, si la rompes, te castigará, y tú no quieras ser castigado?

¿Tienes miedo de que haya ángeles anotando todos tus pecados y que algún día tendrás que enfrentarte al juicio y recibir tu castigo merecido? ¿O es porque has llegado a comprender a Dios, su ley, sus métodos y principios, y has sido ganado para confiar en Él? ¿Ha abierto la confianza tu corazón a Él y te ha permitido experimentar transformación?

¿Has llegado a entender que la ley del amor es la ley de la vida, y que quebrantar esta ley te daña, destruye la imagen de Dios en ti, tergiversa a Dios y hiere a otros? ¿Has llegado a obedecer a Dios con gozo porque tiene todo el sentido del mundo?
